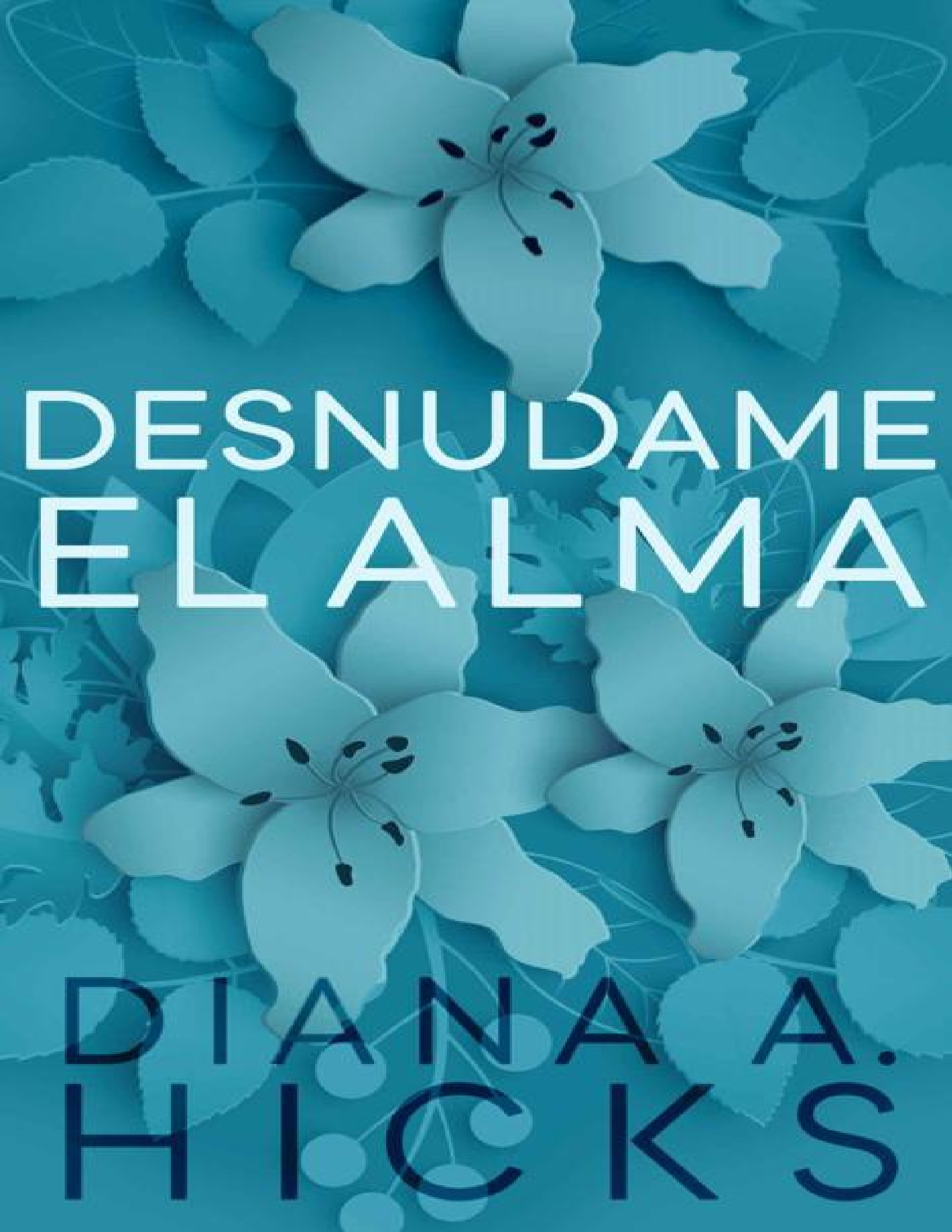

DESNUDAME
EL ALMA
DIANA A.
HICKS

Desnúdame el Alma

DIANA A. HICKS

TRADUCIDO POR

ELIZABETH GARAY

HMG, INC.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares, es pura coincidencia.

DESNÚDAME EL ALMA

COPYRIGHT © 2023 por Diana A. Hicks

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede usarse o reproducirse de ninguna manera sin el permiso por escrito de la autora o de HMG, Inc., excepto en el caso de citas breves incorporadas en artículos de crítica o reseña.

Historial de publicación

ISBN Digital 978-1-949760-68-2

Edición especial Paperback ISBN 978-1-949760-08-8

ISBN de BN Paperback 978-1-949760-69-9

ISBN de Paperback 979-8-859863-01-3

Diseño de portada: The Author Buddy

Traducción: Elizabeth Garay garayliz@gmail.com

[*Nota de la Traductora: Es importante aclarar que los nombres propios, aún existiendo el equivalente en español, se han respetado tal como aparecen en la versión en inglés, omitiendo los respectivos acentos y traducciones*]

Índice

Acerca de la autora
Reconocimientos para Diana A. Hicks

1. Las medias altas
2. Esto éramos nosotros
3. No corras
4. Habla con ella
5. Derek es el hijo de Lilly
6. No y sí
7. ¿Me estás tomando el pelo?
8. Esto es más que un golpe
9. El árbitro dice que es injusto
10. ¿En qué más mentiste?
11. En sentido estricto, eso fue una gran mentira
12. ¿Qué le ha parecido Calientlanta a Valentina?
13. No todo es un rompecabezas para que lo resuelvas
14. ¿Nunca has hecho esto?
15. Dijimos no más secretos
16. Esta es tu fiesta de compromiso
17. Él no está aquí
18. Ella está con él
19. No fui una tonta corderita
20. Sí, me estaba volviendo loco
21. No puedes obligar a alguien a que te ame
22. Eso nunca cambiará
23. Un día a la vez
24. Ese lado de la perfección

Acerca de la autora

Diana A. Hicks es una galardonada autora de apasionados romances contemporáneos con una buena dosis de suspenso.

Cuando Diana no está escribiendo, disfruta el kickboxing, hot yoga, viajar y se da el gusto de los placeres simples de la vida, como el vino y el chocolate. Vive en Atlanta y le encanta pasar tiempo con sus dos hijos y su esposo.

¡Visita mi librería!

No olvides suscribirte a mi boletín para mantenerte al tanto de mis últimos lanzamientos, contenido gratuito y otras novedades.

¡Subscríbete ahora a mi lista VIP!



Reconocimientos para Diana A. Hicks

"La primera entrega de Hicks en su serie Monzón del Desierto es sólida y confiable con una narración intensa, personajes llenos de matices y una dinámica mezcla de romance y suspenso".

— RESEÑAS EN KIRKUS

Lo que hace de cualquier novela romántica una gran lectura no es el hecho de que dos personas atractivas se conozcan y se enamoren. Son los episodios que provocan el enamoramiento y los lugares inesperados a los que la experiencia lleva a los personajes lo que hace que sea una lectura agradable. Diana A. Hicks sabe cómo hacer que esto suceda.

— READERS' FAVORITE

CAPÍTULO 1

Las medias altas

VALENTINA

«¿Señora Cole?», el maître apareció en mi campo de visión.

Mi mirada se desvió hacia él.

«No estamos casados».

«¿Lo siento?», dio un paso adelante de esa manera en que los meseros súper elegantes se mueven en los restaurantes súper elegantes.

Me senté en el sofá de terciopelo azul y bebí el resto de mi champán.

«El señor Cole y yo no estamos casados».

«Mis disculpas. El señor Cole… el anillo… lo supuse», puso sus manos detrás de él, parándose perfectamente derecho.

«Todavía no», sonreí y sus rasgos se relajaron un poco. Pero no del todo. Todavía estábamos en un establecimiento muy exclusivo. «¿Está listo mi auto?».

«Sí. Tómese su tiempo», sirvió más vino en mi copa.

Miré mi reloj, poniendo una mano en mi frente. ¿Cómo terminé otra vez esperándolo por dos horas?

«El señor Cole ya se encargó de todo».

Por supuesto que lo hizo.

«Gracias. Me gustaría irme a casa ahora». Me moví un poco y me puse de pie. La seda de mi vestido se deslizó por mis piernas y las imágenes de las manos de Derek subiendo lentamente por mis muslos se fijaron en mi mente. Ese había sido el día en que se había ido de viaje de negocios, aproximadamente dos semanas atrás. Dios, lo extrañaba.

«Por supuesto». El maître me acompañó hasta la entrada del restaurante, donde uno de los choferes de Derek me esperaba con la puerta abierta.

«Gracias». Subí y me relajé, pasando mi mano por el cuero flexible del asiento. El auto salió del estacionamiento y mantuve mi atención en la suave sensación de la tapicería.

Mi teléfono sonó en mi bolso, pero no lo contesté. Derek no estaba aquí. Una llamada de él no iba a arreglar nada.

«¿Señora Cole?», el chofer era nuevo. Derek lo había contratado recientemente para que me llevara a mí y a mi hijo Max.

«Es Valentina», dije. «Todavía no estamos casados».

«Oh, lo siento mucho. No me había dado cuenta», se aclaró la garganta. «El señor Cole está intentando comunicarse con usted. ¿Puede intentarlo de nuevo?».

«Sí, está bien». Saqué mi teléfono del fondo de mi cartera. El rostro increíblemente atractivo de Derek y su intensa mirada azul iluminaron la pantalla. Lo miré unos cuantos timbres más

antes de deslizar el dedo hacia la derecha para responder.

«Valentina, he estado intentando llamarte. ¿Estás bien?».

«Sí». Miré con enojo las pequeñas letras que decían que la conexión era deficiente y que no había video disponible. Quería verlo. «¿Dónde estás?», me preguntó.

«Lamento mucho haberme perdido nuestra cena. Todavía estoy en el aeropuerto de Atlanta. Mi avión tiene un problema de motor que pensaron que podrían arreglar de inmediato. Resulta que estoy atrapado aquí hasta mañana. Ya es muy tarde. Pero te prometo que estaré en casa tan pronto como pueda».

Su voz profunda, la forma en que decía cada palabra con tanta confianza, embotó todos mis sentidos. De repente, la decepción de que me dejara plantada desapareció.

«Está bien. Te veo mañana». Empecé a decir que iba de camino a casa, pero él ya sabía pues le había enviado un mensaje de texto al chofer para que respondiera a su llamada.

«Tengo que irme. Te amo».

Mi piel se sonrojó, como siempre, cuando decía que me amaba. Sonreí al teléfono.

«Yo también te amo».

La conexión terminó, dejándome con una extraña sensación de vacío. Toqué la pantalla para revisar mis mensajes y luego el nombre de nuestra ama de llaves para hacerle saber que Derek no llegaría a casa. Después de escribir unas palabras, me di por vencida. Por supuesto, ella ya sabía que no vendría. Derek, el multimillonario todopoderoso, tenía todo un equipo de personas que monitoreaban y administraban toda su vida.

Cuando el chofer entró en la mansión de estilo andaluz de Derek en la parte norte de Tucson, salí del auto y subí corriendo los escalones de piedra que conducían a la enorme puerta de madera.

«Buenas noches», me despedí del conductor.

«Buenas noches, señora Cole».

«Dijimos…, buenas noches, Tom». Lo dejé así. Estábamos prácticamente casados. Derek y yo estábamos comprometidos, y yo ya había vivido en su casa durante cuatro semanas. Idea suya, no mía. Me habría quedado en la pequeña cabaña que me alquiló después de graduarme de la universidad hace dos meses.

A Derek no le gustaba esperar. Quería una vida conmigo; no veía por qué no podíamos empezar de inmediato. Por mi parte, no podía pensar en una sola razón para mantenerme alejada de él, así que había aceptado todo. La casa, el anillo, el cuento de hadas, aunque seguía esperando a que cayera la otra zapatilla de cristal. Esto era demasiado perfecto, demasiado rápido.

Las luces estaban apagadas dentro de la casa, excepto las de las escaleras. Fui directamente a la habitación de Max. Ya estaba dormido en su cama perfectamente arreglada. Hasta hace dos meses, solo podía ver a mi hijo los fines de semana. Yo iba a la escuela mientras él se quedaba en casa de mis padres, en Casa Grande, a unos cuarenta minutos en coche de Tucson. Sí, la chica de pueblo que se muda a la gran ciudad.

Un gran salto. Apenas cuatro meses después de haber llegado, hace casi siete años, había quedado embarazada de un idiota que no quería tener nada que ver conmigo ni con mi bebé. Durante meses, me dije a mí misma que nunca debería haberme ido de casa. Terminé mi primer año, pero después de eso pasé el resto de mi embarazo escondida en mi habitación. Conseguí un par de trabajos por suerte y dos semestres después, mamá me hizo entrar en razón y me hizo volver a la escuela.

Las cosas tenían más sentido después de que Max nació. Me dio la fuerza que necesitaba

para volver a solicitar el ingreso a la universidad y terminar mi carrera, aunque eso significara estar lejos de él durante los próximos cinco años, al menos durante la semana. Desde el momento en que mamá lo había puesto en mis brazos en la sala de partos, todo lo que quería era un hogar para que Max pudiera vivir conmigo, y que pudiéramos estar juntos. Derek hizo eso por nosotros y más. No solo nos ofreció un lugar para quedarnos. Nos dio un hogar, una familia. Besé la mejilla de Max y acomodé las sábanas sobre su hombro. Después de apagar la luz de noche, caminé hacia el dormitorio principal al final del largo pasillo y me preparé para dormir. No era tan tarde, pero no tenía ganas de pasar más tiempo buscando cosas que me mantuvieran entretenida cuando todo lo que quería era estar haciendo otra cosa con Derek. Me hacía mucha falta. Extrañaba sus manos en mi cabello, sus labios sobre los míos y la forma en que mi piel se sentía viva cada vez que susurraba algo en mi oído. Su cálido aliento y su voz profunda nunca dejaban de provocarme escalofríos en la espalda.

«Ay», caí boca abajo sobre mi almohada.

A la mañana siguiente, me desperté en una habitación vacía. Revisé mi teléfono y encontré un mensaje de Derek.

Llegué tarde anoche, ¿o fue temprano esta mañana? Encontré un vuelo de Atlanta a Phoenix. ¿Te veo en la oficina? Te extraño.

No me molesté en responder. Arrojé el teléfono en su lado de la cama y me levanté para prepararme para el trabajo. Al menos, ahora estábamos en la misma zona horaria.

«Mamá, vamos a llegar tarde», Max corrió al final de las escaleras cuando bajé. Tenía su mochila lista junto a la puerta y un trozo de tocino en la mano.

«Tenemos mucho tiempo», miré mi reloj.

En la cocina, Em, nuestra ama de llaves, tenía café listo para mí. Podría acostumbrarme a este beneficio. Me senté en el taburete de la barra y bebí un sorbo de mi café con leche. Em me miraba con las cejas ligeramente levantadas. Ya sabía que Derek me había dejado plantada la noche anterior.

«A veces se queda atrapado en sus propios pensamientos. Dale tiempo», dijo finalmente cuando mantuve mi atención en mi taza caliente.

«Esta vez fue un mal funcionamiento del motor».

Sonrió. «Ha estado solo durante mucho tiempo».

Yo también había estado sola.

«Lo sé. No estoy enojada. Solo decepcionada. Dos semanas es mucho tiempo».

«Mamá», Max volvió a llamarme.

Puse los ojos en blanco hacia Em y bebí el resto de mi café.

«Solo espero que mantenga este entusiasmo por la escuela cuando llegue a la secundaria».

Ella se rió y se dio vuelta para agarrar la lonchera de mi hijo. Otro beneficio al que podría acostumbrarme.

«Gracias. Dormí demasiado esta mañana».

«Para eso estoy aquí, querida. Me gusta tener compañía por las mañanas. Él niño se levantó a las cinco».

«Lo siento».

«No, yo ya estaba levantada antes de eso». Me dio una palmadita en la mano. «Anda. No querrás llegar tarde. El auto ya te está esperando».

Salí corriendo por la puerta y encontré a Max ya en su asiento elevado. Este niño iba a llegar lejos, seguro. En el camino a la escuela, habló incesantemente sobre todo el trabajo que había planeado para la semana. Aparentemente, el primer grado era un año crucial.

«Y Derek me dio su cuenta de *mason*, para que pueda comprar todos los libros que quiera».

Me reí entre dientes. «¿Te refieres a Amazon?».

«Sí. Dice que tienen todo allí».

«Está bien, hablaré con Derek sobre eso. Necesito aprobar todas las compras». Tomé una toallita de la consola central y limpié su rostro grasiento.

«Oh, ya puse algunas cosas en el carrito».

«Dios mío. Está bien, lo revisaré». Le besé la mejilla. Derek y yo necesitábamos tener una charla sobre la crianza de hijos. O tal vez necesitábamos retroceder un poco y comenzar con cosas más simples, por ejemplo, ¿cómo eran su mamá y su papá? ¿Sus hermanos? Tenía cuatro hermanos que vivían por todo el país, pero yo aún no los había conocido.

«Adiós, mamá», Max se despidió con un movimiento de su mano cuando Tom se detuvo en la zona de recepción.

«¿La llevo a la oficina, señora Cole?», preguntó cuando salimos de la escuela. «Parece que el señor Cole llegará tarde esta mañana».

«Sí», mi teléfono vibró con otro mensaje de Derek.

Viaje infernal. Voy tarde.

Cuando llegué, la oficina era el caos matutino habitual, tal vez un poco más desde que todos sabían que Derek finalmente había vuelto a dirigirla. De alguna manera, inyectaba energía al lugar. No tenía reuniones hasta media mañana, así que me tomé mi tiempo para llegar a mi oficina, a la que Derek insistió en que me mudara, a pesar de que solo era gerente de proyectos en su departamento. No le importaba si la gente pensaba que estaba recibiendo un trato especial por acostarme con él, que era lo que estaba haciendo.

Tan pronto como asumió el cargo nuevamente como director ejecutivo, despidió a su exesposa Bridget por malversación de fondos y por intentar vender su empresa sin que él lo supiera. También me ascendió a gerente. Cuando Bridget dirigía la empresa, me había contratado durante una feria de empleo para estudiantes al final del semestre de otoño. Empecé a escribir códigos para actualizar viejos informes para ella. Era tan intimidante que me daba un miedo terrible. Pero me había ofrecido lo que más deseaba: un trabajo de verdad para poder comprarle una casa a Max. En aquel entonces, no conocía a Derek y no tenía ni idea de que me enamoraría tanto de él.

Encendí mi computadora y giré mi silla para mirar por la ventana de dos pisos. La vista de la ciudad desde allí arriba era impresionante, con un cielo azul claro y un paisaje desértico sereno. Desde que Derek se mudó a Tucson por uno de sus clientes más importantes, había adquirido más espacio de oficina. Cole Communications, Inc., era propietaria de los cuatro edificios de la cuadra. Todos daban a un gran patio con bancos y fuentes por todas partes. Sentí el temblor en las ventanas y el piso antes de ver el helicóptero de Derek. El que usaba para viajar a Phoenix todos los días. Su base de clientes estaba creciendo a un ritmo rápido ahora que estaba de nuevo en la silla del director ejecutivo, por lo que pasaba mucho tiempo allí. De hecho, habíamos considerado mudarnos, pero nos encantaba tanto estar aquí que al final decidimos que viajar todos los días no era un gran problema. El helicóptero aterrizó en el helipuerto en la azotea del edificio de enfrente y contuve la respiración por un momento, esperando que Derek saliera. Él ya estaba vestido con un traje oscuro, el cabello perfectamente peinado y llevaba gafas de sol. La escena frente a mí podría fácilmente ser una sesión de fotos de revista o un comercial de relojes Omega. Ese tipo sabía bien llevar un traje.

Su administradora lo recibió en la puerta. Por la forma en que hablaba agitando los brazos con urgencia, lo necesitaban en algún lugar. Tomé mi teléfono y escribí un mensaje para él.

¿Almorzamos?

Echó un vistazo a su pantalla antes de desaparecer por la puerta. Un minuto después, su mensaje de texto llegó con un fuerte ping.

Necesito un informe del año hasta la fecha sobre adquisiciones recientes. ¿Puedes traerlo?

Claro. De camino, había visto esa solicitud en mi teléfono. Me reí. O tal vez Derek solo quería una excusa para llevarme a su oficina. Habíamos estado separados durante tanto tiempo que, seguramente, yo no era la única que pensaba en sexo. ¿Qué tenía en mente? Miré mi falda y mi blazer, contenta de haber decidido usar un sujetador de encaje, ropa interior a juego y las medias altas hasta el muslo. Sí, dos semanas era mucho, mucho tiempo.

Me dirigí a la puerta, pero me detuve. No es que a Derek le importara lo que pensara la gente, pero ¿qué aspecto tendría si me presentaba en su oficina con las manos vacías y me quedaba una hora? O dos. Corrí a mi escritorio y agarré mi teléfono y el primer archivo que encontré, uno rojo que se destacaba en mi mano.

De camino a su oficina, me encontré con mi jefe, que tenía un millón de preguntas sobre el informe de adquisiciones. Hoy era popular. Respondí a sus preguntas lo más rápido que pude. Cuando finalmente respiró, lo detuve. «¿Qué te parece si te envío el informe por correo electrónico cuando regrese a mi oficina? De esa manera lo tendrás todo en un solo lugar. Ahora mismo voy tarde a una reunión».

«Está bien. Tengo lo que necesito por ahora, pero envíame ese informe». Me dijo eso, básicamente, en la parte posterior de mi cabeza. Derek era todo en lo que podía pensar en ese momento.

La oficina de Derek estaba un piso por encima de la mía, en el extremo opuesto del edificio. Hice lo mejor que pude para caminar a paso ligero por el laberinto de oficinas en forma de cubículo sin parecer demasiado desesperada. Mi sangre se aceleró por la anticipación. Todavía podía sentir las manos de Derek deslizándose por mi espalda desde la última vez que estuvimos juntos. El recuerdo me mojó tanto que todo lo que pude hacer fue no salir corriendo.

Cuando llegué a su área de recepción, su administradora me hizo un gesto para que pasara. Me sonrojé, mis orejas ardían. Como siempre pasaba cuando él estaba cerca, una pequeña chispa brotó justo en medio de mi pecho. Solté el aire y entré a su oficina.

Mi cara se incendió cuando diez pares de ojos diferentes, incluido Derek, se giraron para mirarme, mientras sostenía una tonta carpeta roja.

Mierda. Hablaba en serio sobre el informe.

El ceño fruncido en el rostro de Derek me detuvo en seco. ¿Se suponía que su administradora me anunciara ya que tenía compañía? Miró mis manos.

«¿Es ese el informe que pedí?». Utilizó su tono de “esto es una reunión de negocios”, y eso envió una oleada de vergüenza por todo mi cuerpo. Aun así, no hizo nada para arreglar la humedad entre mis piernas. *Mierda.*

«Sí», dije de reojo a la etiqueta del frente. Había traído los proyectos de la escuela de verano de Max. «Pero, acabo de recordar que tengo un archivo más actualizado en mi computadora. Iré a buscarlo».

Su mirada azul se movió lentamente de mí a los cuatro hombres sentados frente a él, luego a su teléfono. Escribió algo y lo arrojó sobre su escritorio.

«No es necesario. Solo danos una actualización rápida ahora». Hizo un gesto hacia la única silla vacía en su oficina.

Exhalé el aire lentamente entre mis dientes y me arrastré hasta mi asiento asignado. Había preparado la actualización durante el fin de semana. Sabía exactamente lo que había en él, pero

por más que me esforzaba, no podía encontrar las palabras. Lo único que podía ver en mi mente, destellando en rosa neón, eran las palabras, *no te llamé aquí para un rápido revolcón en mi oficina*. Dejé el móvil sobre la mesa de café, pero mantuve la carpeta apretada contra mi pecho.

Su teléfono sonó en el momento en que mi trasero tocó el suave asiento de cuero. Levantó un dedo.

«Un segundo. Es la línea urgente». Se puso el auricular en la oreja y escuchó mientras yo lo miraba con lujuria.

Extrañé su perfil cincelado y sus labios carnosos. La luz hacía que su cabello rubio pareciera más oscuro de lo que sabía que era cuando el sol lo tocaba. Se inclinó hacia adelante y su chaqueta de traje se estiró alrededor de sus hombros y bíceps. Dios, el hombre era hermoso.

Eché un vistazo de reojo a los hombres sentados a mi lado. No dejaban de mirar sus relojes, como si tuvieran que ir a algún lado. Después de unos minutos, Derek finalmente dejó caer el teléfono sobre la base.

«Caballeros, parece que tendremos que reprogramar para después del almuerzo». Se sentó en su silla ejecutiva, sus largos dedos agarrando el apoyabrazos. «Algo surgió. Necesito ocuparme de eso de inmediato».

Todos se pusieron de pie de un salto, asegurándole que no era un problema en absoluto. Yo también me levanté, escondiendo la etiqueta en mi carpeta roja. Tenía una salida y tenía que aprovecharla.

«Valentina. Quédate. Tengo un minuto. Si puedes darme una actualización rápida, te lo agradecería».

«Claro». Asentí y di un paso atrás para dejar pasar a los hombres. Si el piso se abría ahora y me tragaba, estaría bien con eso.

Derek se levantó de su silla y caminó tranquilamente hacia la puerta para despedir a su equipo. Cuando regresó, se apoyó en el apoyabrazos del largo sofá en el área del salón de su oficina. Me acerqué a él y me extendió la mano. «Déjame ver eso».

«No».

«¿No?». Me miró con los ojos entrecerrados, un atisbo de sonrisa formándose en sus labios.

Levanté la mirada y luego la bajé, antes de finalmente ceder y empujar la carpeta en sus manos.

La abrió y se rió entre dientes.

«Pensé que reconocía esto». La arrojó sobre la mesa de café detrás de él, sacudiendo la cabeza. «Vamos a verla».

¿En qué estaba pensando?

«¿Ver qué?», pregunté.

«Tenías un plan cuando entraste a mi oficina hace cinco minutos. ¿Cuál era?». Se agarró el borde del apoyabrazos con ambas manos, cruzando las piernas a la altura de los tobillos.

La pequeña chispa en mi pecho se hizo más grande y se extendió hasta mi centro.

«No tenía ningún plan», admití porque lo único que pensé cuando me envió el mensaje fue en venir aquí y tener sexo. Todo lo que podía pensar era en tocarlo y sentir su peso sobre mí otra vez. Pero ahora estaba un poco enojada. Podría haber sido más explícito. Algo como, “oye, solo estoy aquí para trabajar, tráeme el informe. Nada de sexo. No seas mal pensada”. También podría borrar esa sonrisa cómplice de su rostro.

«¿Qué te hace pensar que tenía un plan?». Crucé los brazos sobre mi pecho para cubrir mis pezones endurecidos.

Se frotó un lado de la cara.

«Las medias altas hasta el muslo. Sabes que me vuelven loco. Aunque no pueda verlas, sé que es el único tipo que usas».

Si eso era cierto, ¿por qué seguía estando a metro y medio de distancia de mí? ¿Por qué no me había arrancado la ropa ya y se había salido con la suya conmigo en el sofá?

«Tengo que ir a una reunión». Corrí hacia la puerta. Antes de que pudiera abrirla, su gran mano la presionó, impidiendo que saliera.

«No lo creo». Su voz era profunda y llena de declaración. Me llevó de regreso a la sala de estar hasta que mi trasero golpeó el respaldo del sofá. «Tenías un plan. Muéstrame qué era».

Me agarró de la cintura y se movió para quedar atrapado.

Podía irme o podía quedarme y conseguir lo que había venido a buscar.

Deslicé mis manos dentro de su chaqueta y la empujé para sacarla de sus hombros. Su mirada oscura se quedó en mí mientras le quitaba la camisa de vestir. Un gemido bajo, como un siseo, escapó de sus labios cuando pasé mis manos por su pecho musculoso. Sus pectorales estaban más duros de lo que recordaba. Parecía que el cuerpo duro de Derek era directamente proporcional a la cantidad de estrés que tenía en el trabajo. Cuanto más se le aplicaban, más tiempo pasaba en su ring de boxeo. Estas últimas semanas deben haber sido un infierno para él.

«Ahora tú», su voz se escuchaba tensa.

El autocontrol era el superpoder de Derek. Dejé de fingir y me quité rápidamente la chaqueta y la blusa de seda. Sentía la piel caliente de necesitarlo tanto. Sus labios se separaron cuando finalmente dejé que mi falda se amontonara a mis pies.

Me acunó la cara y me besó con fuerza.

«Joder, Valentina. ¿Viniste a trabajar con eso debajo?».

Su boca estaba cálida y sabía a chicle de canela. Me derretí en él, jugueteando con su cinturón.

«La puerta», jadeé entre besos.

«Ya la cerré».

Agarró mi trasero y envolvió mis piernas alrededor de su cintura mientras caminaba alrededor del sofá y se sentaba conmigo a horcajadas sobre él.

«Valentina. ¿Cómo lo haces? ¿Cómo haces que me olvide de todo?». Me liberó de mi sostén y chupó mis pezones doloridos, cambiando de un lado a otro hasta que no pude esperar más.

«Te necesito ahora», le susurré al oído. No me importaba que mi voz estuviera mezclada con un deseo desesperado.

Él ahuecó mis nalgas y me levantó lo suficiente para darle espacio para recostarse sobre los cojines con la cabeza sobre la almohada decorativa. Mis muslos rozaron sus costados mientras descansaba sobre él, con mis pechos al aire y sin idea de qué hacer a continuación. Mi confusión debió haberse registrado en mi rostro porque colocó ambas manos detrás de su cabeza y me sonrió. Sus bíceps sobresalían a ambos lados de él.

«Tu espectáculo».

«¿Qué?».

Se arqueó debajo de mí para ponerse cómodo, como si se estuviera preparando para ver una película o algo así. La sonrisa que se dibujaba en su labio era a la vez irritante y excitante.

«Me quieres dentro de ti. Adelante».

CAPÍTULO 2

Esto éramos nosotros

DEREK

Acomodé la almohada bajo mi cabeza para poder tener una mejor vista. Mi autocontrol estaba fallando como siempre sucedía cuando se trataba de Valentina. Su inocencia me volvía loco. ¿Cómo no se daba cuenta de lo hermosa que era? Jesús, casi pierdo la cabeza cuando entró a mi oficina con sus medias negras, lista para tener sexo. Si mi equipo no hubiera estado sentado frente a mí, la habría tomado allí mismo.

Ella acomodó su peso sobre mí, realmente perdida en lo que debía hacer a continuación. Eso era culpa mía. Desde que nos conocimos, mi deseo por ella había sido tan intenso que nunca le di la oportunidad de explorar sus propias necesidades. Podría hacerlo mejor, comenzando ahora mismo.

Mantener mis manos alejadas de ella era un infierno, especialmente cuando sus pechos llenos se balanceaban a menos de un pie de distancia, burlándose de mí, volviéndome loco. Tenía esos pezones rosados oscuros y puntiagudos que rogaban ser chupados. Apreté la almohada con más fuerza cuando la parte interior de su muslo musculoso tocó mi costado. Mi mirada siguió el camino desde su pierna, hasta su cadera redonda, la inclinación de su cintura y su rostro.

«Te estás sonrojando. ¿Por qué?», pregunté para distraerla y sacarla de su cabeza. Quería que se soltara y me mostrara lo que quería.

«No debería desearte tanto».

Pestañas largas tocaban su mejilla mientras bajaba la mirada y observaba cómo sus dedos se deslizaban por mi pecho y estómago. Jesús, cuando frotó su trasero contra mi erección, mi pene gritaba que la tomara de una vez. Apuesto a que no se dio cuenta de que ella lo estaba haciendo.

«Dime. ¿Te tocaste mientras no estaba?». Su cabeza se giró hacia mí, con los labios entreabiertos. Eso era un maldito sí. «Muéstrame».

Líneas de expresión atravesaron su frente mientras buscaba la respuesta. Si no hubiera sido su primer pensamiento, estaba a solo un minuto de hacer lo que le había pedido. Su mano pasó lentamente por mi ombligo y exhalé. La mirada inocente en su rostro era muy excitante. Valentina era feroz y protectora de todos los que amaba, su hijo Max, sus padres y ahora yo. Pero cuando se trataba de sus propias necesidades, todavía sentía que no merecía mucho.

Cuando nos conocimos, yo había tocado fondo en mi vida personal y en los negocios. Ella era la extraña en la cafetería que se sentaba tímidamente en la esquina, ansiosa por liberarse. Había sido un infierno mantenerse lejos de ella durante todo el semestre de primavera.

Pero en ese momento, no tenía nada que ofrecerle. Hasta que un día, se derrumbó con su café con leche porque el acuerdo de su alquiler no había funcionado. Estaba sola, junto con su hijo. En un momento de debilidad, le ofrecí mi ayuda. Ella me la negó, por supuesto. Y entonces me

di cuenta de lo mucho que la quería, la necesitaba en mi vida. Si pudiera, le daría el mundo.

«Vas a tener que quitarte esto primero». Extendí la mano y jalé el encaje de su ropa interior. El dorso de mis dedos rozó su piel suave y casi la pierdo. Con una respiración profunda, puse mi mano detrás de mi cabeza otra vez y dejé que ella descubriera la logística.

Obtuve lo que pedí y más cuando ella me empujó y plantó ambos pies sobre la alfombra de felpa debajo de nosotros. Miró hacia abajo, su largo cabello cubría la mitad de su rostro, y se quitó la ropa interior. ¿Cómo era posible? Era más hermosa de lo que recordaba. La última vez que estuvo frente a mí así, lamí y mordisqueé cada centímetro de ella, pasé mis manos sobre sus piernas bronceadas y su piel suave.

Valentina arrastró sus pies hacia adelante, su coño desnudo y orgulloso mientras mi pene permanecía atrapado en mis pantalones. Era una completa agonía, pero esto se trataba sobre ella y no sobre lo que yo quería. Su mirada marrón oscura cayó sobre mi pecho y lentamente bajó hasta mi entrepierna. Mi erección se endureció bajo sus ojos codiciosos. Tal vez necesitaba un poco de ayuda. Me agaché, desabroché mi cinturón y bajé mis pantalones hasta mis rodillas.

«Oh», ella me sonrió y se arrodilló.

«No». La sujeté de los brazos y la hice sentar sobre mí como antes, aunque en mi mente sus deliciosos labios ya me estaban chupando con fuerza. Su trasero se frotaba contra mí, y por ahora eso era suficiente. «Déjame ver cómo te tocas».

Oh, articuló sin soltarlo, haciendo pucheros con los labios.

Ay, cariño.

Cuando no hizo ningún esfuerzo por complacerme, tomé su mano y coloqué sus dedos índice y medio en mi boca y chupé suavemente. Ella cerró los ojos con fuerza. Sentí que podía dominar el mundo cada vez que me mostraba cuánto la excitaba.

«Cuando estoy lejos de casa, solo en mi habitación de hotel, todo lo que puedo pensar es en ti». Solté su mano. «Me acuesto en la cama en medio de la noche y fantaseo contigo frotando tu clítoris, haciéndote correr».

Tragó saliva y sacudió la cabeza una vez. Tuve la sensación de que mis fantasías eran acertadas. «¿Alguna vez piensas en mí cuando te tocas?».

Ella asintió. Su sexo goteaba y aún no podía decidirse. La agarré por las caderas y la moví hacia mí. El cambio repentino de dirección la hizo caer hacia atrás y exponerme su lindo coño. Un hombre solo puede tener cierto autocontrol. Ella bajó la mirada y una leve sonrisa se dibujó en sus labios. Apartó la mirada de mí, colocó la palma de su mano sobre sí misma mientras apoyaba la otra mano en mi muslo y hundía las uñas en mi piel.

Solté un suspiro, coloqué un dedo índice bajo su barbilla y la levanté hacia mí. Sus labios se separaron cuando encontró mi mirada y aumentó el ritmo de sus embestidas en su montículo. Continuó así durante varios segundos mientras yo disfrutaba de su hermoso cuerpo. No rompió el contacto visual, ni siquiera cuando se estremeció al comienzo de un orgasmo y dejó escapar un gemido silencioso y sensual.

«Ahora puedo llevarme esta imagen conmigo a donde quiera que vaya».

A pesar de todas sus dudas, ahora que había comenzado, no iba a detenerse hasta que estuviera satisfecha. Yo había muerto y había ido al cielo. La observé darse placer, frotando el vértice de su sexo y tirando de su labio exterior, luego de sus pliegues. Jesús, la levanté por la cintura y la senté sobre mi eje. Me enfundó, húmeda y cálida.

«Te deseo tanto, joder». La envolví con mis brazos y acerqué su boca hacia la mía.

«Yo también». Ella gimió, pero no detuvo el ritmo que llevaba. Balanceé mis caderas contra ella y seguí su ritmo.

Esto éramos nosotros.

Me incorporé y embestí con fuerza dentro de ella. Dos semanas sin ella en mis brazos habían sido una tortura pura. Cuando llegó al clímax, envolvió sus brazos alrededor de mi cuello. La besé antes de que gritara mi nombre, como siempre hacía. Con los labios sobre los suyos, me sumergí en ella hasta que encontré mi propia liberación también.

Desde el primer día, supe que Valentina era la indicada para mí. Tenía la capacidad de derribarme y luego hacerme encontrar mi centro. Mi verdadero centro. Si no fuera por ella, flotaría en algún agujero negro en el espacio. Sí, me llevó varios meses encontrar el valor para admitirme a mí mismo que estaba enamorado de ella, pero ahora que estábamos aquí, de ninguna manera la dejaría ir. ¿Por qué diablos no estábamos casados todavía?

«Eres tan perfecta para mí». La abracé fuerte mientras su aliento caliente se extendía desde el lugar detrás de mi oreja y bajaba por mi espalda.

«Cásate conmigo».

«¿Eh?», se apartó para mirarme a los ojos. «Ya estamos comprometidos, ¿recuerdas?». Señaló el diamante canario de tres quilates que llevaba en el dedo frente a mí.

Eso no era suficiente para mí. La quería completa.

«Estar comprometido no es lo mismo que estar casado. Ha pasado un mes entero y todavía no has fijado una fecha. ¿Por qué?».

«Un mes no es mucho tiempo. Y ha sido una locura con la escuela de Max y mi trabajo. Has estado viajando mucho». Se echó hacia atrás y cortó la conexión. De repente tenía prisa por vestirse. Tomó su ropa interior de la mesa de café y se la puso. La agarré de la muñeca y la mantuve en su lugar, lejos del resto de su ropa y cerca de mí.

«Espera. ¿No tienes una reunión urgente a la que tienes que ir?», me cuestionó.

Me reí entre dientes. «No, eso lo inventé. Cuando te vi con esas medias y la carpeta escolar de Max, le envié un mensaje a Sam y le pedí que me llamara diciendo que tenía una reunión urgente.

«Lo supiste desde el momento en que entré, ¿no? Sabías por qué estaba aquí».

Se avergonzaba con tanta facilidad. Y hoy, yo tenía la cabeza tan metida en el culo que no pensé en tomarme un tiempo libre para estar con ella. Fui directo a la oficina, por el amor de Dios. ¿Qué clase de imbécil hace eso?

«Me alegro de que a uno de nosotros se le haya ocurrido. Pero no cambies de tema».

«No lo hago».

«Te hice una pregunta. Respondiste con excusas. ¿Por qué no has fijado una fecha?». La miré a los ojos y sus bonitas mejillas se sonrojaron. Mi miembro reaccionó de nuevo. Tal vez tenía razón. Necesitábamos estar vestidos para tratar esto. La solté, me subí los pantalones y me puse la camisa.

«Está bien, ¿qué pasa? ¿Estás dudando?».

«No». Prácticamente se dio la vuelta para mirarme. «¿Tú?».

Me deslicé hacia atrás en el sofá. Ella se acercó, se arrodilló en el cojín a mi lado y se sentó sobre sus talones. «Quiero una vida contigo. Eso no ha cambiado». Apoyó el codo en el respaldo.

«¿Y qué ha cambiado?».

Había estado viajando mucho. Después de mi divorcio y de haber estado fuera de la empresa durante un año, tenía mucho que ponerme al día, viejas decisiones ejecutivas que revocar y simplemente deshacer el daño general que Bridget, mi exesposa, había hecho cuando estaba a cargo. «

«Los viajes deberían disminuir en un mes más o menos. No te rindas conmigo todavía», le

aseguré.

«No es eso». Se acercó un poco más y colocó su palma sobre mi pecho desnudo. El aroma de su excitación todavía estaba en sus dedos. Tomé su mano y la besé. Ella se sonrojó. «No estoy segura de ser quien necesites».

Solté una carcajada y me incliné hasta que ella quedó boca arriba y yo encima. «Pasé un par de semanas fuera de casa. Eso fue todo lo que necesité para volver a ser el de antes, olvidarme de vivir y no hacer nada más que matarme trabajando. Te tomó menos de cinco minutos deshacer todo eso. Te necesito como necesito el aire. Cásate conmigo».

Se le llenaron los ojos de lágrimas y me ahuecó la cara.

«Quiero eso. Más que nada. Te deseo. Quiero que seas todo mío».

Presioné mis labios contra los suyos.

«Entonces elige una fecha».

«Finales del verano». Pasó la mano por mi frente.

«Tienes que ser más específica que eso». Levanté una ceja.

«El veintiuno de septiembre». Puso los ojos en blanco.

«Hecho».

«Espera. ¿Qué?».

«Me gusta esa fecha. Solo falta un poco más de un mes. Puedo vivir con eso».

«¿Por qué siento que me engañaste para hacer eso?». Si sus lindos ojos pudieran disparar dagas, lo harían ahora mismo. Me dio una palmada en el hombro y luego me miró a los ojos, con el pánico escrito en toda su cara. «¿Lo haremos?».

«Lo vamos a hacer». Me puse de pie y me abroché la camisa antes de meter mi pene en mis pantalones. «Primero lo primero». Me dirigí a mi escritorio y cogí el teléfono. «Sam, me voy a tomar el día libre. Cancela mis reuniones por el resto de la tarde».

«Eh. Por supuesto. ¿Debo cancelar también la agenda de Valentina?», preguntó.

Apuesto a que estaba sonriendo de oreja a oreja. ¿Podía oírnos a través de la pared? ¿A quién le importaba?

«Sí, buena idea. Adelante, cancela las reuniones de Valentina».

«No hagas eso», Valentina corrió a mi lado.

«Sam, déjame llamarte en un minuto». Colgué. «Puedo hacerlo mejor. Te he dejado sola durante semanas. No es así como quiero que sean nuestras vidas. Han pasado semanas y todavía no has elegido una fecha para la boda».

«Acabo de hacerlo», señaló el sofá como prueba.

«Sé que todo esto es culpa mía. Ahora soy yo quien lo arreglará. Vámonos de vacaciones y resolvamos esto». Era ahora o nunca. Había postergado la visita a la casa de mis padres porque no estaba seguro de cómo reaccionaría mamá. La última vez que nos vimos, no dejamos las cosas en buenos términos. Pero ese era el antiguo yo. Eso había sido antes de conocer a Valentina.

«¿Qué tienes qué hacer? ¿Puede esperar hasta mañana?».

Se apartó el pelo de la cara con los dedos.

«Solo el informe de adquisiciones del año hasta la fecha».

«Lo sé». Esa también era mi prioridad hoy. «Pero todo eso puede esperar un día».

«¿Qué pasó?». Se apartó con una mirada intensa en los ojos, esa que yo había llegado a reconocer como su mirada de trabajo.

«Bridget aprobó una propuesta al cliente que recortaba gastos en un área en la que no había posibilidad de hacer recortes».

Lo había hecho porque en ese momento estaba segura de que podía vender mi empresa en partes y con dinero en efectivo. Bridget era inteligente. Sabía que nada de eso funcionaría, especialmente desde un punto de vista legal. Pero había convencido al cliente de que podía hacerlo más rápido y más barato solo para que firmaran el contrato y financiaran su maldita adicción.

«Me di cuenta». Valentina tomó su teléfono móvil de la mesa de café y comenzó a desplazarse por la pantalla. «¿Por qué lo hizo?».

«Quería que la empresa pareciera austera en papel y así poder atraer compradores».

«¿Y luego? ¿Simplemente estafó a nuestros clientes por millones por algo que nunca tuvo la intención de hacer?».

«Exactamente».

Primero, tuve que ceder ante nuestro cliente. Luego, tuve que aceptar entregar lo que prometimos al precio de costo. En este punto, no ganar dinero en el trato significaba ganar. Tenía que agradecerle a Bridget por eso. Frotándome una mano sobre la mejilla, me apoyé en el borde de mi escritorio. De repente me sentí cansado. «Como sea, eso es culpa mía, pero puedo arreglarlo».

«Oye», Valentina me besó el hombro. «No tenías forma de saber lo que estaba tramando. Su juego no es culpa tuya».

Un calor brilló dentro de mí ante sus palabras. Me sonrió y yo le devolví el gesto sin esfuerzo. Tenía tanto miedo de quererme. ¿Qué pensaría si le dijera que me aterraba perderla? ¿Seguiría mirándome como lo estaba haciendo ahora? Probablemente no. Finalmente se daría cuenta de que no era el caballero de brillante armadura que ella creía que era. La necesitaba conmigo. Para siempre.

«Basta con eso», frunció el ceño. «¿Cómo lo arreglamos? ¿El cliente estaría de acuerdo en retrasar el proyecto unas semanas más?».

«Oh, no. No me obligarás a decir nada más. No más trabajo por hoy. Mañana», la atraje hacia mí. «Como jefe del jefe del jefe de tu jefe, te doy permiso de tomarte el día libre».

«Realmente has renunciado a todo decoro y pretensiones en lo que respecta a la oficina, ¿verdad?», ella se rió.

«¿Qué pretensiones? Todos saben que estoy locamente enamorado de ti. Y saben que eres brillante en lo que haces. Si te vas, sufrirán durante meses, si no es que por años. Y ellos lo saben». Le quité la chaqueta y la arrojé hacia mi silla.

«Entonces, ¿por qué pasar por toda esa farsa con tu equipo de trabajo? Podrías haberles pedido que salieran y ya».

«Parecías tan avergonzada por el malentendido», besé su cuello.

«No me lo recuerdes. Estaba mortificada». Su piel se sonrojó bajo mi toque.

«¿Ves? No quería que supieran que íbamos a tener sexo en mi oficina todo el día», ahuequé su pecho, sintiendo ese pequeño bulto apretado a través de la tela sedosa de su blusa.

«Son las diez de la mañana. No podemos dejar todo, así como así».

«Tienes que empezar temprano si vas a estar así todo el día».

Su risa era lo único que necesitaba para saber que había tomado la decisión correcta. No solo por hoy, sino por el resto de mi vida. Levanté el teléfono y llamé a Sam para asegurarme de que nuestras agendas estuvieran despejadas.

«Sabes que ella está enterada de lo que estamos haciendo aquí».

Me encogí de hombros. «¿Quieres ir a otro lugar? ¿Qué tal si volamos a Vail? El helicóptero está aquí. Podríamos llegar a tiempo para el almuerzo. Em estaría más que feliz de quedarse con

Max si quieres pasar la noche allá».

«Eso suena tentador».

«Podríamos tener más sexo de ese que me prometiste».

«No prometí nada».

«No estoy de acuerdo. Prometiste casarte conmigo el veintiuno de septiembre». La besé antes de que pudiera protestar. ¿Qué era lo que realmente la retenía? Estábamos destinados a estar juntos. Ella tenía que saberlo. Separé los labios y ella pasó la lengua por mis dientes. ¿Por qué era eso lo que más me excitaba? Me aparté un poco y dejé que lo intentara de nuevo. Le gustaba que fuera intenso, pero tenía demasiado miedo o era demasiado tímida para exigirlo. Cuando se acercó, levantó mi mano de su cintura y la presionó contra su pecho. Profundicé el beso y fui recompensado con un gemido.

«Soy tuya», susurró.

«Lo sé. Así que, sobre septiembre». Hice una pausa para darle efecto. Ella exhaló, pero aparte de eso no emitió más quejas sobre la fecha. «Antes de que llegue ese momento, necesitamos hacer un viaje a Atlanta. Creo que es de mala educación que los padres del novio conozcan a su novia el día de la boda. Me da la sensación de que se puede considerar una boda forzada».

Se rió. «Un poco. Aunque nunca te obligaría a nada. ¿Lo sabes?».

«Lo sé. No cambies de tema».

«Está bien. ¿Cuándo vamos?».

«¿Qué tal la semana que viene?».

Se inclinó hacia atrás y miró hacia el techo, como si la excusa perfecta que quería decir estuviera escrita allí. La verdad era que entendía su vacilación. Conocer a los suegros era algo importante. Yo estaba hecho un desastre cuando conocí a sus padres el mes pasado. La madre de Valentina se parecía tanto a ella que fue fácil conversar con ella y hacer que me quisiera. Su padre, el policía retirado, era otra cosa. Mi madre no era policía, pero tenía sus reservas sobre que me casara con alguien tan pronto después de mi divorcio. Había perdido toda la fe en mi capacidad para elegir a la mujer adecuada esta vez, por eso quería que mamá conociera a Valentina y se enamorara de ella como yo lo estaba.

«Supongo que eso estaría bien».

«Mi familia te va a amar». Le agarré la cara con las manos para que me mirara y dejara de mirar el techo. «Creo sinceramente que todo lo que tienes que hacer es aparecer y verán por qué estoy tan enamorado de ti. Te darán *su bendición* y eso será todo».

Arqueó las cejas y abrió la boca, pero no le salieron palabras. Cuando no habló durante varios segundos, le besé la frente. Tenía una forma de encerrarse en su propia cabeza y dejarme fuera.

«Di algo».

«¿Tiene que ser tan pronto?».

«Sí. No tenemos mucho tiempo antes de la boda». Me preparé para el impacto porque definitivamente tendría un problema con lo que estaba a punto de pedirle.

«Estaba pensando que podríamos quedarnos en Atlanta durante todo un mes».

Saltó de mi escritorio y se abrochó la blusa.

«¿Qué?».

CAPÍTULO 3

No corras

VALENTINA

¿Su bendición?

¿Necesitábamos la bendición de su familia para casarnos? Después de esa intensa llamada telefónica con su madre el mes pasado, pensé que se había dado por vencido. Debería haberlo sabido mejor. Caminé alrededor del escritorio de Derek y agarré mi saco.

«No hagas eso».

«¿Hacer qué?», lo miré.

Si bien su mirada podía ser a veces intensa e intimidante, también tenía un lado tierno, una serenidad que era contagiosa. Disminuí la velocidad y solté un suspiro.

«Puedo ver cómo las ruedas de tu cabeza giran fuera de control», levantó las manos.

«¿Qué pasará con Max?», pregunté.

«Lo entiendo. ¿Qué tal esto? Vayamos a algún lugar a almorzar y hablemos de ello».

¿Unas horas con Derek? ¿Quién podría decir que no a eso?

«Podría comer». Su sonrisa sexy me hizo desear que me hubiera ofrecido algo más que el almuerzo. Pero tenía razón. Necesitábamos hablar, no repetir lo que habíamos hecho en el sofá. Todavía no me había recuperado por completo de ello. El orgasmo había sido más intenso que cualquier cosa que hubiera sentido jamás. Después de dos meses de sexo con Derek, eso era decir algo. Me froté un lado de la cara para que el hormigueo desapareciera.

Pasó la yema del pulgar por mi mejilla. «Vámonos antes de que cambie de opinión y te lleve de vuelta a la casa».

Como siempre pasaba con Derek, todo lo que tenía que hacer era enviar un mensaje de texto y las cosas se ejecutaban. Cuando llegamos a la plataforma de aterrizaje, el piloto del helicóptero ya estaba en su asiento, con el motor en marcha y esperándonos.

Derek gritó algunas instrucciones más a su administradora mientras sostenía mi mano. Miré a través del patio hacia la ventana de mi oficina. La vida de un multimillonario era algo que todavía no podía asimilar. Esta mañana, me había despertado pensando que pasaría el día confinada entre cuatro paredes, apagando los incendios habituales, asistiendo a reuniones e intentando avanzar en mis proyectos.

En cambio, me dirigía a almorzar a las diez de la mañana con Derek Cole. Subí al asiento trasero y dejé que me abrochara el cinturón y ajustara los auriculares sobre mis orejas. Volar me ponía nerviosa, pero la mayor parte de mi nerviosismo se disipó cuando deslizó su mano unos centímetros bajo mi falda lo suficiente para alcanzar la piel desnuda más allá de mis medias hasta el muslo. Presionó sus labios contra los míos. Atada como estaba, todo lo que podía hacer era tocar con mi palma su rostro recién afeitado.

«¿Alguna vez has estado en Vail?». Se acomodó en el asiento junto a mí y trabajó con destreza el arnés de cinco puntos alrededor de su pecho. Había volado en este helicóptero un millón de veces. Para él, esto no era nada.

«No», sacudí la cabeza.

¿No se daba cuenta de lo lejos que estaban nuestros mundos? Para Derek, el almuerzo en Vail era solo un almuerzo. Para mí, una chica de pueblo, era un lugar nuevo, una aventura que nunca había considerado. La mudanza más grande que había hecho sola había sido de Casa Grande a Tucson para ir a la escuela. Cuando era pequeña, papá nos llevó a la playa algunas veces. Nunca íbamos a ningún sitio que no estuviera a una distancia manejable. En mi mundo no existían helicópteros ni aviones privados.

«Es culpa mía. Debería haber pensado en esto hace mucho tiempo».

«¿Hace mucho tiempo? Llevamos un mes juntos oficialmente».

Mamá lo había llamado "un romance vertiginoso". En el lapso de cuatro semanas, Derek pasó de ser mi casero al hombre de mi vida. En verdad, la mudanza a su mansión no había sido un gran salto ya que la casa de alquiler que Derek me ofreció a principios del verano estaba situada al final de su propiedad. Una sonrisa se dibujó en mis labios al recordar su primer beso en esa cabaña. Nunca me habían besado así.

Me hundí en el lujoso cuero mientras el piloto nos sacaba del edificio. El patio y los edificios desaparecieron lentamente debajo de nosotros.

Derek me apretó los dedos y su voz profunda resonó en mis oídos.

«¿Te gustaría ver la casa desde aquí arriba?».

¿La casa? Se refería a su mansión. «Me encantaría».

Le hizo un gesto con la cabeza al piloto y se me cayó el estómago por el repentino cambio de dirección. El aire frío me sopló en la cara mientras nos deslizábamos con facilidad por el cielo azul. La estática de los auriculares y el estrecho espacio de la cabina hicieron que nos sintiéramos como si Derek y yo fuéramos las únicas dos personas en el mundo.

«Ahí está», señaló por mi ventana.

Sí, ahí estaba. El piloto disminuyó la velocidad, luego nos inclinamos e hicimos un amplio círculo alrededor de los terrenos, volando sobre *Las Nubes*, que era el nombre de la mansión de Derek. ¿Nuestra casa?

Las montañas Catalina brindaban una vista increíble desde la terraza fuera de su habitación, pero desde aquí arriba, eran parte del todo: la casa de cerca de mil quinientos metros cuadrados diseñada en forma de una gran *U* parecía envolverse alrededor de la montaña. Kilómetros de paisaje desértico se extendían más allá de su exuberante patio trasero, la piscina infinita, el campo de fútbol, las jaulas de bateo y la cabaña en el borde de la propiedad.

Sonreí al ver la pequeña casa que Derek me había ofrecido cuando nos conocimos. Cuando estaba desesperada por encontrar un hogar para mi hijo Max, ¿cuándo se daría cuenta de que no merecía nada de esto?

Golpeó la ventana de nuevo. «¿Ves la parte donde comienza el barranco?».

Asentí.

«Eso marca el final del límite de la propiedad».

«Jesús, básicamente eres dueño de toda la montaña».

Él se rió entre dientes. «Solo una parte».

«Lo estás haciendo de nuevo», lo miré a los ojos.

Me lanzó una de sus intensas miradas. Si no hubiera estado atada, me habría derretido en el suelo. Cuando miró al piloto, una estática seguida de un suave chasquido crepitó en mi oído.

Estábamos aislados del piloto. O al menos, nuestra conversación ahora era privada.

«¿Qué hice?», me preguntó.

«Estás usando tus artimañas multimillonarias para hacer que haga lo que quieres».

Se rió, sin sentirse ofendido por mi acusación. «¿Eso es lo que estaba haciendo?».

El calor me atravesó la piel y me moví bajo el arnés.

«Ojalá se me hubiera ocurrido llevarte en un viaje en helicóptero antes. Aquí, no puedes escapar de mí».

El piloto viró a la derecha. Nuestra vista cambió del desierto plano debajo de nosotros a un cielo azul salpicado de nubes blancas y esponjosas.

«No estás jugando limpio», dije.

«Estoy bien con eso». Su sonrisa decía que no iba a dar marcha atrás hasta conseguir lo que quería.

«¿De verdad quieres que vaya contigo durante un mes entero?».

«Tengo tres razones para eso. Primero, tengo otro viaje a Atlanta que requerirá que me quede allí durante un mes».

¿Un mes? Dos semanas habían sido un infierno. No estaba lista para pasar por eso otra vez tan pronto. «Podría visitarte».

«Lo sé, pero sabes que no será lo mismo».

«¿Cuál es tu segunda razón?».

«Una visita rápida para conocer a mis padres no será suficiente. Quiero que realmente te conozcan. Así que pensé que podríamos invitarlos por una semana o dos».

¿Por qué tuve la sensación de que esta visita para conocer a su familia acababa de intensificarse?

«¿Qué tienes exactamente en mente?».

Exhaló un suspiro y miró a nuestro piloto, como si tuviera las palabras precisas que necesitaba escuchar para decir que sí. La verdad era que, cuanto más decía, menos quería ir a Atlanta con él.

«Está bien. Te lo diré. No es malo. La única razón por la que dudo es porque tienes esa tendencia a huir de mí».

No se equivocaba. Incluso ahora, quería bajarme de ese helicóptero e irme a casa. Nunca reaccionaba bien al cambio. Aunque había estado trabajando en ello, cualquier tipo de cambio en mi rutina me asustaba muchísimo. «Estoy atada. ¿Adónde voy a ir?».

«Claro». Enganchó su dedo índice en el arnés y lo jaló. «Tengo una casa en Atlanta que es lo suficientemente grande para albergarnos a todos. Pensé que podríamos pasar el rato todos juntos».

«¿Pasar el rato juntos? ¿Fue idea de tu madre?».

«Sí».

«¿Por qué no me lo habías dicho?».

Odiaba la idea de estar en la misma casa que su familia. Solo por la presión de tener que estar en modo agradable las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Ya sabía lo que su madre sentía por mí. ¿Por qué me querría bajo el mismo techo que ella? ¿Para torturarme? ¿O hacer lo correcto por su hijo y conocerme mejor, y ver que no era una cazafortunas con piernas largas?

«Porque sé que estoy pidiendo demasiado. Mamá puede ser un poco excesiva a veces». Su honestidad me desarmó.

¿Qué no haría por este hombre que me amaba a mí y a mi hijo sin razón?

El auricular volvió a crujir y la voz del piloto se filtró a través de los altavoces. «¿Esto está bien? Puedo acercarlos más».

«No, con esto basta. Una caminata suena como una gran idea». Bajó la mirada hacia su teléfono. «Parece que nuestro almuerzo aún no está listo».

«Qué descaro. Han tenido dos horas completas», bromeé.

«Noventa minutos, en realidad», me guiñó el ojo.

Aterrizamos en un trozo de tierra que parecía haber sido acondicionado para un helicóptero, no exactamente una pista de aterrizaje, pero estaba lo suficientemente libre de escombros.

«¿Con qué frecuencia vienes aquí?», pregunté cuando el piloto despegó, dejándonos en un silencio extraño. Mis oídos no se habían adaptado a no tener el ruido fuerte a mi alrededor.

«No mucho. Bridget solía ir mucho a Vail», se frotó la nuca.

Mi cara se sonrojó al mencionar su nombre. La exesposa de Derek casi había logrado quitarle su empresa y todo por lo que él había trabajado tan duro. Lo había hecho para alimentar su adicción al juego y para pagar una enorme deuda que había contraído con un usurero.

A pesar de todo eso, él le había mostrado amabilidad al final y, a cambio del divorcio, había aceptado pagarle todo el dinero que debía y dejarla seguir su alegre camino.

«¿Crees que fue una buena idea?».

«Ella nunca ha estado en esta cabaña. Esto es solo para nosotros». Tomó mi mano y me atrajo hacia él.

Seguimos un sendero que bajaba por la montaña. A lo lejos, la cabaña de troncos estaba rodeada de pinos. Toda la escena tenía un aire de postal.

«En invierno, esta zona está cubierta de nieve. Puedes sentarte en el porche delantero y ver pasar a los esquiadores».

«Es hermoso».

Mis zapatos aplastaban las ramas mientras caminábamos hacia el claro. El olor a madera quemada y pino fresco flotaba en el aire despejado y me hizo pensar en Navidad, que era la única época del año en la que Casa Grande olía así.

«Eso que está ahí abajo es Vail Village». Señaló la línea de edificios con arquitectura de estilo alemán. Era como me imaginaba que sería un pueblo en los Alpes. «Podemos ir a caminar después de que te cambies».

Asentí. Iría a cualquier parte con él ahora mismo. Abrió la puerta principal y me hizo pasar.

En el interior, las paredes de abeto Douglas estaban adornadas con esculturas de animales. A un lado de la gran sala había lujosos sofás de cuero con mantas de colores, donde había una enorme chimenea de piedra de río que se extendía hasta el techo abovedado con altas ventanas a ambos lados. Al otro lado de la sala había cuatro sillas de cuero de gran tamaño frente a una estufa de hierro forjado. Esta era una casa enorme y exagerada, con cada centímetro de ella cubierto de madera.

«Hay cuatro habitaciones en el piso de arriba». Se dirigió a la cocina, donde un chef estaba cocinando algo en la estufa. «Gracias por venir con tan poca antelación».

«Un placer, señor y señora Cole». La chef me sonrió mientras sus dedos seguían cortando.

Abrí la boca para corregirla, pero decidí no hacerlo. «Huele increíble. Gracias».

La zona de la cocina estaba en la esquina opuesta a las salas de estar, debajo de la oficina del loft que estaba sostenida por gruesas vigas de madera.

«¿Esto es un oso?», señalé la cara que había al final de un tronco que cruzaba la viga portante.

Derek se rió entre dientes. «Sí. Es un oso. Muy acertadamente, el nombre de la cabaña es

‘Cabaña del Oso’.

«Qué lindo». En su mundo, las cabañas para osos eran una cosa. Y también los chefs privados. «Esto no era necesario».

«Lo era». Se sentó en el taburete de la barra y me atrajo hacia él. «No sé cocinar».

«Gracias».

«No me agradezcas todavía». Puse los ojos en blanco. Me había traído aquí para convencerme de su loco plan de pasar treinta días en Atlanta.

«Ya sabes que voy a decir que sí».

Me abrazó y supe que mis palabras eran ciertas. No podía decirle que no. Pero tenía más que decir y, a juzgar por su larga pausa, no quería que el chef lo supiera.

«Podemos encargarnos a partir de aquí», le dijo.

«Por supuesto». Mi equipo volverá más tarde para limpiar.

«Lo aprecio. Gracias».

«Fue un placer conocerla, señora Cole».

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, volví mi atención hacia Derek. «¿Eres tú quien está difundiendo rumores de que estamos casados?».

Se rió. «Es tu culpa. No me dabas una fecha. Pensé que sería más fácil si les decía que ya estábamos casados. Así evito toda esa conversación sobre cuándo es la boda y por qué tu prometida actúa como si estuviera teniendo dudas».

«Me metí de lleno en eso, ¿no?».

Se encogió de hombros con una mirada inocente en su rostro. «¿Por qué no vas a lavarte las manos mientras te preparo una deliciosa hamburguesa de alce? Después de que comas esto, tu vida nunca será la misma».

Me dio una palmadita rápida en el trasero y me empujó hacia el baño. «El tocador está más allá de las escaleras, junto a la entrada. Debería haber un cambio de ropa allí también».

Hice lo que me ordenó. Después de la corta caminata por la montaña, me dolían los pies con los zapatos que llevaba. Me quité toda la ropa y me puse los jeans y la camiseta que había en la bolsa Patagonia. Derek también había pensado en incluirme un jersey de punto. Soy una chica del desierto. Los calcetines y las botas suaves me hicieron sentir que pertenecía a esta casa.

Mientras me lavaba las manos, miré por la ventana hacia el arroyo que corría detrás de la casa. A lo largo del borde, un cachorro se abrió paso entre las rocas. Paseó hasta una zona de césped al costado de la casa y luego se dejó caer boca abajo. A Max le habría encantado este lugar. Salí del baño y me dirigí hacia la terraza delantera. El cachorro siguió persiguiendo algo por el césped, mordisqueando las malas hierbas de vez en cuando.

Se acercó a mí y me senté en cuclillas. Si se acercaba más a la barandilla, podría sacar una foto. ¿Qué comían los osos? ¿Bayas? Miré alrededor de la terraza en busca de algo con lo que tentarlo, pero no encontré nada. Qué pena. Nunca había estado tan cerca de un animal salvaje. El zoológico de Phoenix no contaba.

«Hola, amigo». Subí a la entrada. El cachorro me miró y avanzó felizmente hacia mí. Me reí, emocionada de que la cosa peluda quisiera interactuar conmigo.

«Si te acercas más, mamá osa vendrá por ti antes de que puedas decir selfie». Derek señaló hacia el bosque, donde un oso mucho más grande gruñó en nuestra dirección.

«Oh, Dios». Me arrastré hacia las puertas francesas y Derek.

«Debería haberte advertido sobre los osos. Cabaña de osos». Se encogió de hombros rápidamente.

«Ya lo entiendo».

«Podemos verlos desde adentro. Vamos». Me llevó detrás de la puerta y la cerró antes de apoyarse en el umbral. «Tal vez el cachorro sintió a la mamá osa en ti», bromeó.

«No soy una…», pero luego pensé en Max. Y en todas las veces que había sacado mis garras cada vez que alguien lo miraba demasiado tiempo. Incluso con Derek, pasé mucho tiempo tratando de mantenerlo alejado de Max. Al final, los dos se hicieron amigos rápidamente a pesar de mí. «Sí, está bien».

Se rió entre dientes y acomodó un mechón de cabello detrás de mi oreja mientras observaba al cachorro y a la mamá regresar al bosque. Yo también habría estado nerviosa de dejar que Max se alejara tanto.

«Aparece un oso grande y no piensas en ponerte a salvo. Pero me acerco y tu primer instinto es alejarte. No corras. Te necesito». Besó mi cuello.

No estaba corriendo, más bien enloqueciendo. Agarré su muñeca mientras sus dedos acariciaban mi sien. «Yo también te necesito. Simplemente no creo que todo esto sea para mí».

«Es una cabaña pequeña, ¿verdad?».

«La cabaña es ridículamente perfecta. Ya sabes a qué me refiero». Le di una palmada en el abdomen con el dorso de mi mano. La atrapó y la colocó sobre su corazón, mirándome con ojos cálidos. ¿Cómo era posible estar tan enamorada de alguien en tan poco tiempo? Miré hacia abajo. En nuestro tiempo juntos, nunca le había dicho lo insegura que me sentía. Los cuentos de hadas no eran reales. Él no podía ser real. No podíamos ser reales.

«No soy lo que te mereces», agité mi brazo en la dirección general de la cabaña como prueba. Él debería tener a alguien mejor que yo. Alguien que encaje en este magnífico lugar y en su vida multimillonaria, más grande que todo.

«Si soy honesto, eres mucho más de lo que merezco. Tu bondad, tu amor, esta familia que ahora tengo gracias a ti», exhaló un suspiro. El calor se filtró desde su camisa blanca y me calentó hasta el centro.

«Te amo. ¿Entiendes cómo funciona mi amor por ti? Hubiera saltado frente a ese oso para salvarte. Frente a cualquiera para protegerte. Valentina, moriría por ti. ¿Ves lo que quiero decir? Eres demasiado perfecta. Eres todo esto y yo no soy nada». *Nada* salió como una voluta de aire. No sabía que estaba allí, pero me sentí más ligera al decirlo finalmente. Entonces ahora él lo sabía y podía seguir adelante tal como su madre quería.

Me acarició la cara con su mirada azul determinante y llena de advertencia. «Nunca digas eso de ti. Eres todo para mí. Eres todo y punto», ladeó la cabeza y se inclinó para besarme.

Nunca me cansaría de sus labios. La suave curva de su lengua explorando y saboreando dentro de mi boca. Puse mi mano sobre su pecho. Su cuerpo estaba caliente al tacto. Me hacía doler por él, me dolía sentir su peso sobre mí, su deseo por mí.

«Di que sí», susurró. «Déjame mostrarte el resto de mí».

«¿Es esa tu tercera razón?».

«Lo es».

«Entonces sí», suspiré.

CAPÍTULO 4

Habla con ella

DEREK

Su mirada se posó en mi pecho desnudo. Todavía no entendía lo que me hacía cada vez que me miraba de esa manera. Me incliné hacia delante para besarla, pero me empujó contra la puerta. «Me trajiste aquí para hablar del viaje. Hablemos del viaje».

«Primero la comida».

«Está bien. No nos queda mucho tiempo».

«Tenemos todo el tiempo que quieras. Em ya sabe que podríamos llegar tarde. Ella cuidará a Max». Le acaricié la cara, deseando poder encontrar las palabras exactas para tranquilizarla sobre conocer a mi familia. No eran tan malos. Mamá podría necesitar algo de convencimiento, pero tenía un plan para eso.

«Está bien». Sacudió la cabeza ante la variedad de comida que tenía en la encimera de la cocina para nosotros. «Eres increíble».

El chef ya había hecho el trabajo duro: asar las hamburguesas, hornear panecillos frescos y preparar todos los condimentos desde cero.

«No haces nada normal, ¿verdad?».

«Espera a que pruebes estas papas fritas con trufa. También hay postre. Tarta de manzana, creo. O lo que quieras». Pasé mi brazo libre por su cintura y le besé el cuello.

«Oh, huele increíble». Se apartó de mi alcance y se dejó caer en el taburete. «Me muero de hambre».

Sus mejillas y labios rojos me decían que también tenía hambre de algo más. Yo también, pero la había traído aquí para hablar de nosotros, lejos del ajetreo y el bullicio de la oficina y el hogar. Tenía que comportarme, aunque fuera solo por una hora más. Miré mi reloj.

«¿Hay algo que quieras saber?».

Se comió una papa frita y gimió. «Dios mío. Tienes que probarlas». Tomó una papa con trufa de su plato, la mojó en la cátsup casera y me la dio. La salsa goteó por su dedo y sobre mi camisa blanca.

«Te lo dije. Envolví mis dedos alrededor de su muñeca y lamí sus dedos».

«Lo siento. Te lo eché encima». Saltó de su asiento para limpiar mi camisa.

«No te preocupes por eso. Espera a probar estas hamburguesas».

Le di un mordisco a la mía. Cuando Valentina comió la suya, gimió.

La carne estaba increíble, aunque no estaba seguro de que fuera digna de gemidos. Tal vez me había acostumbrado a ser el único que le producía reacciones orgásmicas.

«¿Bueno?», busqué el vino que el chef había dejado para nosotros.

«Esto es mejor que bueno. Es orgásmico».

Tosí, tratando de no atragantarme con el vino. Ella me volvía loco, sin importar lo que hiciera o dijera. Me encantaba eso de ella. La amaba. No podía creer que fuera mía. No podía creer que estuviera dispuesta a soportar mi mal humor y toda la locura de mi trabajo.

«Termina tu hamburguesa. Tal vez podamos hacer algo de eso más tarde».

«Me gustaría».

Cuando conocí a Valentina, ella pensaba que ya había terminado con los hombres y no quería volverse a enamorar en general. El padre de su hijo la había afectado mucho. Aunque al dejarla, le había hecho un favor. Poco a poco, había dejado atrás el pasado y se había rendido a lo que teníamos. Antes, el sexo ni siquiera estaba en su radar. Ahora estaba dispuesta a explorar y mostrarme ese lado de ella, el lado que nunca tenía suficiente.

«Estaba pensando que podríamos volar el lunes. Max es más que bienvenido a venir, si te sientes cómoda con eso».

Me miró con los ojos muy abiertos, siempre tan protectora de su hijo. Pero tenía que serlo. Durante tanto tiempo, habían sido solo ellos dos. «Ya empezó la escuela. No sé si quiero llevarlo a pasear. Y no quiero exponerlo a una situación en la que se sienta asustado».

«Está bien. Mi familia no da miedo, pero lo entiendo. ¿Qué tal si vienes conmigo y después de una semana, cuando veas que son buenas personas, él puede unirse a nosotros?».

«Eso podría funcionar. Puede faltar una semana a la escuela. Está acostumbrado a vivir con mis padres. ¿Quizá puedan venir y quedarse con él? Les encantaría. Lo extrañan mucho».

«Podría venir de visita cada fin de semana. Como cuando estabas en la escuela. Lo que quieras hacer. Quiero hacer esto lo más fácil posible». Volví a llenar su copa de vino. Ella hizo eso que siempre hacía, donde abría la boca para hablar, pero luego no salían palabras. Eso era que no estaba diciendo lo que quería decir. A estas alturas ya debería saber que no había nada que pudiera decir para hacer que la quisiera menos. «Suéltalo», le dije.

Bebió un poco más y se armó de valor. «Estaba de acuerdo con conocer a tu familia hasta que soltaste la bomba de “necesitamos su bendición”». Lo dijo tan rápido que tuve que tomarme un minuto para digerir lo que quería decir. «¿Y si no les gusto? ¿Me dejarías?».

«No. Por supuesto que no. Lo que quise decir fue que sé que te amarán. Así que, por supuesto que nos darán su bendición».

Me miró enarcando una ceja y sentí que podía ver a través de mí, lo cual era cierto. «¿Qué hay con tu mamá?».

Me pasé una mano por el pelo y dejé escapar un suspiro. Valentina ya había visto lo imbécil que podía ser. Lo rápido que podía perderme en mi trabajo y en mi visión de todas las cosas que quería hacer. En cierto modo, mamá había sido mi primera víctima, la primera persona que se quedó atrás debido a las metas que me había fijado para mí y para mi empresa. La dejé sola con su negocio y no hice nada cuando se hundió sin mi ayuda. Desde entonces, había intentado enmendarlo, pero el daño ya estaba hecho. Mamá tuvo que reconstruirse sola y no quería tener nada que ver conmigo.

«Espero que no pienses menos de mí», tuve que decirle.

Bebió un largo sorbo de vino antes de ponerse de pie junto a mí. La agarré por la cintura y la acerqué más. Sus manos se deslizaron desde mis hombros hasta mi cabello mientras se encajaba entre mis piernas.

«¿Cómo puedes pensar eso? Te amo. Lo que sea que hayas hecho, estoy segura de que tenías una razón para ello». Me dirigió una sonrisa torcida. «Dímelo». Usó mis propias palabras en mi contra.

«Antes de empezar, trabajaba con mamá. Tenía una empresa de gestión de patrimonio en la

que le fue bastante bien durante un tiempo. Básicamente, me enseñó todo lo que sé».

«¿Qué pasó?», me acarició mi cabello. Su paciencia era tan extraña y tan tranquilizadora para mí.

«Cuando se me ocurrió la idea de iniciar una empresa de comunicaciones, le pedí dinero». Puse los ojos en blanco. Solo un niño mimado pensaría que estaría bien extender la mano y pedir a sus padres cien mil dólares.

«¿Dijo que no?».

«Dijo que no». Me enojé. Sabía que la única razón por la que había dicho que no era porque quería que me quedara y trabajara para ella después de terminar la universidad. Era bueno en inversiones, le hice ganar bastante dinero, aunque era muy novato. De todos modos, la abuela, la madre de papá, falleció ese mismo año y nos dejó dinero a todos. Mis hermanos confiaron en mí lo suficiente como para darme su parte de la herencia».

«¿Espera? ¿Todos son propietarios de tu empresa?».

«Sí. Yo tengo el setenta y cinco por ciento. Los cuatro se reparten el resto. Créeme, les va bastante bien».

«Apuesto a que sí. Hablando de poner tu dinero en el bote correcto».

Me reí. «Sí, supongo que se podría decir eso. Los dividendos que reciben les permiten hacer lo que quieran».

«Hay tanto sobre ti que todavía no sé».

«Nuestro viaje será algo bueno. Tendremos tiempo para conocernos mejor».

«Nos estamos conociendo ahora».

«Sabes a qué me refiero», me dio un beso rápido en la mano.

«Entonces, ¿tu mamá no invirtió y te perdió de todos modos?».

«Cierto. Hablamos por teléfono. Sobre todo, cuando papá la obliga o cuando necesita que yo apruebe cosas de renovación. Nos portamos civilizadamente el uno con el otro, pero no es como antes. Yo era su favorito. Echo de menos eso. Toda esta distancia entre nosotros es culpa mía. Me recordaste lo importante que es la familia. Los quiero de vuelta».

Mamá tenía a mi hermano Wesley. Ella no me necesitaba y yo no la necesitaba a ella. Pero aun así la echaba de menos. Extrañaba hablar de trabajo con ella, recibir sus consejos y que ella escuchara los míos. Si ese no era el mayor impulso de confianza, no sabía qué lo sería. Ella me enseñó a escuchar mis instintos y a seguirlos. Los malditos instintos que obtuve de ella justo antes de dejarla para ser yo mismo. Qué forma tan jodida de decir gracias. Bebí un largo trago de vino.

La verdad es que podría haberme disculpado un millón de veces en los últimos años y no lo hice. Mamá tenía razón en estar enojada conmigo. ¿O tal vez no enojada? ¿Decepcionada? ¿Desilusionada? Siempre había dicho que llegaría lejos. Que podría conquistar el mundo si quisiera. Sí, llegué lejos, luego procedí a convertirme en un imbécil que alejaba a todos, que solo tenía tiempo para trabajar y tiempo para ganar más dinero.

Valentina pasó su dedo por mi ceja antes de besarme la frente. La había visto hacerle esto a Max muchas veces, cuando se lastimaba o hacía algo que ya le habían dicho que no hiciera. ¿Cómo un niño de seis años se las arreglaba para encontrar el coraje para decir "lo siento, mamá"? Una mejor pregunta era, ¿cómo podía un hombre adulto de veintiocho años no tener las pelotas para disculparse con su propia madre?

«Tu mamá te ama sin importar lo que pase».

A los ojos de Valentina, lo que había hecho no era de gran importancia. ¿Mamá sentiría lo mismo?

«Creo que tienes razón», me sonrió.

«¿Ahora la tengo?».

«Sí». Dio un paso atrás para encontrarse con mi mirada. «Un mes con ellos es probablemente lo que necesitas. Puedo ser tu amortiguador. Quiero decir, no puedo arreglar esto por ti, pero puedo estar ahí para ti. Habla con ella».

«No te merezco».

«Claro que sí. ¿Sabes qué más mereces? Pay», se dirigió al horno.

El dulce aroma de manzanas horneadas salió del horno cuando lo abrió. Caminó alrededor de la encimera de la cocina y colocó el pay en la rejilla para enfriar que el chef había dejado afuera. También había dejado helado de vainilla y champán en el refrigerador. Lo sabía porque había pedido esas cosas. Las imágenes de la última vez que bebí el vino a lo largo de la columna vertebral de Valentina destellaron en mi mente.

Palmeó la corteza mantecosa antes de meter el dedo en el relleno espeso. «Ay. Tal vez sea mejor dejarlo reposar un poco». Ella se chupó el dedo, mientras su mirada permanecía en la mía. Me puse de pie y caminé hacia ella.

Presioné mis labios contra los suyos. A esta altura, debería saber que, con Valentina, nunca podía ser solo un beso. Siempre era mucho más. Siempre necesitaba mucho más. Enganché mi dedo en su suéter de punto grande y lo dejé caer de sus hombros.

«Está bien, entonces no habrá postre», susurró.

Mi boca no se apartó de la suya mientras la empujaba de vuelta al sofá modular. Suspiró y se tumbó sobre los cojines, esperando a que yo hiciera lo mío, esperando a que le quitara la ropa, le besara las piernas, el sexo y esos pechos que me volvían loco cada vez que caían en mis manos. Pero ¿le gustaba eso porque a mí me gustaba hacérselo o le gustaba porque no sabía hacer nada más?

Puse mi rodilla en el borde del sofá y le acaricié el cuello. Ella frotó su rostro en mi palma. Sus grandes ojos marrones me miraban. El calor que emanaba de ella era muy excitante.

«Quítate la ropa», ordené.

Exhaló el aire, como si hubiera estado conteniendo la respiración mientras yo decidía qué camino tomar.

«¿Cuándo volverá el helicóptero a buscarnos?», preguntó Valentina, la directora de proyectos. Nunca podía soltarse a menos que tuviera un plan de qué hacer y adónde ir a continuación.

«Te lo dije. Tenemos todo el tiempo que queramos. Pantalones». Apoyé las manos en las caderas. «A menos que quieras probar algo diferente».

Se apartó el pelo de la cara, dejando unos mechones sudorosos pegados a un lado de su cuello. Podría tomarla ahora mismo y estaría contenta, pero se merecía más.

«¿Cómo qué?».

Su voz era un susurro mezclado con anticipación.

«No sé. Dímelo tú», le di una sonrisa que decía que estaría dispuesto a cualquier cosa.

«Um. No sé». Su pecho subía y bajaba.

Separó los labios. Sabía lo que quería, pero no lo diría. Le ofrecí mi mano. Cuando la tomó, la subí al sofá. Su mirada se movió de sus pies a mi cara mientras intentaba descifrar lo que se suponía que debía hacer a continuación.

«Sí, lo sabes. ¿Qué quieres?».

«A ti».

«Me tienes, aquí estoy».

Manchas rojas subieron lentamente desde su escote hasta su cara. *Ay, cariño, sabes exactamente lo que quieres. Pídemelo*. Ella miró hacia las ventanas que iban del piso al techo y la hilera de pinos que rodeaban la casa.

«Nadie puede verte. Aquí solo estamos nosotros». Intenté tocar su cadera, pero en su lugar cerré el puño y coloqué ambas manos detrás de mi espalda.

«¿Estás haciendo esto para torturarme?», ella colocó una mano temblorosa en la cinturilla de sus jeans.

Apuesto a que estaba mojada por mí. La adrenalina llegó en ráfagas mientras trataba de mantener el control y dejarle tener el tiempo que necesitaba para decirme qué hacer. «Tengo curiosidad. ¿Qué más hiciste mientras no estuve? ¿En qué pensabas?».

«En ti». Su voz tenía un tono ronco. Era el mismo tono que usaba cuando me pedía más.

«Dime qué quieres».

«Quiero que lo beses».

«¿Es eso en lo que pensabas?».

Ella asintió. Sus mejillas y orejas se pusieron de un rojo brillante cuando se desabrochó los jeans y bajó la cremallera. Mordiéndose el labio para reprimir una sonrisa, sacudió la cabeza una vez y me dio la espalda antes de quitarse los pantalones.

La había visto desnuda todos los días desde que estábamos juntos. ¿Por qué todavía le daba vergüenza dejarme verla? No es que me quejara. Con ella parada en el sofá, su bonito trasero estaba a la altura de mi pecho. No pude resistirme más y lo agarré, besándolo y mordisqueándolo mientras le quitaba la tanga.

Inclinándose contra mí, se quitó los pantalones. Cuando deslicé mi mano entre sus piernas, abrió más su postura y se rindió. «Tócame».

Jesús. «¿Sabes cuánto te deseo?».

Mi mano siguió la piel de gallina desde el interior de su muslo hasta que tuve su dulce coño en mi palma. Besé la línea de su columna vertebral y fui recompensado con un gemido. Ella meció sus caderas. Con cada pasada, sus pliegues se frotaban contra mí. Si las pollas pudieran caerse de deseo, yo perdería la mía ahora mismo, seguro.

La sostuve por detrás y dejé que guiara mis dedos hacia donde los necesitaba. La próxima vez que tuviera que viajar por negocios, sería difícil no pensar en ella así. Su pelo largo y suave y su culo en mi cara, su montículo en mi agarre y llamándome.

Después de unos momentos, se relajó y luego trató de encontrar su orgasmo. Se entregó a él y se dio la vuelta. La imagen que había pintado en mi mente antes apareció frente a mí. *Quiero que lo beses.*

«Eres tan hermosa». Me incliné y presioné mis labios contra su vagina. Chupé suavemente, soplando un aliento caliente en su interior.

«Oh, Dios mío».

Me encontré con su mirada, radiante. «Mejor que la hamburguesa, ¿verdad?». Su risa hizo que mi pene se sacudiera en mis pantalones. No pensé que pudiera soportar más esto. Quería estar dentro de ella.

«¿Eso estuvo siquiera en duda antes?», ella resopló y me agarró del pelo cuando volví a la tarea que me había encomendado. «Más fuerte», susurró.

«Ay, mierda», murmuré en su vagina y succioné con firmeza su clítoris. En la tercera vuelta, rozó su rodilla hasta mi cintura y llegó al clímax, presionándose contra mi cara.

Eso fue mi perdición. La dirigí hacia abajo sobre el cojín de cuero y me desabroché el cinturón. Se estiró en el sofá, pasándose la camiseta por la cabeza. Su sujetador de encaje negro

no hizo nada para contener sus pechos. Cuando se levantó, la suave tela se deslizó de su pezón. Me quedé allí y la observé esperándome.

«Oh, lo siento, señor Cole». Una mujer se acercó a la puerta de la cocina, sosteniendo una bolsa de mano y una aspiradora. «Me dijeron que se iría a las dos de la tarde».

Mierda. Este era mi momento de poner los ojos como ciervo ante los faros de un auto. Miré a Valentina y luego volví a enfocar la mirada en la mujer. Desde donde estaba parada la limpiadora, no pensé que pudiera ver a Valentina, no es que importara, porque ya se las había arreglado para volver a ponerse la ropa interior y los pantalones. Qué suerte la mía.

Está bien. Tenemos que irnos de todos modos, me dijo Valentina en silencio. Su rostro estaba sonrojado y parecía saciada. Se veía bien.

«Nosotros...», tropecé con las palabras porque mi pene no estaba feliz. «Ya nos íbamos».

«Puedo volver». Salió corriendo por la puerta.

Afortunadamente, el camino de entrada estaba al costado de la casa. Si hubiera entrado por la puerta principal, Valentina se habría sentido mortificada por segunda vez hoy.

«¿Crees que nos vio?». Se aplastó la cara entre las manos. «Estoy tan avergonzada».

«No pareces avergonzada». Besé su boca. Cuando separé mis labios, me apartó.

«No empieces con eso otra vez. Vámonos a casa». Se rió entre dientes.

Gemí y me senté en el sofá a su lado. «¿Puedo recordarte que antes te salvé de un oso enojado?».

«Técnicamente, me advertiste sobre el oso». Miró mi entrepierna y se rió. «Pero no lo olvidaré. Lo prometo. No hagas que esa pobre chica se vaya y luego tenga que regresar». Su expresión se volvió seria mientras envolvía sus dedos alrededor de mi pene duro. «Yo también pienso en esto todo el tiempo».

«Estás tratando de matarme, lo sé. Vámonos a casa antes de que cambie de opinión. O que despida a esa *mujer* por interrumpir lo que podría haber sido la corrida del año». Tomé mi teléfono de la mesa de café y le envié un mensaje de texto a nuestro piloto para que nos encontrara en la plataforma de aterrizaje.

A mi lado, Valentina suspiró. «Lo fue».

Oh, vamos. Cambié mi peso en el sofá, pero antes de poder besarla, mi teléfono sonó de nuevo. Miré la pantalla con enojo. Mierda. Más problemas.

CAPÍTULO 5

Derek es el hijo de Lilly

VALENTINA

«Tanto por un día libre, ¿eh?», Derek rozó mis labios con los suyos mientras sus hábiles dedos trabajaban en el arnés.

Miré por la ventana, dejando que la imagen se formara en mi cabeza, sus manos sobre mí, su boca. Nunca era suficiente. Incluso ahora, no habíamos dejado Vail y la Cabaña del Oso y ya se sentía como un sueño. O un recuerdo lejano.

«Lo siento, tengo que trabajar un poco más».

«No lo sientas. Tienes que trabajar».

Pasó su pulgar por mi mejilla, pero aparte de eso, no intentó tocarme una vez que tocó su auricular y asintió con la cabeza al piloto. Tan pronto como Derek se acomodó, mi estómago se aplastó contra el asiento. El despegue del helicóptero no era como el despegue de un avión, donde el cambio es lento y gradual. Dejé que la desorientación tomara el control. Cuando el cielo parecía estar a mi alrededor, no luché contra él ni traté de encontrar mi centro nuevamente. Cerré los ojos y fingí que estaba flotando.

Estar enamorada de Derek era muy parecido. Por más que lo intentara, no podía encontrar mi equilibrio. Y, aun así, me sentía segura con él. A mi derecha, Derek gritaba en su micrófono. No a mí ni al piloto, sino a otra persona, alguien con problemas más grandes que yo.

El vuelo de regreso fue más rápido. Para mi sorpresa, no volvimos a la oficina. En cambio, aterrizamos en un pequeño aeropuerto cerca de la casa, donde nos esperaba un auto. Me quedé allí hasta que Derek terminó su llamada un minuto después. Estaba enojado por algo. Tenía la sensación de que no quería hablar de eso conmigo porque todo tenía que ver con Bridget. Sin duda quería que fingiera que no existía, pero existía. No tenía por qué protegerme de ella.

«¿Lista?», me ofreció su mano y la tomé. Bajar de un helicóptero era complicado. «¿Ves? Logramos regresar antes de la cena».

«Lo hicimos». Ajusté mi paso para seguir su ritmo mientras me acompañaba hasta el auto. Me subí al asiento trasero y se me hundió el corazón cuando cerró la puerta. La ventanilla se bajó sola y me quedé allí sentada contemplando su hermoso rostro con el sol brillando detrás de él.

«Estaré en casa para la cena, lo prometo».

Asentí y murmuré que sí. Antes de poder preguntarle si iba a volver a la oficina, se lanzó hacia el segundo coche que esperaba delante del mío. Supongo que no. De lo contrario, habríamos aterrizado en el helipuerto de allí.

«Señora Cole. Bienvenida de nuevo», dijo el chofer. «A casa. ¿Es así?».

«Sí, Tom. Gracias».

Max ya estaba en casa. No tenía sentido ir hasta la oficina solo para buscar mi computadora.

Qué día. Me froté la nuca. Entonces me di cuenta. Mierda. Acepté ir a Atlanta durante treinta largos días. Y ahora tenía que darle la noticia a Max.

En la casa, Em ya tenía la cena preparada mientras Max jugaba en la piscina con su instructor de natación.

«Se está volviendo muy bueno». Ella me sonrió cuando entré a la cocina. Me uní a ella junto a la ventana sobre el fregadero. Tenía una vista directa a la terraza de la piscina y, más allá, a la cabaña donde viví durante un mes a principios del verano. ¿Había pasado solo un poco más de un mes desde que besé a Derek por primera vez en la pequeña casa? ¿Em lo había visto todo? Apuesto a que lo vio venir a un kilómetro de distancia. Derek y yo no habíamos sido tan inteligentes al ocultar nuestros sentimientos.

«Realmente».

«¿Cómo estuvo Vail?», Em preguntó colocando lechuga en un colador.

«Por supuesto que ya sabes sobre eso».

«Todos recibimos mensajes, así que sabemos qué esperar.

Sentí que me calentaba la cara. ¿Qué tipo de avisos recibían cuando Derek y yo pasábamos todo el día en su dormitorio? ¿Cómo no le importaba la falta de privacidad? ¿Así era la vida de un multimillonario?

«Entonces sabes que también voy a ir a Atlanta».

Ella asintió sin mirarme a los ojos. «Revisa tu teléfono, cariño».

¿Y ahora qué? Saqué mi móvil del bolsillo trasero de mis jeans. Allí estaba.

Oye, el trabajo está conspirando contra nosotros, lo juro. Tengo que volar mañana. Em puede ayudarte a hacer la maleta.

«¿En serio?», arrojé el teléfono sobre la encimera. «Empiezo a sentirme como su chica a su entera disposición. Oh», sacudí la cabeza para disculparme con Em. Como ama de llaves, era más o menos su chica a su entera disposición.

«Es temporal. Estoy segura». Se secó las manos, sentándose en el taburete de la encimera. «Siéntate», me dijo.

«Si me dices que ya tienes toda mi ropa empacada, voy a gritar». Me senté a su lado. «Y también me voy a impresionar mucho».

Soltó una risa divertida. «No, cariño. Nadie puede seguirle el ritmo a Derek. Todo lo que podemos hacer es intentar lo mejor que podamos. Estoy segura de que tienes preguntas».

¿Había algo que Em no viera o supiera? Por supuesto, yo tenía preguntas. Por ejemplo, ¿qué tan grave había sido la pelea de Derek con su mamá? Mi mamá y yo éramos muy cercanas y rara vez peleábamos. Hablábamos por teléfono todas las noches. No podía imaginarme no tenerla en mi vida. Derek no había visto a su mamá en años. ¿Cómo sucedía eso?

«En una escala del uno al diez, ¿qué tan monstruosa es Lilly como suegra?». Dejé caer mi cabeza entre mis manos. Podía leer entre líneas y entre el tono vacilante de Derek cuando me contó sobre su mamá.

Em se rió de nuevo y me dio una palmadita en la mano. «Puedo ver por qué está loco por ti. ¿Max irá contigo».

«No», dije de golpe. No iba a arrastrar a mi hijo a esto, especialmente cuando no sabía lo que me esperaba en Atlanta. Por treinta días. Me froté el pecho y respiré profundamente. Cada vez que pensaba en ello, se me retorcía el estómago. «Ya empezó la escuela. Un mes es demasiado tiempo. Necesita su rutina y su propia cama. No es justo arrastrarlo por el país solo por mí».

«¿O en caso de que necesites salir rápido?». Me miró por encima del borde de sus anteojos.

«Eso también. Este próximo paso me asusta muchísimo».

«No serías la mujer adecuada para él si no fuera así. Me quedaré en Tucson y, si cambias de opinión, Max y yo podemos volar por un día o dos. Depende de ti».

«¿Derek te dijo que dijeras eso?».

«Sí. Pero quiero hacerlo». Acercó un plato lleno de galletas frente a mí. «Toma. Agarra una antes de que Max termine con la natación».

Tomé una y le di un mordisco, deseando que nos hubiéramos quedado en Vail y comido el postre allí. «¿En qué me estoy metiendo, realmente?».

«Derek es el hijo de Lilly. Eso debería decirte algo. Ella es decidida. Una luchadora. Pero también ama a sus hijos. Haría cualquier cosa por ellos».

«¿Cualquier cosa? Como, no sé, ¿decirme que no soy lo suficientemente buena para su hijo y exigir que desaparezca?».

Em frunció los labios. La compasión rezumaba de ella. De alguna manera mi pregunta no era tan descabellada como había pensado al principio. Los segundos pasaban y seguía sin escuchar alguna negación.

«En serio, siéntete libre de mentirme para calmarme», le aseguré.

«No es eso», ella levantó la vista como si buscara las palabras adecuadas. «Ella haría eso. Pero contigo, no tiene motivos para hacerlo. Sin mencionar que Derek no lo tolerará».

Pero él ya había dicho que quería su bendición. Y Lilly ya había dicho que no se la daría. Este viaje significaba mucho para él. ¿Cómo podía hacer que Lilly me quisiera? Cambié mi peso y me enfrenté a Em.

«Está bien, cuéntame todo lo que sepas sobre ella. Y me refiero a todo. No te guardes nada, y saca todo lo sucio».

Ella se rió. «Bueno, ella ama su casa».

Em no llegó a la parte sucia de su comunicación. Tanto Derek como Max irrumpieron en la cocina.

«Díselo». Max se subió más a la ancha espalda de Derek. Él todavía llevaba puestos los pantalones oscuros y la chaqueta de traje que había usado en Vail, aunque su camisa de cuello blanco no tenía manchas de kétchup. ¿Por qué se había cambiado? Odiaba que se viera tan atractivo y cómodo con un traje. No, no lo odiaba.

«Puede nadar a lo largo de la alberca sin respirar. Es el próximo Michael Phelps. Estoy seguro».

«No, no contengas la respiración bajo el agua. Eso no puede ser bueno». Me puse de pie de un salto cuando Max se deslizó de Derek y vino hacia mí para abrazarme.

«Está bien», dijo Derek.

«¿Adónde fuiste hoy, mamá? Llegué a casa y no estabas aquí».

El tono de voz de Max era inquietantemente similar al de mamá cuando estaba en la secundaria. Sentí como si me hubiera quedado despierta toda la noche de fiesta con mis amigos. Me aclaré la garganta y opté por la verdad. «Almorcé con Derek».

«OK. ¿Por qué no me invitaron?».

«Estabas en la escuela».

«Ah, sí». Alargó la mano hacia el plato de galletas.

Era casi la hora de cenar, pero le dejé tomar un par. Si se sentía excluido por un almuerzo extra largo, no le iba a gustar enterarse de que íbamos a estar fuera durante treinta días completos. Ahí estaba otra vez, esa punzada en mi estómago.

«¿Viste mi mensaje? No contestaste». Derek puso su mano en mi espalda.

«Lo vi».

«¿Y?».

«¿Esperabas una respuesta? Supongo que no entendí la pregunta». Me sentí nerviosa ahora. Tal vez era mejor que nos fuéramos por la mañana. La espera podría ser mortal.

«¿Quieres subir para que hablemos?».

«No más charlas. No más artimañas», dije en voz baja.

«Está bien», Derek dio un paso atrás y agarró una galleta. «Max, mostrémosle a mamá lo rápido que puedes nadar».

«Sí», Max salió corriendo por la puerta con Derek pisándole los talones.

«Lo sucio. Ahora», me volví hacia Em.

«Lo siento. No tengo nada. Pero la cena está lista. Tal vez una comida al aire libre te ayude a resolver las cosas».

«Sí. ¿En qué puedo ayudar?». No tenía hambre. Solo necesitaba algo que hacer y, como no tenía mi computadora, tendría que conformarme con las tareas domésticas.

«Ve. Prepararé las cosas. Ve a reunirte con ellos». Sonrió ante la escena junto a la alberca. «Son geniales juntos».

«Lo sé».

Me empujó fuera de la cocina. Crucé la sala de estar, donde el aroma de galletas recién horneadas persistía. ¿Todas las mansiones olían así? Los pisos de cemento pulido y la enorme chimenea de piedra y aspecto muy antiguo que realzaba la habitación no gritaban exactamente hogar. Pero los lujosos muebles, los libros de Derek y todos los pequeños detalles que nos hacían ser nosotros le daban a este lugar la sensación de un verdadero hogar.

Las risitas de Max se filtraron a través de las puertas francesas abiertas que conducían al patio. Seguí el sonido para encontrarlo en la terraza de la piscina, alejándose de los dedos de Derek que le hacían cosquillas. Sí, eran geniales juntos. Si Lilly estaba decidida a hacer algo por Derek, yo también.

Me quité las botas y los calcetines antes de dejarlos junto a la puerta en mi camino hacia el jardín. El césped afelpado era suave bajo mis pies mientras caminaba hacia la terraza de la alberca hacia los brazos que esperaban de Derek.

«No te enojes conmigo», me rozó la mejilla con el dorso de los dedos.

«No estoy enojada. Solo estoy nerviosa. Es todo tan repentino. Haré las maletas más tarde esta noche», le respondí.

«Gracias», me besó la parte superior de la cabeza. «Salimos a las seis de la mañana. De esa manera, podemos llegar a una hora decente».

«Está bien». Lo dejé para encontrarme con Em y el carrito lleno de comida que había arrastrado hasta el patio.

No se quejó cuando le quité las servilletas y comencé a poner la mesa. Probablemente porque lo hice exactamente como la había visto hacer muchas veces.

Después de la cena, Max decidió salir a caminar para encontrar a Pirate, el gato callejero de Derek con una pata mala. Apropiadamente, su nombre era Pirate debido a la cojera y su pelaje blanco y negro. Max estaba a cargo de alimentarlo, por lo que él y Pirate ahora eran inseparables.

«¿Cuándo se lo vamos a decir?», Derek sirvió vino en mi copa.

«¿A la hora de dormir?», me encogí de hombros.

«Em puede traerlo cuando quieras. Tú decides».

«Creo que podría funcionar. Tal vez en una semana. Después de, ya sabes…».

Chasqueó los dientes. «¿Después de que hayas confirmado que mi familia no come niños para la cena?».

«Sabes a lo que me refiero». Le di una palmada en el hombro y él me agarró la mano.

«Te gustará allí. La casa está quedando muy bien».

«¿Qué casa?».

«Nuestra casa».

Mis cejas debieron mostrar el pánico que se instaló en mi pecho porque Derek rápidamente corrigió.

«No. No para vivir en ella. Para ir de visita. Ya la verás». Terminó el último sorbo de su vino y se puso de pie. «Tengo algunas llamadas más antes de dar por terminada la noche. ¿Te veo arriba?».

«Sí, gracias. Déjame con el monstruo de las galletas para darle las noticias». Bebí de mi copa. ¿Tenía que trabajar ahora? Después del orgasmo de otro mundo en Vail, había esperado que volviéramos a casa y lo termináramos en nuestro dormitorio.

«Tienes razón. Deberíamos presentar un frente unido».

«No, yo me encargo», le hice un gesto para que se fuera antes de cambiar de opinión y pedirle que subiera conmigo. «Ve. No te quedes despierto hasta muy tarde. Tenemos que tomar un avión por la mañana».

«No, señora. Lo haremos juntos».

Me condenarían si su acento sureño y el beso en mi pelo no me hicieran desearlo.

«Oye, Max», gritó. «Ven a hablar con nosotros, amigo».

«¿Estamos haciendo el papel de policía bueno y policía malo? Tú deberías ser el policía malo», apoyó las manos en las caderas.

«¿Por qué yo?», pregunté.

«Porque yo soy el nuevo hombre», se encogió de hombros.

Se me apretó el pecho. ¿Así era como nos veía? ¿Max y yo éramos una familia, mientras que él era el extraño? Eso era culpa mía. Seguía alejándolo cuando se trataba de Max. Sin duda lo considerábamos familia.

«No eres el nuevo hombre. Te amo. Y Max también».

Antes de Derek, Max me preguntaba a diario por qué no tenía un padre como sus otros amigos de la escuela. Por qué éramos solo nosotros dos. Mis respuestas a sus preguntas siempre eran las mismas. Éramos una familia. No necesitábamos a nadie más. Derek me demostró que estaba equivocada, y Max lo amaba por eso.

Desde entonces, Max dejó de preguntar por su verdadero padre. Por su propio bien, por nuestra seguridad, esperaba que nunca volviera a preguntar. Aunque temía que, si Alex alguna vez aparecía, Max se acercaría a él por pura curiosidad, para conocer a su padre biológico. Odiaba que no hubiera nada que pudiera cambiar, por el bien de Max. Hacerle ver que Alex no era una buena persona. Que había sido mi culpa por involucrarme con un idiota sin corazón.

Max regresó a la terraza del patio con Pirate pisándole los talones. Derek ocupó una silla, con ambas manos apoyadas en su regazo. Lo había visto sentarse a la cabecera de la mesa en las salas de juntas, dirigiendo reuniones de cientos de empleados, luciendo en control e intimidante como el infierno.

Esta versión de él era algo más, como si le tuviera miedo a un niño de seis años. Max lo era todo para mí. Todo lo que hacía empezaba y terminaba con él. Si me hubiera pedido que dejara a Derek, no tenía ninguna duda de que habría puesto a Max antes que cualquier sentimiento que tuviera por Derek. Menos mal que Max nunca me había pedido que tomara esa decisión.

«¿Qué pasa, mamá?», preguntó Max, acariciando a Pirate.

Claro. ¿Me saltaría el viaje a Atlanta si Max me lo pidiera? ¿Era eso lo que Derek temía?

Que eligiera a Max por encima de algo que obviamente era tan importante para él.

«Derek nos invitó a conocer a su familia en Atlanta. ¿Qué piensas? ¿Quieres venir con nosotros?».

Max hizo una mueca que, de nuevo, me recordó a mamá. «Pero es una noche de escuela».

«Cierto. Entonces tendrías que faltar unos días a la escuela».

«¿Cuántos? No puedo faltar a la escuela. Tengo tarea».

Derek se aclaró la garganta. «Bueno, esperábamos pasar un mes en Atlanta. Te encantará la nueva casa. Tiene alberca y un invernadero».

«¿Un mes?», Max se cruzó de brazos. «No lo consultaron conmigo».

¿Consultaron? Derek me dijo en voz baja.

«Tal vez puedas venir a visitarnos el fin de semana». Intercambié una mirada con Derek cuando Max cambió su atención a Pirate.

«¿La señora Emily puede quedarse conmigo para que pueda ir a la escuela?».

«Por supuesto», Derek afirmó. «Em ya dijo que le encantaría pasar el rato contigo mientras estamos fuera. Y tus abuelos dijeron que también podrían venir. Puedes venir a vernos todos los fines de semana».

«Eso suena divertido».

«Y tengo mi propio avión. Puedes tomarlo prestado cuando quieras».

«¿Mi propio avión?». La voz de niño de Max subió unas octavas. «¿Puedo volarlo?».

«Seguro. ¿Por qué no?», Derek se rió, arqueándome las cejas.

«Va a ser increíble. No puedo esperar».

«Lo sé. Derek y yo nos iremos por la mañana y tú puedes venir con nosotros el próximo viernes. ¿Qué te parece?». Hablé rápido porque Max ya se había ido. Pirate y su juguete chirriante tenían toda su atención ahora.

«¿Puedo comer otra galleta?», preguntó después de un rato. Ya se había olvidado del viaje. Deseé poder hacer lo mismo».

«Ya has tenido suficientes galletas por un día. ¿Por qué no vas a lavarte los dientes y te pones el pijama? Subiré y te arroparé cuando estés listo».

«Está bien», Max se puso de pie de un salto y abrazó mi cuello con fuerza. Derek prácticamente se derritió cuando Max se dio la vuelta y lo rodeó con sus pequeños brazos también. «Vamos, Pirate. Es hora de dormir». Se alejó caminando hacia la casa.

«Y no vayas a la cocina a pedirle a Em más galletas».

«¿Qué?», sus ojos se abrieron como platos, como si lo hubieran pillado mintiendo. «No iba a hacer eso».

«Solo quería estar segura». Le levanté una ceja. Uno de los movimientos característicos de mamá.

«Tenemos totalmente dominado esto de ser padres», Derek se frotó un lado de la cara.

«¿Tú crees? Nunca sé cuándo algo va a ser una montaña o un montón de tierra con él», negué con la cabeza, aliviada de que Max no pensara que lo estaba abandonando para complacer a Derek, lo cual era cierto.

Realmente lo iba a extrañar. En todos los años que había vivido con mis padres, nunca me acostumbré a que se fuera. Pero realmente quería asegurarme de poder manejar Atlanta antes de obligar a Max a hacer lo mismo. No era justo que lo arrancáramos de su rutina y de todas las cosas que lo hacían sentir seguro. Ojalá este viaje a Atlanta fuera tan tranquilo como Max pensaba. Pero el lenguaje corporal tenso de Derek decía lo contrario. Para él, treinta días en casa con su familia lo eran todo. Quería que su familia me aceptara de la misma manera que Max lo

había aceptado a él. ¿Qué haría si eso no sucedía? ¿Se daría por vencido con nosotros?

CAPÍTULO 6

No y sí

VALENTINA

La pesadilla siempre era la misma. En mi sueño, sabía que no era real, pero no había nada que pudiera hacer para detenerla, salvo esperar a que pasara. Los dedos de Alex se envolvieron alrededor de mi cuello y cortaron todo el oxígeno de mis pulmones. Su sonrisa burlona siempre era la misma, mientras su aliento a cerveza rancia se expandía contra mi rostro. Pronto terminaría. La exhibición nunca duraba demasiado. El padre de Max solo quería ponerme en mi lugar rápidamente. Siempre tenía cuidado de no dejar ninguna marca. Jadeé en busca de aire, mirando sus manos. Cuando levanté la mirada, sus ojos enojados se abrieron de par en par y luego desapareció. Nada más que humo blanco en la oscuridad de la noche.

"Tú te hiciste esto a ti misma". Sus palabras se arrastraban tras su mirada oscura.

Me senté en la cama con el dolor habitual en el pecho, como si realmente hubiera dejado de respirar fuera de mi sueño. Me alisé el cabello de la cara y me moví hacia la izquierda para acurrucarme junto a Derek. En cambio, mi cuerpo cayó sobre sábanas vacías. Me di la vuelta hacia la derecha y agarré el teléfono de la mesita de noche. Eran las cuatro de la mañana. ¿Había venido a la cama? Saqué las piernas por el borde de la cama y me dirigí hacia la puerta. Cuando llegué, me di la vuelta.

No necesitaba que Derek ahuyentara mis pesadillas. Así que, en lugar de eso, hice lo que siempre hacía cuando el padre de Max aparecía en una pesadilla. Gracias a Em, toda mi ropa para el mes siguiente estaba cuidadosamente empaquetada en cinco maletas diferentes con atuendos para prácticamente todas las ocasiones. No saldríamos hasta dentro de dos horas hacia el aeropuerto de Tucson, donde nuestro vuelo estaba programado para salir alrededor de las seis y media de esta mañana. Tenía tiempo para una rápida sesión de kickboxing. La idea mejoró mi estado de ánimo de inmediato. Corrí a mi armario y me puse mi ropa deportiva antes de subir al gimnasio.

A estas alturas, ya estaba acostumbrada a la loca casa de Derek y a todas sus comodidades, que incluían una línea de boliche, una cancha de fútbol, una alberca infinita y un gimnasio completamente equipado. Las ventanas del piso al techo ofrecían una gran vista de las montañas Catalina. Antes del amanecer, las pequeñas luces de la ciudad de Tucson proporcionaban un fondo tranquilo para la habitación. Abrí la aplicación en mi teléfono y comencé mi lista de reproducción. Con mis guantes de boxeo puestos, comencé un ejercicio de calentamiento en el saco de boxeo de 70 kilos y dos metros. Aproximadamente del tamaño de un hombre adulto.

Mi padre me había enseñado a lanzar un puñetazo cuando era estudiante de primer año en la universidad. La única lección que olvidó fue cuándo hacerlo. No me gustaba pelearme. Había pasado meses en una relación tóxica con el padre de Max, y ni una sola vez se me había ocurrido

devolver el golpe. Alex tenía una forma de tergiversar la verdad para hacerme pensar que estaba reaccionando exageradamente, que era hipersensible o demasiado imaginativa, que veía cosas que simplemente no existían. Mis dos arrepentimientos fueron no haberme ido antes y no haber encontrado nunca el valor para defenderme.

Mi frecuencia cardíaca se disparó hasta mi umbral objetivo de inmediato, pero eso no tenía nada que ver con que mi cuerpo estuviera listo para ir a toda velocidad sobre el cuero sintético. Pensar en Alex, las pesadillas y todo lo que hacía me ponía nerviosa. La ira y la culpa siempre estaban ahí. Me di otros diez minutos antes de intentar mi primera patada circular. Cuando mi espinilla chocó contra la lona, el escozor en mi piel envió una inyección de adrenalina por todo mi cuerpo. Lancé mi primera combinación de jab-cross, luego descargué toda mi frustración en el saco. Seguí hasta que mi pecho se comprimió y bloqueó el aire que llegaba a mis pulmones. Estrellas fugaces destellaron en mi campo de visión mientras apoyaba mis manos en mis rodillas y respiraba por la nariz, deseando que el oxígeno corriera por cada fibra de mi cuerpo.

Cuando levanté la mirada, el reflejo de Derek apareció en la ventana contra la silueta de las luces de la ciudad, sus brazos cruzados sobre su pecho y una mirada melancólica a su alrededor. ¿Cuánto tiempo había estado allí de pie? Me di la vuelta para encontrarme con su mirada. Tomó una botella de agua de la pequeña nevera que estaba junto a la entrada y me la ofreció.

«Estás en buena forma. ¿Cuándo aprendiste a hacer eso?».

«Hace mucho tiempo». No tenía ganas de hablar con él. La expresión de su rostro mostraba lo excluido que se sentía. Pero en ningún lado estaba escrito que tenía que contarle cada uno de mis defectos. «Es solo para desahogarme». Sacudí la cabeza en señal de desdén, quitándome los guantes.

Me miró durante un largo rato como si estuviera tratando de decidir si debería estar enojado conmigo o simplemente dejarlo pasar. «Has estado viviendo en esta casa durante un mes, y esta es la primera vez que te veo aquí. Lamento mucho haberme ido tanto tiempo. ¿Qué me pasa?». Sacudió la cabeza, ofreciéndome una cálida sonrisa. «Toma, bebe. Tal vez podamos entrenar juntos alguna vez».

«Eso sería divertido». Tomé un largo trago de agua, pensando en una sudorosa sesión de boxeo con Derek. Definitivamente podría acostumbrarme a eso.

Exhaló fijando su mirada en mí. «Me encanta cuando me miras así». Tomó mi mano y la besó.

Sus ardientes ojos desbloquearon algo dentro de mí. Al igual que la forma oscura de Alex desaparecía en mi sueño, mi ira también se disipó. «¿Cómo?».

Me limpié el sudor de la frente, muy consciente de que estaba toda pegajosa por el entrenamiento y probablemente lucía como un desastre. Derek no pareció notarlo. Me acunó la mejilla y me besó. Un beso intenso y abrasador que me hizo lamentar haber dejado el dormitorio tan temprano esta mañana. Podríamos estar allí ahora mismo. Me aparté primero.

«¿Adónde fuiste esta mañana?», él negó con la cabeza. «No. Tú primero. ¿Siempre entrenas a las cuatro de la mañana? ¿O hubo una razón específica para hacerlo hoy?». Juré que el hombre podía ver a través de mí. Sabía sobre Alex. Si no se lo hubiera dicho, se habría enterado de todos modos cuando Alex vino a buscar a Derek para pedirle dinero hace unas semanas. Dinero a cambio de renunciar a todos los derechos de paternidad. Alex recibió su pago y yo logré tener tranquilidad, aunque tuve que pasar por la vergüenza extrema de tener que explicarle a Derek mi jodida relación con el padre de Max.

«No. Y sí».

Pasó un dedo por mi mejilla cálida. «Sé que a veces tienes pesadillas. ¿Es por eso que te

levantas tan temprano?».

Asentí. «Me desperté y no estabas allí. Decidí venir aquí».

Derek parpadeó lentamente. «Lamento haber tenido que dejarte esta mañana. Tenía una llamada de trabajo temprano. Después, decidí ir a dar un paseo en bicicleta». Se rió entre dientes, apoyando las manos en las caderas. «Para desahogarme. No puedo esperar a llevarte a Atlanta y estar contigo».

«Por un mes entero».

«Sí, todo un mes». Me rodeó con sus brazos y me besó el cuello. «¿Necesitas ayuda para quitarte esta ropa sudada?».

Me reí, amando que me quisiera incluso cuando lucía así. «No tenemos tiempo para eso. Necesito ducharme y hacer todo lo posible para lucir presentable cuando conozca a tus padres».

«Anda. A ellos no les importa».

Después de mi conversación con Em anoche antes de la cena, sabía que a Lilly Cole definitivamente le importaría si aparecía en pantalones cortos y una camiseta sin mangas sudada. Lo empujé lejos de mí, ignorando el ardor que crecía lentamente entre mis piernas. Tal vez Derek tenía razón. Necesitábamos unos días para alejarnos de todo y pasar algo de tiempo juntos. Yo, por mi parte, estaba lista para no tener este asunto de "conocer a los padres" sobre mi cabeza.

«Voy a subir a ducharme. Te veré en una hora».

Él gimió cuando pasé junto a él hacia la puerta. «Me estás matando, Valentina. Pero no pienses que esto se acabó. Te tendré toda para mí durante cuatro horas. En un avión sin ningún lugar a donde ir».

Su voz estaba cargada de todo tipo de promesas. Cuando la puerta del gimnasio se cerró detrás de mí, me di la vuelta y puse mi mano en la manija. No, no podía quedarme. Tenía que usar todo el tiempo que tenía para prepararme para conocer a su familia. Con todos mis sentidos gritándome que volviera, bajé con dificultad las escaleras hasta nuestro dormitorio.

Cuando entré, Max estaba sentado en la cama con Pirate en su regazo. En cuanto me vio, empujó al gato fuera de la cama. «¿Puedo quedarme contigo mientras te preparas?».

«Claro». Ahora que tenía su propia habitación, extrañaba nuestra rutina matutina de prepararnos juntos, cepillarnos los dientes y elegir ropa.

«Te voy a extrañar, cariño». Lo abracé.

«Yo también. Pero será como cuando vivía con mi *abuelo* y mi *abuela*, ¿verdad?».

«Será exactamente así. Te veré en cinco noches, ¿de acuerdo?».

«Está bien, mamá».

EL VIAJE al este estuvo lleno de muchas novedades para mí. Por supuesto, Derek tenía un jet privado que gritaba dinero y poder. El interior era más grande de lo que esperaba, con dos filas de lujosos asientos de cuero enfrentados. Incluso teníamos una azafata, que sabía cuál era mi bebida favorita para adultos y que no me gustaba volar.

«Aquí tiene, señora Cole». Me puso una copa de champán delante.

«Gracias». Acepté la bebida y ni siquiera me inmuté por todo el asunto de 'señora Cole'.

Seguí adelante porque en ese momento era más esfuerzo explicar que todavía no había hecho nada para organizar una boda que se llevaría a cabo en menos de dos meses.

«Me gusta cómo suena eso». Derek se sentó frente a mí, lanzándome una de sus sonrisas que

me hacían bajarme las bragas. En el momento en que se abrochó el cinturón de seguridad, la azafata puso una copa de bourbon a su lado.

«Es como dijiste. Lleva demasiado tiempo explicar todo ese estado de solo prometida».

«Te lo dije». Se inclinó para hablarme al oído. «Hay un dormitorio en la parte de atrás». Cálida y suave, su voz era apenas un susurro que acariciaba cada centímetro de mi cuerpo. «Quizás pueda mostrártelo cuando alcancemos la altitud requerida».

La explosión de testosterona que emanaba de él me dejó sin aliento y me metió todo tipo de malas ideas en la cabeza. Por así decirlo, tuve que pasar el post entrenamiento dándome patadas a mí misma por no haber dejado que Derek me ayudara a quitarme la ropa sucia. Había pasado demasiado tiempo desde que había estado dentro de mí. Me retorcí en mi asiento y me alisé el vestido.

«Me gustaría verlo», mi tono era entrecortado y nada sexy.

Estaba fuera de mi liga cuando Derek aumentó su juego de seducción. Todo lo que podía hacer era intentar seguirle el ritmo.

Se acercó para pasar el dorso de su mano por mis mejillas ardientes. «Debería haberte traído de viaje antes. No perderé más tiempo. Lo prometo».

Me guiñó un ojo y se sentó cuando la azafata se acercó a preguntarnos si estábamos listos para otra copa. Murmuré un “no, gracias”, pero Derek me ignoró. «Tomará una más. Te ayudará con los nervios de volar». Me miró, completamente divertido al verme completamente deshecha y en pleno estado de excitación.

«Cuéntame de la casa. O la mansión».

Se rió entre dientes, luciendo muy satisfecho consigo mismo. ¿Era esta una represalia por haberlo dejado esperando en la casa?

«Hacienda». Levantó una ceja, con una pequeña y orgullosa sonrisa tirando de sus labios. Lo había visto gastar miles de dólares en una sola botella de vino sin pestañear. No le daba mucha importancia al dinero y a todas las cosas que tenía. Pero era obvio que estaba orgulloso de esta hacienda recién adquirida que aparentemente había comprado y que quería que usáramos para ir de visita.

«Vaya, una hacienda. ¿Qué te hizo querer comprarla?».

«Estaba a punto de ser declarada inhabitable».

«Oh». Eso no sonaba tan mal. Mi mente ya había imaginado una de esas casas tipo plantación con acres y acres de jardines y árboles realmente verdes. «Eso es increíble. Salvaste la propiedad».

«Lo hice. Llevamos dos años trabajando en renovaciones. Mi bisabuelo adquirió la propiedad a fines de los años cuarenta. Era una nueva construcción, solo tenía diez años. Desde entonces, nunca se renovó realmente, así que puedes imaginar el tipo de estado en el que se encontraba cuando el abuelo falleció. Además de eso, la casa estuvo vacía durante muchos años».

El piloto salió de la cabina y se acercó a estrechar la mano de Derek. Me recliné y seguí los movimientos mientras Derek me presentaba. Nos aseguró que el vuelo sería tranquilo y que llegaríamos en tres horas y cincuenta minutos. Cuando se fue, la azafata regresó con bebidas frescas y una lectura del menú para nuestro viaje.

Bebí más champán y apreté los ojos mientras el avión se precipitaba por la pista. Despegamos y me hundí en mi asiento y pensé en Max y su cara feliz cuando se despidió esta mañana. Estaba feliz de no tener que faltar a la escuela y emocionado de encontrarnos allá en una semana.

Durante el vuelo, Derek recibió más llamadas desde el dormitorio en la parte de atrás

mientras yo empujaba el pollo alrededor de un plato de ensalada de cuscús. Cuanto más nos acercábamos a Atlanta, Derek se sentía más distante de mí. Entendí que él también estaba nervioso, pero sería agradable estar en sus brazos ahora mismo. O en esa cama de ahí atrás. Miré por el asiento a la azafata que estaba ocupada limpiando la cocina, abriendo y asegurando los pestillos. Me levanté y, cuando no se dio la vuelta, corrí hacia la parte trasera del avión.

Agarré la manija y me congelé cuando la voz de Derek se filtró. «Bridget. Para. No te lo estaba preguntando. Retrocede de una maldita vez». El sonido de su teléfono volando por la pequeña habitación hizo que mi corazón se acelerara.

¿Qué diablos estaba pasando ahora? ¿Y por qué estaba corriendo de vuelta a mi asiento como una niña asustada? Este era Derek. Si algo le pasaba a su exmujer, yo debería saberlo. La puerta se abrió justo cuando me dejé caer en el asiento, con el corazón latiendo en mi garganta. Derek se dirigió a la cocina, se sirvió una bebida y se la bebió de un trago. Sí, Bridget tenía ese efecto en él.

«¿Qué pasa?». Mi pequeña voz era apenas audible por encima del rugido del motor.

«Cosas del trabajo». Se sentó a mi lado con una sonrisa estampada en su rostro. Desprendía calor de su cuerpo y llenaba la cabina. Estaba a punto de estallar de ira.

Podía confrontarlo por lo que había escuchado o dejarlo así por ahora. Opté por lo segundo. No necesitaba agravar la situación que se estaba gestando con Bridget.

«Está bien». Tomé su mano. «Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad?».

Después de unos minutos, sus músculos tensos se relajaron y su disposición melancólica se desvaneció.

«Lo sé», me sentó en su regazo. Me acurruqué sobre él y apoyé la cabeza en su hombro, disfrutando de su aroma y del efecto calmante que sus brazos tenían sobre mí. De ninguna manera iba a dejar pasar esta historia de Bridget, pero no había nada de malo en disfrutar de estar así con él.

«Todo se resolverá cuando estemos en Atlanta», me besó el hombro.

CAPÍTULO 7

¿Me estás tomando el pelo?

DEREK

Nada menos que la seguridad de Valentina podría haberme hecho dejar Vail ayer, o Tucson esta mañana. Es cierto que el problema en el que nos encontrábamos ahora era culpa mía por ser tan indulgente con Bridget. Debería haberla enviado a la cárcel cuando tuve la oportunidad.

Valentina se sentó en el auto a mi lado, pero bien podría estar a dos mil kilómetros de distancia. Esperaba que pasáramos el vuelo a Atlanta en el dormitorio privado del avión terminando lo que empezamos en Vail. Tenía la voz ronca de Valentina pidiéndome que la tocara una y otra vez en mi cabeza. Me había vuelto adicto a las ráfagas de descarga eléctrica que sentía cada vez que la imaginaba de pie en el sofá.

«¿Tienes hambre?», alargué la mano para cogerla.

Como si la hubiera despertado de un sueño, su cuerpo se sacudió un poco antes de mirarme a la cara. «No. Comí en el avión».

«Sé que no lo hiciste. ¿Qué pasa?».

Ella negó con la cabeza, con los labios ligeramente separados. «Es hermoso aquí».

«Sí. La humedad es una locura, pero las vistas lo compensan».

Agosto en Atlanta significaba árboles en flor y todo estaba verde. Las lluvias diarias de la tarde significaban noches húmedas y pegajosas. Ella asintió con la cabeza y me ofreció una sonrisa agradable. Odiaba no saber lo que estaba pensando.

«Cuando lleguemos a casa, tal vez podamos hacer un recorrido y puedas ver si hay algún cambio que te gustaría hacerle a la casa».

«No es necesario». Se inclinó hacia delante para mirar por la ventana. Examiné el costado de su rostro en busca de alguna señal de que le gustaba Atlanta, aunque fuera un poco. Quería que le encantara estar aquí tanto como a mí.

«Lo es. Quiero que pienses en esta casa como un segundo hogar para nosotros». Besé la parte interior de su muñeca, su brazo y luego su cuello. «Tal vez más tarde podamos terminar lo que empezamos en Vail», le susurré al oído.

Suspiró, inclinándose hacia mí. «¿Qué quería Bridget?».

Apreté los dientes. Últimamente, cada vez que alguien pronunciaba el nombre de Bridget, pasaban cosas malas. Ella ya había arruinado los planes que tenía para el vuelo. No podía dejar que ella también arruinara esta noche para nosotros.

«Te escuché en el teléfono. Por accidente. ¿Por qué estabas tan enojado?».

«No tienes que preocuparte por ella». Presioné mis labios contra los de ella, pero ella se apartó.

«Primero nos vamos de Vail a toda prisa. Luego me envías a casa sola. Te cambiaste la

camisa».

«No la vi ayer, si eso es lo que piensas». Las mentiras de Bridget nos separaban una vez antes. No estaba dispuesto a permitir que eso sucediera de nuevo. «Me reuní con el jefe de seguridad para organizar un destacamento de seguridad para ti y Max».

«¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué pasó?».

Sus ojos se abrieron de par en par mientras esperaba mi respuesta. Por eso no le había contado sobre Bridget antes. Si se enteraba, se preocuparía mucho por todo. «Te prometo que no hay nada de qué preocuparse».

«Si ese es el caso, ¿para qué los guardaespaldas?».

«Por precaución extra. Nada más. A Bridget se le ha metido en la cabeza que no recibió suficiente dinero en el acuerdo de divorcio. Aparentemente, cinco millones en efectivo no fueron suficientes. Fue a la casa cuando estábamos en Vail e hizo amenazas contra ti de una forma que puso nerviosos a todos».

«No intentes restarle importancia ahora. Vi cómo te pusiste. ¿Qué te dijo?».

«Bridget sabe cómo sacarme de quicio. Dijo algo sobre que tú pagarías las consecuencias si no le daba más dinero».

Valentina se presionó una mano en la frente. Sin duda, cien escenarios pasaron por su cabeza. Bridget tenía una adicción al juego. A veces la volvía irracional y volátil.

«¿Y Max? Tenemos que regresar a casa».

«Está bien. Nuestra casa es prácticamente una fortaleza. Además, recibí un aviso de que se había ido de la ciudad hace una hora. Saqué mi móvil del bolsillo trasero de mis jeans y le mostré el mensaje de texto. «Él está a salvo».

«Pensé que estaba recibiendo ayuda para lidiar con sus problemas. ¿Qué pasó?».

«No estoy seguro. Salió de rehabilitación hace unos días. No pensé que tuviera las agallas para volver y pedirme más dinero». La atraje hacia mis brazos y ella se relajó contra mi pecho. «Se ha ido. Le dejé en claro que no iba a recibir nada más de nosotros».

«¿Me dirás si aparece en Tucson otra vez? No quiero que Max esté allí solo si ella está merodeando por ahí».

«Lo haré. Lo prometo». Besé la parte superior de su cabeza. Dejar la ciudad había sido lo correcto. Obligaba a Bridget a renunciar a su plan. No sabía dónde estábamos, solo que Valentina y Max estaban fuera de su alcance. «No puedo esperar a llevarte a casa».

Se rió, acurrucándose más cerca de mí. El deseo inundó mis sentidos cuando pasó su mano por mi muslo y se detuvo a una pulgada de mi entrepierna. «Vail fue agradable».

Cuando el coche entró en el largo camino de acceso a la casa principal, Valentina se sentó y bajó la ventanilla, mirando hacia arriba, a los altos árboles que había a ambos lados de la carretera. Más adelante se alzaba orgullosa la ‘Hacienda Cole’, con sus muros de piedra y columnas blancas que bordeaban la fachada delantera.

«¿Me estás tomando el pelo?». Se volvió hacia mí con el ceño fruncido.

La hacienda Cole estaba en Atlanta, en Druid Hills. Tres generaciones habían vivido en esta casa. Yo había crecido aquí. Derribarla o venderla, como quería papá, habría sido una verdadera lástima. La había llamado un barril sin fondo. La casa necesitaba muchas reparaciones, como cualquier casa construida en los años cuarenta, pero para mí valía cada centavo.

«Me había imaginado un lugar más normal, pero debí imaginarlo».

La sonrisa que me dirigió liberó el nudo que tenía en el estómago desde que recibí la llamada sobre Bridget. «¿Estás impresionada?».

«No creo que impresionada sea la palabra que usaría».

«Durante dos años ha estado en renovación, pero finalmente está terminada. Espera a ver los jardines. Olvidarás que sigues en la ciudad».

Tan pronto como llegamos a la puerta principal, salí del auto y caminé para encontrarme con Valentina. Se apoyó contra la puerta del pasajero y me miró con los ojos muy abiertos. «Tengo miedo de entrar. Siento que te voy a perder ahí dentro».

«Eso nunca va a pasar. Estás atrapada conmigo. Esta es nuestra casa».

Tomé su mano en la mía y la llevé por los escalones hasta el gran porche. Finalmente tenía la oportunidad de mostrarle el lugar donde había pasado tantos años de mi infancia.

«¿Qué tal si primero te muestro nuestro dormitorio?».

«Está bien». Se rió y luego se quedó congelada.

Me di vuelta y encontré a mamá parada en el umbral, sosteniendo sus anteojos para leer entre el pulgar y el índice, con el cabello corto platino enmarcando perfectamente su rostro. Su mirada color avellana examinó a Valentina de la cabeza a los pies antes de extender su mano. Este era el mismo acto que usaba con todas nuestras novias. Las mías y las de mis hermanos.

«Tú debes ser Valentina. Mírate. Has estado viajando todo el día y pareces recién salida de una revista. Bendito sea tu corazón, volver a ser tan joven».

«Un placer conocerla».

Valentina me lanzó una mirada inquisitiva. Me interpuse entre ellas. «Te prometo que eso fue lo peor», le dije a Valentina antes de abrazar a mamá. «Veo que no has perdido tu toque».

«Me alegro de que las dos estén aquí. Adelante». Dejó que la puerta se abriera detrás de ella.

Mi pecho se llenó de orgullo cuando entré al vestíbulo. La vieja y peluda alfombra había sido reemplazada por pisos de mármol brillante.

Mamá me rodeó la cintura con el brazo y me sonrió. «Pudimos salvar la mayor parte del piso original. Las piezas que faltaban las tuvimos que pedir a Italia. ¿Qué te parece?».

«Se ve increíble, mamá».

«Oh, mira». Puso su mano sobre la espalda baja de Valentina. «¿Quieres ver la cocina? Tuvieron que derribarla por completo, pero conservamos la chimenea de hierro forjado». Acompañó a Valentina más allá de la gran escalera hacia la parte de atrás.

Tomé la mano de Valentina y señalé el salón a su derecha. «La antigua casa tenía tres salas de estar separadas como esta. Y una cocina súper pequeña. Imagínate».

«Esto es increíble. Puedo ver por qué estás tan orgulloso».

«Mi esposo, bendito sea, creció en esta casa. Si hubiera sido por él, la habría vendido hace años. Pero Derek la salvó». Mamá me dio una cálida sonrisa.

Mi plan de volver a ganarme su favor dejándola encargarse de las renovaciones había funcionado. Nos habíamos mantenido en contacto semanalmente. Incluso si todo lo que hacíamos era hablar sobre los proyectos, al menos volvíamos a comunicarnos.

«¿Dónde está papá?», pregunté.

«Está en Virginia. En una conferencia neonatal. Estará en casa en unos días. No te preocupes. Tendrá mucho tiempo para conocer a tu novia».

«Prometida».

«Por supuesto». Mamá agitó la mano en señal de restar importancia y continuó hacia la cocina, donde tenía una enorme tabla de embutidos esperándonos. «Pensé que podrían tener hambre y aquí está algo para picar. Todavía tenemos un par de horas antes de que la cena esté lista. Coman. Iré a buscar a Iris».

«¿A quién?».

«Me tomé la libertad de contratar personal. Voy a necesitar ayuda con la casa llena». Me dio

una palmadita en el brazo y luego se volvió hacia Valentina mientras salía de la cocina. «Come».

Valentina era demasiado tímida o tenía demasiado miedo de decirle que no a mamá. Aunque antes había dicho que no tenía hambre, se sentó en uno de los taburetes de la barra y se sirvió una sola rebanada de baguette con prosciutto. Me senté a su lado y me metí una aceituna en la boca.

«Esta vez no hay miel de Savannah». El recordatorio tuvo el efecto deseado e hizo que Valentina se sonrojara. No me importaría lamer la miel de su espalda otra vez esta noche. «¿Qué tal un poco de vino?».

«Sí, por favor», dejó escapar un suspiro. «Tu mamá parece agradable».

«Se mueve rápido. Te acostumbrarás». Cogí una botella de vino de la bodega que había en la pared del fondo. Era un añadido que mamá pensó que nos ahorraría viajes adicionales a la bodega de mil doscientas botellas que había en el sótano de abajo.

«No sabía que ya iba a estar aquí. Parece que se ha mudado».

«Supongo que sí», me reí entre dientes. Mamá se moría de ganas de pasar un rato en la casa.

«Y que la chica nueva suba el equipaje de mi hijo al dormitorio principal. El de su novia también». Mamá regresó con una mujer pisándole los talones. Tenía más o menos la edad de Em, supuse unos sesenta y pocos años, pelo corto oscuro y piel pálida. Tenía un estilo que parecía militar.

«Derek, te presento a Iris. Es nuestra nueva ama de llaves. También es una excelente cocinera».

«Bienvenido, señor Cole». Iris me saludó con la cabeza y luego a Valentina.

«Solo Derek, por favor. Ella es Valentina, mi prometida». Por la rápida mirada que le lanzó a mamá, tuve que adivinar que mamá no había mencionado que Valentina y yo nos íbamos a casar.

«Encantada de conocerla». Valentina se puso de pie y estrechó la mano de Iris.

«Por supuesto. Siempre lo olvido». Mamá le dio una palmadita en el brazo a Valentina. «Con el divorcio y todo lo demás, todavía no puedo recordarlo todo. Y si soy honesta, no puedo creer que Derek esté sintiendo ganas de casarse de nuevo».

«A veces, yo tampoco puedo creerlo». Valentina tomó una copa de vino del mostrador y bebió un gran trago.

«Lo que me recuerda. Nunca adivinarás quién ha vuelto». El rostro de mamá se iluminó. Parecía mucho más joven cuando sonreía.

«No lo sé. ¿Matt? No he sabido nada de él desde hace tiempo».

A mis dos hermanos, Wesley y Matt, los habían enviado a Venezuela en una misión de operaciones especiales. Wesley regresó hace unos seis meses, pero Matt no. Eso había herido los sentimientos de mamá. Incluso si Matt no era de su propia sangre, ella lo consideraba un hijo. No podía recordar un momento en el que Matt no fuera mi hermano. Me comuniqué con él, pero su número estaba desconectado. Estaba a punto de contratar a un detective privado para que lo encontrara cuando Wesley nos dijo que Matt había encontrado un trabajo en Nueva Orleans.

«Oh, me encargué de eso. Envié a tu hermano Tyler a Nueva Orleans con órdenes estrictas de no irse hasta que Matt aceptara volver a casa por unas semanas». Se puso una mano sobre el corazón. Pero no, estaba hablando de Anabelle Copenhaver. Ella decidió establecerse en la casa de sus padres, que está al lado. Deberías ir a verla más tarde».

A mi lado, Valentina tomó otro trago de su vino. La rodeé con un brazo para incluirla en la conversación. Toda esta charla sobre gente que no conocía probablemente la hacía sentir excluida. Esa era una de las razones por las que estábamos aquí, para que pudiera conocer a las personas que eran importantes en mi vida.

«Te encantará Ana. Es una amiga. Su hermano solía venir a la casa todo el tiempo cuando

visitábamos a la abuela durante el verano».

«La dulce Ana siempre pasaba tiempo conmigo en la cocina ayudando. Es como la hija que nunca tuve». Mamá tomó una servilleta de coctel y colocó la copa de Valentina sobre ella antes de tomar una copa de vino para ella y beber un sorbo. «Si recuerdo bien, ella estaba loca por ti».

Me reí. «No, mamá. Estás pensando en Zack. ¿Él también va a venir?».

«Sí». Ahí estaba esa cara de completa satisfacción de nuevo. Tener a todos sus hijos bajo un mismo techo era como Navidad en agosto para mamá. «Al menos una cosa buena salió de esto. ¿No lo crees? Zack está volando desde Sudáfrica».

«Eso es genial». Valentina agarró la parte de atrás de mi camisa. «¿Qué está haciendo allí?».

«Es médico. Está allí en algún proyecto agrícola con el Cuerpo de Paz». Abracé a Valentina más cerca de mí. «Debería haberte hecho tarjetas con notas».

«Solo necesito ponerle una cara a un nombre, eso es todo». Se relajó contra mí.

Debería haberle advertido sobre mamá. Después de mi breve matrimonio con Bridget y todo el desastre de cómo casi lo perdí todo por ella, mamá no pensó que sería una buena idea que me lanzara a otra relación tan pronto. Pero por eso estábamos aquí. Para que pudiera ver que lo que Valentina y yo teníamos era raro y hermoso.

Me estaba apresurando, sí, pero tenía los ojos bien abiertos. Sabía exactamente lo que quería. Quería una vida con Valentina y Max. ¿Por qué esperar? No necesitaba salir con otras personas para saber que Valentina era la indicada para mí. Mamá pensaba que necesitaba salir con alguien por un tiempo para asegurarme de que mis sentimientos por Valentina eran reales.

Si ella supiera el infierno en el que vivía antes de que Valentina entrara en mi vida, nunca me habría sugerido que saliera con otras mujeres. Pero no podía decirle la verdad. Solo le dolería descubrir lo duro que había tocado fondo y cuánto tiempo había permanecido allí, saliendo con una chica diferente cada noche, despertándome borracho en medio del día, sin saber dónde estaba o cómo había terminado en casa después de salir del bar.

No, mamá no necesitaba saber nada de eso. En cambio, necesitaba conocer a Valentina y ver lo feliz que me hacía.

«No es tan difícil, cariño». Mamá levantó la mano y contó con los dedos, empezando por el pulgar. «Derek es el mayor. El siguiente es Tyler. Ahora vive en la ciudad de Nueva York, haciendo Dios sabe qué. Nunca me dice nada. Tiene la misma edad que Mattie».

Cuando Valentina levantó una ceja, interrumpí a mamá para explicarle. «Matt vino a vivir con nosotros cuando tenía diez años. Nuestros padres lo adoptaron oficialmente al año siguiente, creo».

«Pobre chico. Qué historia tan triste. De todos modos, los gemelos, Wesley y Zack, son los más pequeños.

«Cinco varones. Apuesto a que la mantuvieron ocupada». Valentina le sonrió.

«Lo hicieron, por eso pasaron mucho tiempo con mi difunta suegra».

«No nos fue tan mal». Serví más vino en la copa de Valentina. Después de ese primer trago, parecía más a gusto. «Valentina tiene un hijo de seis años. Max es, de lejos, el chico más educado que conocerás».

«Qué dulce. ¿Quién se queda con él mientras estás aquí de vacaciones?».

Valentina tragó saliva y frunció el ceño ante su copa. «Em se quedó con él. Se llevan muy bien. Mi mamá y mi papá también dijeron que irían en coche y pasarían unos días con él para que no se interrumpiera su rutina».

«Tiene escuela, pero nos visitará la semana que viene para que puedas conocerlo, mamá».

«Estoy deseando que llegue. Esta casa necesita niños. ¿Por qué no terminamos nuestro vino

afuera? Un pequeño paseo debería abrirnos el apetito para la cena». Mamá agarró la bandeja de fiambres y salió por las puertas francesas dobles del rincón del desayuno.

«Me encanta ese olor», Valentina salió delante de mí.

«Lo sé. Son gardenias, como tu perfume».

«No sabía que lo habías notado». Pasó su brazo por mi cintura y me besó en la mejilla. Lástima que no pudimos hacer un recorrido por el dormitorio principal primero.

Me agaché y le susurré al oído, «noto todo sobre ti».

Desde el momento en que conocí a Valentina hace casi un año, ella se sintió como mi hogar. Pasé meses yendo a una cafetería cerca de su campus solo para poder sentarme a su lado y disfrutar de su aroma y energía relajante. Regresaba día tras día, pensando que no necesitaba hablar con ella, que sentarme a su lado era suficiente.

Mamá esperaba al final de los escalones más allá de la terraza, donde un estrecho camino de grava se extendía y se perdía detrás de los robles.

«No pude deshacerme de los árboles», dijo cuando nos unimos a ella. «Son tan hermosos. En cambio, le pedí al arquitecto que diseñara un jardín inglés que hiciera que los árboles fueran parte de él. ¿Qué piensas?».

«Hiciste un trabajo increíble». La rodeé con el brazo y le besé la sien.

«A la abuela le habría encantado ver esto. Sé que dijo que no quería que tocáramos nada, pero creo que con el tiempo se habría dado cuenta. Quiero decir, ¿cómo no iba a hacerlo?». Me abrazó por la cintura y me llevó más adentro de los jardines. «Decidimos que tenía más sentido mover el invernadero al extremo este de la casa. Tenerlo en el medio de la propiedad hacía que el espacio pareciera pequeño, lo cual es ridículo considerando las once hectáreas de tierra que tenemos detrás de la casa».

«Es exactamente como lo recuerdo, pero mejor», asentí.

«Me alegra que estés de acuerdo con todas las decisiones ejecutivas que tomé. Ha sido una alegría finalmente arreglar esta casa». Me abrazó con más fuerza, radiante.

Cuando le conté a Valentina sobre el desacuerdo que tuve con mamá hace cinco años, me aconsejó que hablara con ella. Tenía toda la intención de hacerlo para aclarar las cosas y comenzar de nuevo. Me alegraba que el proyecto de la casa hubiera servido para salvar el abismo entre nosotros. Todavía tenía mucho trabajo por hacer, pero era un buen comienzo. No quería estropearlo con una conversación seria.

Más allá de la línea de árboles, apareció a la vista la hacienda Copenhaver. Durante las renovaciones, había intentado comprar la propiedad que estaba al lado de la nuestra, de diez acres de tierra. Resultó que la hija sobreviviente de los Copenhaver había tenido la misma idea que yo. No estaba lista en absoluto para dejar ir la propiedad de sus padres. En cambio, había decidido volver a casa. Si mamá quería darme crédito por el regreso de la pequeña Ana, entonces ¿quién era yo para discutirlo?

Cinco minutos después, estábamos en el borde de la propiedad, donde un arroyo dividía la tierra entre los Cole y los Copenhaver. En el pasado, las dos familias no habían sido tan amigables, por lo que se había agregado una cerca para asegurarse de que no hubiera confusiones ni intrusiones.

Me reí. «Sótano nuevo, cocina nueva, pisos de mármol personalizados, candelabros, pero ¿no pudiste gastar unos dólares en una cerca de madera nueva?».

Mamá se rió también, y por un momento fue como en los viejos tiempos, cuando trabajábamos juntos. Cuando ella era mamá y mentora al mismo tiempo. «Ana me pidió que lo dejara así. No vi nada malo en ello. Considéralo arte de tu infancia. Ven a ver lo que ella hizo».

Mamá abrió la pequeña puerta, que crujió y gimió mientras mamá y yo caminábamos hacia el lado de la propiedad de los Copenhaver. Cuando le hice un gesto a Valentina para que nos acompañara, ella sacudió la cabeza y se arrastró hacia atrás.

«Ve tú. Yo esperaré aquí».

«No seas tonta. Tienes que conocer a Ana». Extendí mi brazo hacia ella.

«Derek, tienes que ver esto». Mamá me tomó del brazo y Valentina soltó mis dedos. «¿No es genial?».

Seguí su línea de visión hacia la cerca de madera blanca. Ana había dibujado en la madera desgastada las caras de mis hermanos y la mía de pequeños. Eran escenas de nosotros jugando al béisbol o teniendo peleas con globos de agua.

«¿En serio?».

«Me sorprendió con eso la semana pasada. Creo que es perfecto. Nos entiende, ¿sabes?»

«Ella estuvo allí. Más le valía», me reí.

Al otro lado del camino, más cerca de la línea de árboles, Valentina estaba parada con una copa de vino vacía en la mano, profundos surcos en la frente y una mirada en su rostro que yo conocía bien. Estaba lista para salir corriendo. Desenvolví los brazos de mamá de mi cintura y me abrí paso entre las rocas del arroyo seco. «Ven a ver esto. Te va a encantar. Te lo prometo».

Ella asintió, pero no se movió. Señaló detrás de mí. Cuando me di la vuelta, un cuerpo pequeño se estrelló contra mí, sus largos rizos rubios me hicieron cosquillas en la cara mientras sus piernas se apretaban alrededor de mis caderas.

«Oh, Dios mío, finalmente tu mamá te trajo aquí».

«¿Pequeña Ana?», la agarré por la cintura para quitármela de encima y mirarla bien. «¿Cuánto tiempo ha pasado?».

«Ocho años. Realmente estás aquí. Tu mamá dijo que todos vendrían. Honestamente, no le creí. Es tan bueno verte».

La pequeña Ana ya había crecido. Era extraño verla así y no escondida en algún rincón, espiando a su hermano y a nosotros. Era tan bonita y llena de buena energía.

«Es bueno verte a ti también. Vamos. Tienes que conocer a mi prometida».

«¿Qué? Pensé que ya te habías, ya sabes, puesto una soga alrededor del cuello».

Dejé escapar un suspiro. Estaba harto de tener que explicarle mi situación a Valentina. Quería que ya estuviéramos casados para poder estar aquí y ser una familia».

CAPÍTULO 8

Esto es más que un golpe

VALENTINA

En defensa de Derek, yo había aceptado ser su amortiguador este mes, lo que aparentemente significaba ser el blanco de los comentarios ambiguos de su madre. Inocentes y, sin embargo, muy hirientes. Eso requería habilidad. Si Em me hubiera dicho exactamente en lo que me estaba metiendo, nunca habría venido a Atlanta. Nunca habría aceptado quedarme aquí treinta días completos.

¿A quién engañaba? Habría hecho cualquier cosa que Derek me pidiera. Lo amaba tanto y se merecía estar aquí con su familia. Un mes no era tanto tiempo.

Me quedé de pie junto a la orilla del arroyo. Mierda. El agua fría se escurría por mis zapatos y di un paso atrás cuando una rubia increíblemente hermosa envolvió sus piernas alrededor de la cintura de Derek. Tenía la intención de cruzar para encontrarme con él, pero en cambio aterricé en la pequeña corriente que pasaba por allí. Dios, ¿me estaba cansando de Derek y de todas las mujeres hermosas de su vida? Al menos esta tenía ropa puesta. La última vez que me encontré en esta misma situación, la chica del día de Derek estaba completamente desnuda. En aquel entonces, no tenía motivos para sentir celos porque Derek y yo no estábamos juntos. Pero ahora...

No, no estaba celosa. Confiaba en Derek. Me había demostrado tantas veces que yo era la indicada para él. Bebí un trago de mi copa de vino y tragué solo aire. Al otro lado de la cerca blanca, justo más allá del estrecho arroyo, Derek agarró la cintura de la mujer y la deslizó hacia abajo. Vale, estaba celosa, pero ¿quién era yo para decirle a Derek lo que tenía que hacer? Volví arrastrando los pies a la zona de césped. Mis zapatos estaban empapados, posiblemente arruinados. Este lugar no era para mí. Derek tenía una vida aquí en la que yo no encajaba.

Me quité mis calzas empapadas. Volver a casa con Max. Eso era todo lo que podía pensar. En algún lugar de mi mente, tomé la decisión de irme porque en cuanto estuve descalza y pude moverme de nuevo, me encontré dirigiéndome de nuevo hacia la casa, atravesando el terreno densamente arbolado entre la Hacienda Cole y la mansión de la pequeña Ana.

Esto era demasiado, demasiado pronto. Derek tendría que entenderlo. Tal vez nuestra boda también era demasiado, demasiado pronto. Técnicamente hablando, solo conocía a Derek desde hacía dos meses. Sí, tomamos café juntos prácticamente todos los días durante seis meses antes de eso, pero nunca hablamos. Él era solo el hermoso extraño que visitaba la misma cafetería.

La humedad dificultaba respirar y mantener un ritmo rápido, pero seguí adelante. Si me apresuraba, podría reservar un vuelo y marcharme esa noche. La madre de Derek tenía razón en eso. Necesitaba estar con mi hijo. Mentalmente hice una lista de lo que necesitaba hacer para llegar a casa. Paso uno: no llorar. Me pasé la mano por la mejilla y observé el área.

¿Dónde diablos estaba? Ya debería haber llegado a la casa. No disminuí la velocidad. En cambio, viré a la izquierda a través de los árboles. En un instante, me quedé sin aliento, como si me hubiera topado con un árbol grande y mojado, una persona. Reboté contra él y me estrellé contra la corteza áspera de un tronco de árbol real.

«Cuidado». Una voz masculina resonó sobre mi cabeza, fuerte y lejana al mismo tiempo. «¿Estás bien?».

Lo miré, pero solo vi una sombra que bloqueaba la luz del sol junto con los otros árboles. «Eres alto». Sonaba ebria. Tenía que agradecerle a la madre de Derek por eso. La mujer me hizo querer beber una botella de vino.

Se rió entre dientes. «¿Puedes sentarte?».

Asentí, pero cuando apoyé mi mano en el suelo, se deslizó de la raíz gruesa expuesta. Caí de costado sobre un brazo muy musculoso.

«Está bien, tal vez no».

«Te tengo». Me levantó como si no pesara nada y me sentó contra el tronco del árbol. «Echemos un vistazo».

Se arrodilló frente a mí, el cabello mojado y el pecho desnudo. ¿Debería preocuparme? ¿Había dejado la propiedad Cole? Sin embargo, algo en este extraño se sentía familiar y reconfortante. «¿Quién eres tú?».

«Soy Wesley. El hermano de Derek», me apartó un mechón de pelo de la cara. «Tú debes ser Valentina».

«¿Cómo lo sabes?», me toqué con un dedo la zona dolorida de mi frente pegajosa. Sangre. Me miré la mano. «Estaba intentando volver a la casa».

«Bueno, la casa está por allí». Señaló exactamente la dirección opuesta a la que yo me dirigía antes de derribarme.

«Gracias. Lamento haber chocado contigo así. ¿Estás bien?».

Se rió de nuevo. Un sonido varonil y tranquilizador. «Confía en mí, estaré bien. Aquí», se puso la toalla que llevaba alrededor del cuello y la presionó contra mi sien. La buena noticia es que no necesitarás puntos. La mala noticia es que mi hermano va a querer respuestas. Esto va a ser un moretón feo.

«¿Podemos no decírselo a nadie? Esto era demasiado vergonzoso. No solo había salido corriendo como una niña asustada, sino que también me las había arreglado para perderme y hacerme daño. «Por favor», lo miré a los ojos.

Tenía una mirada en sus ojos color avellana que decía que entendía mi situación. Tan diferente a la de Derek, pero también familiar. Me guiñó un ojo. «Será nuestro pequeño secreto. Pero definitivamente necesitamos poner hielo en el área». Me examinó como si hubiera hecho este tipo de cosas muchas veces.

«¿Has hecho esto antes?».

«¿Qué parte? ¿Estrellarme con la prometida de mi hermano contra un árbol? No. Tú eres mi primera».

Me reí. «Me siento tan estúpida. Me puse un poco nerviosa antes». Señalé hacia la casa de Ana. Wesley me agarró la muñeca y señaló hacia el otro lado. «La casa de Ana está del otro lado».

«¿Cómo sabes que yo estaba ahí?».

«Bueno, las matemáticas no son tan difíciles. La prometida conoce a la esposa elegida por mamá para Derek. La prometida se derrumba y sale corriendo».

Técnicamente, había caminado, pero sí. Me secó la mejilla con la toalla y arqueó la ceja,

desafiándome a decir que estaba equivocado, que mis ojos estaban rojos por una razón totalmente diferente.

«Pensé que estaba leyendo demasiado entre líneas». Dejé caer la cabeza entre mis manos.

«No me preocuparía demasiado por eso. Derek y Ana son solo amigos». Bajó la mirada a su mano, su tono juguetón había desaparecido. «Ella es solo una amiga de la familia. Nada más».

«Gracias. Pero creo que debería regresar a casa. No estamos listos para esto».

«Espera aquí. Tienes que ponerle hielo a esto».

Desapareció por un pequeño sendero bordeado de arbustos de gardenia. Dejé caer la cabeza hacia atrás sobre el tronco del árbol. El olor a flores y cloro flotaba en el aire.

«¿Es esta la casa de la alberca?», pregunté cuando Wesley regresó con una toalla limpia llena de hielo y la colocó suavemente en un lado de mi cabeza.

«Sí. Está justo por ahí».

«Eso explica por qué estás medio desnudo y mojado». Mis mejillas ardían. «Lo siento». Nota para mí misma. No más vino. Y no más chocar contra los árboles.

Se rió a carcajadas, frotándose el cabello para que el agua clorada me cayera en la cara. No tenía hermanos. Sentarme aquí con Wesley me hizo desear tenerlos.

«¿Qué tal si me siento contigo hasta que tengas ganas de levantarte?».

Las lágrimas brotaron de mis ojos. Al menos Wesley era agradable. Yo no pertenecía aquí. Esperaba que esta visita me acercara a Derek, y ya estaba haciendo todo lo contrario. Había estado tan emocionado de que su familia me conociera y me diera su bendición. Hice un desastre de todo, me emborraché y luego me fui corriendo. Jesús. Si no me iba por mi propia voluntad, Derek probablemente me pediría que me fuera de todos modos.

«Mamá siempre ha sido así con cualquier chica que traemos a casa. No lo tomes como algo personal».

«No estabas allí».

«Tal vez no hoy. Pero he estado allí».

«¿Qué hicieron tus novias?».

Se encogió de hombros. «Probablemente no soy el mejor al que se deba preguntar. Realmente no me gustan las relaciones».

«Lo siento. No quise entrometerme».

«No te preocupes».

Me miró a los ojos y nuevamente tuve la sensación de que sabía lo que estaba buscando. Una conmoción cerebral. Le había dado a mi hijo esa mirada tantas veces. ¿Tendría hijos?

«Tienes experiencia con conmociones cerebrales».

«Marine. Bueno…», frunció el ceño y apartó la mirada de mí.

¿Había tocado una fibra sensible? Hoy estaba realmente encantadora.

«Recientemente me dieron la baja honorable. Ahora soy un civil. O lo intento ser».

«¿No te gusta?».

«Sí. Trabajo con mamá, así que es divertido», me sonrió.

Le devolví el gesto. «Derek me contó sobre el negocio de tu mamá».

«Sí. Gestión de patrimonios. Derek la abandonó. No lo culpo. La visión de mamá no era lo suficientemente grande para él. Tomó la decisión correcta, y mamá lo sabe. Esos dos son demasiado tercos».

«Lo sé», levanté la mano.

«Funcionó. Ahora mamá tiene una gran ballena como cliente, su propio hijo, y yo puedo hacer lo que siempre quise hacer».

«¿El Cuerpo de Marines no fue tu primera opción?».

«Vamos. Parece que estás listo para irnos». Se puso de pie y me ofreció su mano. Cuando la tomé, me levantó. Mis pies colgaron en el aire durante unos segundos antes de aterrizar firme frente a él. «¿Sin zapatos?».

«Oh. Debí haberlos dejado caer en el camino hacia aquí».

«Puedo cargarte si quieres», señaló mi tobillo.

Estaba muy arañada y magullada. Dios, realmente no estaba hecha para estar al aire libre. Un jardín me estaba pateando el trasero».

«En tus sueños». La voz de Derek retumbó detrás de mí.

¿Estaba enojada con Derek por ser tan ajeno a las payasadas de su madre? Demonios, sí. Pero la pesadez en mi pecho cuando estábamos separados era insoportable. Quería ir a casa, pero quería que él viniera conmigo. ¿Lo haría?

Me di la vuelta y su rostro palideció. ¿Me veía tan mal? Cerró el espacio entre nosotros en dos zancadas. «Joder, ¿qué pasó?». Acunó mi rostro, mirando a Wesley con enojo

«Mi culpa. No vi por dónde iba y choqué con ella».

«Esto es más que un golpe», Derek examinó mi rostro con una intensidad en sus ojos que me calentó el corazón. «Lo siento mucho por lo de antes».

«¿Y qué fue lo de antes?», alejé sus manos.

Detrás de mí, Wesley me quitó la toalla y el hielo. «Está bien. Me voy ahora mismo. Valentina, fue un placer conocerte. Si necesitas algo, házmelo saber».

«Gracias».

«¿Nos vemos por ahí?», su tono era una invitación a no rendirme con Derek todavía.

«Sí».

«¿Qué pasó realmente?», preguntó Derek cuando Wesley estuvo fuera de la vista.

«Me asusté, ¿de acuerdo? El vino tampoco ayudó». Me toqué la cabeza con la palma de la mano. El sangrado se había detenido y el dolor palpitante había disminuido a un nivel manejable. «La dulce Ana no ayudó».

«¿Ana? ¿Qué hizo?».

«¿Qué?», solté. Mi no conmoción cerebral se estaba convirtiendo en la madre de todos los dolores de cabeza. «Ella estaba literalmente encima de ti».

«Lo has entendido todo mal». Se rió y frunció los labios cuando lo miré con enojo. «Ana es la hermana pequeña de mi amigo. Es prácticamente mi hermana. Crecimos juntos. En serio, hasta hoy, no había hablado mucho con ella. Siempre fue la hermana pequeña molesta de Charlie.

«No parece tan joven».

«Bueno, pensándolo bien, tiene tu edad. ¿Creo? No, tiene veintiún años. ¿Tal vez?». Miró hacia el cielo, como si estuviera haciendo matemáticas en su cabeza. «Te prometo que no hay nada ahí. Ella estaba feliz por nosotros. Quería que la conocieras. ¿Por qué te fuiste?».

Para ser un hombre tan brillante, Derek estaba siendo muy tonto en este momento. Levanté una ceja hacia él, luchando contra el impulso de darle una bofetada para que despertara.

«Me sentí fuera de lugar». Opté por decirle la verdad.

Se acercó a mí y me abrazó contra su pecho. «Lo siento mucho. Pensé que todo esto iba a ser amor instantáneo. Quiero decir, parece que te gusta Wesley».

«Fue muy amable conmigo».

«No dejes que la mirada de cachorro triste te engañe. Es una actuación». Derek tratando de ser gracioso me desarmaba. En realidad, cada vez que lo intentaba, no podía resistirme. «Ana quiere organizarnos una fiesta de compromiso. Está feliz por nosotros. Mamá tiene sus propias

ideas locas, pero somos adultos».

«¿Por qué no me dijiste que tu mamá ya había elegido una esposa para ti?».

Tosió como si hubiera tragado y hubiera salido mal. «¿Fue tan obvia?».

«Me fui porque quería regresar a casa en Tucson».

Parpadeó lentamente y apoyó las manos en las caderas. «Valentina, por favor no me dejes. Dime lo que necesitas. Haré lo que sea».

Si le pidiera que se fuera a casa ahora mismo, sin duda diría que sí. Pero, ¿qué clase de esposa sería? Había estado fuera durante años intentando encontrar su propio camino. Este tiempo de calidad con su familia era la última pieza del rompecabezas. Hacer las paces con su madre significaba todo para él. Tenía que cumplir la promesa que le había hecho.

«No me voy a ir a ningún lado. Pero tu madre...».

«Hablaré con ella. Me tomó por sorpresa antes. No esperaba que insistiera tanto».

«Ah, ¿así que te diste cuenta de eso?», me froté la sien. «No lo demostraste».

«¿Podemos empezar de nuevo?».

La sinceridad en su voz y el dolor en sus ojos me hicieron asentir y no señalar que técnicamente estábamos empezando de nuevo unas horas después de esta terrible experiencia.

«Realmente creo que conocer a Ana te hará sentir cómoda».

«Está bien. Pero ¿puedo subir y cambiarme?».

Enganchó su brazo detrás de mis rodillas y me levantó. «Podemos hacerlo. Aún no has visto nuestro dormitorio».

Envolví mi brazo alrededor de su cuello. Mi Derek había regresado. Me llevó todo el camino de regreso a la casa, que resultó estar justo más allá de la casa de la alberca a la izquierda. Wesley se sentó en el gran porche con una gran sonrisa en su rostro mientras pasábamos.

«Me alegro de que ustedes, tortolitos, hayan arreglado las cosas».

Derek no disminuyó la velocidad. Entró a la casa a través de la cocina, el vestíbulo y se dirigió al piso superior hacia el dormitorio al final del pasillo donde las puertas francesas habían quedado abiertas de par en par.

La habitación era hermosa con papel tapiz texturizado en tonos azules y dorados. Una enorme cama con dosel estaba frente a una chimenea de piedra que parecía muy antigua. Los muebles tapizados tenían ese aire del siglo XVII, pero eran completamente nuevos.

«Podemos cambiar lo que quieras».

Me apartó el cabello de la cara, ocultando su preocupación detrás de una sonrisa, mientras sus ojos examinaban cada centímetro de mí.

Estaba bien. «No, esto es hermoso. Nunca podría hacerle justicia a esta habitación».

«Ven a ver».

La vista desde nuestra habitación era un cielo azul bordeado de árboles con un arroyo que los atravesaba. Los caminos de grava conducían a la piscina a mi derecha y la casa de Ana a mi izquierda. Algunos senderos conducían a fuentes de agua o esculturas gigantes del jardín y no tenían salida.

«Hay dos arroyos separados. El que está donde estábamos separa nuestra propiedad de la de los Copenhaver».

«Esta casa parece sacada de un libro de cuentos. Los cuadros del pasillo, ¿son reales? Quiero decir, originales».

Bajó la mirada. «Lo son. Mamá y Ana los adquirieron. Les llevó un año. Y no creo que estén terminados todavía».

«Por supuesto». ¿Por qué la vecina de Derek no podía ser una bruja malvada como su ex?

¿Por qué tenía que ser tan malditamente perfecta?

«Oye. ¿Qué tal esa ducha?». Me besó el cuello y los cuadros caros y la vista surrealista más allá del balcón se desvanecieron. Nada de eso importaba sin Derek aquí.

«Mamá puede pensar lo que quiera. Tal vez a sus ojos, la dulce Ana sea la esposa perfecta. Pero hay una cosa que le falta. Y es algo que para mí no es negociable».

«¿Qué es eso?».

«Ella no eres tú». Me besó, acompañándome de vuelta a la cama y desabrochándome los botones de la blusa.

Me dejé caer en la cama y él me siguió. Sus labios hábiles y tan decididos nunca dejaron los míos. Cuando se apartó, me apoyé en los codos y lo miré mientras se estiraba hacia atrás para quitarse la camiseta. Dios, lo extrañaba a él, a nosotros. Pasé mis manos por su estómago.

«Vivo por esa mirada en tus ojos». Enterró sus manos en mi cabello y me besó con fuerza.

«Mierda», gritó una voz femenina cuando la puerta de nuestro dormitorio se cerró detrás de nosotros y luego se abrió de nuevo. Me di la vuelta sobre mi vientre para encontrar a Ana, la perfecta, apoyada contra un lado de las puertas dobles, mirando a través del pequeño espacio.

«Disculpa». Derek se bajó de mí y se puso su camiseta.

«Oh, Dios mío. No sabía que estarías en esta habitación. Lilly dijo que estarías en el otro dormitorio principal». Ana se puso roja como un tomate. «Quiero decir, tu hermano Zack está aquí. Tu madre me envió aquí para avisarte». Miró su blusa y alisó el cuello. «Por cierto, soy Anabelle». Dio un paso hacia nosotros, pero se detuvo cuando me senté sobre mis talones en la cama.

«Encantada de conocerte. ¿De verdad no sabía que estábamos aquí? Si quería parecer mortificada, lo parecía.

«Um, entonces. ¿Qué te parece la habitación?». Hizo un gesto hacia el cuadro con una sonrisa nerviosa. «Ayudé a Lilly con él. No estaba segura de usar tanto oro, pero funciona, ¿verdad?».

La esposa perfecta. Hice un inventario mental de todas las personas que conocía. Ninguna de ellas tendría la capacidad de arreglar esta habitación, pero la dulce Ana sí.

«Es hermosa. Hiciste un trabajo increíble».

«Gracias». Miró por encima del hombro hacia la entrada, jugueteando con el relicario de plata que colgaba de su cuello. «Puedes ver mi casa desde aquí».

«Ya la vio», Derek caminó alrededor de la cama. «¿Qué tal si nos vemos abajo?», extendió su brazo hacia el pasillo.

«Sí, oh Dios mío, por supuesto». Ana asintió, agarrando su falda suelta. Puso su mano en el pomo de la puerta y exhaló, armándose de valor como si estuviera enfrentando una tormenta.

Salté de la cama y puse mi mano en su pecho. Una parte de mí estaba conmovida de que él estuviera dispuesto a echar a Ana de la habitación por mí. Pero era obvio que ella no quería salir. Me dio la impresión de que estaba allí escondida de alguien.

«Sabes, no reconozco este cuadro», señalé el marco sobre la cama. «Quiero decir que podría ser un Picasso, pero no realmente».

«Ah, sí. Este es de un artista local», se acercó. «El artista tiene mucha influencia de Picasso en su trabajo. Me enamoré de la pieza inmediatamente. La iluminación es perfecta». Cuanto más hablaba del cuadro, menos tensa parecía.

«¿Pintas?».

«Me dedico a todo», se encogió de hombros. «Soy una experta en todo, y en nada. Um, Derek me dijo que trabajas en su empresa. Eso debe ser emocionante. Un trabajo grande y

elegante. Puedes usar ropa genial». Señaló mi vestido, que afortunadamente tenía un estampado que ocultaba las manchas de barro.

«Es genial. Es el trabajo de mis sueños. Y puedo llevar al jefe a casa. Así que…», le sonreí a Derek y él me devolvió el gesto, envolviendo sus brazos alrededor de mi cintura y presionando su pecho contra mi espalda.

«¿Qué tal si vamos a ver a Zack?». Envolvió su brazo alrededor de mi cintura.

«¿Te importa si me lavo primero? ¿Quizás Ana pueda ayudar?».

«Puedo hacerlo», sonrió y algo del rojo de sus mejillas se desvaneció.

«¿Estás segura? Puedo esperar», él frunció el ceño, completamente confundido por mi cambio de tono.

Ana me miró con ojos suplicantes. Agarré el brazo de Derek y lo acompañé hacia la puerta. «Estoy segura. Estaré abajo en diez minutos».

«No puedes escapar de mí para siempre». Me guiñó un ojo y me besó la sien.

«Dios, espero que sí», le sonreí.

«Ustedes dos son tan lindos juntos». Ana se volvió hacia mí en el momento en que la puerta se cerró detrás de Derek. «Su exesposa me asustaba muchísimo».

Le enarqué ambas cejas.

«Oh, quiero decir, ¿puedo ayudarte con algo?

«Seguro. ¿Qué debería ponerme?».

«¿Me estás preguntando a mí? De acuerdo». Fue al vestidor, donde ya habían sacado toda nuestra ropa.

Sus ojos brillaban con lágrimas cuando sacó un vestido de seda que había traído por si Derek y yo salíamos en una cita. Eso fue en Arizona, cuando pensé que podríamos pasar tiempo de calidad juntos. Ladeé la cabeza y miré la enorme cama vacía.

«Son hermosos. ¿Cómo sabes qué combina con qué?». Apretó el vestido contra su pecho y dio una vuelta.

«En realidad no lo sé». Me reí. «Mi mejor amiga tiene un blog de moda. Ella es la que sabe».

«Me encanta este».

Era un vestido rosa sencillo con pequeñas flores blancas alrededor de las mangas. Era muy femenino, pero mi amiga decía que hacía que mis pechos se vieran bien. Así que lo traje. De nuevo, para una noche de cita.

«Cuéntame sobre Zack».

«Zack es médico. Es el mejor». Se mordió el labio y miró el vestido rosa. «Es el gemelo de Wesley. Voló desde Sudáfrica». Sus ojos se abrieron de par en par cuando dijo eso último. «Es increíble. Lo vas a amar».

¿Por qué me sentía mucho mayor que Ana si solo nos llevábamos unos pocos años? Supuse que cuando todos a su alrededor la llamaban dulce Ana; ella no tenía más opción que ser simplemente eso.

«Vamos a saludarlo». Se puso de pie y me ofreció su mano.

«Primero necesito cambiarme».

«¿Por qué? Te ves hermosa con eso». Me miró de arriba abajo. «Solo tomará un minuto». Tomé el vestido rosa peonía que había elegido para mí y corrí al baño.

Me miré la cara en el espejo. Tenía un chichón, pero mi cabello lo cubría bien. Esta humedad hacía imposible tener melenas lacias, así que decidí no jugar con eso. Me apliqué corrector en los ojos para que estuvieran menos hinchados y dejé escapar un suspiro. Solo podía arreglarme hasta cierto punto. Esto tendría que bastar.

Salí y encontré a Ana esperándome junto a la puerta.

«Gracias, por cierto», dijo tan pronto como me vio. «Realmente no sabía que ustedes dos estaban aquí. Me asusté cuando Wesley apareció. No quiero verlo. Tuvimos una gran pelea la otra noche».

«Me di cuenta de que estabas nerviosa. ¿Vas a estar bien?».

«Sí, claro. Tengo que enfrentarlo en algún momento».

«¿Puedo ayudar en algo?».

«No es nada, pero gracias por ofrecerte. Y, de nuevo, lamento interrumpir de esa manera». Su rostro se puso rojo brillante cuando abrió la puerta y me hizo salir.

Caminé por el pasillo hacia la gran escalera. No me había dado cuenta antes, pero la casa tenía dos alas que se dividían en el rellano.

«Voy a necesitar un recorrido por este lugar. ¿Cómo sabes dónde está todo?». Me volví para mirar a Ana, pero ella ya no estaba. Cuando me di la vuelta, sentí un gran abrazo.

«Hermana». Un tipo que se parecía exactamente a Wesley me levantó.

«Tú debes ser Zack». Me reí cuando me bajó.

CAPÍTULO 9

El árbitro dice que es injusto

DEREK

Solo Zack podía salirse con la suya abrazando a una mujer que no conocía. Yo había pasado seis meses tomando café junto a Valentina sin decir una palabra. Había tenido miedo de asustarla y alejarla. En ese momento, ese era el peor escenario posible. Honestamente, seguía siéndolo.

Estúpidamente supuse que todos amarían a Valentina y que ella amaría a todos. Es cierto que solo una persona no tuvo la reacción que esperaba. Mamá y yo realmente necesitábamos tener una conversación sobre nosotros. Sobre dónde estábamos después de todo este tiempo. Habían pasado años. ¿Qué podía hacer para que ella entendiera que yo tenía que seguir mi propio camino?

«¿Estás bien?», le pregunté a Valentina.

Sus mejillas se pusieron rojas, pero no intentó alejarse de Zack. En cambio, le dio una palmada en el hombro como si fueran viejos amigos que no se habían visto en mucho tiempo. Había conocido a Wesley, por lo que probablemente sentía que ya conocía a Zack. Nada podría estar más lejos de la verdad. Esos dos eran fuego y hielo.

«Lo siento», Zack levantó las manos en señal de rendición. «Te topaste conmigo. Estaba tan feliz de finalmente conocerte que me dejé ir».

«Está bien. Me siento bien con los abrazos», Valentina le rozó el brazo de nuevo.

«Sabes, cuando me habló de ti por primera vez, pensé que había conocido a un unicornio de la vida real. Quiero decir, míralo con su cara aturdida. No puede dejar de sonreír», Zack enganchó sus manos alrededor de mi cintura y me levantó del suelo unos centímetros.

«Chicos, no en la casa», gritó mamá desde el final de las escaleras. «Háganlo afuera».

«Oh, Dios mío», Valentina se rió cubriéndose la boca.

«Sabes, ella tiene razón. Vamos afuera, viejo», Zack hizo un gesto hacia la voz de mamá.

Un entrenamiento de combate sonaba como una buena idea en este momento. Miré a Valentina con su vestido rosa. Se veía dulce y tentadora a la vez. Si Ana no hubiera entrado antes en nuestra habitación…

«¿Sabes qué? Prepárate, bebé Zack». Él era tres años más joven que yo, pero con todos los hermanos que teníamos en el medio, parecía que deberíamos tener una diferencia de edad mayor.

Tomé la mano de Valentina. «Preferiría estar haciendo otro tipo de ejercicio físico ahora mismo. Pero…».

«¿Qué están haciendo chicos?», preguntó ella.

«Ven a verme vencer a mi hermano pequeño». La arrastré conmigo hacia la cocina.

«Espera. ¿También tienes un ring de boxeo aquí?», Valentina sacudió la cabeza.

«¿Por qué no?», Wesley agarró una botella de bourbon mientras nos seguía hasta el nivel del

sótano donde estaban el gimnasio y la bodega de vinos.

Mamá se quedó en la cocina, trabajando en la cena. Después de lo que pasó antes, no estaba dispuesto a enviar a Valentina para la segunda ronda. Estaría más segura quedándose conmigo. Aunque todavía necesitaba pensar en un plan para hacer que mamá cambiara de opinión sobre nosotros.

«Yo elegiré al ganador». Wesley levantó la mano. Se había quitado el bañador y estaba en ropa deportiva.

«¿Quieres ser el árbitro?», le guiñó el ojo a Valentina. «Estos imbéciles hacen trampa».

«Claro. ¿Qué hago?».

«Asegúrate de que Zack no vaya por las joyas de la familia». Le di un beso rápido en la mejilla. «Ese es su modus operandi».

«Miente», Zack avanzó hacia el vestuario.

¿Habría aprendido algún movimiento nuevo mientras estaba fuera? Nunca lo había visto tan ansioso por que le patearan el trasero. Cuando regresó, tenía pantalones cortos y una de mis viejas camisetas de la universidad. A mamá le había costado mucho desprenderse de nuestras cosas de la escuela.

«Vamos», entró al *ring*.

«¿Algo de beber?», Wesley le ofreció a Valentina una bebida.

«No. No bebo alcohol».

«Está bien, tomaré el tuyo». Se encogió de hombros. «Tomamos algo antes de ponernos los guantes».

Puso los cuatro vasos en la palma de su mano y los llenó de camino al *ring* de boxeo. Yo tomé el mío y lo bebí de un trago. Era bueno estar en casa.

«Me gustaría que el árbitro tenga en cuenta que he estado despierto durante dieciocho horas en un avión». Zack levantó la mano antes de beber.

«Ni siquiera te he tocado, ¿y ya estás poniendo excusas?», lo empujé. «Veamos tus nuevos movimientos».

«¿Quién te lo dijo?».

«Por favor, ¿por qué otro motivo me desafiarías al momento en que entraste?».

El kickboxing había sido mi pasión durante mucho tiempo. Zack nunca pudo vencerme. Wesley mejoró después de unirse a los marines, pero aún así le daba pelea. Zack lanzó el primer puñetazo. Dejé que me golpeara para que me corriera la sangre.

«Oh, Dios mío», Valentina saltó de su silla y corrió hacia las cuerdas.

«Eso me dolió un poco. No está mal», le sonreí a Zack.

«Hablas demasiado». Volvió a intentarlo. Me agaché y luego le asesté un gancho en directo. Hace dos años, esa combinación lo habría dejado en el suelo. Pero ahora rebotaba sobre las puntas de los pies, concentrado en su objetivo.

«¿Te dolió?», ponerlo nervioso era la forma de vencerlo. Cabeza caliente.

«No te rompas una pierna ahora», bloqueó mi patada circular.

Me reí entre dientes. Hablaba en serio sobre vencerme. A mi derecha, Valentina tenía las manos sobre la boca. Y sus ojos estaban muy abiertos. Tal vez sería mejor si termináramos esto rápido.

Zack avanzó hacia mí con una forma mucho mejor que la que tenía antes. Supongo que había estado entrenando en Sudáfrica. Como siempre hacía, me lanzó una patada circular. Lo bloqueé, pero antes de que pudiera lanzar un centro, cambió de pie y me dio otra patada circular, más baja esta vez, a los tobillos.

«Bien». Si no hubiera estado sentado agachado, ahora mismo estaría de nalgas en el piso.

Me sonrió, como si supiera algo que yo no sabía. Mejor terminarlo ahora. Ambos teníamos la misma idea. Lanzó un jab, un centro. Esta vez, sabía que iba a hacer más de lo mismo.

Ahora era unos cinco centímetros más alto que yo. En el tiempo que había estado fuera, sus hombros se habían ensanchado. Pero yo había estado haciendo esto más tiempo que él. Le di una patada frontal a la rodilla y me di la vuelta. Mi espinilla en su cuello funcionó. Mi hermano pequeño cayó de culo.

«Hijo de puta». Golpeó la lona. «Admítelo, esta vez me acerqué más».

Le ofrecí mi mano y lo levanté de un tirón. «Si no hubieras estado a punto de orinarte en los pantalones para usar esa doble patada, tal vez. Estás pensándolo demasiado».

«Mi turno», Wesley se subió de un salto.

«Oh, no. Vamos, ya es suficiente», Valentina jaló las cuerdas, pero no entró. «No es justo pelear uno tras otro. El árbitro dice que es injusto».

«No creo que esa sea una decisión legítima», Zack se burló.

«Lo estoy haciendo legítimo», Valentina lo miró a los ojos.

Zack levantó las manos en señal de rendición. «No necesito otra paliza, ¿Wesley?».

«Estoy bien. ¿Qué tal un trago en su lugar?», Wesley se volvió hacia mí. «Tengo asuntos que hablar contigo de todos modos. Serás más amable si no estoy arruinando tu linda cara». Enganchó su brazo alrededor de mi cuello.

«Un trago suena bien», lo empujé lejos de mí.

«Dios, este lugar es un verdadero laberinto», ella me agarró del brazo mientras la acompañaba por el pasillo hasta la bodega y las puertas dobles que conducían al nivel inferior de los jardines.

«Antes era peor. No había ningún espacio abierto. El sótano tenía cinco habitaciones diferentes que no tenían ningún propósito real. Lo dividimos en dos habitaciones con una gran área en el medio».

«Admítelo, solo querías la bebida cerca, justo al lado del gimnasio». Zack se paró al final de los escalones del jardín y dejó que Valentina pasara primero.

Valentina se detuvo a mitad de camino y se volvió hacia mí. «¿Te importa si voy a caminar?».

«Iré contigo». Le ofrecí mi mano. Detrás de ella, Wesley puso los ojos en blanco.

«No, está bien. Solo quiero ver algo muy rápido. Te veré allí arriba».

«Está bien».

Valentina bajó saltando de regreso a los jardines. Wesley me rodeó con su brazo y me acompañó de regreso a la terraza superior. «Ella estará bien. Este lugar es una fortaleza, aunque el otro día vimos un zorro».

«Es una adulta. Déjala tranquila». Zack se dejó caer en una de las sillas Adirondack.

Wesley desapareció por la puerta de la cocina y regresó con tres vasos. Los dejó en la mesa auxiliar y se sentó a mi lado. «Bebe. No te va a gustar lo que tengo que decir».

«Sácalo ya».

«Estoy rechazando tu propuesta».

«¿Qué? Te das cuenta de que soy el cliente, ¿verdad? Yo te pago». Me señalé a mí mismo, luego a él.

«Sí. Me pagas para asegurarte de tener suficiente dinero para pagarme el próximo ciclo».

«¿Lo hablaste con mamá?».

Sacudió la cabeza y tomó un largo trago de su bourbon. «No».

«Creo que deberíamos preguntarle».

«¿Qué diablos te pasa? Esta no es una inversión sólida. Alto riesgo, muy por encima de lo que soy capaz de aguantar. Y si esta fuera la idea de otra persona, tú tampoco la aceptarías. No puedes seguir perdiendo tu dinero porque mamá quiera que lo hagas».

Apoyé los brazos sobre las rodillas y lo miré a los ojos. En su época, mamá era buena en su trabajo, pero últimamente estaba por todas partes, especialmente cuando se trataba de inversiones para mí. Desde que trasladé la mitad de mi dinero a su empresa de gestión patrimonial, había estado perdiendo dinero de manera constante. Me quedé porque era mamá. Ahora que Wesley había vuelto y estaba trabajando con ella, se había estado resistiendo.

«Entiendo que esta es tu manera de pedir perdón por haberte ido. Amo a mamá, pero ella tiene que dejar ir esa mierda. Tiene que dejarte ir».

«Pensé que, si trabajábamos en eso juntos, ella cambiaría de opinión».

Zack se inclinó hacia delante para mirarme. «La cagaste, hombre. Pero es obvio que no tienes idea de en qué la cagaste».

«Ilumíname». Puse los ojos en blanco.

«Mamá no quiere tu dinero. Te quiere a ti. Tiempo de calidad real contigo».

«Dice el tipo que se fue por dos años».

«Estoy salvando vidas. A ella le encanta eso. Me fui por algo más grande que nosotros. Para hacer un cambio». Se sentó con una mirada satisfecha en su rostro.

Terminé el resto de mi bebida. Últimamente, sin importar cuánto lo intentara, no podía mantener felices a las personas que amaba. Solo unas horas antes, Valentina estaba lista para dejarme. Ahora, después de perder millones para alimentar su cartera, mamá y yo no habíamos avanzado. Habla con ella, me había dicho Valentina. ¿Realmente podía ser tan fácil? Si la renovación de la casa y la inversión de una gran parte de mi dinero en su empresa no habían funcionado, ¿qué podría decirle para demostrarle que lo sentía?

«¿Por qué crees que tiene esta loca idea de que tú y Anabelle deberían estar juntos? Quiere casarte con la vecina. ¿Podría ser más obvia?», Wesley se frotó la parte interna de la muñeca.

Le tomó mucho valor tomar esta decisión y seguir adelante. Era bueno en lo que hacía, aunque mamá lo seguía hundiendo. De la misma manera que lo hizo conmigo.

«Todo este tiempo, ¿se trataba de pasar tiempo con nosotros?».

«Exactamente. Y para que conste, antes de irme, llevé a mamá y papá a acampar durante una semana entera. Sin teléfonos celulares, sin Wi-Fi. Solo nosotros y una gran caja de alcohol». Hizo un gesto de soltar el micrófono. «Bum. Tiempo de calidad».

«Estaré aquí treinta días».

«¿La has visto? Está en su elemento. Arrastró a Anabelle por todos lados tratando de preparar esta casa para ti. Oye, cabrón, voló a Italia para traerte tu maldito azulejo de mármol».

Así era como Zack se salía con la suya abrazando a extraños. Era un telépata o algo así.

«Está bien, Dr. Phil. Lo entiendo».

Zack se puso de pie. Cuando se ponía en marcha, no había forma de detenerlo. «¿Estás seguro? ¿De verdad lo entiendes? Porque hablé con Anabelle antes». Miró a Wesley y se encogió de hombros. «Nuestra hermosa árbitro se está llevando la peor parte. ¿Por qué crees que es así?».

«Obviamente estoy fallando hoy», me levanté para agarrar la botella de bourbon. «Solo dime qué más estoy haciendo mal».

«Ella es la que te mantiene en Arizona».

«Mi negocio me mantiene allí». Miré detrás de mí por encima del hombro.

«Sabes que eso no es verdad». Wesley me miró a los ojos, desafiándome a que le mintiera.

«Desafortunadamente, hermano, no tengo las respuestas», Zack se movió hacia el borde del patio. Bebió un sorbo de su vaso, estirando el cuello para ver más allá de los árboles.

«Me alegro de que Zack estuviera aquí para esta conversación. No sé qué decirte, excepto que no puedes seguir tirando tu dinero en inversiones que no tienen sentido. También podrías darle esta casa. ¿Por qué demonios no?».

Zack se dio la vuelta, riendo. «¿No acabamos de demostrar que mamá no quiere dinero? Aunque no es una mala idea».

«Fue una broma, no una idea».

«Ella quería salvar esta casa por una razón. A papá no podría importarle menos. Y él es el que creció aquí. Mira lo que ha hecho solo para que todos estemos aquí de nuevo». Zack tenía razón en eso.

Agarré un mechón de mi cabello. «Literalmente le dije a Valentina que esta era su casa. ¿Qué le voy a decir? *'Oye, mejor se la voy a dar a mamá. Buenas noticias, ella podría ser más amable contigo si lo hago'*».

«Bueno, yo no lo diría así». Zack me miró como si mi perorata tuviera sentido.

«Ustedes no ayudan».

Mamá caminó hacia el patio con una bandeja de fiambres. «Juro que la cena está casi lista. Tuvimos un pequeño incidente en la cocina. La línea de gas no estaba conectada correctamente». Ella negó con la cabeza.

«Está bien, mamá». Zack la rodeó con el brazo. Los ojos de mamá adquirieron una cualidad brillante.

Me levanté para ir a buscar a Valentina. Estaba oscureciendo y realmente no confiaba en que ella estuviera sola. Ya había demostrado que podía perderse. Wesley se acercó a mí y me pellizcó los hombros.

«Siéntate», me susurró al oído. «Escucha al Dr. Phil».

«Oye, mamá, Wesley y Derek tienen algo que decirte. Oh, mira, se nos acabaron las galletas. Siéntate. Yo las traeré». Zack besó a mamá en la parte superior de la cabeza y nos dejó para que lidiáramos con nuestras malas noticias.

«Derek quiere que te quedes con la casa de la abuela», soltó Wesley. Cobarde. No podía empezar con sus malas noticias.

Miré a Wesley con enojo. Cuando me volví para mirar a mamá, estaba llorando, abrazándose a sí misma.

«Quiero decir, ya te mudaste».

«Derek». Mamá caminó alrededor de las sillas para abrazarme. «Qué lindo gesto, pero sabes que no puedo quitarle esta casa a tu nueva esposa. No sería justo para ella. ¿Dónde vivirían tus hijos?».

«Tengo una casa en Tucson, mamá».

«Por supuesto que sí. ¿Valentina está de acuerdo con esto?».

Creería que sí, porque a Valentina no le importaba el dinero. Le importaba... el tiempo de calidad. Esta casa no significaba nada para ella. Estaba impresionada por la hacienda, pero esta propiedad no era su idea de un hogar porque no guardaba ninguno de sus recuerdos de infancia.

Al menos en Tucson, su familia y amigos de la infancia estaban allí. ¿Consideraría un insulto si cambiaba de opinión para complacer a mamá? Especialmente hoy temprano después de haber hecho un desastre de la situación.

«Sí, por supuesto que lo está», dije cuando mamá dio un paso atrás para mirarme a los ojos.

CAPÍTULO 10

¿En qué más mentiste?

VALENTINA

Primero, ella se escabulló cuando Zack me encontró en la escalera. Ahora acechaba en los jardines como una especie de ladrona. ¿Qué demonios estaba pasando con Ana? Antes había estado tan equivocada con ella. No tenía ningún interés en Derek. Todo eso era el loco plan de Lilly.

La buena noticia era que Ana podía ser una aliada. Era cercana a Lilly. Podía ayudarme a descubrir cómo ganarme su aprecio. El primer día no había ido como esperaba, en absoluto. Sí, había pensado que habría algo de incomodidad al conocer a Lilly por primera vez. Pero esta mañana había sido un verdadero desastre. ¿Culpaba a Derek por eso? Un poco.

Seguí el camino del jardín, a través de los altos robles, manteniendo las luces de la casa de Ana frente a mí. Perderse en este laberinto enorme era fácil durante el día porque no tenía puntos de referencia fuera de él. Pero ahora que había caído la noche, las dos casas eran como faros.

Cerca del arroyo, encontré a Ana sentada en su lado de la propiedad, jugueteando con un lienzo que había apoyado en un caballete. Miré hacia el enorme árbol que me impedía verla. Sus ramas y hojas se balanceaban con la cálida brisa. De pie allí, observé a Ana. Si tenía que ser sincera, Lilly no se había equivocado al elegirla para Derek. Tenía su largo cabello rubio perfectamente recogido en un moño. Pasé mis manos por mi cabello, que no había podido mantener bajo control desde que aterrizamos. Su mirada azul estaba llena de determinación mientras daba pinceladas sobre el lienzo. Me resultó difícil creer que Derek no quisiera estar con ella.

"*Ella no es tú*", había dicho Derek. ¿Era eso suficiente?

Parecía una princesa de cuento de hadas sentada en este hermoso lugar, rodeada de vegetación, flores coloridas, luciérnagas que entraban y salían a lo largo del agua que goteaba, cigarras cantando. Ella pertenecía aquí, al igual que Derek. Era parte de lo que él consideraba su hogar. ¿Quién no querría eso? Mierda, tenía que dejar de hacerme esto.

Hasta que Derek me dijera que no quería estar conmigo, tenía que seguir luchando por él. En ese momento, Ana era la clave para llegar a Lilly. No podía quedarme aquí, sintiéndome mal por mí misma, preocupándome por lo que Derek merecía o no merecía. Tenía que esforzarme y hacer lo que era correcto para mi familia. Sonreí ante la idea. Derek, Max y yo éramos una familia. Me aparté del tronco del árbol con un empujón y caminé hacia ella.

Cuando me acerqué, se puso un dedo índice sobre los labios. Mis ojos se abrieron de par en par mientras intentaba ver más en el crepúsculo. Todavía no estaba del todo oscuro, pero las sombras se arrastraban a lo largo de la línea de árboles.

Me senté en el taburete de madera junto al suyo y susurré. «¿Qué pasa?».

«Alguien me estaba observando antes».

Miré hacia la casa de Cole; los arbustos y árboles altos hacían imposible ver nada excepto las luces que venían de las habitaciones de arriba. Me concentré en el árbol desde donde la había espiado, pero estaba segura de que no podía verme. No desde aquí. Me encogí de hombros. «No veo nada».

«Tal vez fui solo yo. Me asusté. Este lugar siempre es tan silencioso y solitario. Tal vez mi cabeza todavía esté zumbando por toda la actividad allí», señaló con la barbilla hacia la casa.

«¿Creciste aquí?», tenía que mantener el rumbo.

Ana era mi única oportunidad de hacerme amiga de Lilly. Tenía que hacer esto por Derek. Si quería casarme con él, necesitaba la bendición de su familia. No me había olvidado de eso. ¿Qué haría si su madre le exigiera que me dejara? ¿Accedería? ¿O estaría bien con no volver a ver a su madre nunca más? Cualquiera de las opciones me rompería el corazón.

«Sí», se miró las manos. «Aunque después de que nuestros padres murieron, mi hermano Charlie me envió a un internado. Él estaba en la universidad, así que no tenía otra opción, en realidad. Estuvo bien».

No le había preguntado si le gustaba su escuela, pero de todos modos me dio su respuesta ensayada.

«Pero ahora estás de vuelta?».

Ella asintió. “Terminé la universidad hace un par de años. Pasé un tiempo viajando, pero extrañé mi hogar. Aquí estoy solo yo, pero sigue siendo mi hogar, ¿sabes?».

«Eso es genial. Esta es la primera vez que salgo de Arizona. ¿Te imaginas? ¿Dónde está tu hermano? ¿Vendrá?».

Ella negó con la cabeza, frotando el mango de su pincel. «Es un marine. No sé si Derek te contó sobre nosotros».

«No, en realidad no. Lo siento».

«No es tu culpa. De todos modos, él y Wesley son muy cercanos. Si Wesley está aquí, es solo cuestión de tiempo antes de que mi hermano aparezca también». Ella puso una sonrisa en su rostro.

Su hermano vendría porque Wesley estaba aquí, pero ¿qué pasaba con ella? Parecía tan sola que quería abrazarla. Con el rabillo del ojo vi una sombra moverse justo al otro lado de la cerca. Miré dos veces.

«¿Lo viste?», ella tomó mi mano.

¿No era yo la única que la espiaba? Miré hacia los árboles y arbustos detrás de la cerca, pero estaba demasiado oscuro para distinguir algo.

«Sí. ¿Deberíamos llamar a los guardias?», saqué mi teléfono. «Le estoy enviando un mensaje a Derek».

«No, mira». Ana señaló a un pequeño zorro que salía corriendo del bosque. Las arrugas se le marcaron en la frente. «Esperaba que fuera otra persona».

«¿Quién?», me incliné hacia adelante.

Era extraño lo cómoda que me sentía con ella, como si la conociera desde hacía mucho tiempo. Tal vez todavía estaba un poco ebria por el vino.

«Nadie», se encogió de hombros. «Me alegro de que finalmente estés aquí. Ahora que todos han regresado, se siente como en los viejos tiempos. Todavía no has conocido a Tyler y a Matt. Estarán aquí la semana que viene para la fiesta de compromiso».

«Genial. Más familia. Estoy ansiosa por conocerlos».

«Vamos. No puede ser tan malo».

Me sequé las manos en el vestido. «Me alegro de haberte conocido. Hará que este mes pase rápido para tener a alguien con quien hablar. Alguien que no me odie», le comenté. Seguramente, ella sabía de quién estaba hablando.

«¿Qué quieres decir con este mes? Pensé que te quedarías. Lilly me lo dijo».

«No nos quedaremos. Mis manos se enfriaron ante la idea de quedarme aquí bajo el mando de Lilly por el resto de mi vida. Quería casarme con Derek, pero ese sería un precio muy alto. Uno del que él no me había hablado».

«Oh. Debo haber entendido mal». Ella agitó su mano en señal de que lo ignorara, mirando de soslayo hacia los árboles.

¿Quién esperaba que estuviera ahí afuera?

«Está bien, tengo que ser honesta contigo. Pareces agradable. Lilly te ama. Necesito tu ayuda».

«Por supuesto». Se sentó un poco más derecha en su taburete. «¿Qué necesitas?».

«¿Por qué Lilly me odia? ¿Cómo lo soluciono?». Estaba suplicándole y no me importaba.

«Ella no te odia. Ella… eh», hizo una mueca, «ella piensa que eras tú quien mantenía alejado a Derek antes. Aunque parece que podría tener razón si todavía estás planeando volver a casa después de este viaje».

«¿Cómo pudo pensar que nos quedaríamos? Mi hijo ni siquiera está aquí».

¿Esperaba que Derek y yo rompiéramos mientras estábamos de visita? Mierda, si ese era su plan original, casi lo había logrado. Y el primer día. Me froté la sien. El ligero dolor de cabeza que tenía desde que choqué contra el árbol hoy temprano se había convertido en una migraña total. «Nadie mantiene alejado a Derek excepto él mismo. No puedo decirle qué hacer».

«Me agradas». Ana cubrió mi mano con la suya. «Derek quiere vivir en esta casa».

«¿Te lo dijo?».

«Por la forma en que habla de ello, supuse que sí».

Ella tenía razón. Desde el principio, Derek había estado muy orgulloso de esta casa. Incluso mencionó vivir aquí y me pidió que convirtiera el lugar en un hogar para nosotros. Jesús, ¿cómo pude ser tan estúpida? Estaba tan preocupada por su madre que no consideré el hecho de que tal vez él ya no quisiera permanecer en Arizona. No podía irme de casa.

«¿Es ese el problema de Lilly conmigo?».

«Sí. Cuando Derek se divorció, pensó que tenía una segunda oportunidad para arreglar su vida».

La vida de Derek no necesitaba arreglarse. Era feliz en Arizona. ¿No? ¿Me había mentido? ¿Pensaba que, si pasaba un mes en esta hacienda, aceptaría dejarlo todo y mudarme aquí? Todo lo que había hecho desde que nos fuimos de casa apuntaba a eso. Respiré profundamente para tranquilizarme. ¿Por qué me parecía que esto era una trampa?

«¿Cuáles crees que son mis opciones? ¿Mudarme aquí o quedarme en Tucson sin Derek?».

«Derek te ama. De ninguna manera te dejará ir. No viste lo que yo vi». Se abanicó, radiante.

«¿Cuándo? ¿Dónde?».

«En tu dormitorio. Antes. Cuando tengo sexo, eso es lo que quiero. Alguien que me desee así».

¡Vaya! ¿Qué? Dejé caer la cabeza entre las manos, con las mejillas ardiendo. «No pensé que supieras lo que estábamos haciendo. No reaccionaste exactamente ante eso. Pero, por supuesto, lo viste».

«¡El tipo estaba sin camisa!», me apretó la pierna, riendo. «Tengo una idea bastante buena de cómo funcionan las cosas. No reaccioné porque tenía más miedo de volver a salir».

¿Era por eso que parecía más joven que yo, aunque no lo fuera? Era tan hermosa, de una manera refinada. Era divertida, inteligente y obviamente muy talentosa. «¿Cómo lograste pasar por la universidad sin que los chicos te invitaran a salir?».

«Lo hicieron. Yo quería algo especial. Supongo que nunca llegó». Ella sacudió la cabeza como si estuviera ahuyentando un pensamiento. «Pero no cambies el tema. ¿Cómo vamos a arreglar tu pequeña situación aquí? ¿Qué quieres?».

«No lo sé. Una parte de mí está molesta con Derek por no ser más franco conmigo, pero si soy honesta, nunca le dije cuáles eran mis expectativas. Supongo que él sabía que quería vivir en Tucson con él y Max, mi hijo».

Todo lo que había sucedido desde Vail seguía dando vueltas en mi mente. Derek tenía prisa por sacarme de Tucson. Supuestamente, para despistar a Bridget y hacer que se fuera de la ciudad. Ahora resultaba que quería quedarse en Atlanta de forma permanente.

«Me parece que ustedes dos tienen mucho de qué hablar antes de la boda».

«Sí, eso parece».

«Oye, te sigo perdiendo en este laberinto».

Como si lo hubiéramos convocado, Derek saltó la cerca baja, cruzó el arroyo que separaba su propiedad de la de Ana y se unió a nosotras. Me besó en la mejilla. Su calor corporal se filtró a través de mi vestido y me apoyé en él. Una vida con Derek era todo lo que quería, pero...

«Perdí la noción del tiempo hablando con Ana».

«Soy Anabelle. Estos tipos insisten en tratarme como a la hermana pequeña de Charlie.

«¿Qué tiene de malo decirte la dulce Ana? Derek le dio un golpecito en la nariz. «Eres muy dulce».

¿Podría ser más despistado?

«¿Ves lo que quiero decir?», ella puso los ojos en blanco.

«Lo siento. Anabelle». Le sonreí. «Gracias por hablar conmigo. Esto fue de mucha ayuda». Le di una mirada significativa.

«Es tarde. La cena está lista». Derek me agarró por la cintura.

«Buenas noches», le hice un gesto a Anabelle con la mano.

Cuando llegamos a los jardines, me condujo por un camino que terminaba en una zona acogedora con una pequeña fuente con agua y un banco de piedra.

«Tenemos que hablar», me hizo un gesto para que tomara asiento.

Mi corazón se aceleró. Yo también tenía preguntas, pero esa mirada severa me hizo detenerme.

«No». Me mantuve firme. «Primero, explícame por qué tu madre cree que te quedarás aquí indefinidamente».

«Ella no piensa eso», me contestó.

«Se lo dijo a Anabelle».

«No tenía idea. Lo prometo».

«Sigues diciendo eso. Has prometido muchas cosas desde que llegamos aquí. Pero a cada paso, descubro que quieres algo diferente».

«Te deseo a ti. Eso no ha cambiado», me acarició la cara. Su tono de voz pasó de decidido a vacilante.

«Respóndeme esto. Si fuera por ti, ¿te quedarías en Tucson? Quiero la verdad. No lo que crees que quiero escuchar», le exigí.

Dejó caer los brazos a los costados y me miró fijamente. Anabelle tenía razón. Esta era su casa.

«Ya no tiene sentido que esté en Arizona».

«¿Eso es todo?».

«Quiero estar contigo. ¿Me estás preguntando cómo sería el mundo perfecto para mí? Bien», su mirada azul me atravesó.

Me alejé de él, esperando que no lo dijera en voz alta.

«Quiero que vivamos aquí. Tú, yo, Max. Podemos ser una familia aquí».

«Deberías haber dicho eso antes de traerme aquí. ¿O esperabas que tu madre lo solucionara por ti?»

«¿Qué?».

«Desde el momento en que entré, ella me ha estado empujando hacia la puerta. Y tú la dejaste. Como si quisieras que ella me echara para no tener que hacerlo tú mismo».

«No. No es eso en absoluto. Fui un idiota. Eso es culpa mía. Si pudiera borrar este día, créeme que lo haría».

«¿En qué más mentiste?».

«No mentí sobre nada». Se frotó el pecho, exhalando. «Haría cualquier cosa para casarme contigo. Cualquier cosa que me pidas».

«¿Incluso vivir en un lugar al que sientes que no perteneces?».

«Sí». Respondió sin dudarlo. Esa era su verdad. Haría cualquier cosa para estar conmigo.

«¿Por cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo antes de que esperes lo mismo de mí?». Tenía mis respuestas, por malas que fueran. «Déjame ser muy clara contigo. No quiero vivir aquí».

Se alejó de mí arrastrando los pies. Incluso si me amaba lo suficiente como para no pedirme que mudara a mi familia aquí, esperaba que viniera voluntariamente de alguna manera. La decepción estaba escrita en todo su rostro. No podía soportarlo. Mi cabeza daba vueltas y palpitaba con todo lo que decía y no decía.

Respiré profundamente, me di la vuelta y lo dejé allí de pie. Necesitaba estar sola. Cuando llegué al borde de los jardines, miré hacia atrás, esperando verlo. Desde que lo conocí, siempre me perseguía cuando me asustaba demasiado. Pero esta vez, no estaba allí. No me sorprendió, aunque todavía me dolía muchísimo.

Subí las escaleras con dificultad. Zack intentó hablarme de camino al dormitorio, pero le hice un gesto para que se fuera. No podía lidiar con la familia de Derek en este momento. Tenía que hacer una lista y resolver las cosas. ¿Estaba lista para irme ahora? Cerré la puerta detrás de mí y me apoyé en ella, abrazando mi estómago, jadeando en busca de aire.

En el baño, rebusqué en mi neceser, buscando ibuprofeno. No podía pensar con este dolor de cabeza. Me metí las pastillas en la boca y bebí del grifo. Era tarde. No podía hacer planes para nada. Me acosté en la cama y miré fijamente el reloj que estaba sobre la mesilla de noche. Los números digitales aparecieron y desaparecieron hasta que salió el sol.

Derek nunca llegó.

CAPÍTULO 11

En sentido estricto, eso fue una gran mentira

VALENTINA

Seguí el camino del jardín hacia la casa de la alberca. Al otro lado, encaramado en una colina, un invernadero se asomaba por encima de los setos,. Ese sería un buen escondite para pasar el día. Después de que Derek no se presentara a dormir conmigo anoche, decidí darle espacio y pensar las cosas. Por un lado, no tenía idea de qué decirle porque no sabía cómo podríamos hacer que Atlanta funcionara. ¿Qué pensaría Max de eso? ¿Le gustaría estar aquí?

Cuando hablamos por FaceTime hoy, insinué que podríamos mudarnos aquí, pero la idea no le gustó. Se encogió de hombros y movió el teléfono para mostrarme cómo él y Pirate se preparaban para tomar una siesta. El gato perezoso ya estaba profundamente dormido, acurrucado al lado de Max. Quería abrazarlo con tantas ganas.

Pero después de todo lo que Derek y yo hemos pasado, sabía que dejar a Max con Em y mis padres había sido lo correcto para él. No quería que me viera haciendo un lío con Derek.

Dentro del edificio de cristal, la humedad tenía que ser del 100 por ciento. Una larga mesa de madera empujada contra la pared norte estaba cubierta de macetas con orquídeas de diferentes tamaños. Entré en la habitación luminosa, sonriendo ante el sonido relajante del agua que goteaba de la fuente de piedra que llenaba el centro. El penetrante aroma de las flores me hizo cosquillas en la nariz y me hizo estornudar.

«Salud». Una voz masculina vino del otro lado del invernadero donde altas palmeras salpicaban una esquina. Estaba encorvado sobre un lavabo, lavándose las manos como lo hacen los cirujanos antes de entrar en una sala de operaciones.

«Gracias. Lo siento. No quise interrumpir». Me di la vuelta para irme.

«Debes ser Valentina. Te extrañé en el desayuno esta mañana». Se secó las manos en el delantal y extendió el brazo. «Soy Liam. El padre de Derek».

¿Por qué Derek no me dijo que su padre había vuelto a casa de su conferencia? Demasiado para hacer una buena impresión con su familia.

«Dr. Cole, encantada de conocerlo».

«Solo Liam. Por favor. La dulce Ana me ha contado todo sobre ti, lo cual es bueno porque Derek nunca me cuenta nada».

Solté una risa nerviosa. Liam era prácticamente una versión mayor de Derek, pero sin la mirada intimidante ni su intensa energía. Derek debía haber heredado eso de su madre. La mirada azul de Liam era amistosa y acogedora. Me miró como si fuera uno de sus pacientes, un niño de cinco años que necesitaba que lo tranquilizaran.

«Anabelle ha sido muy amable conmigo».

Levantó ambas cejas y cubrió su sonrisa por un momento. No podía tener más de sesenta

años. Su cabello era una mezcla de rubio y plateado.

«Estoy al tanto de la desagradable bienvenida de Lilly. Por favor, no te lo tomes como algo personal». Sus ojos se suavizaron tan pronto como pronunció el nombre de su esposa. «Ella cambiará de opinión. Te lo prometo. Simplemente le llevará un poco más de tiempo acostumbrarse a la idea de dejar ir a Derek otra vez, y ahora a esta casa. Puede ser terca, pero también puede darse cuenta cuando está equivocada. Dale un poco de tiempo».

Crucé los brazos sobre el pecho.

«Derek me dijo que creció usted aquí». Mi mirada siguió los paneles de vidrio hacia los techos altos. «Este lugar es increíble».

«Derek hizo algo genial al salvar esta casa. Ciertamente no se veía así cuando yo era niño. A mamá le hubiera encantado ver su invernadero restaurado a su antigua gloria», hizo un gesto hacia la mesa de madera y las orquídeas en macetas cargadas de flores coloridas. «Esas eran sus favoritas. Tal vez cuando tú y Derek se muden, pueda mostrarte cómo cuidarlas».

Mis brazos se apretaron alrededor de mí. Derek había planeado una vida entera para nosotros y no había pensado en consultarme al respecto.

«Derek y yo no tenemos planes de mudarnos pronto».

«¿Disculpa?».

«Quiero decir que le encanta estar aquí, pero nuestras vidas están en Tucson». En sentido estricto, eso fue una gran mentira. Derek ya había admitido que yo era lo único que lo retenía en Tucson.

«Por supuesto. Lo siento. Supongo que simplemente asumimos que después de todo el tiempo y esfuerzo que Derek puso en esta casa... aunque puedo entender tu punto de vista».

Derek había comprado esta casa hacía más de dos años. La había estado renovando desde entonces. Hasta que me conoció, había estado planeando vivir aquí. Me froté la sien. ¿Cómo podía alejar a Derek de todo esto? ¿Cómo podía dejar mi hogar para venir a quedarme aquí?

«Ahí estás», Anabelle entró corriendo, sin aliento. «Te he estado buscando por todas partes».

«Me temo que es mi culpa. La retuve aquí», Liam se acercó para besar suavemente a Anabelle en la mejilla.

«Tú también estás en problemas. ¿Por qué no estás vestido?».

«¿Me perdí algo?». Mi mirada pasó de Liam a Anabelle.

«Valentina, la fotógrafa ya está aquí. Todos los están esperando».

Liam se encogió de hombros con complicidad. «En mi defensa, yo me estaba escondiendo aquí primero».

«Lo siento mucho. Lo olvidé por completo».

Cuando acepté hacer fotos de compromiso para el periódico, Derek y yo estábamos de acuerdo en cuanto a nuestra relación. Pero después de nuestra conversación de anoche, no estaba segura de que casarnos fuera una buena idea. Posar para fotos de compromiso falsas era lo último que quería hacer hoy.

«No importa. Vamos. Te ayudaré a vestirte». Anabelle me agarró del codo y me acompañó hasta la salida.

«Voy justo detrás de ustedes», dijo Liam, pero cuando me di la vuelta para despedirme, ya se había ido.

«Anabelle, realmente no creo que pueda seguir con esto hoy. ¿Podríamos posponerlo?». Indefinidamente.

«No. Derek ha sido tomado y debes asegurarte de que todos lo sepan. Puedes resolver la logística más tarde». Se detuvo al final de los escalones de piedra que conducían al patio trasero.

«Sé que tienes dudas, pero es normal. Casarse es un gran cambio».

Asentí con la cabeza en señal de acuerdo, pero ella lo tomó como una concesión a lo que fuera que ella había planeado para el día. Me dirigió una cálida sonrisa y me ayudó a subir las escaleras.

«Ahí estás», Derek nos recibió en el vestíbulo. La mirada tentativa que me dio decía que también pensaba que estas fotos eran innecesarias en este momento. «Mamá preparó un vestido para ti. ¿Te importaría ponértelo?», extendió la mano y mi brazo hormigueó de anticipación. Cuando se detuvo a mitad de camino, un escalofrío me recorrió.

«Me pondré el vestido». Subí las escaleras a nuestro dormitorio mientras él se quedaba allí, mirándome la espalda.

«Pobre chico». Annabelle esperó hasta que estuvimos en la seguridad de la suite para comentar. «Él realmente quiere verte feliz. Los hombres pueden ser tan despistados a veces». Tomó un vestido blanco de la cama. «Oh, es hermoso. Vamos a peinarte y maquillarte primero». Echó a correr hacia la puerta y la abrió para dejar entrar a dos mujeres. Por supuesto, Anabelle había pensado en todo.

Me senté en el sillón del tocador y dejé que las dos mujeres hicieran lo que quisieran con mi cabello y mi rostro. Nada de esto importaba hasta que Derek y yo habláramos sobre cómo sería nuestro futuro. Un futuro real, no el que él me ofrecía solo para que yo dijera que sí. Hasta que no supiera qué era lo que quería y hasta qué punto estaba dispuesta a ceder ante lo que él quería, no tenía sentido tener esa conversación.

«Eres tan hermosa». Anabelle me miró a los ojos en el espejo, apartando un rizo de mi rostro. «Está bien. Es hora de vestirte». Me sacó del baño y me llevó de nuevo al dormitorio.

El vestido que la madre de Derek me había preparado era elegante y sofisticado, de una tela suave que se sentía como mantequilla en mis manos. Si hubiera sido una talla más grande en la parte superior, habría podido usarlo.

«Esto no va a funcionar». Tomé el corsé del vestido y lo apreté contra mi pecho. «Este tamaño estaba pensado para alguien con menos busto».

Anabelle me ofreció una sonrisa nerviosa. Apostaría a que este vestido le quedaría perfecto. Parpadeé lentamente y caminé hacia el vestidor. Gracias a Em y a mi amiga Annie, tenía muchos vestidos para usar en la sesión de fotos. Elegí un vestido largo y sedoso con tirantes finos. La tela plateada tenía un efecto adelgazante en mi pecho. Tal vez. Ay. ¿A quién le importaba lo que Lilly pensara?

«Lo siento, Valentina».

«¿Lo sientes por qué?». Estaba empezando a perder la paciencia con la madre de Derek. ¿Lo sientes porque tengo demasiado pecho para que me quede el vestido de Lilly? ¿O por no ser lo que Derek necesita?».

«Si tan solo le dieras una oportunidad, verías lo encantadora que es».

«He estado aquí dos días completos. Si quisiera mostrarme su lado encantador, ya lo habría hecho».

«Bueno», su mirada se posó en mi vestido. «Puedo decirte que Derek se correrá en sus pantalones cuando te vea con esto».

Solté una carcajada ante las crudas palabras de Anabelle. «No puedo creer que hayas dicho eso».

«Es la verdad. Lilly no puede decirle a Derek qué hacer o de quién enamorarse. Créeme, si tuviera ese tipo de poder sobre sus hijos...», hizo un gesto con la mano para desestimarlo. «Habla con ella. Estaba pensando que, si le pides que se mude aquí indefinidamente, tal vez lo vea como

una oferta de paz».

«¿Qué quieres decir? ¿Pedirle a Lilly que venga a vivir a la casa de Derek?».

«Sí. ¿Te importaría? Significaría mucho si se enterara de ello por ti».

¿Me importaría? No podía pensar en una sola razón por la que me importaría que Lilly viviera en la casa de Derek. En veintisiete días, nos íbamos y, demonios, si planeaba volver. Miré mi vestido. ¿Nos iríamos? ¿O sería solo yo quien se iría a casa al final de este viaje?

«Para nada. Todo en esta casa está aquí porque ella lo puso. Ella merece disfrutar de este lugar».

Anabelle me dirigió una sonrisa. «Dile eso. Al menos verá que no estás aquí para reemplazarla».

¿Reemplazarla? Jesucristo. Por miedo o pura estupidez, Derek había hecho un verdadero lío entre su madre y yo. Dejando eso de lado, no estaba lista para renunciar a él.

«Esta casa no es mía. No puedo decirle a Lilly que se mude sin el consentimiento de Derek».

Se miró las manos. «Zack me dijo que Derek planeaba darle la casa a su madre. ¿No te lo dijo?».

«No», cerré los ojos con fuerza. «Simplemente no confía en mí».

«Vamos. La fotógrafa ha estado esperando mucho tiempo».

Seguí a Anabelle hasta el salón, donde la fotógrafa y su asistente habían instalado la iluminación y reorganizado los muebles. Derek estaba de pie junto a la ventana, con una copa en la mano, mientras su madre colocaba un arreglo de flores en la repisa de la chimenea. Para ella, esta era más que una foto de compromiso. Quería que el trabajo que había hecho con esta casa apareciera en la portada de la sección de redes sociales. Derek, como siempre, parecía haber salido de una revista.

En cuanto me vio junto a la puerta, se dirigió directamente hacia mí. «Estás hermosa. ¿Qué pasó con el vestido que te compró mamá?».

«Era demasiado pequeño», solté, y luego me mordí la lengua antes de mencionar el hecho de que Lilly lo había comprado pensando en Anabelle.

«Estoy segura de que fue un error». Me agarró el codo y todo mi cuerpo se fundió con él. «Dios, te extrañé». Sus dedos rozaron mi brazo.

Yo también lo había extrañado. No estaba lista para renunciar a Derek. Si tuviera que pasar otra noche lejos de él, gritaría y posiblemente le rogaría que no me dejara. Nos pertenecíamos el uno al otro.

«¿Podría tener a la encantadora pareja aquí, por favor?». La fotógrafa nos hizo un gesto para que nos uniéramos a ella.

Derek parecía haber nacido para estar frente a la cámara, perfectamente cómodo en su traje de tres piezas. La tela oscura hacía que sus ojos azules resaltaran en esta iluminación.

«No te muevas, cariño». Lilly agarró mis hombros y movió mi cadera unos centímetros detrás del costado de Derek. «Tal vez menos trasero», le dijo a la fotógrafa, que había estado tomando fotos todo ese tiempo, revisando el marco de su cámara después de cada toma.

«Se ven perfectos».

«¿Qué le pasa a mi trasero?», le susurré a Derek.

Una arruga tocó su ojo mientras miraba de reojo detrás de mí. Su mano se deslizó hacia mi espalda baja, dejando un rastro de hormigueo caliente en mi piel. «Nada. Creo que es perfecto. Me encantan tus curvas», susurró contra mi sien.

Su mirada azul descendió hasta mis labios y luego a mi escote, y mi rostro se sonrojó. Mi mente se inundó de imágenes fugaces de la última vez que estuvimos juntos: su boca llena

succionando mi pezón de esa manera que me hizo perder toda la noción del tiempo y el espacio.

Agarré su chaqueta de traje y él me abrazó con más fuerza. Esta intensa necesidad fue la razón por la que me había mantenido alejada de él toda la mañana. Necesitaba pensar en cómo sería nuestro futuro juntos. Tenerlo entrometiéndose en cada uno de mis pensamientos hacía imposible pensar racionalmente.

«¿Podrás publicar el anuncio la próxima semana?», le preguntó Anabelle a la fotógrafa.

«Absolutamente, pero tengo que irme de aquí con toda la información».

«Por supuesto. Estas fotos se ven increíbles, chicos». Anabelle miró la pequeña pantalla donde ya se habían subido nuestras pruebas. «Vengan a ver». Me hizo un gesto para que me acercara. Detrás de mí, Derek dejó escapar un gemido silencioso con sus dedos como una prensa alrededor de mi muñeca, y su otra mano firmemente sobre la mía.

«¿Podemos hablar?». Frotó su pulgar a lo largo de mi palma.

«Puedes hablar más tarde», Lilly presionó su mano contra su pecho. «Ahora mismo, necesitan seleccionar una foto. Ya hemos hecho esperar a la fotógrafa lo suficiente».

«Valentina puede decidir».

«¿Tal vez más tarde?», pregunté.

Derek asintió.

«Por supuesto, querido», Lilly lo besó suavemente en la mejilla y lo vio irse. Frunció el ceño, sacudiendo la cabeza. No se equivocaba si me culpaba por el mal humor de Derek.

Desde el otro extremo de la habitación, Anabelle llamó mi atención, articulando con movimientos de su boca *habla con ella*. Levanté la mirada, buscando lo correcto que decir. «A él le encanta tenerte aquí».

«¿Disculpa?», Lilly se giró para mirarme. Derek definitivamente recibió la mirada intimidante de su madre.

«Lo que quise decir es que a él le encantaría que se mudara aquí».

Su pequeña risa y su encogimiento de hombros para descartar mis palabras como si no fueran importantes no coincidían con la expresión de su rostro. Por primera vez desde que nos conocimos, me miró con amabilidad en sus ojos. «¿Quién quiere que la suegra venga a vivir con la pareja?».

Nadie, pero yo tampoco tenía intención de vivir aquí. «Bueno, Derek y yo no planeábamos estar aquí a tiempo completo. Tiene sentido que se quede aquí y se encargue de la casa en nuestra ausencia».

En el momento en que las palabras salieron de mis labios, supe que era la respuesta correcta. No solo para Lilly, sino también para Derek, Max y para mí. Alguien con un avión privado y un maldito helicóptero no tenía ninguna razón para estar atado a una ciudad.

Anabelle prácticamente chilló antes de abrazarme con fuerza, al estilo Zack. «Sé que no te das cuenta, pero Lilly está estallando de alegría en este momento».

«Ana», dijo Lilly en un tono brusco. Se volvió hacia mí, deslizando sus anteojos de lectura sobre su cabeza. «Es muy amable de tu parte, Valentina. Pero no puedo aceptar».

«¿Por qué no? Tiene sentido. Haría feliz a Derek». Me aclaré la garganta. «Me haría feliz a mí».

Su mirada se movió rápidamente entre Anabelle y yo. Después de unos segundos, soltó un suspiro.

«Está bien. Ojalá mereciera tu amabilidad». La sinceridad en sus ojos me desarmó.

Todo lo que Lilly quería era estar en la vida de Derek, ser parte de este legado por el que había trabajado tan duro, su hogar familiar.

«¿Podemos empezar de nuevo?». Intenté sonreír.

«Por favor». Ella asintió y me abrazó de la forma en que la había visto hacer con Derek. Cuando se apartó, se secó la comisura de sus ojos y se aclaró la garganta. «Mírame, ocupando todo tu tiempo. Tú y Derek realmente necesitan hablar».

Miré a Anabelle. ¿Todos sabían que Derek y yo habíamos estado peleando?

«Todos lo sabíamos», dijo ella, adivinando mis pensamientos. «Ve. Atrápalo antes de que se vaya o encuentre una nueva forma de arruinar las cosas». Me empujó hacia la puerta.

CAPÍTULO 12

¿Qué le ha parecido Calientlanta a Valentina?

DEREK

Me puse la chaqueta del traje y me senté en el borde de la cama para atarme los zapatos. Unas horas en la oficina podrían hacer que dejara de pensar en ella. Tenía la esperanza de que después de la sesión de fotos, Valentina estuviera de humor para intentar hablar de las cosas. Tal vez más tarde, había dicho. ¿Más tarde cuándo? No podía pasar otra noche sin ella. La noche anterior, Zack me había convencido de que le diera algo de espacio.

Lo escuché y la dejé en paz porque no quería decir algo incorrecto otra vez y obligarla a tomar una decisión que no estaba lista para tomar. Me bebí media botella de bourbon para que me desmayara en el piso de abajo, aunque lo único que quería hacer era subirme a la cama con ella y besarla.

Valentina no había salido de la casa esta mañana, lo que significaba que quería resolver las cosas. La extrañaba. Odiaba tener que dormir solo en la misma casa que ella. La idea de que esta situación pudiera volverse permanente, que tendría que pasar el resto de mi vida sin ella, me sofocaba. Mi teléfono sonó cuando salía del dormitorio. Respondí sin mirar, otro problema de trabajo que tendría que agregar a mi interminable montón.

«Sí».

«Derek, soy Dom».

Oír la voz de mi abogado y mejor amigo detuvo la fiesta de autocompasión que estaba teniendo lugar en mi cabeza. Al menos, él había logrado encontrar una vida que lo hacía feliz.

«Hola, amigo». Miré mi pantalla. «¿Estás en la oficina? Pensé que estos días solo venías los lunes».

«Qué cabrón. Se llama equilibrio entre trabajo y vida personal».

«¿Qué pasa?».

«Cosas de trabajo, me temo. Bueno, para mí. No para ti». Hizo una pausa, probablemente para ver si le decía que se fuera al infierno con más problemas. En este punto, una cosa más no importaba. «El abogado de Bridget llamó».

«¿Qué diablos? ¿No se da cuenta de que no está en la cárcel porque elegí no enviarla allí? ¿Qué quiere ahora?».

«En resumen, ella ha vuelto a las andadas. Dejó la rehabilitación y ahora necesita mucho dinero. Tú debes ser la única fuente de ingresos que conoce».

A principios del verano, Bridget me hizo una oferta de divorcio en la que me pedía todo lo que yo poseía. La quería fuera de mi vida con tanta desesperación que casi acepté. Gracias a Dom, me defendí y descubrí que Bridget había estado malversando fondos de mi empresa durante años. A cambio de un divorcio y una vida pacífica con Valentina, acepté no demandarla.

Gran error. Debería haber sabido que su adicción no se calmaría tan fácilmente. Sin duda estaba en la cama con un usurero otra vez. Como antes, era pagar o morir.

«¿Cuánto?», pregunté.

«No pregunté porque no le vas a dar más dinero. Se fue con cinco millones hace menos de un mes. Estoy seguro de que no está corta de efectivo». Se aclaró la garganta. «Te llamo porque no se tomó muy bien mis modales. Tuvimos unas palabras. Y más o menos amenazó la vida de Valentina. Pensé que deberías saberlo. Sinceramente, no me sorprendería que estuviera yendo hacia ti ahora mismo. Sabes que no le gusta dejar las cosas para más tarde».

«Mierda», me froté la frente.

«Exactamente eso pienso. Cuídate. Asegúrate de que los guardias estén al tanto de la situación y estarás bien. Ya notifiqué a las autoridades. En unos días debería tener una orden de restricción para ti».

«Gracias. Qué pesadilla. Se suponía que íbamos a estar de vacaciones».

«Hablando de vacaciones, ¿qué le ha parecido *Calientlanta* a Valentina?». Se rió al otro lado de la línea.

En estos días, Dom no tenía tiempo para arrepentimientos ni mala voluntad. Estaba decidido a vivir la vida al máximo con el amor de su vida. Yo debería estar haciendo lo mismo. Caminé por el vestíbulo hacia la cocina. La casa estaba vacía. En un día hermoso como hoy, apuesto a que todos estaban en la parte de atrás disfrutando.

«Le ha parecido bien».

«Vaya, así de mal, ¿eh?».

«Gracias por llamarme, amigo».

«Por supuesto. Te mantendré informado si surge algo más. Ten cuidado. Bridget no está bien. Ser inteligente y estar equivocada son una mala combinación».

«Lo sé. Nos vemos». Terminé la llamada y me quedé en la cocina, donde la luz del sol daba en el rincón del desayunador. ¿Por qué demonios iría a la oficina en lugar de quedarme en casa?

Valentina había tenido tiempo suficiente para tomar una decisión. La quería de vuelta. Tal vez había salido a los jardines después de que terminara la sesión de fotos. Esperaba tener esta conversación en un entorno más privado. No quería que mamá o mis hermanos supieran que ella no quería estar aquí.

Llegué hasta el vestíbulo, donde mamá estaba parada bajo la brillante lámpara de araña lista para asesinar a Bridget. Bridget ya estaba dentro de la casa.

«¿Qué demonios?», la miré con enojo.

«No me dejaba verte», dijo Bridget a modo de justificación.

«Eso es porque hay una orden de restricción en tu contra. No puedes estar aquí». Miré a mamá y ella asintió. Sabía que yo estaba mintiendo, pero me siguió el juego de todos modos.

«¿Por qué no me dejan verte?», Bridget entrecerró los ojos y sacudió la cabeza una vez.

¿En serio? Dom había dicho que no estaba muy coherente pero ahora estaba al borde del delirio.

«Ya estás aquí. ¿Qué quieres?», puse mi brazo sobre el hombro de mamá.

Bridget caminó hacia mí, con una mirada de anhelo en sus ojos. Como si me amara. Cualquiera que estuviera afuera mirando pensaría eso con seguridad.

«Tenemos que hablar».

«Mi abogado me dijo que ya dijo todo lo que tenía que decirte. Solo vete. Se me acabó la paciencia, Bridget». Me dirigí a la puerta y la abrí. Mi corazón latía con fuerza en mis oídos. Tener a Bridget aquí con esa mirada demente en sus ojos me puso nervioso. Gracias a Dios que

Valentina no estaba aquí para ver esto.

«Esto es por ti, ¿no? Siempre me odiaste. No soportabas que Derek me escuchara a mí y no a ti», se acercó a mamá. «Respóndeme».

A pesar de lo alta que era, Bridget podía ser intimidante. Al lado de mamá, parecía un gigante.

«Has perdido la cabeza», dijo mamá.

Agarré los brazos de Bridget y la empujé hacia la puerta. Ella se dio la vuelta y me echó los brazos alrededor del cuello. «Sé que todavía tienes sentimientos por mí».

«Creo que ambos sabemos que nunca los tuve. Nunca tuvimos sentimientos el uno por el otro. Lo nuestro fue una transacción comercial. Nada más. Esa transacción se acabó, Bridget».

«¿Qué está pasando?», Valentina apareció al otro lado de la puerta. «¿Por qué está aquí?».

Qué puta mala suerte. Bridget me rodeó el cuello con los brazos con más fuerza. Jesucristo. «Basta, Bridget». Apreté sus muñecas hasta que me soltó. En cuanto la solté, fue tras mamá.

Valentina se puso delante de mamá para bloquear a Bridget. «Perdiste».

Para alguien con adicción al juego, esas palabras debían doler. Valentina sabía lo que estaba haciendo. «No me importa por qué estás aquí. Pero me alegro porque ahora puedo recordarte que si cambiamos de opinión, puedes ir directamente a la cárcel».

Por sorpresa o por puro miedo, Bridget retrocedió arrastrando los pies, mirando a Valentina como si fuera la primera vez que la veía.

«Vete ahora, o llamaré a Dom y le pediré que busque todas las pruebas que tenga sobre ti». Valentina mantuvo la puerta abierta.

Seguí de cerca a Bridget hasta donde me esperaban los guardias. «La próxima vez que aparezca, no se molesten en avisar. Llamen a la policía».

«Sí, señor», el guardia acompañó a una Bridget muy estupefacta hasta la camioneta.

¿Por qué pensaría que mamá había sido la razón por la que finalmente me había dado cuenta y había decidido que no le debía nada?

Cerré la puerta detrás de mí y me volví para mirar a Valentina. «Lo siento. Dom llamó para avisarme que podría intentar algo así. No tuve tiempo de avisar a los guardias».

«Nunca la había visto así. ¿De qué se trató eso?».

«Lo de siempre. Por dinero», me froté un lado de la cara.

«Gracias», mamá abrazó a Valentina.

Para mi sorpresa, Valentina le sonrió a mamá. Me miró un instante y luego volvió a enfocar su atención en mamá. «Quiero que Derek escuche esto para que no haya más confusión. Parece que desde que llegamos aquí, solo nos hemos comunicado con medias frases».

Abrí la boca para hablar, pero luego decidí no hacerlo. Tenía que dejar de tener miedo de decir la verdad. Aunque tenía que admitir que podía soportar a Bridget todo el día, pero no que Valentina le dijera a todo el mundo que no quería estar aquí.

«No quiero esta casa. Usted ha trabajado tan duro para que sea lo que es ahora. No sería justo que yo me metiera y se la arrebatara».

«Por favor, ni siquiera digas eso. Lo hice con mucho gusto. Esta casa te pertenece a ti y a Derek». Los ojos de mamá se llenaron de lágrimas. Estaba renunciando al lugar donde sus hijos crecieron, por mí. Para hacerme feliz.

«Le pedí a tu mamá que se mudara aquí». Valentina dejó escapar un suspiro. «Pensé que, si ella estaba aquí, podríamos visitarla. Durante más de un mes la próxima vez. Y tantas veces como quieras. Sé que quieres estar aquí».

«Los dejaré a los dos para que tengan su charla». Mamá ahuecó la mejilla de Valentina.

«Gracias».

Cuando mamá salió por la cocina, Valentina me miró a los ojos. «Habla con ella. Luego ven a buscarme a los jardines. Tenemos una charla que debíamos haber tenido hace tiempo».

Me quedé allí como un idiota y la vi irse. Zack entró desde la otra habitación y mordió su sándwich. «Juro que esto solo te pasa a ti. Te quedas ahí parado con tu cara bonita y las cosas se resuelven mágicamente para ti. Bastardo con suerte».

«¿Cuánto tiempo llevas ahí parado?».

«Desde que Valentina se enfrentó a Bridget. Bien por ella». Mordió su sándwich y luego frunció el ceño. «¿Por qué sigues aquí? Ve a hablar con ella. Realiza tu venta. O lo que sea que digas cuando estás a punto de ganar».

«Sellar el trato».

«Eso es. Ya era hora también. Estaba cansado de ver sus dos caras tristes por todo el terreno».

«Yo también». Salí, sintiéndome con energía, como si hubiera dormido diez horas completas.

Valentina tenía una forma de inyectarme vida de esa manera. En la terraza del patio, encontré a mamá sentada sola. Dejé escapar un suspiro. Tras echar una rápida mirada hacia los jardines, me senté a su lado.

«Lo siento».

«¿Por qué?».

Esperaba que dijera, “No hay nada de qué disculparse”, pero esa no era la verdad. «Lo siento por haber estado tan metido en lo que ya sabes, que te dejé sola. He estado tan concentrado en ganar dinero, en tener éxito, que dejé que mis relaciones fracasaran. Te extraño, mamá».

«Yo también te extrañé. Sé que puedo ser testaruda», se cubrió la cara con las manos y sollozó. «Espero que no sea demasiado tarde para decirlo también. Lo siento».

Extendí mi brazo para tomar su mano. «No tienes nada de qué disculparte».

«Debería haber apoyado más tu *pequeño proyecto*».

Cuando le conté sobre mi plan de negocios, lo llamó un ‘pequeño proyecto’, algo en lo que podría trabajar los fines de semana en su garaje. Sí, esa espina se quedó conmigo a lo largo de los años. Demostrar que estaba equivocada se convirtió en mi principal impulso para todo lo que hacía, cada decisión, cada contrato.

«Tu padre y yo peleamos tantas veces por esto. Sabía que estaba equivocada».

«¿Así que de ahí es de donde lo saqué?», me puse de pie.

«Posiblemente. No lo sé. Tu padre no es el santo que todos creen», me abrazó. «Ahora Valentina, ella es la verdadera santa aquí. Lamento haber sido tan grosera con ella estos últimos dos días. Es solo que después de todo tu desastre con Bridget, asumí que te estabas apresurando de nuevo sin pensar».

«En mi defensa, pensé en lo que estaba haciendo con Bridget». Me reí. «Mi lógica estaba jodida. Pensé que tenía sentido tener a mi empresa, a mi esposa, todo en un pequeño y ordenado paquete. Trabajábamos bien juntos».

«Ella se merecía un ascenso en el trabajo, no un anillo de bodas».

«Ahora lo sé, mamá. Las cosas son diferentes con Valentina. Ella tiene una manera de hacerme encontrar mi centro».

«Sé lo que quieres decir». Sonrió a sus manos. «Tu papá siempre ha sido mi brújula».

«Si la abuela te hubiera pedido que esperaras para casarte con papá, ¿habrías esperado?».

«Oh, claro que no». Se rió. «Quería casarme con tu papá antes de que se diera cuenta de que estaba cometiendo un error».

«Conozco la sensación».

«Me alegro de tenerte de vuelta, Derek. Ahora ve a hablar con Valentina. La fiesta de compromiso es en tres semanas. No voy a llamar a todos nuestros amigos para cancelarla».

«Gracias, mamá».

Ella asintió y me empujó hacia los escalones de piedra que conducían a los jardines. Mis manos temblaban mientras me aventuraba a buscar a Valentina. Este zumbido dentro de mí, solo lo sentía con ella. Giré en la curva y vi el borde de su vestido plateado. Ajusté mi paso para alcanzarla. Ana había dicho que Valentina había empezado a pasear por el bosque. Este lugar le estaba empezando a gustar. Cuando escuchó mis pasos, se giró para mirarme.

«¿No me vas a dejar?», me detuve para mirarla.

Ella exhaló y sacudió la cabeza. Cuando me acerqué a ella, levantó la mano. «No. No me toques. No puedo pensar cuando haces eso. Necesito saber que entiendes mis expectativas».

«Haré lo que sea. Lo sabes».

«Sigues diciendo eso. Pero que hagas lo que quiero no es un matrimonio. Quiero que seas feliz conmigo. Si haces lo que te digo, serás miserable en un mes».

«¿Lo dijiste en serio? ¿Lo que le dijiste a mamá?». Había tenido tanto miedo de perderla que no había considerado todas las opciones. «Porque creo que eso podría funcionar para nosotros. No sé por qué pensé en ello como algo de todo o nada».

«Para decirte la verdad, solo lo pensé hace unos minutos. Tan simple, ¿eh?».

«Sí».

«Es simple, pero no será fácil. Tendremos que trabajar mucho en nuestros horarios y en los de Max», me sonrió.

«Ya hiciste una lista, ¿no?».

«Sí. Sé que quieres darle la casa a tu mamá».

Algo dentro de mi pecho se apretó cuando su hoyuelo apareció en el costado de su boca.

«Te iba a decir eso. Pero luego nuestra conversación tomó un giro diferente, y después de eso no vi ningún sentido en ello. Pensé que me estabas... dejando». Sonaba como un idiota cada vez que decía esas palabras.

«Quiero que sepas que hubiera aceptado eso de inmediato. No tengas miedo de hacerme enojar. Me vuelves loca cuando haces eso. ¿Qué sentido tiene?», se rió, apartando un grueso rizo de su rostro.

Al intentar que nuestra relación, nuestra vida juntos, fuera perfecta, había hecho un verdadero lío de las cosas. Ella tenía razón. ¿Qué sentido tenía nada si no podíamos estar juntos? ¿Si no podíamos dormir en la misma cama? «No más secretos». Puse mi mano sobre mi corazón.

«No más secretos», repitió ella.

«¿Puedo besarte ahora?».

Sus mejillas se pusieron rosadas mientras asentía. Tomé su rostro con las manos y la besé con fuerza. Jesús, estar lejos de ella era un infierno cada maldita vez. La besé hasta que la inmovilicé contra el tronco de un árbol. Enredé mi lengua con la suya mientras ella me desabrochaba la camisa para pasar sus manos por mi pecho. Sus dedos se sentían fríos contra mi piel caliente.

«Te extrañé», ella agarró mi muñeca y la deslizó hacia abajo entre sus piernas.

«Yo también. Te necesito». Le subí la falda y amasé su montículo. La humedad se filtraba a través de su ropa interior. Jesús, estaba lista para mí. «Vayamos arriba. Necesito estar dentro de ti».

«No». Me dirigió una sonrisa maliciosa.

Presioné mis caderas contra ella, escaneando el área frente a mí y luego detrás de nosotros. «Pídemelo», le susurré al oído, y ella se estremeció, mordiéndose el labio inferior.

«Quiero hacerlo aquí. No quiero esperar. Si volvemos a la casa, alguien encontrará una manera de interrumpirnos». Ella me miró con ojos brillantes, esperando que dijera que sí. ¿Cuándo le había dicho que no?

Mi cuerpo tembló con energía cruda mientras mi mirada la recorría por completo. Sus pechos atrapados debajo de ese vestido, sus muslos debajo de su falda apretándome y su coño hinchado poniendo todo tipo de fantasías salvajes en mi cabeza. Llegué más abajo con mis dedos.

«Sí», ella agarró mis bíceps.

«¿Por dónde debería empezar? ¿Aquí?», besé su cuello y a lo largo del escote de su vestido. Sus caderas se retorcieron contra mi palma. Chupé sus pezones sobre la tela, mientras ella liberaba mi pene. Joder. «Necesito oírte decir qué quieres», susurré en sus labios.

«Bésame».

«¿Dónde?».

«Por favor», agarró mi camisa con ambas manos y cerró los ojos con fuerza.

«Mírame», levanté su barbilla.

Nuestras miradas se encontraron.

Una ligera brisa se filtró entre nosotros antes de que ella susurrara, «tócame ahora».

CAPÍTULO 13

No todo es un rompecabezas para que lo resuelvas

VALENTINA

Gotas de agua fría me rociaban la cara y me caían sobre los labios. Las hojas de los árboles que estaban sobre nuestras cabezas se balanceaban con el viento mientras nubes grises se acercaban para bloquear el sol. Presioné mi espalda contra la corteza áspera para apoyarme y esperé a que Derek me diera alivio. Esta vida con él era como una droga para mí. Por eso no pude irme anoche. Por eso me quedé en la cama esperando que entrara por el umbral y me dijera que todo era un malentendido. Que quería estar en Tucson para siempre.

Tuve que reconciliarme con la idea de que este lugar era su hogar. La gente de aquí era su familia. Si quería una vida con él, tenía que aprender a aceptarlo todo. Había sido demasiado ingenua antes para pensar que podríamos quedarnos en nuestra pequeña burbuja en las montañas.

Derek presionó su cara contra mi falda justo sobre mi vientre para aumentar mi anticipación mientras me quitaba la ropa interior y la guardaba en el bolsillo de sus jeans. Me había avergonzado de decirle lo que quería de él. Como siempre, le gustaba llevarme al límite, instándome a luchar por lo que quería, haciéndome saber que merecía todo esto.

Levantó la falda de mi vestido. Agarré su hombro y encontré su mirada azul. Separó los labios y besó mi clítoris. Suave al principio hasta que me relajé contra su boca y solté su camisa. Hace un año, si alguien me hubiera dicho que terminaría en Atlanta, en medio del bosque, teniendo sexo con un hombre increíblemente hermoso que me amaba, habría dicho que estaban locos.

«Derek». Susurré su nombre una y otra vez mientras mi necesidad aumentaba. Cada vez que pasaba su lengua, sus labios y su dedo por mi entrada, me acercaba más al borde.

«Puedes tener más de eso más tarde, pero ahora mismo, necesito estar dentro de ti».

Cuando abrí los ojos, su boca capturó la mía mientras agarraba mi cadera. Su lengua se enredó con la mía con el mismo ritmo que había usado en mi clítoris. Fue muy excitante. Envolví mi pierna alrededor de él y él entró en mí.

«Mierda. Te sientes tan bien. Extrañé esto. Extraño despertar a tu lado».

«Yo también». Pasé mis manos por sus abdominales y su pecho. Su cuerpo se sentía más duro. «Odio estar lejos de ti».

Con una mano apoyada en el tronco del árbol para sostenerse, embistió dentro de mí mientras su brazo sujetaba mi cintura con fuerza. Una suave niebla permaneció a nuestro alrededor y se acumuló en mi piel. Derek lamió pequeñas gotas de mi cuello y hombro, moviendo los tirantes finos de mi vestido a un lado mientras bajaba hacia mi pecho. Mis pezones dolían muchísimo por él. En algún lugar lejos de nosotros, un trueno retumbó justo antes de que un relámpago atravesara el cielo más allá de las copas de los árboles.

«Tenemos que irnos». Jadeó entre respiraciones en mi sien.

Sacudí la cabeza y agarré un puñado de su camisa. «No. Necesito terminar».

«¿Crees que podría decir que no a eso?». Se rió.

Deslizó un pulgar por mis labios y luego bombeó con fuerza, exactamente donde lo necesitaba. Después de varios latidos, todo se desdibujó. El calor dentro de mí se extendió y llegó hasta que no pude contenerlo más. Mi orgasmo me recorrió en oleadas, cálido y muy intenso.

«Podría verte todo el día», susurró en mi oído. Sus palabras se convirtieron en un suave gemido antes de agarrar mi trasero y encontrar su propia liberación.

Dejé caer mi cabeza contra el tronco del árbol. «Vaya, nunca había hecho eso antes».

«El agua de lluvia sabe tan bien en tu piel». Entrecerró los ojos hacia el cielo. «Joder, eso llegó rápido».

La tormenta que se había estado cerniendo sobre nosotros finalmente llegó y dejó caer un torrente sobre nuestras cabezas. Con un grito, me arreglé el vestido y corrí hacia la casa con Derek pisándome los talones.

Dentro de la casa, el frío del aire acondicionado me devolvió a la realidad. ¿Acabamos de tener sexo en el bosque? Disminuí mi paso y me volví para mirar a Derek.

«Ni lo pienses. Aquí no», me tomó la mano y me llevó hacia la escalera.

En cuanto cerró la puerta de nuestra suite, me abrazó y me besó. Derek se quitó la ropa mojada y la dejó en un montón junto a mi vestido.

«Necesitamos una ducha caliente», se rió.

Mi piel se sonrojó bajo su mirada y el calor se arremolinó en mi interior de nuevo. Dios mío.

El baño principal estaba decorado en tonos grises y blancos. Temblé cuando mis pies tocaron los fríos pisos de mármol, pero no me importó. Derek estaba conmigo. Íbamos a estar bien.

La lluvia caía sobre las altas ventanas enmarcadas en madera pintada de un blanco brillante y alegre. Un enorme lienzo colgaba en la pared del fondo. Era una pintura de un niño pequeño en un columpio en un árbol. El contraste de luz y oscuridad era hipnótico.

Este lugar era tan hermoso cuando no parecía una prisión. Cuando no amenazaba con alejar a Derek de mí.

«Ven aquí. Jaló la palanca que había junto a la bañera con patas.

Los músculos de su espalda se hundieron y se tensaron mientras añadía gel de baño y sales al agua humeante. Me quedé allí, asombrada por su cuerpo, esas caderas delgadas y esas nalgas redondas. Me uní a él junto a la bañera y le pasé las manos por los muslos. Dejó lo que estaba haciendo y me dejó tocarlo por todas partes mientras le besaba la espalda.

«Entra», me sujetó del codo mientras me subía.

El agua caliente me picaba la piel helada, pero me sentía bien por no tener más frío. Derek se sentó detrás de mí y me atrajo hacia él. Era tan alto que apenas cabía en él. Apoyé la cabeza en su hombro, dibujando círculos largos en su pecho y sus abdominales. Si nuestras vidas pudieran ser así todos los días, todo sería tan fácil. Pero, ¿cuándo ha sido fácil algo que valga la pena?

«Podría acostumbrarme a esto».

«Yo también», me besó la sien. «Tenía tanto miedo de haberte perdido».

«Necesitaba tiempo para entender las cosas. Me dolía estar lejos de ti».

«A mí también me dolía. Fui un idiota por pensar que fusionar nuestras vidas sería un chasquido de dedos. Debería haberte dicho cómo me sentía desde el principio. Supongo que en el fondo esperaba que te impresionara tanto esta casa que quisieras mudarte aquí de inmediato. Fui egoísta».

«No digas eso. Tienes todo el derecho a querer estar en casa. Estoy dispuesta a intentarlo».

«Eso es todo lo que pido», me besó. «Deberíamos quedarnos aquí unos pocos días. Estoy seguro de que todo el mundo lo entenderá».

«Me gustaría eso». La lluvia dejó de golpear las ventanas. En cuestión de segundos, la habitación se iluminó con los rayos del sol que se reflejaban en las baldosas. «Oh, mierda».

«¿Qué pasa?», Derek me miró con el ceño fruncido.

«Le prometí a Anabelle que iría de compras con ella por la mañana. Necesita un vestido para la fiesta de compromiso».

«No. Dile que surgió algo». Me agarró el pecho con la mano.

«No puedo. Necesita mi ayuda».

«Oh, no. Lo estás haciendo de nuevo, ¿no?». Se sentó para mirarme fijamente.

«¿Haciendo qué de nuevo? Solo la estoy ayudando a encontrar un vestido que destaque sus características».

Arqueó una ceja. «Sí. ¿Como cuando manejaste dos horas para ayudar a la novia de Dom a escapar? ¿Y luego secuestraste mi avión privado para enviarla a través del país para buscarlo?».

«Todo va a sonar mal cuando lo dices en ese tono. Tú estabas allí. Emilia y yo estábamos perfectamente a salvo».

«Yo no estuve allí. Más bien me enteré de lo que habías hecho, aparecí en el hangar y no tuviste más opción que decirme lo que estabas planeando».

Las pequeñas arrugas alrededor de sus ojos me indicaban que ya no estaba enojado conmigo. Pero había estado muy preocupado por mí ese día. ¿Qué se suponía que debía hacer? Emilia había llamado a Derek como último recurso. Estaba retenida contra su voluntad. Incluso si su madre y Dom pensaban que era por su propio bien, no había sido lo correcto. Lo haría todo de nuevo si eso significaba que encontrarían el camino de regreso el uno al otro.

«No ibas a ayudarla». Negué con la cabeza.

«Eso es porque Dom no quería que lo hiciera».

«Ambos estaban equivocados y lo saben».

«Sí, está bien. Estaba siendo un idiota».

«Esta vez son solo ir de compras. Lo prometo. Anabelle quiere que todos la vean como la mujer adulta que es. Ha sido una gran amiga desde que llegué aquí. No creas que tu madre cambió de opinión sobre mí solo porque sí. Anabelle tuvo una larga conversación con ella. Créeme, no fue fácil para ella».

«También hablé con mamá. Se disculpó conmigo. ¿Te imaginas?». Sacudió la cabeza.

Puse mi mano en su mejilla. «Creo que está lista para olvidarlo y seguir adelante. Será feliz en esta casa».

«Gracias por seguir conmigo».

«Te amo. No me voy a ir a ninguna parte».

«Yo también te amo». Me besó, un beso largo y cálido que hizo que mi corazón se llenara de felicidad.

Cuando se apartó, me levanté y agarré una toalla del calentador en la pared junto a la bañera. Me sequé el cabello mientras Derek enjuagaba la espuma de mi cuerpo, vertiendo varios puñados de agua tibia en mi sexo. Le di una palmada juguetona en el brazo.

«Tenemos hasta la mañana. Solo un beso», él me miró.

Apoyé mi mano en la pared y grité su nombre cuando se inclinó hacia delante y presionó sus labios en mi clítoris.

ANABELLE ESTABA SENTADA en el vestíbulo, apretando su bolso contra su pecho. «¿Dónde diablos estabas? Llevo esperando una hora».

Levanté la vista hacia el dormitorio principal, donde había dejado a Derek completamente desnudo durmiendo en nuestra cama. Si no le debía cumplir una promesa a Anabelle, me habría quedado en la cama envuelta en los brazos de Derek durante unos días.

«Lo siento. Derek y yo teníamos mucho de qué hablar después del incidente con Bridget».

«Apuesto a que sí», ella se rió.

«Vamos. Tenemos que apurarnos si queremos regresar antes de la hora de la cena». La empujé hacia la puerta.

«Oh, ¿Derek te dijo que Matt llamó y dijo que vendría a la fiesta de compromiso?».

«¿Lo hizo? Estoy deseando conocerlo».

«Lilly está fuera de sí. Ella ha estado muy preocupada por él. Especialmente después de que Wesley apareció hace unos meses luciendo como si hubiera estado y regresado del infierno.

«¿Qué pasó?», bajé por la entrada y subí al auto que esperaba.

«Ni idea», ella se deslizó a mi lado. «Yo no estaba aquí».

«Tal vez pueda preguntarle a Matt por ti».

«No lo hagas. Dios mío, Valentina. No todo es un rompecabezas para que lo resuelvas», ella se rió.

«No me gustan los secretos», me encogí de hombros.

En veinte minutos, nuestro chofer llegó al centro comercial ‘Lenox’. Salimos del auto y nos dirigimos hacia Saks. Un día de chicas era exactamente lo que necesitaba para olvidarme de Bridget y toda su locura. Dejé escapar un suspiro y me concentré en Anabelle. Ella ya había revisado un perchero de vestidos y había elegido algunos para agregarlos al montón de vestidos que la asistente de ventas había sacado para ella. Ya antes había ayudado a Anabelle a comprar un vestido.

Hice una mueca cuando tomé el primer modelo. Era rosa con un lindo volante que formaba una V en la cintura. Bonito, pero no para una mujer de veintiún años que quería ser vista como una... bueno... una mujer de veintiún años.

«No», se lo devolví a la vendedora. Repetí el proceso hasta que no quedaron más vestidos.

«¿En serio? Ese vestido azul era bastante lindo. ¿No crees?», Anabelle regresó al perchero, lo sacó y lo presionó contra su cuerpo. «Deja que me lo pruebe».

«Estoy segura de que te queda bien, pero no es de lo que hablamos. Este vestido dice, “hola, acaba de llegar la dulce Ana”».

«No queremos eso», exhaló con un bufido.

Hacer que la gente viera un lado diferente de ella no era fácil, especialmente cuando todos en la casa trabajaban tan duro para recrear lo que tenían cuando eran pequeños. Parte de ese pasado incluía a la dulce Ana. No querían dejarlo ir.

«Bueno», me volví hacia la vendedora. «¿Tienes algo suave al tacto, tal vez de escote bajo?».

«Sí». Nos sonrió y desapareció en el mar de percheros llenos de vestidos de noche.

«¿Escote bajo? No lo creo», dijo Ana.

«Pruébatelo».

«Tal vez si me pareciera a Jessica Rabbit», señaló con la barbilla a una mujer que caminaba hacia nosotros, con unas piernas largas y postura perfecta. Me recordó a mi amiga Nikki, tan llena de confianza y atractivo sexual. Tuve que estar de acuerdo con Anabelle en esto. Jessica

Rabbit podía usar cualquier vestido que quisiera.

Ambas nos sentamos allí y la miramos con lujuria mientras se deslizaba por el piso de ventas, pasando de perchero en perchero. Nada era lo suficientemente bueno para ella. Apartaba los vestidos de diseñador como si fueran ropa barata que no pertenecía a la tienda. Tomó un vestido negro y lo puso a la distancia de un brazo, girándolo para colocarlo en su lugar. Cuando levantó la vista, hizo contacto visual conmigo. La sonrisa brillante que me dirigió hizo que mis mejillas se calentaran.

Devolví el gesto. «Ese es un vestido hermoso».

«Lo sé. Se vería genial en tu amiga». Su tono de voz era suave y sexy. Al final de que dijera 'amiga', detecté un acento, pero no estaba segura.

«No». Anabelle lo negó con un gesto. «Apenas hay tela en el frente».

«Está bien. Si no es lo tuyo, no es lo tuyo». Volvió su atención hacia mí y frunció el ceño. «¿No te conozco?».

«Estoy bastante segura de que lo recordaría. No».

«Te he visto en alguna parte». Levantó la vista por un instante, ladeando la cabeza. «Eres la prometida de Derek. Valentina».

Oh, mierda. Este monumento de mujer conocía a Derek. «Esa soy yo. ¿Cómo lo conoces?».

Sonrió mirando sus manos. «A través de un amigo en común en el club de campo. Te reconocí por el anuncio en las redes sociales. El periódico publicó algunas fotos tuyas».

Gruñí. No me había dado cuenta de que publicarían fotos tan pronto en las redes sociales. El anuncio no saldría hasta la semana siguiente. Pero debería haberlo sabido. El multimillonario local que se casaba era una gran noticia. «Cierto».

«Bueno, déjame decirte que eres más hermosa en persona. La foto no te hace justicia». Levantó una ceja perfectamente depilada. «Soy Rebecca Smith, por cierto». Me ofreció una mano.

«Encantada de conocerte».

La vendedora regresó con algunas opciones decentes para Anabelle y la acompañó al probador.

«Debería ir con ella».

«Sí, por supuesto. Yo tengo algunas cosas que quiero probarme».

Seguí a Anabelle hasta la parte trasera de la tienda. Tenía un vestido rosa apretado contra su pecho. «Aún estás decidida a usar un vestido rosa».

«Me gusta ese color».

«Te sientes cómoda con ese color. Pero no es por eso que estamos aquí. Estamos aquí para sacarte de la caja».

«¿Estás bien?», tomó mi mano. «Me preocuparía si alguien así supiera sobre mí y mi prometido. Fue un poco espeluznante, ¿no?».

«Sí. Un poco. Ve a ponerte el vestido. Derek ya me está enviando un mensaje de texto».

«Está bien». Movió la cortina de golpe y entró en su probador.

Me senté en el sofá que estaba contra la pared frente al espejo triple. Rebecca me hizo una señal con la mano mientras se dirigía al probador junto al de Anabelle. No tenía nada de qué preocuparme con ella. No podía dejar que Anabelle pusiera ideas tontas en mi cabeza. Sin mencionar que no había dicho que conocía, *de conocer*, a Derek.

"Ella no eres tú". Sus palabras resonaron en mi cabeza. Después de tener sexo en el bosque y luego en nuestra habitación, le creí. No todas las mujeres atractivas estaban detrás de Derek.

El movimiento en dirección a Rebecca me llamó la atención. Cuando la miré a través de la

rendija entre la cortina y la pared divisoria, los largos moretones rojos y morados en su espalda me hicieron jadear. Me tapé la boca y me moví en el asiento, lejos de su línea de visión.

¿Qué demonios? ¿Qué le pasó? Me levanté de un salto y entré al vestidor de Anabelle antes de que Rebecca saliera del suyo.

«¿Qué opinas?», me miró a los ojos en el espejo de cuerpo entero.

«Necesitamos ver más piel». Incliné la cabeza hacia ella y le susurré, «la espalda de Rebecca está cubierta de moretones realmente feos».

«Oh, Dios mío. ¿Quién es Rebecca?».

Puse los ojos en blanco. «Jessica Rabbit».

«Oh». Frunció el ceño. «¿Está bien?».

«No lo sé. Quiero decir, obviamente no. Pero ¿qué hacemos? ¿Cómo la ayudamos?».

Anabelle me agarró los hombros. «Valentina, a menos que nos diga algo, no creo que debamos entrometernos. No puedes ayudar a todos los que conoces».

Tenía razón. Rebecca podría haberse caído mientras hacía un millón de cosas diferentes. ¿Por qué mi mente iba allí de inmediato? Me toqué el costado de la cara. Ya había pasado por eso antes, soportando el abuso de alguien que creía que me amaba.

«Oye, ¿estás bien?».

«Sí, me tomó por sorpresa. No me lo esperaba. Ya sabes». Me sequé las manos en los pantalones y sonreí. «Deberías probarte el vestido que ella sugirió».

«Bien. Mi hermano ni siquiera está aquí. ¿Quién me va a decir que no puedo mostrar un poco de piel?».

«Ese es el espíritu. Iré a buscarlo».

Regresé corriendo a la sala de exposición. Rebecca estaba de pie junto a una caja registradora con un vestido rojo colgado del brazo. Me acerqué a ella y me detuve para mirar el estante más cercano a la caja registradora. Cuando me miró, le sonreí. «El vestido se ve increíble. Me encanta ese color».

«Gracias. Ni siquiera estaba comprando un vestido de noche. Supongo que solo necesitaba un poco de ánimo». Me ofreció una sonrisa triste que me retorció las entrañas.

«¿Qué pasó?», dejé la percha en su sitio y me di cuenta de que no sabía que la había visto. «Quiero decir, ¿por qué necesitabas animarte?».

«No me hagas caso». Hizo un gesto con la mano para restarle importancia. «¿Qué están comprando ustedes señoritas? Tu amiga necesita mucha ayuda».

Dudé porque mi plan era una locura. Sin mencionar que Derek definitivamente no estaría de acuerdo con eso.

«Vamos a tener la fiesta de compromiso en tres semanas».

«Eso es genial. Apuesto a que será encantador. Felicidades». Dio un paso hacia la cajera. Algo en ella me hizo sentir triste.

«Realmente creo que tu amiga se vería genial con ese vestido negro. Se lo dejé en el probador, si quiere intentarlo», me guiñó el ojo.

La vendedora, que insistía en vestir a Anabelle como una niña pequeña, revisó el vestido. «Serán seis mil doscientos treinta y dos dólares». Si fuera posible, su sonrisa se habría extendido por toda su cabeza.

Rebecca asintió y sacó su billetera, que estaba llena de dinero. Contó rápidamente el dinero y se lo entregó. La vendedora enarcó las cejas, pero se recuperó al mismo tiempo. Dinero era dinero. Apreté los puños, imaginando todo tipo de malos escenarios para Rebecca. Moretones y toneladas de efectivo no podían sumar nada bueno.

«Gracias. En realidad, había venido aquí para buscarlo», respiré profundamente. «Oye, esto puede parecer una locura, pero si estás disponible, eh, tal vez puedas unirte a nosotros el sábado, el veinticuatro».

«¿Te refieres a asistir a tu fiesta de compromiso? No lo sé». Recogió su cambio y lo guardó cuidadosamente en su billetera. «Quiero decir, me encantaría, si te parece bien. Si a Derek no le importa. No he ido al club de campo en mucho tiempo».

A Derek probablemente le importaría. Había estado tratando de mantener la lista de invitados a menos de doscientas personas. ¿Se daría cuenta de uno más? Sería demasiado malo. Ya le había extendido la invitación y podía decir que Rebecca quería decir que sí. Anabelle tenía razón en que no debíamos entrometernos, pero Rebecca parecía necesitar una amiga.

«Estoy segura de que no lo hará. Le encantará verte. ¿Tienes la dirección?».

«Sí, la tengo», me sonrió. «Te veré el sábado. Gracias», tomó su paquete y se fue por donde vino.

Volví al probador sintiéndome mejor por Rebecca. Cuando entré, Anabelle estaba parada en la pequeña plataforma frente al espejo triple, con la boca ligeramente abierta mientras se miraba a sí misma. Había encontrado la elección de Rebecca y se veía increíblemente sexy en ese vestido. «Dios mío, Anabelle. Ese es el vestido».

«Lo sé. Me encanta», se pasó los dedos por el escote. El corte del vestido terminaba en una *V* justo por encima de su ombligo. «¿Cómo mantengo mis pechos contenidos en este vestido?».

«No te preocupes por eso. Tengo cinta adhesiva».

Se le llenaron los ojos de lágrimas. «Gracias. Ni siquiera sé por qué esto fue tan difícil para mí».

«De nada. Misión cumplida». Reboté un poco en el lugar y nos reímos juntas.

Anabelle dirigió su atención al espejo y alisó la falda larga del vestido. El contraste del negro contra su piel pálida era hermoso, como el cuadro que había elegido para nuestro dormitorio: claro y oscuro.

«Te vi hablando con Rebecca. ¿Descubriste lo que le pasó?».

«No».

«Sabes, estoy empezando a reconocer esa mirada en tu rostro. Estás en algo. ¿Qué es? Quiero participar». Apoyó las manos en las caderas. Ese vestido era una mala influencia para ella.

«La invité a la fiesta de compromiso».

«¿Qué? ¿Por qué?».

«Necesita una amiga. Quizá se sincere en la fiesta». Levanté un hombro y me mordí el labio. «¿Tienes lugar para alguien más en la lista?».

Mi plan era simple. Emborrachar a Rebecca y averiguar cómo se había lastimado la espalda. Apostaría a que había un quién detrás de todos esos moretones. Los hombres pueden ser muy desagradables a veces. Lo sabía por experiencia.

CAPÍTULO 14

¿Nunca has hecho esto?

DEREK

Me di la vuelta y me quedé mirando el móvil que marcaba las seis en punto y sonaba la alarma habitual. Cuando hoy acepté ir a una despedida de soltero, no me había dado cuenta de que duraría todo el día. Todo lo que quería era quedarme en la cama con Valentina. Me parecía mal dejarla para ir a jugar al golf con mis hermanos. Lo único que habían conseguido que aceptara era jugar al golf y tomar unas bebidas.

Valentina y yo habíamos avanzado un poco la noche de nuestra gran pelea. Y mucho más las noches siguientes. En las últimas tres semanas, nuestro tiempo en Atlanta había sido exactamente lo que esperaba. Pude reconectar con mi familia, y ellos pudieron conocer al amor de mi vida. Valentina, a su vez, también se estaba abriendo a ellos. Después de nuestra primera semana, incluso había aceptado que Max viniera a pasar un tiempo con ella durante cinco noches.

Ese niño era un rayo de sol en un cuerpo diminuto. Mis padres estaban locos por tener a Max cerca. Mamá pasaba mucho tiempo cocinando y horneando con él. De los cinco, a Zack solo le gustaba pasar tiempo en la cocina con ella. Así que tener a Max como su pequeño ayudante ahora le parecía como los viejos tiempos. Cuando Max no estaba con mamá o Valentina, él y yo podíamos pasar el rato y jugar al béisbol.

A Valentina le había entristecido verlo irse el martes por la mañana siguiente, pero tuvo que dejarlo volver a la escuela. Además, la fiesta de compromiso era este sábado y no quería que él tuviera que soportar eso. Al menos eso fue lo que me dijo cuando llevamos a Max y Em al aeropuerto. Supongo que la mamá osa que hay en ella quería investigar a todos los invitados antes de dejarlos conocer a Max. Pasos de bebé.

Valentina estaba aquí conmigo. Me amaba tanto como yo a ella, y no podía esperar a casarme con ella el mes siguiente. Cambié mi peso para quedarme de lado, mirándola. Ni siquiera se había molestado en volver a ponerse la ropa de dormir después de nuestra última ronda de sexo. Las sábanas se enredaban alrededor de sus piernas, dejando el resto de su cuerpo al descubierto. Su cabello se enredó alrededor de la almohada en gruesos rizos. Extendí la mano para cogerlo, pero me detuve a mitad de camino cuando ella se movió en su sueño.

Como si pudiera sentir que la estaba mirando, sus pezones se tensaron. Jesús, la deseaba de nuevo. Miré mi pantalla. Se nos había acabado el tiempo. Bajé las piernas por el borde de la cama, me levanté y me dirigí a la ducha. Tal vez algún día dejaría de sentir que la dejaba todo el tiempo, como si ella me dejara a mí.

Los chicos habían accedido a dejarme trabajar esta mañana. Todos los contratos de mierda de Bridget habían sido anulados, pero mi equipo todavía necesitaba mucha orientación. En todo caso, necesitaban verme y saber que no los había abandonado. Me había comprometido en hacer

las cosas bien, y eso era exactamente lo que planeaba cumplir.

Me puse unos pantalones oscuros y una camisa blanca, luego fui al armario y empaqué mi ropa de golf. La ropa de Valentina colgaba en el lado opuesto del armario. Saber que estaba lista y dispuesta a ser parte de mi vida aquí me hacía sentir como un tonto de felicidad. Honestamente, tonto era la palabra correcta.

Cuando salí del baño, ella se sentó en nuestra cama con las sábanas blancas apenas cubriendo sus caderas, el cabello esparcido sobre sus hombros. «¿Te vas?», preguntó con voz soñolienta.

«Lo siento. Les prometí a los chicos que hoy jugaría golf con ellos. Y tengo que trabajar un par de horas antes de la hora de juego. Estaremos de regreso temprano. La fiesta de compromiso es mañana, y no puedo estar con resaca para eso».

Su mirada se dirigió hacia mí. Obviamente había olvidado que la fiesta era mañana. «Por favor, no me hagas pasar por eso sola».

Me reí entre dientes. «Por supuesto que no. No haría eso. Golf y bebidas. Eso es todo».

«¿Pero por qué hoy?».

«Matt se va después de la fiesta. ¿Recuerdas?». Mis hermanos Matt y Tyler habían llegado en avión la noche anterior. Después de una noche de beber mucho, Matt y yo comenzamos a hablar sobre relaciones y segundas oportunidades. Nuestra conversación le hizo darse cuenta de que había sido un idiota con esta mujer que acababa de conocer. Matt nunca había sido de tomar a las mujeres en serio. De hecho, se mantenía alejado de la mayoría de ellas. De alguna manera, esta mujer, Ela, se le había metido bajo la piel. *Resultó ser el mejor de nosotros.*

«Ah, claro». Se frotó los ojos y luego su expresión cambió. Y joder si no reconocía esa mirada. «Me gustas con ropa de trabajo. Te ves tan sexy».

Lancé una carcajada. «¿En serio?». Me acerqué a la cama y me senté en el borde del colchón. Mi polla palpitaba por ella, haciendo una carpa en mis pantalones. Había resistido el impulso de sentir su piel antes porque no quería despertarla. Pero ahora estaba completamente despierta, con las mejillas rosadas y los labios hinchados por los besos de la noche anterior. Era tan jodidamente irresistible. «Volveré rápido, yo...», me levanté para irme.

«Solo un beso», ella agarró mi mano y la presionó contra sus pechos mientras agarraba mi erección. Sentada sobre sus talones, soltó mi mano y rápidamente se deshizo de mi cinturón y mis pantalones. ¿Cómo demonios podía negarme cuando ella estaba sentada allí desnuda y se ofrecía a chupármela?

Cuando me quité los calzoncillos, abrió mucho los ojos. Y entonces se me ocurrió. A pesar de todas las veces que habíamos tenido sexo, ella nunca se había tomado el tiempo de explorarme. Yo, en cambio, podía dibujar su bonito coño en papel con un detalle increíble. Apreté su pecho, tirando de sus tensos pezones mientras ella descubría qué hacer con mi pene en sus manos. Tenía algunas ideas. Me dolía ver su boca cálida y húmeda a mi alrededor.

«¿Nunca has hecho esto?»

«Una vez, y no salió tan bien».

«¿Cómo es posible?».

«No le gustó. Su reacción no fue la que esperaba». Bajó la mirada.

Un remolino de ira ardía como ácido en mi estómago. Alex, el imbécil que la dejó embarazada en su primer año de universidad y luego la abandonó, ni siquiera podía darle una experiencia sexual adecuada. Me dolía lo poco que sabía sobre sexo y lo poco que sabíamos el uno del otro. No me arrepentí de haberle pagado al padre de Max para que los dejara en paz. Para alejarse de sus vidas para siempre.

«No tienes que hacer nada que no quieras».

Sus mejillas se pusieron rojas. Esta vez, el rubor llegó a sus orejas y se extendió hasta su pecho. Estaba tan duro por ella que dolía. Se lamió los labios, apretando su puño alrededor de mi erección. «Es como terciopelo. Tan grande».

¿Estaba tratando de matarme? Ahuequé su mejilla con una mano mientras guiaba mi pene, golpeando suavemente la comisura de sus labios. Su lengua me lamió y luego me tomó. Su inexperiencia y su afán por aprender eran muy excitantes.

Moví mis caderas un par de veces para mostrarle el ritmo. Cuando chupó y lamió como si estuviera tratando de memorizar mi sabor, hundí mis dedos en su cabello y llevé mis caderas hacia su rostro. ¿Cómo podía ser tan perfecta? El paraíso. Ella era el paraíso.

Un golpe en la puerta la hizo saltar. Le sujeté la cara con ambas manos y seguí su ritmo. «Ignóralos».

«¡Derek! Despierta. Estos Bloody Marys no van a beberse solos». La voz de Tyler resonó a través de la puerta doble mientras alguien movía el pomo. Menos mal que había pensado en cerrarla la noche anterior.

«Estaré allí en un minuto», apreté los dientes.

«¿Estás despierta, al menos?».

«Oh, estoy despierto. Solo un minuto».

Valentina se rió antes de reanudar su succión con renovado esfuerzo. Algo acerca de ser atrapada en el acto la excitaba. ¿Qué más no sabía sobre ella? ¿Qué más olvidé decirle sobre mí?

«¿Qué te hace correrte?», las palabras salieron de sus labios brillantes e hinchados.

Su lengua lamió la punta de mi eje y lamió el líquido preseminal mientras su mano libre frotaba mis abdominales. Eso era todo lo que necesitaba. Agarré su cabello y bombeé un par de veces más antes de correrme. Ella gimió cuando me retiré y me derramé sobre sus pechos y su estómago.

«Oh, mierda». Acuné su cuello y la besé con fuerza. Otro golpe en la puerta me hizo detenerme. «Lo siento mucho. No quise dejarte colgando».

«No lo sientas. Yo empecé». Me sonrió radiante, limpiándose mi semen con la parte superior de su pijama. Mierda. Mis hermanos podían esperar.

«Creo que lo están haciendo». La voz de Zack se filtró a través de las paredes.

Valentina me empujó el hombro. «Deberías irte».

«No. Déjame devolverte el favor». La dejé en la cama y enterré mi cara en su lindo coño. Cuando exhaló mi nombre, me acosté sobre ella y la besé. Mis dedos se deslizaron dentro de ella mientras mi pulgar frotaba su clítoris y sus pliegues. Mantuve un ritmo lento y lánguido hasta que se olvidó de que nos estábamos besando.

«Derek».

«Estoy aquí». Chupé sus pezones con fuerza. Ella movió sus caderas contra mi palma, sus paredes presionándome mientras encontraba su liberación. «Tan dulce. Tan perfecta», susurré en su cuello.

Se relajó en la cama, mechones de cabello cubriendo la mitad de su rostro. «Oh Dios mío».

«Lo sé». Le di un beso en la mejilla mientras me esforzaba por recuperar el aliento. «Terminaremos esto apropiadamente cuando regrese».

«¿Es una promesa?», preguntó con ojos soñolientos.

«Sí». Me levanté de la cama y fui al baño para enjuagarme.

Cuando regresé, estaba de lado, medio dormida, con las sábanas enredadas entre sus piernas. Podría pasar el resto de mi vida despertándome así. No quería nada más que volver a meterme en la cama y dormir hasta el mediodía. Pasé mis dedos por la curva de su cintura y por la suave piel

de sus caderas. Olía a mí. Por ahora, tendría que conformarme con eso.

Abajo, a mis hermanos no les hizo gracia tener que esperar. Cuando me vieron bajar las escaleras, todos salieron arrastrando los pies por la puerta, sacudiendo la cabeza. Me subí al asiento delantero del coche y moví mi cuerpo para encararlos a los cuatro. «Solo necesitaba cinco minutos».

«Amigo, llegas una hora tarde». Tyler resopló una risa.

Miré mi reloj. Mierda. «Lo siento».

«No lo sientas. Pediste dos horas de trabajo. Ahora solo tienes una», dijo Zack como si esta fuera la solución más obvia.

«Hecho». Me senté en el asiento del pasajero y dejé que la imagen de la boca de Valentina alrededor de mi pene llenara mis sentidos.

Después del trabajo y una ronda de golf en Druid Hills, aterrizamos en un pub cerca de la casa. No podía recordar la última vez que había pasado un día entero con mis hermanos. Todos juntos. Hoy era el primer día completo de Matt y Tyler con la familia. Así que, por supuesto, Zack tenía prisa por emborracharlos como era debido.

Puso otra ronda de cervezas en la mesa. «Está bien, idiotas. Beban. Pero no se emborrachen demasiado. Mamá quiere que mañana nos comportemos lo mejor posible para celebrar a la feliz pareja».

«Todavía no puedo creer que nos hayas hecho esperar mientras te divertías». Tyler bebió de su vaso.

«Oh, vamos, olvídalo. ¿Solo llevan haciéndolo cuánto? ¿Dos meses?», Zack se burló.

«¿En serio?», Matt casi escupió su cerveza. «¿Se casarán después de dos meses? ¿Cuál es la prisa?».

Todos me miraron, esperando la respuesta obvia. «Ella no está embarazada. Si eso es lo que están pensando. Solo queremos casarnos. Y seguir adelante con nuestras vidas. ¿Por qué esperar?».

«Déjenlo ser». Wesley se terminó su bebida. Después de dejar su vaso, inclinó la cabeza hacia Matt. «Derek es el que se va a casar. Ya está ganando. Lo que quiero saber es qué está pasando contigo. ¿Resolviste las cosas?».

La mirada oscura de Matt se encontró con la de Wesley, luego con la mía. «Metí la pata. Mi novia está en el hospital y yo simplemente me fui». Se metió las manos en el pelo. «Soy un idiota».

«Espera, ¿qué?», Tyler se sentó en su taburete. «Cuando te dejé en Nueva York hace dos semanas, eras su guardaespaldas. ¿Ahora es tu novia?».

«¿Un guardaespaldas?», Wesley se puso de pie y se apoyó en la mesa alta. «Eres un maldito marine. ¿Qué diablos estás haciendo jugando a ser guardaespaldas?».

«Eso es exactamente lo que dije». Tyler le dio una palmada en el hombro a Wesley.

«Es una larga historia. Y, por cierto, ¿cómo está tu persona de interés?», Matt se sentó de nuevo en su sitio.

Zack se puso de pie, frotándose las manos, con una gran sonrisa en su rostro. «Hombre, me perdí el drama familiar. ¿Qué pasó?».

«Te lo conté en confianza», Tyler miró a Matt con enojo.

«No, no lo hiciste. Querías decírmelo», Matt se encogió de hombros.

Tyler dejó escapar un suspiro. Había estado tan concentrado en Valentina que no me había dado cuenta de lo mucho que había cambiado. Seguía siendo todo músculo, pero no corpulento como antes. ¿Había cambiado a propósito? «¿Estás en algún tipo de problema?», pregunté.

«Todo esto sucedió por tu culpa. Te pedí que me llevaras a Nueva Jersey y terminé en una escena realmente mala», Tyler se pasó una mano por el cabello.

«Lo siento por eso. No me di cuenta de que Dom y Emilia estaban en una situación tan complicada cuando te pedí que la escoltaras y te aseguraras de que Dom estaba bien».

Debería haber ido con él, pero en ese momento todo en lo que podía pensar era en mantener a Valentina fuera de los problemas de mafia de Dom.

«La mierda, es cierto», Tyler tomó un sorbo de su cerveza. «La situación de Dom terminó en un tiroteo desastroso. Pasé tres días en la oficina de campo de la ATF explicando lo que había sucedido y por qué estaba allí en primer lugar».

[Nota de la Trad.: *ATF, es la Agencia de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos de los Estados Unidos]*

«¿Por qué no me llamaste?».

«Lo tenía bajo control. No había ningún crimen que investigar ya que ambos tiradores, ya sabes, terminaron muertos. Pero estaba tan nervioso después de eso que fui a un bar de camino a salir de la ciudad para calmarme. Odiaba no haber nada que pudiera hacer para detenerlo. Toda la escena era espantosa. La pobre Emilia estaba en el meollo de todo. Dom también.

«Gracias», le apreté el hombro. «Si alguna vez necesitas algo, soy el tipo adecuado».

«No te preocupes por eso. No es tu culpa que yo sea un idiota», Tyler se frotó la barba incipiente de la cara. «Incluso si hubieras venido conmigo, igualmente me habría acostado con ella».

«¿Qué pasó?». Intercambié una mirada con Matt, que parecía saber ya todos los detalles.

«Me acosté con una persona de interés en un caso en el que había estado asignado». Las mejillas de Tyler se pusieron rojas, no de la manera en que las mejillas de Valentina se ponen bonitas y suaves. Estaba enojado y preocupado.

«¿Estabas?», preguntó Matt. «La última vez que te vi, solo te estabas escondiendo por un tiempo. ¿Te despidieron por eso?».

«No. Me reasignaron», se encontró con la mirada de Matt y luego con la de Wesley. Matt y Wesley estaban juntos en el cuerpo de marines. Tyler era de la ATF, pero entendían la gravedad de la situación mejor que Zack y yo.

«Si necesitas algo, házmelo saber», lo decía en serio. Gastaría toda mi fortuna para asegurarme de que mi familia estuviera a salvo.

«Estaré bien. Simplemente no me gusta cuando la mierda se sale de control de esta manera».

«Sí», dijo Wesley, con cara seria, y terminó el resto de su cerveza. «Ya que todos estamos de humor para compartir...», su mirada se movió entre Matt y Tyler, «Anabelle estará en la fiesta esta noche, así que la gente preguntará por su hermano Charlie. Solo digan que todavía está desplegado. ¿De acuerdo? Digan que todo es clasificado».

Matt se pellizcó el puente de la nariz. «Sabes que no lo es».

«¿Qué diablos pasó en Venezuela?», le pregunté a Wesley. «Te veías horrible la última vez que estuve aquí».

«Es clasificado». Dio otro trago a su vaso y no tomó nada más que aire. «¿Por qué el servicio aquí es tan lento hoy?».

«Porque ustedes, idiotas, están bebiendo como peces». Zack me lanzó una mirada significativa para dejar de hablar de ello antes de dirigirse al bar.

Una punzada en mi estómago me hizo hundirme más en mi taburete. Mamá había tenido razón en estar enojada conmigo por irme. No solo me había ido de Atlanta; había dado la espalda a todos. El camino hacia ser multimillonario era un camino egoísta y solitario. ¿En qué clase de

problemas se habían metido mis hermanos?

Varias veces anoche encontré a Matt y Tyler hablando de una mujer que habían conocido en Venezuela y de cómo Matt estaba seguro de que estaba en problemas otra vez. Mierda. Todo esto era material oficial del gobierno al que no tenía acceso y no tenía forma de ayudarlos.

«Si necesitas ayuda con algo, me lo harás saber, ¿no? Tengo muchos amigos que, por la contribución adecuada a su campaña electoral, están dispuestos a hacerme todo tipo de favores». Soné como un idiota al decirlo, pero era la verdad. No podía tocar a las fuerzas de operaciones especiales de la marina, ¿pero a los políticos? Eran mi especialidad.

«Gracias, hombre. Lo recordaré». Wesley me dio una palmada en el brazo, sonriendo. «Tendré que llamarte pronto. Solo tengo que ponerme las pilas primero».

Zack regresó con una mesera. Tenía una bandeja con diez cervezas. Frunció el ceño cuando vio que solo éramos cinco. *Dos por persona*, le dijo con los labios y le guiñó el ojo.

Bebí un trago de mi vaso. Justo delante de mí, en mi línea de visión, lo vi. La sangre me atravesó y me levanté de un salto. ¿Era una alucinación? ¿El ex de Valentina estaba en Atlanta? Parecía imposible. Ese idiota vivía en Arizona. No tenía ninguna razón para viajar dos mil quinientos kilómetros al sur, especialmente después de que le pagara para que renunciara a la custodia de Max.

¿Había venido hasta aquí para asegurarse de obtener la otra mitad de su dinero? Tendría que consultarlo con Dom más tarde. O tal vez estaba aquí solo para jugar con mi cabeza otra vez, como lo había hecho antes. No esta vez. Valentina me amaba. Confiaba en ella. Wesley me agarró el antebrazo, pero me lo quité de encima.

Necesitaba averiguar si el idiota sentado en la barra con esa estúpida sonrisa en su rostro era Alex Maio. Mi taburete se cayó cuando corrí hacia la barra. Un viernes por la tarde, el lugar ya estaba lleno de clientes tomando algo después del trabajo. Los empujé a todos fuera del camino, manteniendo mis ojos en Alex. Esto no era una coincidencia. Él estaba allí para jugar sus estúpidos juegos mentales, como solía hacer, con Valentina.

Antes de llegar a la barra, otro tipo me embistió en el estómago. El ruido de la madera raspando madera llenó la habitación, y todo se quedó en silencio por un segundo. Nadie estaba allí para pelear. Entonces, ¿por qué diablos este tipo me estaba atacando sin ninguna razón real?

Lo empujé lejos de mí. Cuando se puso de pie, se encontró cara a cara conmigo y mis cuatro hermanos. Cinco contra uno... Sus ojos se abrieron de par en par y luego salió corriendo de la barra, tirando un par de bebidas de las mesas mientras pasaba. Qué idiota.

Volví mi atención a Alex, pero, por supuesto, se había ido. Era él. Estaba seguro de eso. A través de la ventana que daba a la calle, vi el balanceo de la camisa gris abotonada que llevaba encima de una camiseta negra. Tyler me siguió de cerca mientras yo saltaba sobre las sillas que me bloqueaban el paso.

Afuera, Alex estaba de pie en la esquina, con el teléfono entre las manos mientras tecleaba frenéticamente. Estaba esperando a alguien. Ajusté mi paso, esquivando a otros peatones. ¿Valentina sabía que estaba en la ciudad? Esperaba que no. Le tenía miedo. Incluso después de seis años de estar lejos de él, después de la paliza que le di hace un mes en su nombre, Alex Maio siempre sería su monstruo debajo de la cama y en sus pesadillas.

Cuando me vio venir hacia él, salió corriendo de nuevo. En retrospectiva, pagarle había sido una mala idea, pero en ese momento, todo en lo que podía pensar era en mantener a Valentina y a su hijo a salvo. Para darle tranquilidad a Valentina sabiendo que Alex ya no tenía derecho legal a ser el padre de Max.

Tyler me hizo un gesto con dos dedos para que siguiera a Alex mientras él daba la vuelta por

el callejón. Alex corrió hacia adelante, gritando algo en su teléfono. Al menos yo tenía esa satisfacción. Estaba muerto de miedo de mí. Dobló la esquina. Una camioneta negra se subió a la acera y lo recogió antes de alejarse de mí.

Tyler se me acercó y me dio una palmada en la espalda. «¿Quién diablos era ese?».

«Alex Maio. El ex de Valentina de Arizona». Mi voz estaba cargada de ácido y rabia.

«Está muy lejos de casa, ¿no?», Tyler se giró en el lugar, con la mirada fija sobre nuestras cabezas. Sin duda estaba buscando cámaras de seguridad. «¿Cómo sabía dónde encontrarte?».

«No tengo idea. Avisaré a los guardias de la casa». La última vez que Alex se presentó en mi puerta, lo hizo porque Bridget le pagó para que me contara mentiras que me hicieran dudar de Valentina. Cometí el gran error de no confiar en ella en ese entonces. Alex tenía una forma jodida de tergiversar sus palabras para hacerla parecer una cazafortunas. De ninguna manera iba a volver a cometer ese error. Valentina me amaba. Incluso si sus instintos le decían que huyera, me amaba. No tenía ninguna duda al respecto.

«No llegará a ella».

Llamé a mi jefe de seguridad en Arizona. Cuando Alex firmó los papeles de custodia de Max, le pedí a uno de mis hombres que pinchara su teléfono. No es del todo legal, pero no me importaba.

«Alex Maio está en Atlanta. ¿Por qué diablos no me avisaron?».

«Mis disculpas, Sr. Cole. Su última ubicación conocida anoche fue Flagstaff, Arizona». El clic de su teclado llenó el aire. «Parece que está desaparecido».

Agarré el teléfono con más fuerza. «¿Y Bridget? ¿Dónde está?».

«Ella también está desaparecida».

CAPÍTULO 15

Dijimos no más secretos

VALENTINA

«Hola, mamá. ¿Dónde estás?». La cara de Max apareció en mi pantalla por un segundo antes de girar alrededor de la habitación y posarse en una toma del techo.

Me senté en mi sillón de tocador. Max me había enviado un mensaje de video la noche anterior. Respondí con uno propio porque cuando lo recibí, él ya se había ido a la escuela. Tomé mi teléfono y llamé a Em. Su teléfono fue directo al buzón de voz. Cuando llamé a la casa sonó, pero no hubo respuesta. Tal vez estaban haciendo mantenimiento o algo así.

Un nuevo mensaje apareció en mi teléfono del equipo de seguridad de Derek. El viaje de Max para el próximo jueves había sido cancelado. ¿Por qué Derek haría eso? ¿Y por qué lo escucharía de los guardias y no de él?

Marqué su número. Cuando contestó, no me molesté en saludarlo.

«Yo no cancelé el viaje de Max. ¿Por qué tu equipo me está enviando un mensaje de texto para avisarme que Max no va a venir?».

«En realidad, es culpa mía». Derek estaba de pie junto a la puerta del baño con una débil sonrisa.

«¿Qué pasó?». Terminé la llamada en mi teléfono. «¿Por qué no puede venir a Atlanta?».

«Juro que cancelé el viaje cuando subía las escaleras. A veces mis muchachos son demasiado eficientes».

Le di el beneficio de la duda e ignoré el hecho de que no me había consultado. «¿Por qué cancelaste?».

«Este asunto con Bridget todavía me tiene nervioso. Está a salvo donde está. ¿Por qué correr un riesgo innecesario?». Se frotó los surcos de la frente como si eso hiciera que la preocupación desapareciera de su rostro. «Volveremos a Tucson en una semana».

Tenía razón en eso. Extrañaba terriblemente a Max. Hacer videollamadas todas las noches ayudaba, pero no era lo mismo. Extrañaba su cara de bebé y sus mejillas suaves. Pero si Bridget estaba en Atlanta, el mejor lugar para que Max estuviera sería en Tucson, lejos de ella.

«Tienes razón. Sin embargo, tenía muchas ganas de volver a verlo».

«Lo sé». Me besó la cabeza.

«Intenté llamar a Em, pero no hubo respuesta».

«Sí. Están haciendo un poco de mantenimiento». Miró hacia abajo.

¿Por qué? ¿Qué estaba ocultando? Siempre hacía eso cuando Bridget surgía en la conversación, como si temiera que me enojara con él por hablar de ella.

«Después de que Bridget apareció aquí, ordené al equipo que reforzara la seguridad. Podrás hablar con él por la mañana. Te lo prometo».

«Está bien. ¿Cómo estuvo la despedida de soltero con tus hermanos? Llegaste a casa hasta muy tarde anoche». Toqué su mejilla con mi mano y él la besó. Algo en él definitivamente no estaba bien.

Ahí estaba otra vez, esa sonrisa débil, algo triste. «Tengo un poco de resaca. Y esta noche volverá a suceder». Acunó mi cuello y presionó su frente contra la mía. «Tal vez podamos acortar nuestro viaje y regresar en unos días. Treinta días fue un poco agresivo, especialmente con la boda que se avecina en unas pocas semanas».

No iba a discutir con él sobre esto. Había querido ir a casa desde que puse un pie en su avión privado. «Me encantaría. Quiero decir, si a tu mamá no le importa».

«Ella lo entenderá. Voy a darme una ducha para ir abajo. ¿Estarás lista a tiempo?».

Su mente estaba en todas partes. Pero había dicho las palabras mágicas: nos íbamos a casa.

«Sí». Lo empujé hacia la ducha. «Y apúrate. Anabelle va a venir aquí para prepararse para la fiesta».

Me sonrió. «Me alegro de que las dos se hayan hecho amigas».

«Ella es amable. Ha sido agradable tener a alguien con quien hablar estas últimas tres semanas». Lo abracé. «Anda, ve».

Se duchó en un tiempo récord, luego se cepilló los dientes y se peinó en su lado del tocador de dos lavabos. Me senté en mi tocador de maquillaje y lo observé hacer estas cosas mundanas. Se veía muy sexy con esos calzoncillos bóxer que se ajustaban perfectamente a su trasero y a sus muslos musculosos. Entró al vestidor y salió con su traje oscuro habitual.

Una sonrisa burlona se dibujó en su labio. «Tal vez más tarde puedas mostrarme lo que estás pensando ahora mismo».

«Tal vez». Mis mejillas ardieron.

«Hola, Derek». Anabelle entró lentamente por la puerta con el vestido hecho una bola contra su pecho. ¿De qué tenía tanto miedo? Era solo un vestido y un poco de escote.

«Hola, Ana. Las veré abajo. No lleguen tarde». Me besó la parte superior de la cabeza mientras yo peinaba mi cabello en una trenza francesa de lado.

Derek siempre actuaba como si fuera mucho mayor que Anabelle. Siete años no era mucho tiempo. Supuse que todo era una cuestión de perspectiva. Esta noche íbamos a cambiar eso para Anabelle.

«Pareces una sirena de verdad cuando haces eso».

«¿Qué?», solté una carcajada.

«Siempre imaginé que las sirenas harían eso». Se encogió de hombros. «¿Dónde aprendiste a trenzar el cabello así?».

«Mi mamá. Tenía el cabello muy rizado cuando era niña. Me hacía trenzas hasta que aprendí a usar un secador de cabello». Me reí. «Las trenzas son una necesidad aquí, con secador de cabello o sin él. Esta humedad es una locura».

«Lo sé», se rió. «Enséñame cómo hacer eso».

Me puse de pie y le hice un gesto para que se sentara. «Tu cabello se ve muy bonito así. ¿Qué tal una media trenza?». Le quité el cabello de la cara.

«Me encanta», me sonrió.

Anabelle no había tenido una hermana. Teníamos eso en común. Ella tenía un hermano que estaba fuera todo el tiempo y yo era hija única. Tal vez por eso nos entendíamos y nos hicimos amigas tan rápido.

«¿Continuamos con los ojos en tonos ahumados para tu maquillaje?».

Dejó escapar un suspiro. «Sí. Oye, ¿crees que Rebecca vendrá esta noche? Sé que no te

rendirás hasta que hayas desentrañado este misterio».

«Espero que así sea. Parecía que realmente quería venir. Ojalá pudiera ayudarla.

«Estoy segura de que tendrás la oportunidad de hacerlo esta noche». Anabelle me dio una palmadita en la mano. «La agregué a la lista de invitados, como me pediste».

«Gracias. Bien, hora del maquillaje». Me froté las manos. Anabelle se veía hermosa sin nada de esto, pero quería una apariencia diferente, y eso era algo que entendía bien. La necesidad de creer que merecía al chico que amaba.

Cuando ya teníamos la cara bien maquillada, me dirigí al armario y me puse el vestido que había traído de casa. Era un vestido largo sin tirantes color champán. La tela era sedosa y muy suave al tacto. Pasé las manos por el corpiño que envolvía mis pechos a la perfección. Mi amiga Annie tenía un don especial para elegir vestidos que hicieran que Derek me mirara como si fuera la mujer más hermosa que hubiera visto en su vida. Yo era adicta a esa mirada en sus ojos y a la forma en que me hacía sentir.

En el dormitorio, Anabelle caminaba de un lado a otro a lo largo de las puertas dobles.

«No te vas a acobardar, ¿verdad?», pregunté.

«No, por supuesto que no. Solo necesito un minuto. ¿Por qué no te adelantas? Ya llevamos media hora de retraso». Abrió la puerta y me hizo un gesto para que me fuera. «Por cierto, te ves increíble».

«Gracias. Tú también». Sostuve sus manos entre las mías y las apreté. «Te veo abajo».

Caminé por el largo pasillo de pinturas caras, hacia el zumbido de voces emocionadas mezcladas con música clásica suave. El vestíbulo se veía hermoso con arreglos florales de gran tamaño. El perfume de gardenias me dio la bienvenida en lo alto de la gran escalera, donde Derek avanzó para encontrarse conmigo.

Gruñó en mi oído, agarrándome la cintura. «De verdad estás tratando de matarme».

«No es así». Mi sangre corrió por mi cuerpo.

«Te ves increíble». Me miró a los ojos y deseé que pudiéramos estar arriba o al menos, solos.

«Derek», dijo un hombre con una barriga redonda desde la puerta.

«Y aquí vamos». Tomó mi mano y me hizo pasar a través de la multitud de personas que ya se habían reunido en el vestíbulo y el comedor.

Estreché manos y sonreí a una miríada de rostros. Derek se mantuvo fiel a su palabra y nunca se apartó de mi lado. Tampoco dejó que mi copa de champán se vaciara, por lo que estaba muy agradecida. La presentación de amigos y familiares duró unos buenos cuarenta y cinco minutos. Respondí las preguntas habituales sobre dónde nos habíamos conocido y dónde viviríamos después de la boda, y cuántos hijos más íbamos a tener. Para mi sorpresa, Derek no se desanimó en absoluto con esa pregunta. Tener hijos con este hermoso hombre era definitivamente algo que estaría dispuesta a considerar.

«Está bien, creo que todos están tranquilos por ahora. Tomemos un poco de aire». Derek me acompañó hacia el sótano. Al salir, agarró una botella de champán. Cruzamos la amplia sala de estar entre el gimnasio y la bodega, donde Wesley y Matt estaban sentados enfrascados en una conversación. «Ignóralos». Derek me llevó afuera.

«Oh, vaya. No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba aire fresco». Recogí mi vestido y caminé por los adoquines de piedra.

Seguí el camino que conducía a los jardines. Había gente aquí y allá, pero la mayor parte del tiempo estuvimos solos. Me senté en uno de los bancos a lo largo de los altos setos y Derek volvió a llenar mi copa.

«Sé que no lo parece, pero eso fue lo peor de todo».

«Sí, lo sentí como lo peor de todo». Me reí.

«Todos te amaban. Como sabía que lo harían». Se desabrochó la chaqueta y se sentó a mi lado.

Apoyé la cabeza en su hombro y me relajé. «Me alegro de que ya no estés tan tenso».

«¿Estaba tan qué?», me abrazó con más fuerza.

«Cuando llegaste a casa hoy temprano, parecías muy nervioso. ¿Qué pasó?».

«Dijimos no más secretos, ¿verdad?».

«Sí». Me incorporé. «¿Qué pasó?».

«Está bien, no es nada malo. Te lo iba a decir mañana cuando las cosas se calmaran, pero supongo que este es un momento tan bueno como cualquier otro». Su beso me tomó por sorpresa, pero solo por un instante, y le devolví el beso. Cuando volvió a hablar, casi había olvidado que tenía algo que decir.

«Ayer por la tarde fuimos a un bar a tomar unas cervezas después del golf...», su mirada pasó de mí hacia el patio de arriba.

Cambié de posición para ver qué le hacía fruncir el ceño como si quisiera matar a alguien.

«¿Qué pasa?».

«Un segundo. Los guardias de seguridad están en movimiento. Quédate aquí. Vuelvo enseguida».

«Estaré aquí». Toqué mis labios donde su boca me había quemado segundos atrás.

Se encontró con los chicos de traje oscuro y corbatas delgadas, que llevaban auriculares. Me recordaban a los agentes de la película *Matrix*. Derek se metió las manos en los bolsillos de los pantalones. Para el ojo inexperto, parecía casual y tranquilo. Pero su rostro decía algo más. Estaba enojado. Después de su intercambio, regresó a la casa con sus hombres.

En el momento en que desapareció, me sentí agotada. ¿Alguien se daría cuenta si subía las escaleras a escondidas para recuperarme? Me puse de pie y limpié el polvo del asiento de mi vestido. Cuando levanté la vista, Rebecca Smith se deslizó hacia el patio. Todos la miraban con lujuria mientras bajaba los escalones de piedra, sin molestarse en sonreír o reconocer a ninguno de ellos. Mantuvo su mirada fija en un punto al otro lado del jardín. Corrió por el césped mientras su largo vestido rojo bailaba con el viento. ¿A quién perseguía?

Intenté perseguirla, pero a los dos pasos, mi talón se hundió en la hierba blanda. Cuando lo saqué de un tirón, la correa se rompió. *Mierda.* Miré en dirección a Rebecca, pero ella se había ido. Perseguirla con zapatos rotos sería una tontería. Me quité las sandalias y subí las escaleras para buscar un par nuevo.

Siguiendo el mismo camino que Derek usó para sacarnos, atravesé el sótano donde Wesley y Matt todavía estaban discutiendo. Les hice un gesto con la mano cuando miraron con enojo mis tacones y pies embarrados. Continué subiendo las escaleras a través de la cocina hasta que me encontré en la seguridad del largo pasillo que conducía a nuestro dormitorio.

Tan pronto como cerré la puerta detrás de mí, el cansancio me invadió. Estar rodeada de gente me agotaba cada vez. Fui al baño y me lavé los pies. El agua tibia era relajante y me hizo apoyarme contra la pared con los ojos cerrados. ¿La fiesta estaba a punto de terminar? La invitación decía de siete a once de la noche. Cerré el agua y caminé hacia el tocador donde había dejado mi teléfono. Eran las nueve. Faltaban dos horas.

Cuando vi una nota en mi mesa, mi cuerpo se sacudió por una chispa de adrenalina. La familiar letra me provocó un escalofrío en la columna vertebral. Las lágrimas me picaban los ojos. ¿Cómo demonios se las arregló Alex para dejarme una nota? En el dormitorio que Derek y yo compartíamos desde hacía semanas. Me temblaban las manos al leer el saludo porque sabía

que el resto de la nota sería algo sacado de las pesadillas que todavía tenía sobre él.

Hola Val,

Apuesto a que pensabas que nunca volverías a saber de mí. ¿Me extrañaste? Por supuesto que sí. Ese hijo de mamá con el que estás ahora no puede ser lo suficientemente hombre para satisfacerte. Sé que piensas en nosotros. Cariño, yo te recuerdo. ¿Qué tal si nos reunimos? Resulta que estoy en Atlanta y pensé que te encantaría verme. Max también se muere por ver a su mamá. Nos vemos esta noche a las once en BeltLine cerca de la calle Krog. Solo tú y cinco mil, ¿entiendes? No me hagas hacerle daño. Y, Val, no llegues tarde. Estoy seguro de que recuerdas lo mucho que odio eso.

Con amor,

Alex

Mi estómago se retorció. No podía tener a Max. Estaba en Tucson con Em. Tanteando, llamé a Em, pero no hubo respuesta. Intenté llamar a mamá, pero fue directo al buzón de voz. ¿Qué pasaría si no aparecía? ¿O si llegaba tarde? ¿Realmente lastimaría a su propio hijo? Presioné una mano en mi mejilla. Las lágrimas nublaron mi visión. Mi mente repitió todas las veces que hice algo que Alex no había aprobado. Me limpié la cara y me levanté.

Ir sola no era una opción, pero tampoco podía arriesgarme a llegar tarde y poner a mi pequeño Max en peligro. Marqué a Em nuevamente, y la llamada fue directa al buzón de voz. Y luego me golpeó como un balde de agua helada. ¿Era por eso que Derek había estado tan molesto hoy temprano? ¿Era esto lo que intentaba decirme? ¿Que Alex tenía a Max? ¿Por eso había cancelado el viaje? Las preguntas se arremolinaban furiosamente en mi cabeza. ¿Por qué no me lo había dicho? Habíamos acordado que no habría más secretos. No, lo intentó, pero aparecieron los guardias de seguridad. Aparecieron para decirle qué. ¿Qué tan mal se puso la situación para que Derek tuviera que irse?

No podía esperar a que Derek me trajera noticias. Tenía que ir y verlo por mí misma. Por Max, tenía que dejar de lado mi miedo a Alex. Mi estómago se retorció de nuevo y corrí al lavabo donde vomité. Alex Maio fue una pesadilla a la que sobreviví hace seis años cuando tenía solo diecinueve. Usó a mi padre para salirse con la suya en todo lo que me hizo. Papá era un policía retirado. Si hubiera descubierto cómo era mi vida con Alex, papá lo habría matado. A lo largo de los años, me pregunté si lo aguanté para proteger a papá o porque era una maldita cobarde. Me enjuagué la boca.

Mi miedo a él no significaba nada cuando se trataba de Max. Estaba dispuesta a sacarle los ojos si se atrevía a tocar a mi hijo. Saqué mapas en mi teléfono. El lugar de encuentro estaba a tres millas de distancia. Tenía tiempo para conseguir el dinero que necesitaba y conducir hasta el lugar de la cita. Tenía que demostrarle a Alex que ya no le tenía miedo. Tenía que demostrarme a mí misma que no le tenía miedo.

Me senté en el sillón del tocador. Me dolía todo el cuerpo al pensar en volver a ver a Alex. Dejé caer la cabeza entre las manos. ¿Cómo podría lograrlo? Miré la hora otra vez. Dos horas. Correcto. Todo lo que tenía que hacer era bajar al estudio de Derek, coger el dinero y, de alguna manera, salir de la casa sin que nadie se diera cuenta.

Con el corazón latiendo con fuerza, salí de la habitación. En cuanto llegué a lo alto de las escaleras, vi a Derek esperando al pie de los escalones con el ceño fruncido. ¿Y ahora qué?

«Valentina», gritó Anabelle en un susurro detrás de mí.

Nunca me acostumbraría a la cantidad de habitaciones pequeñas que tenía esta casa. Algunas de ellas ni siquiera eran lo suficientemente grandes como para ser dormitorios. Me hizo un gesto para que me acercara. «¿Haces esto a menudo? ¿Te escondes en habitaciones al azar?», pregunté.

«Algunas veces». Caminó de un lado a otro por la pequeña habitación, que solo contenía una mesa con un tablero de ajedrez, unas cuantas sillas Luis VI tapizadas en una tela azul pálido y una estantería empotrada llena de libros. «Lilly quiere que toque el piano hoy. Para ti y Derek». Se alisó el vestido negro con manos temblorosas. Realmente se veía impresionante con ese vestido.

«No tienes que hacer eso si no quieres. Díselo».

«Es por ti y Derek. Por supuesto que quiero hacerlo. Pero Wesley está allí ahora», miró mis zapatillas y luego mi rostro. «¿Estás bien?».

Anabelle era mi única oportunidad. Con Derek de pie junto a la entrada principal, no había forma de que pudiera pasar por encima de él. «Es una larga historia. Prométeme que no se lo dirás a Derek. No lo entenderá».

«Por supuesto. Cualquier cosa por ti».

«Necesito dinero para recuperar a mi hijo de mi ex». Las lágrimas corrían por mis mejillas y las sequé rápidamente. Nadie podría saber que había estado llorando. «Necesito cinco mil dólares y un viaje y también alguien que mantenga a Derek ocupado mientras hago todo eso».

«Dios mío, Valentina, por supuesto. Pero ¿por qué no le dices a Derek? Él te ayudará».

«No puedo arriesgarme a que Alex lastime a mi hijo. Dijo que no se lo dijera a nadie. Todo lo que quiere es dinero. Se irá tan pronto como tenga lo que quiere. Lo único que le importa es el dinero».

«Está bien. Yo me encargo», me sonrió. «Unas cuantas baladas de piano mantendrán a todos en la sala de estar para que puedas hacer lo que necesites. Le enviaré un mensaje a mi chófer». Bajó la mirada hacia sus manos temblorosas antes de sacar su teléfono de su pequeño bolso tipo pulsera. Odiaba actuar en público. Lamentaba mucho haberle hecho esto, pero los momentos desesperados exigían favores desesperados de nuevos amigos.

«Gracias por hacer esto», le apreté la mano, tanto para apoyo moral como para tranquilizarme.

«Te daría el dinero yo misma. Pero estos días tengo que pasar por Wesley para eso. Y él me entrega una miserable asignación. Dios, podría odiar a mi hermano por estar encargado de mi dinero».

«¿Por qué Wesley te hizo el recorte?».

«Wesley tiene miedo de que me vaya del país para ver a mi hermano Charlie», ella agitó su mano en señal de despido. «¿Estás segura de que no quieres decirle a Derek?».

«Sí, estoy segura. Él no conoce a Alex como yo».

«¿Y estás segura de que tiene a Max? Cuando conocí a Max hace unas semanas, me pareció un chico muy inteligente. Es maduro para su edad. No se iría con cualquier extraño así».

«Lo haría por Alex. Max siempre ha tenido mucha curiosidad por su padre biológico. Quiere saber por qué Alex no está cerca. En su pequeña mente, simplemente no puede entender los complejos sentimientos que tiene sobre su padre. Así que sí, definitivamente se iría con Alex. Todo lo que Alex tendría que hacer sería mostrarle a Max una foto de nosotros cuando estábamos juntos y decirle que él era su padre». Me odiaba a mí misma por no enseñarle a Max a tener miedo de Alex. Pero no pensé que el corazón de Max debería estar lleno de algo tan triste. Todo esto era culpa mía.

«No digas más», ella revisó su teléfono. «Está bien. Mi chofer se quedará contigo todo el tiempo. Está altamente capacitado y puede protegerte. Todo lo que necesitas es dinero».

«Estoy asaltando la caja fuerte de Derek. Siento que estoy robándole».

«No es así. Eres su esposa. Bueno, casi. Es igual».

«Muchas gracias por esto».
«De nada. Vete. Necesito otro minuto». Se abanicó la cara.

CAPÍTULO 16

Esta es tu fiesta de compromiso

DEREK

Este era el peor momento para que un guardia desapareciera. Tal vez tenía que orinar y se olvidó de decírselo a alguien. Mierda. Estos eran hombres altamente entrenados. Nadie orinaba sin seguir el protocolo.

«Hombre, pareces haber visto un fantasma». Tyler tomó mi vaso de bourbon vacío y lo reemplazó por uno nuevo.

«Gracias». Lo bebí de un trago. «Puede que no sea nada, pero aparentemente tenemos un guardia que no se ha reportado en los últimos quince minutos».

«¿Estás bromeando?», Tyler soltó una carcajada. «Esta es tu fiesta de compromiso. Tómate un descanso y disfruta».

«Sí, tal vez tengas razón».

«No dejes que ese imbécil te moleste. Más importante aún, no dejes que te arruine la diversión». Señaló hacia la parte superior de la gran escalera donde Valentina estaba rodeada de guirnaldas hechas de gardenias del invernadero de mamá.

Tyler tenía razón. Ella merecía disfrutar de su día. Después de todo lo que había soportado cuando llegamos aquí, se merecía divertirse.

«Ahí está. Justo a tiempo». Tyler le ofreció la mano a Valentina. «Ana preparó algo para los tortolitos esta noche. Todos están en el salón. Vamos».

«¿Debería preocuparme?», Valentina me dio una débil sonrisa.

«No. La dulce Ana es inofensiva». Tyler acompañó a Valentina a través del vestíbulo y hacia el salón, donde la gente ya se había reunido alrededor del piano de cola.

La seguí de cerca, vigilando a mis hombres de seguridad. Les había dicho que vinieran a buscarme en el momento en que encontraran al guardaespaldas desaparecido. Valentina miró por encima del hombro un par de veces. Respiré profundamente y me obligué a calmarme de una puta vez y no arruinarle la sorpresa de Ana.

«Miren a quién encontré». Ana llegó detrás de nosotros y abrazó a Valentina.

Valentina miró dos veces cuando vio a la mujer colgando del brazo de Ana. «Oh, Dios mío, lo lograste. Pensé que te había visto antes, pero no estaba segura».

«Gracias por invitarme. Tu casa es increíble. Yo…». La mujer se encontró con la mirada de Tyler y tartamudeó. «Yo, eh, fui a caminar por los jardines antes. Son impresionantes».

Valentina tomó mi mano. «¿Recuerdas a Rebecca? Nos conocimos hace unas semanas en Saks mientras estábamos comprando el vestido de Ana».

Podría decir honestamente que nunca había visto a esta mujer en mi vida. ¿Por qué Valentina pensaría eso? «Bueno, lo siento. No la recuerdo».

«Claro que sí», Tyler me dio una palmada en el estómago con el dorso de su mano antes de abrazar a la mujer. «Rebecca, del club de campo. ¿Qué diablos estás haciendo aquí? Quiero decir, ¿cómo diablos estás?».

«Claro. Rebecca del club de campo. ¿Cómo podría olvidarlo?». Seguí su ejemplo, aunque tuve la impresión de que a Valentina no le importaba de una manera u otra. Se inclinó hacia Ana y le susurró algo al oído.

«Estaré en la ciudad por unos días. Me encontré con Valentina y Anabelle, y fueron muy amables al invitarme a tu velada de esta noche». Rebecca me dio un beso en la mejilla para saludarme, como si fuéramos viejos amigos.

Solo podía imaginar lo que Tyler y esta mujer tenían en mente. Seguí adelante porque Valentina no necesitaba ninguna queja por el hecho de que potencialmente ella había invitado a alguien que Tyler no quería ver. Si las dagas que le disparó fueron una indicación, mi suposición sería que él no la quería aquí más de lo que yo quería a Alex Maio en mi casa.

Ana se volvió hacia Rebecca. «Bueno, veo que ahora estás en buenas manos». Puso la mano de Rebecca en la de Valentina, estirando su cuello para ver por encima de las cabezas de las personas frente a nosotros. «Veo a Lilly haciéndome ojitos. ¿Puedo simplemente disculparme por lo que está a punto de suceder?».

«No te disculpes», Valentina le sonrió. «Me conmueve que te tomes el tiempo de tocar para nosotros. Muchas gracias».

Después de que Ana se abrió paso hacia el frente y se sentó al piano, mamá hizo un gesto para que todos guardaran silencio. «Gracias a todos por estar aquí esta noche para acompañarnos a celebrar a mi hijo Derek y a su hermosa prometida, Valentina».

¿Qué le parecía esta muestra a Valentina? Más de cien miradas y sonrisas que no significaban nada para ella estaban de repente sobre nosotros. Se inclinó más cerca de mí y la abracé fuerte.

«Sé que tuvimos un comienzo un poco difícil», mamá nos ofreció una cálida sonrisa.

Ella y Valentina no eran tan diferentes cuando se trataba de familia. Tal vez por eso Valentina había perdonado tan rápido a mamá por haber sido brusca con ella antes.

«Pero espero que sepan que estoy muy feliz por los dos y les deseo lo mejor». Los ojos de mamá se llenaron de lágrimas mientras hacía una pequeña reverencia hacia Valentina. «Como regalo, convencí a la dulce Ana de tocar algo para Derek y Valentina. Espero que lo disfruten».

Valentina me miró y me besó. Por primera vez desde que empezó todo este calvario esa tarde, me sentí en paz. Más tarde tendría que hablarle de Alex, pero por ahora se merecía unos minutos de pura felicidad.

«Esto es '*Rêverie*' de Debussy», con voz temblorosa, Ana anunció al grupo.

Por supuesto, mamá no perdería la oportunidad de presumir a Ana, quien odiaba hacer este tipo de cosas, si mal no recordaba. Aunque en el momento en que sus dedos tocaron las viejas teclas de marfil, su rostro cambió. Ella estaba a cargo y no estaba nerviosa en absoluto. Había olvidado que podía tocar el piano así. En unos pocos golpes, tenía a toda la sala pendiente de cada nota.

Sin embargo, no importaba lo fascinante que fuera la forma de tocar de Ana, Tyler seguía de pie junto a mí listo para saltar por alguna razón. Cuando vio a Matt dirigirse hacia la terraza, fue tras él. Más valía que esto no tuviera nada que ver con el guardia desaparecido.

Abracé a Valentina y le susurré al oído. «Vuelvo enseguida. ¿Estarás bien si me voy unos minutos?».

«*Por supuesto*», articuló, dedicándome una sonrisa que me afectó por ella.

La besé y ella me empujó hacia la salida, como si supiera que iba tras Tyler. Tomé su mano y besé sus dedos fríos. «¿Estás segura? Tienes las manos congeladas».

«Ve. Estoy bien». Su susurro apenas se escuchó sobre las notas del piano.

Asentí y me fui antes de que Ana dejara de tocar y todos salieran del hechizo que los tenía bajo su control. Tan pronto como entré al vestíbulo, me encontré con Tyler y Matt.

«Deberías haberme llamado cuando Rebecca apareció en Nueva Orleans». La cara de Tyler estaba más roja que antes.

Nunca lo había visto así. De todos nosotros, él era el único que había heredado la disposición apacible de papá.

«¿Qué pasó?», me acerqué. «¿Qué diablos está pasando? Exactamente, ¿a quién invitó Valentina a la fiesta?».

«¿Dónde diablos está Wesley?», preguntó Matt en respuesta.

«¿Dónde crees que está?», señalé hacia el salón. «Está allí, hipnotizado por la música de Ana como el resto».

«Hagamos esto afuera». Tyler me hizo un gesto para que lo siguiera. El jardín estaba vacío, salvo por unas cuantas parejas que todavía entraban para escuchar el concierto improvisado de Ana. La música se derramó en la noche oscura, con una melodía suave que no encajaba con el fuerte pisotón de Tyler.

«¿Quién es Rebecca? ¿Tengo que llamar a seguridad para sacarla?», pregunté.

«No», dijeron Matt y Tyler al unísono. A pesar de todo su enojo, parecían preocuparse por la seguridad de Rebecca.

«Está bien, entonces. Empiecen a hablar».

«La conocimos en Venezuela, en un pequeño pueblo a las afueras de Maracaibo», dijo Matt con los dientes apretados.

Y entonces me di cuenta. El año pasado, Wesley, Matt y el hermano de Ana, Charlie, habían sido enviados a una misión especial de un grupo de trabajo a Venezuela. Todos regresaron no exactamente iguales. Ellos, es decir, Wesley y Matt. Charlie estaba al mando y se había quedado para manejar cualquier logística que fuera necesaria al final de su misión.

«¿Es esta la misión oficial de la que no podías hablar?», pregunté.

«Sí. Rebecca nos ayudó». Matt miró por encima del hombro. «Derek, tengo que volver a Nueva Orleans esta noche. Lamento tener que interrumpirlo, pero algo no está bien. Tengo que seguir mi instinto».

Los instintos de Matt nunca le fallaban. Si pensaba que su novia estaba en problemas, probablemente así era.

«Sí, hombre», asentí. «Gracias por quedarte a la fiesta. Si necesitas que te lleve, avísame».

«De hecho, sí. Envié mi Gulfstream de regreso en caso de que mis muchachos lo necesitaran». Se frotó la nuca. «¿Y un favor más?».

«El que sea». Haría cualquier cosa por estos muchachos.

«¿Puede quedarse Rebecca? Prometo que volveré por ella».

Tyler se burló. «Ella no es tu responsabilidad, y lo sabes. Yo me encargo de esto».

«Todo lo que sé ahora, Tyler, es que no tengo tiempo para averiguar quién es el culpable del desastre en Venezuela. Rebecca puede esperar aquí a salvo. Ela no. Tengo que irme esta noche. ¿Estás seguro de que lo has entendido?».

«No puedes seguir haciendo esto. Intentando salvar a todos los gatitos perdidos que encuentres». Tyler intercambió una mirada conmigo.

«Ela no es una gatita perdida. Es más que eso». Matt se metió las manos en los bolsillos. «En

cuanto a Rebecca, está en este lío por nuestra culpa».

«Está bien, Tyler, creo que ya es suficiente». Intervine de nuevo como solía hacerlo papá cuando todos discutíamos por cosas estúpidas como a quién le tocaba sacar la basura. Pero esto no se trataba de eso en absoluto. La vida de una mujer estaba en juego. Corrección: la vida de dos mujeres estaba en juego.

«Lo siento. Ve a ver a Ela». Tyler dejó escapar un suspiro. «Wesley y yo nos encargaremos de esto».

«Gracias». Matt abrazó a Tyler y luego a mí. «Ahora le diré a mamá que me voy». Hizo su saludo de marine y volvió a entrar a la casa. ¿En qué clase de lío se habían metido mis hermanos durante su última misión? ¿Rebecca era la razón por la que tanto Wesley como Matt habían sido dados de baja honorablemente del cuerpo? Por supuesto, habían dejado que Valentina fuera quien encontrara a Rebecca y decidiera traerla a casa. De ninguna manera su encuentro había sido una coincidencia. Tenía que encontrar a Valentina y hacerle saber que Rebecca no era la amiga de la familia que decía ser.

Tenía que tener cuidado. No se podía confiar en alguien que mentía tan fácilmente. Me di la vuelta para irme, pero me detuve. ¿No era eso lo que había estado haciendo durante las últimas doce horas? Le había mentido a Valentina sobre Alex y la verdadera razón por la que había cancelado el viaje de Max a Atlanta. Le había mentido sobre mis planes de mudarme aquí en algún momento. También le había mentido sobre la loca visita de Bridget a Tucson.

¿Qué diablos estaba haciendo? Ella tenía razón. No podía seguir haciéndole esto, ocultándole la verdad para mantenerla a salvo y feliz, especialmente cuando lo que más la enojaba era cuando le mentía por omisión. Ella era una mujer adulta, más que capaz de cuidar de sí misma. A cambio, yo era un gran idiota por no escucharla.

«¿A dónde vas?», preguntó Tyler con verdadera preocupación en sus ojos. «Déjame ser yo quien hable con Rebecca. Ella me conoce mejor que a ti. Será menos probable que vuelva a escaparse si soy yo quien le ofrece un lugar donde quedarse».

¿Quién era culpable de intentar salvar a todos los gatitos perdidos que encontraban? Matt y Tyler no eran tan diferentes cuando se trataba de mujeres en apuros, aunque desde mi punto de vista, Rebecca era más que capaz de manejarse sola.

«¿Escaparse? ¿Qué demonios, Tyler?».

Él miró por encima del hombro. Todavía estábamos solos, pero ¿qué pasaba con toda esa actitud de culpabilidad?

«Ella fue a visitar a Matt en Nueva Orleans. Le pidió ayuda, pero aparentemente Matt estaba en medio de algo más con Ela, su nueva novia. Solo la conocí brevemente, pero es un imán para los problemas. Ya sabes, del tipo de Matt. De todos modos, Rebecca se fue antes de que él pudiera preguntar por qué no estaba donde la dejé en Nueva York».

«Jesucristo, ustedes no hicieron nada ilegal, ¿verdad?».

«Bueno, rompí un poco las reglas. En cuanto a Wesley y Matt, tendrías que preguntarles». Tyler me miró a los ojos.

Si no lo supiera, pensaría que estaba listo para suplicarme en nombre de Rebecca. «Iba a ver a Valentina. Me he comportado como un idiota con ella durante las últimas semanas».

Honestamente, no sabía cómo no me había dejado todavía. «Necesito advertirle sobre Alex. Debería haberle dicho que lo vi en el bar en cuanto llegué a casa».

«Mentirle a una mujer nunca termina bien, hombre. Puedo decírtelo».

«Ahora me doy cuenta». Me pellizqué la nariz, sin ganas de conversar con Valentina. Con un poco de suerte, la conversación terminaría en el bosque otra vez con mi boca en su lindo coño.

Al menos, teníamos eso que esperar.

«¿Y Rebecca?».

«Puede quedarse. Pero, Tyler, dime que esta misión de Venezuela no te siguió a casa. Nuestra familia está aquí. Sea lo que sea o de quien sea que Rebecca esté huyendo, no puedes echarnos esto sobre la cabeza».

«Puedo decir honestamente que la misión de Venezuela no me siguió a casa». Estiró los brazos como si hubiera renunciado a tratar de entender esta cosa entre Rebecca, Wesley y Matt.

«Joder. No la pierdas de vista. Voy a ir a buscar a Valentina antes de que aparezca alguien más y termine en el proverbial sofá durante un mes o el resto de mi vida». Me froté la cara, sintiéndome repentinamente agotado. Esta noche no podía terminar lo suficientemente pronto.

«Yo me encargo. Para eso estoy aquí. Para rescatar el trasero de estos imbéciles cada vez que se meten en problemas». Se rió de su propio chiste, y eso me hizo reír.

«Me alegro de que hayas llegado a casa». Lo abracé de nuevo. «¿Vas a quedarte un tiempo por aquí?».

«Sí. Me alegro de haber conocido finalmente a la mujer lo suficientemente valiente como para sacarte ese palo del culo. Honestamente pensé que tendría alas de ángel y esas cosas».

«No seas imbécil. Ella me hace feliz». Respiré hondo y sonreí por lo ciertas que se sentían mis palabras.

«Puedo verlo. No lo arruines, hombre».

«No empieces conmigo. Ya me dio un sermón el Dr. Phil».

Se rió entre dientes, dándome una palmada en la espalda.

«Será mejor que escuches a Zack para que no lo eches a perder. ¿Tal vez yo debería ir a una consulta?», se mordió el labio con una ligera inclinación de ceja.

«Sí, más te vale. Me parece bien que Rebecca se quede, pero sabes que mamá tendrá una opinión al respecto. Y, honestamente, no tengo idea de qué lado se inclinará. Involucra a Zack».

«Lo haré. Los ojos de Tyler perdieron su azul bajo las luces tenues.

Ana dejó de tocar. La noche quedó en silencio, casi triste sin la melodía de su piano. Un minuto después, los invitados salieron a disfrutar del buen tiempo en los jardines. Era hora de que me enfrentara a la otra música. Caminé de regreso a la casa. Apenas había dado dos pasos cuando me detuvo el jefe de seguridad.

«Sr. Cole. ¿Una palabra?».

¿Y ahora qué?

CAPÍTULO 17

Él no está aquí

VALENTINA

Tan pronto como Anabelle empezó a tocar, la habitación entró en una especie de trance. Tenía razón. Esta era exactamente la distracción que necesitaba para abrir la caja fuerte de Derek y robar cinco mil dólares. Derek me abrazó fuerte durante la primera pieza de Anabelle, pero en cuanto Tyler salió, fue tras él. Gracias a Dios, porque estaba a punto de pedirle a Rebecca que mantuviera a Derek ocupado por mí.

Le guiñé un ojo a Anabelle desde el otro lado de la habitación y ella me guiñó el ojo de vuelta. Al mismo tiempo, cambió de tema y pasó a una pieza más dramática que literalmente atrajo a todos hacia ella. Incluso Wesley, que generalmente pretendía que no existía, dio un paso hacia ella, hipnotizado por su habilidad. Mierda. ¿Qué estaba haciendo perdiendo el tiempo? Este recital no era para mí. Era por mí.

Arrastrando los pies hacia atrás, salí del salón y me dirigí directamente a la biblioteca. Esta era mi habitación favorita de la casa. Los paneles de madera de cerezo, el techo abovedado, las estanterías oscuras llenas de libros viejos y las enormes sillas de cuero hacían que la habitación pareciera sacada de un cuento de hadas. Me dirigí hacia la parte trasera y abrí uno de los cuadros. Se me aceleró el pulso mientras miraba fijamente la pequeña caja de metal. Introduje la combinación que Derek me había dado y se abrió con un suave clic.

«¿Qué estás haciendo?», Rebecca cerró la puerta detrás de ella.

Evidentemente, no estaba hecha para esto si había olvidado algo tan elemental como echar la cerradura. «Solo me estoy preparando para más compras. Mañana. Ahora no».

Me sonrió. «Está bien. ¿Necesitas ayuda?».

«No, estoy bien». Miré detrás de mí los montones de billetes en la caja fuerte.

«Podría vigilar para ti. Tyler y Derek acaban de pasar». Levantó una ceja.

Dios, era mala en esto. «Está bien, gracias». Volví a centrarme en el dinero y entonces me di cuenta de que no tenía un bolso en el que guardarlo. El corsé de mi vestido me quedaba demasiado apretado para meter otra cosa.

«Oye», llamé a Rebecca.

«Sí, puedes usar mi bolso». Se acercó a mí con esa actitud surrealista que tenía. El vestido rojo le quedaba increíble. «Se nota que nunca has hecho esto antes. Tienes que relajarte».

«Está bien». Conté los fajos mientras los metía en su bolso. Maldita sea. Me faltaban mil dólares. «Oye».

«¿Cuánto?», echó un vistazo por el pequeño hueco de la puerta. «Coge lo que necesites».

Había visto los fajos de dinero que llevaba en su bolso cuando nos encontramos de compras. ¿Quién habría pensado que le pediría dinero en efectivo esta noche? Odiaba tener que hacer esto,

pero Max me necesitaba.

«¿Así nada más?».

«Podría haberte dicho lo mismo cuando me invitaste a tu casa». Levantó una ceja.

«Gracias».

«No. Gracias a ti. ¿Estarás a salvo ahí fuera?».

«Sí. Estaré bien. Él solo quiere dinero. Estaré de vuelta antes de que termine la fiesta».

«Espera». Ella abrió la puerta y me hizo un gesto para que pasara.

Disminuí el paso sin dejar de avanzar. La actuación de Anabelle era realmente hermosa. Aclaré mi mente y me concentré en lo que tenía que hacer. Ir a buscar a Max. Subí corriendo las escaleras, agarrando el bolso de Rebecca contra mi pecho.

Cuando llegué a mi dormitorio, Rebecca me llamó en un susurro tenso. «Espérame».

La dejé entrar en la habitación, cerré la puerta con llave y corrí a la cama. «Necesito un bolso. No puedo llevarme el tuyo».

Ella asintió, tomando su bolso de mis manos. «¿Estás segura de que estás lista para esto? Pareces muy nerviosa».

«¿Por qué todos me siguen preguntando esto? Anabelle tampoco quería que fuera». Solté un suspiro. «Él tiene a mi hijo. No creo que Derek se dé cuenta de lo peligroso que puede ser Alex».

La sonrisa se desvaneció de su rostro.

«Entiendo. ¿Qué necesitas?».

«Anabelle tiene a todos cautivados con su música. ¿Puedes asegurarte de que nadie me vea salir de casa?».

«Hecho. Consigue una cartera».

Recogió rápidamente los fajos de billetes de la cama y los acomodó cuidadosamente en cinco montones diferentes. ¿Había hecho esto antes? Manejaba el dinero como si trabajara en un casino de Las Vegas.

Corrí a mi armario y regresé con el bolso más grande que tenía. Rebecca apiló el dinero dentro y me colocó las correas sobre el hombro.

Me temo que tendrás que usar el vestido afuera. La gente sospechará si te cambias.

«Lo sé. Me cambié por zapatos sin tacón». Me encogí de hombros.

«No pienses. Solo concéntrate en la tarea en cuestión y hazla. No hay lugar para la emoción». Me agarró de los hombros y me miró a los ojos.

«Hazlo».

Asentí con furia.

«Dilo. Hazlo».

«Lo haré».

«Estás lista. Ve».

«¿Ya lo has hecho antes?», pregunté mientras caminábamos por el pasillo hacia la gran escalera. Necesitaba mantener mi cabeza despejada y no pensar en lo que estaba a punto de hacer. Lo peligroso que era. Lo solo y asustado que podría estar Max.

«Responderé todas tus preguntas cuando regreses. Mierda. Espera». Me empujó hacia la pared.

Sus manos sobre mis hombros estaban tan húmedas como las mías. Anabelle había dejado de tocar y la gente salía en tropel del salón. Nadie cuestionaría si salía por la puerta principal, pero Wesley y Zack podrían sospechar.

«¿Son gemelos?», se inclinó hacia adelante. «Mierda».

«Sí, lo son. ¿No te presentaron?».

«No exactamente», me empujó hacia el rellano. «Tienes que irte. Vete. Ahora».

«Gracias». Esperé hasta que regresaron a la bodega de vinos en el sótano, y luego corrí escaleras abajo y salí por la puerta principal.

Me dolía el pecho por el corazón que me latía tan rápido todo este tiempo. Pero me habría encontrado con Alex en el fin del mundo para llevar a Max a un lugar seguro. Por suerte, solo tenía que ir cinco kilómetros. Tal como Anabelle había prometido, su chofer me esperaba en la entrada. Subí al asiento trasero del Escalade y avanzamos.

«Señora Cole. ¿Cómo va su noche hasta ahora?».

«Bien. Gracias por llevarme».

«Por supuesto».

Asentí. Una parte de mí deseaba que la nota de Alex fuera la idea de alguien de una mala broma. Pero ¿quién haría algo así? Ni siquiera Bridget perdería su tiempo con algo tan insignificante. Por desgracia, la avaricia de Alex le haría perder el tiempo conmigo, volando hasta Atlanta por cinco mil dólares. ¿Qué había hecho con el dinero que Derek le había dado hace dos meses? ¿Por qué no me había pedido más? Tal vez sabía que yo no tenía acceso a una cantidad mayor de dinero. Este era un día de pago fácil para él.

«Es aquí», el chofer se detuvo en un estacionamiento.

Me relajé en mi asiento. La intersección que Alex había elegido no estaba aislada, como pensé que sería. Había restaurantes y tiendas a nuestro alrededor, incluso un estacionamiento público. «Gracias. Vuelvo enseguida».

«La espero. Tómese su tiempo».

Espiando cada rostro y cada rincón del lugar, caminé hacia el restaurante Tex-Mex de la esquina. Cuando no vi a Alex, crucé la calle para ver la heladería del otro lado. No estaba ahí. Tal vez todo este asunto había sido una mala broma después de todo. Saqué mi teléfono de mi bolso y llamé de nuevo a la casa en Tucson. Aún sin suerte.

¿Qué pensaría Max de mí ahora que había conocido a Alex? Max siempre había querido un padre de verdad como el resto de sus compañeros de clase. Estaba feliz de tener a Derek en su vida, pero siempre tendría curiosidad por su padre biológico, curiosidad por saber por qué nos había dejado. La respuesta era simple, aunque no era fácil de explicar a un niño de seis años.

Alex no quería estar atado a una chica de diecinueve años embarazada. Una que era lo suficientemente estúpida como para quedarse embarazada solo para conseguir una propuesta de matrimonio. Sus palabras, no las mías. Todo había sido un accidente. Había estado tomando la píldora, pero de todos modos quedé embarazada. Me sequé las lágrimas. Por duro que hubiera sido ese primer año después de que Alex se fuera, estaba contenta de tener a Max. Ese dulce chico merecía una vida feliz. ¿Por qué Alex tenía que volver para arruinarla? ¿Cuánto dinero haría falta para sacarlo de nuestras vidas para siempre?

Crucé la calle de nuevo para ver el bar de la tercera esquina. Un sábado por la noche, la intersección estaba repleta de coches, motos y bicicletas. Sin mencionar un montón de gente borracha. ¿Dónde estaba? Miré mi teléfono. Llegaba tarde. Me tragué las lágrimas. ¿Y si había decidido que quería quedarse con Max? Caminé en círculo, saludando al chofer de Anabelle cuando pasé por el estacionamiento nuevamente.

En mi tercera vuelta más allá de la heladería, una mano agarró mi brazo y me jaló hacia el costado del edificio detrás de una unidad de aire acondicionado, donde estaba oscuro. Me azotó contra la pared, cubriéndome la boca con su mano. En el segundo en que sus ojos oscuros me miraron con desdén familiar, sentí un sabor a bilis en la parte posterior de mi garganta. Todavía me asustaba muchísimo. Pero no estaba aquí por mí. Estaba aquí por mi hijo.

«No te hagas ideas románticas. Me harté de ti hace mucho tiempo». Deslizó sus dedos por mis labios y agarró mi cuello. «Ahora sé buena y dame el dinero».

Sus palabras codiciosas enviaron una ola de calma sobre mí. Si lo único que quería era dinero, Max estaría bien. Estaríamos en casa en quince minutos. Me quité la bolsa del hombro y se la di. Contó el dinero con una sonrisa de dientes grandes.

«Le dije a ella que sería pan comido. Jesucristo, si tu cerebro fuera la mitad del tamaño de tus tetas, no serías tan tonta».

Los insultos no habían cambiado en seis años. Durante mucho tiempo le creí, pero ahora podía ver lo débil que era. Lo pequeño. Le hacía sentir bien menospreciarme. Podía soportar el abuso verbal. Los puñetazos eran un asunto diferente. Me agarró un mechón de pelo. Me estremecí, jadeando por aire. Imágenes fugaces del día en que le dije que estaba embarazada de Max inundaron mi mente. *Esto terminará pronto. Esto terminará pronto.*

Me quedé callada. Los gemidos lo volvían más violento. Me arrastró más adentro de un callejón detrás de la heladería donde estaba completamente aislada. Llegamos a una especie de almacén y me empujó al interior.

«¿Dónde está Max?». Mis dientes castañetearon cuando choqué contra la pared. El moho y el óxido se frotaron en mis palmas. «Tienes tu dinero. Ahora déjanos ir».

«Tú no me dices qué hacer». Apretó su cuerpo contra mí. Hice una mueca ante el hedor a cerveza de su aliento.

«Me extrañas, ¿no? Sabía que saldrías corriendo lo más rápido que pudieras solo para verme». Rozó mi cuello con los dientes mientras agarraba un puñado de mi pecho.

Me quedé muy quieta, apretando mis puños. Sin emoción.

«Vamos», susurró en mi oído. Su tono se había vuelto suave. Estaba oficialmente en la montaña rusa de Alex. Fría y cruel un minuto, cálida y suave al siguiente. «Déjame oírte gemir por mí, como lo hiciste por él en el bosque».

«¿Qué? ¿Nos has estado espiando?», lo empujé lejos de mí.

Él agarró mis dos muñecas y me golpeó contra la pared otra vez. «No me hagas repetir lo que dije». Besó mi cuello y la parte superior de mi vestido. Un millón de kilómetros de diferencia separaban a esta patética excusa de hombre de Derek Cole. Fruncí los labios para no llorar.

«Apuesto a que está furioso ahora mismo, sabiendo que estás conmigo. Sabe que todavía me deseas. Es por eso que se enoja tanto cada vez que me ve». Dio un paso atrás para encontrarse con mi mirada. «¿Te contó sobre eso?».

«¿Contarme qué?», dije con los dientes apretados.

«Pensé que no lo haría. Es tan inseguro. Apuesto a que tenía miedo de que salieras corriendo a buscarme si sabías que estaba en la ciudad. Estaba tan enojado cuando me vio ayer». Se frotó la mandíbula, sonriendo con cariño al recordarlo.

«¿Derek sabe que estás en la ciudad?». Eso explicaría por qué estaba de un humor extraño cuando regresó de su salida con sus hermanos. Se había encontrado con Alex y no me lo dijo. ¿Por qué? ¿De verdad creía que yo querría ver a Alex? No, no lo haría. Me froté la sien. Tenía que dejar de escuchar la vileza que salía de la boca de Alex. Todo lo que decía tenía la intención de lastimarme. Ahora lo sabía.

«Sí lo sabe. Incluso me persiguió por la calle».

«Veo que no fuiste lo suficientemente hombre para enfrentarlo».

Me golpeó en la cara. Me cubrí la mejilla, apretando los dientes.

«Estoy tratando de compartir algo contigo».

Tocó mi barbilla con los dedos para evaluar el daño.

Solo una rozadura de su mano. Eso ya lo sabía. Tendría que golpearme mucho más fuerte que eso para dejar una marca o una cicatriz. Esto tenía que ser una pesadilla, una de las muchas pesadillas que había tenido sobre él durante años. Debería haber sabido que querría divertirse un poco antes de dejarme ir. Dejarme en el suelo siempre lo hacía sentir como un gran hombre.

Un destello iluminó el almacén y todos los autos chatarra que nos rodeaban. Estábamos en una especie de taller mecánico.

«Sonríe». Su risa provocó un espasmo en mi médula espinal.

«Vaya». Bridget se acercó a mí. «Ustedes hacen una linda pareja». Me mostró la foto que acababa de tomar de Alex babeando sobre mí.

Mi cara mostraba lo repugnante que lo encontraba. *Por favor, no se la envíes a Derek.* Si hubiera sabido que se apiadarían de mí, habría suplicado. Derek nunca pensaría que esa foto era real, pero lo lastimaría de todos modos.

Derek, lo siento.

Si ya no me odiara por involucrarme con alguien como Alex, tal vez esto finalmente funcionaría. Me había odiado por eso durante años, hasta que conocí a Derek y me mostró que merecía una segunda oportunidad, que Max y yo merecíamos un hogar.

«¿Dónde está Max?».

Tanto Bridget como Alex se rieron, como si hubiera hecho una broma. «¿De verdad aún no lo has descubierto?», preguntó.

«Te dije que funcionaría». Alex sonrió orgullosamente a Bridget.

Debí haber sabido que Bridget estaría detrás de la nota de Alex. Ella lo había usado antes para poner todo tipo de ideas locas en la cabeza de Derek, ideas que me habían pintado como una cazafortunas. Ahora aquí estaba de nuevo, jugando a ser su pequeño secuaz.

«Él no está aquí». Las lágrimas corrieron por mi rostro de alivio. No tenían a Max. Estaba a salvo. Me aparté de la pared y caminé pisando fuerte hacia la puerta. «Ustedes dos me dan asco. Quédense con el dinero».

Alex me agarró del pelo otra vez y me estrelló contra un coche. «Sube».

«Tienes tus cinco mil dólares. Suéltame».

La risa fría de Bridget resonó en el almacén. «¿Crees que cinco mil dólares son suficientes? Derek tiene montones de dinero en efectivo por ahí. Si quiere que vuelvas, tendrá que pagar. Dinero real esta vez, no los escasos millones que me dio después del divorcio. Si no lo hace, este será tu premio de consolación». Me puso la foto delante de la cara. Miré hacia otro lado con disgusto.

«Vámonos. Hemos perdido suficiente tiempo. A estas alturas, estoy segura de que Derek está revisando de arriba abajo la hacienda Cole buscándote. Abrió la puerta del coche y me hizo un gesto para que entrara.

Mierda. Todo su plan había sido atraparme a mí, no a Max. Y yo había sido lo bastante estúpida como para caer en la trampa. Bridget se subió a mi lado, mientras Alex se sentaba al volante. Se alejó por el callejón oscuro, lejos de toda la gente que estaba de fiesta al otro lado del almacén y del chofer de Anabelle.

«Tu teléfono». Bridget extendió la mano, moviendo los dedos hacia mí. Cuando la miré parpadeando, se rió. Una risa fría que esperaba no volver a escuchar nunca más.

«Ayyy... ¿Pensabas que te lo íbamos a dejar para que tu chofer pudiera venir a buscarte?». Me miró con el ceño fruncido.

Miré mi teléfono y rápidamente marqué el 911. Antes de que pudiera presionar Enviar, Bridget me puso una pistola en la sien. Toda la sangre se me subió a los pies, dejándome las

manos entumecidas.

«Apágalo».

Hice lo que me pidió.

«Tíralo por la ventana».

También lo hice.

CAPÍTULO 18

Ella está con él

DEREK

«Señor Cole, encontramos al guardia». El jefe de seguridad asintió rápidamente.

«¿Dónde estaba?».

«En los jardines, cerca del límite de la propiedad de Copenhaver. Lo noquearon».

«¿Está bien?».

«Sigue inconsciente, señor».

«¿Tenemos una intrusión?». ¿Cómo podríamos saberlo con tanta gente dando saltos por los jardines y la casa?

«Sabremos más cuando se despierte». El guardia sacudió la cabeza, medio disculpándose, medio respondiendo a mi pregunta.

«Bien. Vea si los guardias de Copenhaver vieron algo». Eso seguro que sería un callejón sin salida. La seguridad de Ana era mínima. Odiaba tener extraños rondando por su casa. Los pocos guardaespaldas que tenía estaban allí porque Wesley había insistido, más bien la obligó a mantenerlos. Me alegré de que lo hiciera. Podrían ser de ayuda para nosotros esta noche. «Manténganse alerta y tengan cuidado. Puede que estemos tratando con un sociópata».

«Sí, señor. Los chicos tienen una foto del sospechoso». El guardia se fue con un rápido asentimiento.

Mi primer instinto fue agarrar a Valentina y esconderla en su habitación hasta que estuviera seguro de que Alex no era responsable de la desaparición del guardia. Ojalá pudiera ponerlo tras las rejas ahora. Pero nadie había ido nunca a la cárcel por aparecer en un bar y sonreírle con sorna al prometido de su exnovia. Mierda.

Incluso ahora, no tenía pruebas. Alex había sido el que noqueó a uno de mis chicos. ¿Por qué haría eso? ¿Para entrar en la casa? ¿Y luego hacer qué? Entrar era una cosa, pero ¿cómo sacaría a Valentina de la casa sin que nadie se diera cuenta? Especialmente cuando todas las personas de la casa se morían por tener unos minutos de tiempo cara a cara con la futura novia.

Alex Maio me ponía nervioso cada vez que se acercaba a mi familia. Cada vez que respiraba, si tenía que ser sincero. Algo en el tipo no estaba bien. La sonrisa, la forma sociópata en que hablaba de Valentina, como si fuera una baratija que le pertenecía.

Debería haberlo enviado a la cárcel por extorsión cuando tuve la oportunidad, pero en ese momento, todo en lo que podía pensar era en alejarlo lo más posible de Valentina y Max. Nunca quise que tuvieran que lidiar con él, verlo o incluso estar cerca de él. Un juicio habría hecho que Valentina reviviera toda la mierda por la que pasó el poco tiempo que estuvo con él cuando solo tenía diecinueve años. Esa habría sido su peor pesadilla. Yo no quería eso para ella.

Al final resultó que dos mil quinientos kilómetros de distancia no eran suficientes. ¿Qué

quería? ¿Dinero? ¿Otra vez? No podía pasar el resto de nuestras vidas pagándole para que dejara a Valentina en paz. Había cometido un error al venir a Atlanta y aparecer en el pub. ¿Cuál era su plan? ¿Burlarse de mí para que volviera a perder la cabeza y me doblegara a su voluntad a cambio de paz mental? *Esta vez no, cabrón*.

Tantas malditas preguntas y ni una sola respuesta concreta. Por ahora, todo lo que podía hacer era quedarme cerca de Valentina y asegurarme de que estaba a salvo. Caminé a paso firme por los jardines de regreso al salón, donde la había dejado antes. Necesitaba saber que Alex estaba en la ciudad. Debería haberle dicho cuando tuve la oportunidad, pero no quería arruinarle esta fiesta por alguna corazonada mía.

Ya estaba nerviosa; agregar a Alex a la mezcla habría sido demasiado para ella. No había tiempo para arrepentimientos ni debería haberlo hecho. Recorrí el mar de rostros en las habitaciones con poca luz, cubriendo cada centímetro de la casa. Ella se había ido. En mi camino de regreso a los jardines, Wesley me detuvo en la terraza del patio.

«¿Qué diablos está pasando?».

«¿Has visto a Valentina?». Mi pulso había estado latiendo en mis oídos desde que el jefe de seguridad vino a decirme que uno de nuestros hombres había desaparecido. Esta sensación no iba a desvanecerse hasta que averiguáramos qué diablos estaba pasando.

«Sí, la vi. Pero, fue hace un tiempo. En el sótano. Parecía, no sé, nerviosa. Estaba descalza y cubierta de barro».

«¿Qué?». Mi corazón bombeaba sangre ardiente a través de mí. «¿Por qué no la detuviste? ¿Estaba herida?».

«No parecía herida. No, espera. La vi en la sala de estar después de eso». Frunció los labios. «Cuando Anabelle tocaba el piano. Estaba contigo».

«Ayúdame a encontrarla. Voy a revisar nuestra habitación. ¿Podrías consultar con Ana? ¿Quizás fueron a su casa?».

«Sí, hombre. Me encargaré de eso». Me dio una palmada en el hombro y se fue hacia la casa de Ana.

La gente me detenía para charlar sobre los planes de la boda y un montón de otras tonterías que en este momento no importaban. Nada de esto importaba si Valentina no estaba conmigo. Asentí y sonreí mientras continuaba mi camino hacia la gran escalera. Nadie necesitaba saber sobre el ex loco de Valentina. Nuestro dormitorio estaba vacío, pero Valentina definitivamente había estado aquí después de que Wesley la viera. Tomé uno de sus tacones embarrados. La correa estaba rota. Un millón de imágenes pasaron por mi mente hasta que me decidí por la imagen en la que ella peleaba con Alex y apenas lograba escapar. Pero si se escapó, ¿por qué no estaba aquí? Dejó sus zapatos atrás, pero no su vestido.

En el tocador, una nota arrugada con manchas de humedad sobresalía entre sus pinceles de maquillaje y labiales. Mis manos temblaban mientras la leía, tratando de imaginar cómo se sentía. Cómo cada palabra, cada línea estaba diseñada para asustarla y recordarle lo capaz que era él de lastimarla. Una parte de mí deseaba que Valentina hubiera aprendido en nuestro tiempo juntos que podía confiar en mí. Que haría cualquier cosa para protegerla de ese idiota. ¿Cómo diablos entró Alex en nuestra habitación?

Fui pisando fuerte a la caja fuerte en la biblioteca, sin querer confirmar lo que ya sabía. Valentina no creía que amara a Max lo suficiente como para arriesgar mi propia vida por él. Pensó que tenía que lidiar con esto ella misma, por su cuenta, tal como Alex le había pedido que hiciera. ¿Qué más le pediría?

Marqué mi teléfono nuevamente y llamé al jefe del equipo de seguridad de Max. Hice una

mueca cuando me di cuenta de que no había incluido a Valentina en ninguno de mis planes para mantener a Max a salvo. Si hubiera intentado llamar a la casa o a Em y no hubiera obtenido respuesta, no habría sabido a quién más llamar. Todo esto era culpa mía.

«¿Dónde está Max?».

«En casa, señor».

«Necesito confirmación visual». Me froté la sien, respirando profundamente para calmarme y alejar la imagen de Alex y Valentina.

«Por supuesto». El teléfono se quedó en silencio. Después de unos minutos, regresó. «Está en la cama leyendo, señor. Em está con él».

«Gracias». Terminé la llamada.

Marqué el código en el teclado y lo abrí. Todo el dinero había desaparecido. Valentina había caído en la trampa de Alex. ¿Por qué el engaño? ¿Qué quería con ella? Mi mente evocó una miríada de escenarios. Algunos de ellos los había metido Alex en mi cabeza la primera vez que vino a mi casa en Arizona a buscarla. En ese entonces, había insinuado que Valentina solo estaba detrás de mi dinero, y yo le creí.

Hablaba de ella como si fuera por ahí follando con chicos por dinero. Él sabía exactamente qué botones tocar ese día. Ese era su modus operandi. Para cuando me pidió dinero, yo estaba más que dispuesto a pagar solo para alejarlo de mi familia. Ahora sabía lo suficiente de ella para saber que solo me quería a mí. Nunca le importó el dinero.

Su sonrisa exasperante y el rostro ceniciento de Valentina cada vez que hablaba de él inundaron mis pensamientos. Apoyé las manos en las rodillas y me despejé porque nada de esto ayudaba a Valentina.

Ella estaba con él.

Saqué mi teléfono del bolsillo y llamé al guardia. «Rastrea el teléfono de Valentina. Salió de la casa».

Pensar en ellos juntos me dio ganas de golpear algo. A Valentina no le importaba él, pero el hecho de que esta nota desordenada la hiciera salir de la casa sola y sin decirme nada hablaba de cuánta influencia todavía tenía sobre ella. No importaba si se había ido porque temía a Alex o porque tenía miedo por Max. ¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar para salvar a Max? Por el amor de Dios, este era el idiota que la hizo jurar no volver a ver hombres durante seis años.

El jefe del equipo de seguridad tocó una vez y luego entró en la biblioteca con Tyler pisándole los talones.

«¿Tienes imágenes de Valentina saliendo de la casa? ¿Dónde diablos está? ¿Qué pasa con el guardia? ¿Ya se despertó?».

«Tranquilízate», Tyler se acercó a mí. «Deja que el hombre responda la pregunta».

«La Sra. Cole salió de la propiedad hace una hora aproximadamente. Rastreamos su teléfono, pero perdimos la señal cerca de BeltLine. El guardia dice que una mujer lo noqueó. Estaba oscuro, pero cree que era la Sra. Bridget. Revisamos las cámaras. Ella nunca estuvo dentro de la casa». Aunque no me gustara la noticia que tenía, estaba haciendo un esfuerzo por darla rápidamente.

«Entonces, ¿cómo diablos dejaron esta nota en el tocador de Valentina? Tenemos que ir a buscarla ahora».

Por supuesto, Bridget estaba involucrada en esto. Ella estaba ayudando a Alex o, mejor dicho, Alex la estaba ayudando a ella, tal como lo había hecho hace unos meses. Cuando Bridget se enteró por primera vez de mi relación con Valentina, salió y desenterró al imbécil. Había hecho un gran trabajo por ella. Con unas pocas palabras bien elegidas, había creado suficientes

dudas en mi mente para abrir un abismo entre Valentina y yo. Ya lo había superado, pero esto era algo nuevo. Valentina fue a él por su propia voluntad.

Tyler me agarró del brazo. «Sí, podemos hacer eso. Pero primero necesitamos un plan. No podemos simplemente salir y comenzar a lanzar cosas a la pared para ver qué se nos pega». Tomó la nota de mi mano. A diferencia de mí, no se quedó allí analizando cada línea, tratando de averiguar el razonamiento de Valentina.

La leyó rápidamente y se la dio al guardia. «¿Tenía acceso a cinco mil?», preguntó Tyler.

«Ella se fue con él», escupí las palabras.

«¿Él siquiera conoce a Bridget?».

«Sí. Ahora tiene sentido. Cuando Bridget no pudo conseguir lo que quería, volvió con el único hombre que sabía que podía sacarme de quicio. Bridget lo trajo aquí. Sin duda, Alex estaba más que feliz de complacerla solo para volver a meterse con Valentina».

«Está bien. ¿De verdad Bridget está tan escasa de dinero?».

«Lo dudo. Salió del divorcio con cinco millones de dólares. Y eso fue después de que yo pagara todas sus deudas. No hay forma de que haya apostado todo eso en un mes».

«Lo entiendo. ¿Crees que ahora va por la mitad de todo?».

«¿Por qué más?».

Habíamos estado en esto durante horas. Tyler caminaba de un lado a otro por la habitación, frotándose la barba incipiente de la cara. «Los cinco mil dólares eran para darle a Valentina la ilusión de que podía salvar a Max. Le dieron una cantidad a la que sabían que tendría acceso».

«Bridget sabe exactamente cuánto dinero tengo en la casa. Se quedó corta a propósito, para darle a Valentina una tarea fácil».

Tyler sostuvo la mirada del guardia por un instante. «Así que sabemos que Valentina fue tras Alex para pagarle. Creo que podemos asumir con seguridad que Bridget era el punto de encuentro».

«¿Quién dejó la nota?». Miré al guardia con enojo. Nada de esto era su culpa, pero aún así quería que él tuviera todas las respuestas ya.

«Estamos trabajando en eso. Creemos que la Sra. Bridget la dejó en los jardines para que alguien se la entregara».

«¿Uno de los invitados?». Por supuesto, no importa cuánto sonrían y conversen educadamente, no podía hacer que todos le dieran la espalda a Bridget. Algunos de ellos alguna vez fueron sus amigos.

«Es posible. Hay demasiada gente con acceso a casi todas las habitaciones de la casa». El tono de Tyler decía que no estaba de acuerdo con las fiestas que nos dejaban completamente expuestos.

Después de que hoy me encontrara con Alex, había duplicado la seguridad. Pero Tyler tenía razón. ¿De qué servían cien guardias cuando alguien dentro de nuestro círculo de confianza estaba dispuesto a traicionarnos?

«Tenemos que irnos ahora. No lo entiendes. Este tipo no está bien. Bridget no está bien. Si están trabajando juntos... no sé qué le harán». Tenía una idea bastante buena, pero no podía decir las palabras en voz alta. «No voy a sentarme aquí y esperar a que aparezca un plan mágicamente frente a mí. Iremos a la última ubicación conocida de Valentina y trabajaremos desde allí».

«Sí, señor».

En cuanto el guardia se fue, cogí el teléfono de mi escritorio. Cometí un error antes, asumiendo que Bridget necesitaba una segunda oportunidad y que Alex podría ser comprado. La única manera de conseguir que nos dejaran en paz era involucrar a las autoridades

correspondientes y asegurarme de que fueran a la cárcel. No podía llamar al 911 y pedirles que enviaran un coche de policía para ayudarme a encontrar a mi prometida desaparecida, que había salido de la casa por voluntad propia con cinco mil dólares.

Incluso si les mostraba la nota, no era suficiente para demostrar secuestro, extorsión o cualquier otro tipo de delito. A nadie le importaba una mierda, y yo no quería un solo policía. Quería un maldito ejército. Ya no quería ser amable. Bridget y Alex estaban a punto de descubrir hasta dónde estaba dispuesto a llegar para proteger a mi familia.

En lugar de eso, llamé a la oficina del gobernador.

CAPÍTULO 19

No fui una tonta corderita

VALENTINA

El coche chocó contra un bache al incorporarse a la I-85. Estábamos saliendo de la ciudad. Me volví hacia Bridget y ella guardó su arma.

«Confío en que seas lo suficientemente inteligente como para no saltar de un vehículo en movimiento. A esta velocidad, morirías», dijo con expresión inexpresiva.

«¿Adónde me llevas? Derek puede conseguirte más dinero esta noche. ¿Por qué dejar Atlanta?».

«Porque la cantidad que pido tardará unos días en juntarse».

¿Cuándo y cómo le envió una nota de rescate a Derek? Tenía que saber que en cuanto se conectara a la red o al wifi, Derek la encontraría. A estas alturas, Derek ya sabía que había dejado la casa por voluntad propia. Esperaba que entendiera por qué lo hice, que lo hacía todo por Max porque pensé que estaba en problemas. Sin duda Derek se enojaría conmigo por no confiar en él, por dejarlo fuera de esto. Había sobrevivido todo este tiempo sin él. Sobreviviría a esto también. Si me hubiera dicho la verdad desde el principio, tal vez estaríamos en una situación completamente diferente, aunque no podía pensar en un escenario en el que no saliera corriendo por la puerta para salvar a mi hijo de alguien como Alex. No tenía dudas de que Alex habría hecho pasar un infierno a Max solo para conseguir unos pocos miles de dólares.

«¿A dónde vamos?».

«A Savannah. Mantendremos un perfil bajo durante unos días».

Alex se rió entre dientes desde el asiento delantero. Lo ignoré y miré por la ventana. Cuanto más reaccionaba a sus burlas, más le gustaba presionarme. Después de todos estos años, no había cambiado mucho en él. ¿Cuánto le estaba pagando Bridget para ganarse este nivel de respeto de su parte? Tal vez no fuera el dinero. Simplemente yo no inspiraba su respeto.

Me abracé a mí misma. Había perdido tanto tiempo haciendo lo que él quería para demostrarle que era inteligente y capaz. Nada había funcionado. Arrepentimiento. Vergüenza. Eso era todo lo que sentía por Alex ahora.

A mi lado, Bridget estaba sentada como un guante con una computadora portátil frente a ella. Cuando me contrató para trabajar en la empresa de Derek a principios de año, antes incluso de graduarme de la universidad, pensé que era la mujer más inteligente que conocía. Una parte de mí, una gran parte de mí, quería ser como ella. Solo la conocía por el trabajo que había hecho gestionando la logística de Derek y su período como directora ejecutiva interina, no por la persona de mierda que podía ser.

Me froté la sien para contener las lágrimas. Estaba equivocada con ellos. Pero ellos también estaban equivocados conmigo. No era la chica de diecinueve años que se dejaba manipular

fácilmente con una sonrisa encantadora o la chica recién salida de la universidad que suplicaba por una oportunidad, por su primer trabajo.

Por su actitud tranquila, estaban seguros de que sería una buena chica y me quedaría allí mientras Derek ponía patas arriba su empresa para conseguir el dinero que pedían. Otra vez equivocados. Había terminado de ser amable con esos dos imbéciles.

«Pensé que habíamos dicho que no habría Internet». Alex cambió de carril con una mirada enojada en su rostro. «No puedo tener mi teléfono, pero ¿tú estás en línea?», Bridget puso los ojos en blanco. «¿No sabes a qué se dedica Derek? Si estás en la red, te encontrará. Mantén tu teléfono apagado. ¿Por qué lo trajiste?».

«Para emergencias».

«¿Qué?», parpadeó lentamente. «Cíñete al maldito plan».

«¿Para que pueda encontrarme a mí, pero no a ti?». Su tono quejoso decía que no estaba feliz por no tener acceso a Internet.

Tenía algunas prioridades.

«No, Alex, yo no, porque sé lo que estoy haciendo. Solo haz tu trabajo y déjame preocuparme por la logística».

Tres horas y media después, pasamos por el cartel de Bienvenidos a Savannah. Las calles estaban casi vacías a esa hora de la noche o casi a primera hora de la mañana. Alex condujo directo a una casa de estilo victoriano. Había estado aquí antes. ¿Cuánto tiempo habían planeado venir por Derek y por mí?

Tan pronto como el auto aminoró la marcha y se detuvo junto a la acera, Bridget me apuntó con su arma nuevamente. «Lo que sea que creas que puedes hacer, créeme, no puedes. Entra en la casa». Agitó su arma frente a mí.

Más que nada, tenía miedo de que Bridget me disparara en la cara por accidente. La forma en que manejaba el arma, con tan poco cuidado, me ponía nerviosa. Salí del auto y la seguí adentro, como un cordero estúpido camino del matadero.

Dentro, Bridget me agarró del codo y me empujó hacia una silla en la entrada. El lugar había sido completamente renovado con un concepto de espacio abierto que hacía que la planta baja pareciera más grande de lo que era. La sala de estar rectangular estaba amueblada con sofás tapizados y alfombras de felpa. Cortinas de terciopelo cubrían las ventanas del piso al techo.

En el otro extremo de la habitación, un pequeño comedor tenía una mesa de seis sillas con platos sucios sobre ella. Habían estado viviendo aquí durante días. En cuanto Alex cerró la puerta con llave, Bridget subió los escalones hasta el segundo piso y me hizo un gesto para que la siguiera.

Miré a Alex, que estaba de pie junto a la puerta principal con una sonrisa maliciosa en el rostro. La puerta solo se abría y cerraba introduciendo un código. De espaldas a mí, introdujo el número en el teclado para activarla. Sus dedos eran demasiado rápidos para que pudiera captar la secuencia.

«La puerta no se abre ni se cierra sin el código. Así que no se te ocurran ideas en esa cabecita tuya», su voz resonó en la pequeña entrada al pie de las escaleras.

«Camina», Bridget chasqueó los dedos como solía hacerlo cuando trabajaba para ella hace unos tres meses. Parecía que había pasado una vida. Mucho había cambiado desde entonces. «Estarás en esta habitación», señaló la habitación al final del pasillo.

El dormitorio de al lado tenía un par de jeans sobre la cama arrugada y un par de zapatos de hombre esparcidos junto a la puerta. Esta era la habitación de Alex.

Bridget siguió mi línea de visión. «Eres más que bienvenida a quedarte en esa habitación con

él».

Negué con la cabeza y caminé con dificultad hacia el dormitorio al final del estrecho pasillo. Me apoyé en la barandilla antes de entrar. Era un largo camino arriba. Alex me saludó con la mano desde el pie de las escaleras y se burló cuando me aparté de la barandilla.

El dormitorio tenía una cama doble y una mesita de noche, sin ventanas. Me senté en el colchón, dejando que las imágenes del rostro sonriente de Max inundaran mi mente. Tenía que salir de allí. Alex ni una sola vez me había dado motivos para confiar en su palabra. Bridget me odiaba tanto que no había garantía de que me devolviera a casa después de que Derek entregara el dinero.

Mi corazón se aceleró, bombeando sangre caliente a través de mí. Me trataban como a un cordero estúpido. Estaban tan seguros de que no lucharía. Miré hacia la puerta. Alex se inclinó sobre el umbral mientras tomaba un largo trago de su cerveza. Miré hacia otro lado y fingí que no estaba allí.

«No me mires de esa manera». Entró tranquilamente y dejó la lata en la mesita de noche. «Esta es la razón por la que no funcionó, por la que estás aquí. Caminas por ahí como si el mundo debería estar a tus pies. Como si fueras mejor que el resto de nosotros, que yo. Pero mírate. Incluso con tu elegante ropa, sigues siendo tú, asustada de todo, débil y tan tonta. No hizo falta mucho para que llegaras hasta aquí».

Yo no era débil. Ni tonta. Aunque él lo había dicho tantas veces antes, durante mucho tiempo, y yo lo había creído.

Me quedé muy quieta, frotando la parte interior de mi muñeca. Cuando Alex y yo estábamos juntos, yo hacía lo mismo cuando él estaba de mal humor. Me quedaba mirando la pared y no me movía. Pensé que si me quedaba callada y no hacía nada que lo enojara, sería más amable conmigo o no me golpearía. Esa estrategia había funcionado tal vez una vez. Me convenció de que era mi culpa. Que perdía los estribos por algo que yo había hecho: una mirada, un tono, la palabra equivocada. Siempre era mi culpa.

«Claro. Haz como si no existiera». Agarró un puñado de mi cabello y me hizo levantarme para encontrar su mirada. Éramos más o menos de la misma altura, pero me arrojó a sus pies para poder mirarme desde arriba.

Mírame. No me mires. ¿Cuál era?

La primera vez que Alex me golpeó, afirmó que había sido un accidente. Lo dijo de manera tan convincente que al final le creí. La segunda vez que me golpeó, fue una bofetada juguetona en la cara. Me acusó de ser demasiado sensible y, una vez más, le creí. Antes de darme cuenta, cada encuentro que habíamos tenido había dejado una marca. Y estaba demasiado avergonzada para contárselo a alguien. Cerré la mano en un puño. Después de la primera vez que Alex me golpeó y me dejó una marca, le pedí a papá que me enseñara algunos movimientos de boxeo. Hice que pareciera que todo era por diversión. Había estado más que feliz de entrenar conmigo. Incluso había reclutado a un par de mis primos para que entrenaran conmigo. Alex fue la razón por la que aprendí a dar un puñetazo, aunque nunca reuní el valor para contraatacar. Por suerte para mí, no quiso saber nada de mí después de que le dije que estaba embarazada. Pero los pocos meses que estuvimos juntos dejaron una cicatriz que permaneció conmigo todo este tiempo.

Durante años, viví con miedo de que volviera. Y ahora, aquí estábamos. Todo era como yo pensaba que sería. Odiaba que yo existiera, que respirara. Como antes, su comportamiento no tenía sentido. No importaba cuánto intentara leer sus palabras, nada de eso tenía sentido.

Me dio una bofetada y luego chasqueó los dedos de la misma manera que Bridget lo había hecho en el auto. No eran tan diferentes. «Mírame cuando te hablo».

Lo miré a los ojos. ¿Cómo demonios había considerado esa sonrisa encantadora? ¿Cómo dejé que las cosas se intensificaran tan rápido? Tal vez era eso. Lo había hecho tan rápido que no tuve tiempo de verlo como lo que realmente era.

«Eres un cobarde. Débil. Pequeño». Mis palabras no fueron más que un susurro, pero mi tono era firme.

Sus cejas se alzaron mientras fruncía los labios. Hizo ademán de irse, pero luego se dio la vuelta y me golpeó en la cara. Mil estrellas explotaron en mi cabeza. Mi oreja estalló junto con mi mandíbula. El dolor palpitante comenzó de inmediato. No pensé. No me quedé quieta. No hice ninguna de esas cosas porque las acciones de Alex nunca fueron culpa mía. No era más que un cobarde.

Apreté mis dos manos y lancé un jab y luego un cross. De la forma en que había practicado durante tanto tiempo. De la forma en que había fantaseado con hacerlo durante tanto tiempo. Él era más fuerte, pero yo era más rápida. Le di un puñetazo en la garganta a continuación, luego en el punto blando debajo de su caja torácica. Con la boca ligeramente abierta, cayó al suelo.

Si estaba sorprendido o noqueado, no me importaba. No tenía tiempo para averiguarlo. Mis piernas se sacudieron y empecé a correr. Bajé corriendo las escaleras y me estrellé contra la puerta. Giré el pestillo, pero no pasó nada. Necesitaba un código.

Corrí hacia el comedor y probé la puerta. Cuando ingresé un número al azar, el teclado de allí parpadeó en rojo. Las lágrimas corrieron por mi rostro mientras miraba alrededor de la habitación en busca de una salida. Con manos temblorosas, tomé una silla del comedor y la arrojé contra la ventana. Las pesadas cortinas de terciopelo amortiguaron el impacto, protegiendo el vidrio.

Cuando me di la vuelta, Bridget estaba allí, con la cara roja y los labios fruncidos en una sola línea. «Acabas de hacerte las cosas mucho más difíciles. Le dije a Alex que intentarías algo. Pero no escuchó. Ahora vamos con mi plan». Me sonrió, un gesto espeluznante que envió un espasmo de miedo por mi columna vertebral.

Caminó pisando fuerte alrededor de la isla de la cocina y abrió la puerta al lado del refrigerador. Parecía una especie de armario de escobas. Alex agarró mi cabello nuevamente. Usando su cuerpo para bloquearme, me empujó hacia Bridget y hacia adentro de la habitación oscura. La puerta se cerró detrás de mí. Mientras intentaba recuperar el equilibrio, mi pie se deslizó por un escalón y caí por las escaleras. No era un armario de escobas, era un sótano. Me senté en el rellano, agarrándome el brazo.

Había jugado mi única carta. Me alejé de Alex porque nunca esperó que tomara represalias. El elemento sorpresa había desaparecido ahora. No tenía otra forma de escapar de este lugar. Llevé mis rodillas al pecho y apoyé mi mejilla en ellas.

Estaba en medio de Dios sabe dónde, en un sótano oscuro, con dos sociópatas a los que no les importaba si vivía o moría. En este punto, ni siquiera estaba segura de que Alex aceptara ser el compañero de Bridget por el dinero. Lo había hecho por la oportunidad de jugar con mi cabeza otra vez. Esperaba que mis puños hubieran dejado una marca. Durante los próximos días, tendría que mirarse al espejo y recordar que no me quedé quieta, que me defendí. No fui una tonta corderita.

Habría imaginado que se pondría furioso porque lo golpeé, pero no fue así. Se quedó en el suelo, abrazándose el estómago, pero la mirada que me dirigió cuando me alejó de la puerta trasera no fue diferente. Siempre había asumido que me golpearía hasta dejarme hecha papilla si alguna vez me defendía.

La pequeña victoria no ayudó mucho con mi situación actual. Todavía estaba atrapada aquí

sin salida. Bueno, no había salida arriba. Apoyé mi mano en la barandilla de madera y me incorporé. Cuando me levanté, el costado de mi cabeza palpitaba en protesta.

Subí los escalones con dificultad, pasando mi mano por la pared. Tenía que haber un interruptor de luz en algún lugar por aquí. *Por favor, no dejes que este sea uno de esos sótanos espeluznantes.* Mi mano tocó la placa e inmediatamente accioné el interruptor. La habitación de abajo era el típico sótano inacabado con vigas y cables a la vista. En una esquina, una estantería de bricolaje apoyada contra la pared. Había cajas y cajas apiladas sobre ella. Una bicicleta estática, un televisor y un montón de otras baratijas que eran básicamente basura cubrían el espacio.

Por si acaso, le di un jalón al pomo de la puerta. Por supuesto, estaba cerrado con llave. Bridget no había dudado en arrojarme allí. Ni siquiera le dijo a Alex que este era el lugar donde me quería. Él ya lo sabía. El sótano era su plan B para mantenerme contenida.

Me molestaba muchísimo que ambos pensaran que podían mantenerme en el dormitorio de arriba y que no intentaría escapar. Bajé las escaleras para inspeccionar el área. Tal vez había una puerta aquí abajo que conducía al exterior. Una que no requería un teclado. ¿Esos teclados venían con la casa o Bridget y Alex los instalaron solo para mí? Me estremecí al pensarlo. Unas pequeñas ventanas con barrotes de acero se alineaban en la pared. Me puse de puntillas para mirar hacia afuera, pero todo al otro lado estaba completamente oscuro. Miré mi reloj. El sol saldría en un par de horas. Me picaban los ojos por la falta de sueño, pero al mirar alrededor no podía imaginarme relajándome lo suficiente como para quedarme dormida. Mierda. Me metí las manos en el pelo.

Volví a las escaleras y me senté cerca del rellano. Por la mañana, volvería a probar suerte con las ventanas. Tal vez si rompía una de ellas, podría llamar la atención de alguien. Todo lo que necesitaba era un teléfono. Una llamada a Derek arreglaría el desastre que había hecho cuando salí de la casa sin decirle. ¿Me arrepentía? Sí. ¿Lo haría de nuevo si la vida de Max estuviera en peligro? Diablos, sí.

Apoyando la cabeza contra la pared de yeso, dejé que mis ojos se cerraran. Mi cuerpo pesaba una tonelada mientras estaba sentada allí, medio soñando, medio despierta. Cuando los volví a abrir, afuera había una luz de día brillante y los rayos del sol tocaban cada rincón de la pequeña habitación.

Y entonces lo vi, una caja de metal blanca colgada al lado de la estantería. Sentía la boca seca por la sed y el dolor en el costado de mi cara se había convertido en un fuerte dolor de cabeza. Respiré profundamente para calmarme y me obligué a levantarme y mirar dentro de la caja.

Lloré cuando quité la tapa y encontré el sistema celular que usaba la alarma para alertar al centro de llamadas de cualquier intrusión. O bien Alex y Bridget no sabían que esta caja estaba aquí, o se olvidaron por completo de que tenía experiencia en programación. Escribir código y cablear no eran lo mismo, pero había trabajado en la empresa de Derek el tiempo suficiente para entender cómo ambas cosas se complementaban.

¿Podría manipular esta caja para que pidiera ayuda? Incluso si pudiera, no podría enviar una alarma al centro de llamadas. Llamarían al dueño de la casa. Por lo que sabía, esa podría ser Bridget.

Derek me había mencionado a Savannah antes. El día que me llevó de picnic y me dio de comer queso brie cubierto con miel de Savannah. Mencionó que su madre le había enviado esas cosas porque sabía que le encantaban. Jesús. ¿Era esta la casa de Derek?

Tomé una caja de la estantería y tiré el contenido al suelo de cemento. Había libros de texto, trofeos y un montón de revistas de golf. Hojeé los libros, pero nada en ellos mostraba que

pertenecieran a Derek. Sentada en cuclillas, apoyé la cabeza en las manos y miré el mueble alto que tenía delante y la cantidad de cajas.

Me rugió el estómago. Tragué saliva para aliviar la sequedad de la garganta. ¿Había tenido algo que ver la comida y el agua en su planificación? No había pensado en lo hambrienta y sedienta que estaba y me había concentrado en averiguar quién era el dueño de esta casa. Solo tenía una oportunidad con la caja. Si la policía venía a atender una llamada de socorro, Bridget y Alex sabrían que había hecho algo. ¿Dónde me pondrían después de esto? ¿Tenían un plan de contingencia para su plan de respaldo del sótano?

Dejé de pensar en eso. Fuera lo que fuese, no quería averiguarlo. La segunda caja contenía más trofeos sin nombre. Todo este lugar estaba lleno de cosas al azar que el dueño simplemente no tenía ganas de tirar. Abrí una bolsa de plástico que tenía escrito "Decoraciones navideñas" en la tapa. Tal vez Derek hizo uno de esos adornos caseros con su foto. Realmente estaba exagerando. En lo alto de los escalones, el cerrojo hizo clic. Con el corazón palpitando fuerte, volví a colocar la tapa en la bolsa y la guardé en un estante antes de correr al final de las escaleras para sentarme.

Bridget bajó los escalones con una botella de agua. Me la arrojó y me tomó una foto con ella. «No tengo tiempo para jugar a ser la criada contigo. Estoy perdiendo la paciencia. Reza para que Derek consiga el dinero en las próximas treinta y seis horas. Ya estoy cansada de ver tu cara».

«Me gustaría quitarme este vestido y limpiarme». Pasé una mano por mi cabello.

Me miró como si le hubiera pedido un millón de dólares. «Si te comportas. Lo pensaré».

Al menos, no había dicho que no. Cuando cerró la puerta detrás de ella, tomé un largo trago de la botella de agua. Bebí la mitad y guardé el resto para más tarde.

Volví a las cajas y continué mi búsqueda. Después de vaciar dos estantes de cajas, saqué el premio gordo: un álbum familiar que no incluía a Derek ni a Bridget. Estábamos en un maldito apartamento de alquiler. Le di una patada a la caja y de ella salió una nube de polvo.

Eso lo resolvió todo para mí. Si enviaba una señal de socorro, el centro de llamadas enviaría automáticamente a un policía. Todo lo que tendría que hacer cuando apareciera el oficial sería armar un gran alboroto aquí abajo. Cogí un trofeo de una de las cajas y lo golpeé contra las barras de hierro que cubrían las pequeñas ventanas del sótano. Eso podría funcionar.

Me paré frente al sistema celular y moví algunos cables para ver cómo estaban conectados. El marrón me llamó la atención. Tenía que unirlo con el rojo. No era como en las películas, donde siempre había un cable verde o rojo para cortar. Tenía que tener cuidado de no hacer eso.

Al otro lado de las pequeñas ventanas, el sol se movía por el cielo. Cuanto más caía, más sombras se arrastraban por el sótano. Me quedé de pie en el medio de la habitación. ¿Qué pasaría si Derek no conseguía el dinero a tiempo? ¿Bridget me haría daño para demostrarme su punto de vista? Alex lo haría solo por diversión. Eso lo sabía.

Fui hasta el arcón de herramientas que estaba en el extremo opuesto de la pared y lo escarbé buscando algo afilado para cortar la cera que cubría los cables. Mis opciones eran un cuchillo de sierra o un picahielos. Me decidí por el cuchillo. Cuando regresé a la caja de metal, el sótano estaba tenuemente iluminado por la única bombilla que había a mitad de los escalones.

Maldita sea. Tal vez tendría que esperar otra noche.

CAPÍTULO 20

Sí, me estaba volviendo loco

DEREK

«Ha pasado un día entero. He recibido dos mensajes de texto de ellos. Si están en la red, podemos rastrearlos. Encuéntrenlos». Presioné el botón de finalizar en mi teléfono. Toda una empresa de informática, y nadie podía rastrear a Bridget y Alex.

Me dejé caer en la silla de la oficina en la biblioteca, donde había pasado la mayor parte de las últimas veinticuatro horas, y me giré para mirar hacia la ventana. Dormir había sido imposible, o más bien cerrar los ojos y no verlos besándose había sido imposible. Miré hacia abajo en mi pantalla, donde una foto de Valentina y Alex me provocaba. Alex y Bridget no tenían idea de lo que habían hecho. No habría segundas oportunidades para ellos.

Anoche, después de que confirmamos que Valentina había salido de la casa para ir tras Alex, recibí dos mensajes. Uno con solo una foto. Bridget había esperado una hora entera para enviarme el siguiente mensaje de texto con sus demandas. Durante todo ese tiempo, mi estómago había estado hecho un nudo. Varios escenarios pasaron por mi cabeza. Valentina se habría enojado conmigo si hubiera podido leer mis pensamientos durante esos minutos. La mente es algo complicada. Yo ya había superado todo eso. Ahora necesitaba respuestas. Necesitaba un plan para recuperarla.

«¿Señor Cole?», el chofer de Anabelle entró en la biblioteca. «Me dijeron que quería verme».

El hombre era tan ancho como alto. ¿Por qué demonios no había podido mantener a Valentina a salvo?

«Sí. Adelante». Le hice un gesto para que se sentara en la silla frente a mi escritorio. «Es Will, ¿verdad?».

«Sí, señor».

«No puedes despedirlo. Ni siquiera trabaja para ti». Ana entró corriendo y cerró la puerta detrás de ella. Tenía las mejillas sonrojadas, como si hubiera salido corriendo de su casa.

La idea había cruzado por mi mente. Alguien como Will con su experiencia debería haberlo sabido mejor. Dejar que Valentina se fuera sola había sido un gran error de su parte.

«Está bien, Sra. Copenhaver», Will levantó la mano.

«No, no lo está. Te pedí que llevaras a Valentina. No deberías perder tu trabajo por seguir mis órdenes». Volvió su mirada azul hacia mí. «Si hubieras sido más comunicativo con Valentina, ella habría confiado en ti con esto. No puedes culpar a Will».

En todo el tiempo que había conocido a Ana, nunca la había visto levantar la voz así o mirarme con fuego en los ojos.

«No voy a despedir a Will. ¿Valentina te contó sobre Alex?».

«Dijo que era el padre de Max».

«Cierto. También es la razón por la que Valentina todavía tiene pesadillas. Es un sociópata que se divierte lastimando a las mujeres».

Ella arqueó las cejas. Obviamente, Valentina no había mencionado todos los detalles sobre Alex. Sabía que, si Ana descubría la verdad sobre ese imbécil, nunca habría dejado que su chófer llevara a Valentina al lugar de la reunión. Sin embargo, Ana tenía razón en una cosa. Si no le hubiera ocultado secretos a Valentina, ella me habría confiado la vida de Max. Habría sabido que él era tan importante para mí como ella. Sin duda había considerado la idea de que pusiera su seguridad por encima de la de él.

«No lo sabía».

Agarré mi móvil. La imagen de la expresión de dolor de Valentina apareció en mi cabeza. ¿Qué pensaría Ana si le mostraba esa foto? No necesitaba verla. Toqué la pantalla y borré la foto. Bridget sabía exactamente cómo presionar mis botones. Esta imagen era solo eso: un botón.

«Lo hecho, hecho está. Ahora necesito que Will me ayude a identificar el auto con el que huyeron». Le entregué a Will el iPad con los videos de vigilancia de la esquina donde la había dejado. «¿Mencionaste que cruzó la calle y desapareció por allí?».

«Sí, señor. Hay un almacén más allá del pequeño estacionamiento en Irwin Street. Yo también la habría atraído allí».

Parpadeé lentamente, apartando de mi mente la imagen de la boca de Alex en su cuello. ¿Dónde estaba ella ahora?

«Ese video es de los veinte minutos que estuviste allí. ¿Recuerdas algo que pueda ayudarnos a identificar el auto?».

Las arrugas en su frente se profundizaron mientras se concentraba en la pista de baja calidad que teníamos.

«Esa intersección estaba llena de peatones y autos. Este sedán». Tocó la pantalla. «En ese momento, pensé que el conductor estaba borracho y tocaba la bocina para que la gente se apartara del camino. Tenía prisa por pasar la señal de ALTO».

Tomé el dispositivo y moví el contador hacia atrás para ver el auto nuevamente. Había salido del estacionamiento y había girado a la izquierda en Irwin, hacia Lake Avenue. Asumí que Valentina estuviera en el auto. Un sedán oscuro. Eso no era casi nada en lo que basarnos, pero era un paso en la dirección correcta.

La oficina del gobernador había sido muy complaciente al brindar acceso a sus cámaras de tráfico a mis muchachos. Cogí el teléfono y llamé al equipo que tenía trabajando en el rastreo de los dispositivos de Alex y Bridget. Los dos habían tenido cuidado de no aparecer tras encontrarme con Alex en el pub, pero tarde o temprano estaban destinados a cometer un error.

«La transmisión que me enviaste. Hay un coche negro cruzando la intersección a las once y dieciséis. Mira hacia dónde se dirige».

«Eso va a llevar mucho tiempo si no sabemos en qué dirección se fue.

Mi nivel de frustración había llegado a su límite anoche cuando descubrí que Valentina había ido tras Alex por su cuenta y que Ana la había ayudado.

«Lo sé, pero a menos que tengas una mejor idea, empieza por Lake Avenue».

«Me ocupo de ello».

Esperé a que el equipo confirmara que tenían una imagen del video, luego dejé caer el altavoz del teléfono en la base. Este juego de tener que esperar hacía que mi adrenalina bombeara con fuerza por mi cuerpo. ¿Cómo diablos llegamos aquí? ¿Cómo se las arreglaron Bridget y Alex para enviarle una nota a Valentina? Por el amor de Dios, la habían dejado en su tocador.

«Gracias, Will. Puedes irte. Si piensas en algo más, házmelo saber».

«Por supuesto», le hizo un rápido gesto a Ana y se fue.

«Lo siento». Ahora que el trabajo de Will no estaba en la mira, la voz de Ana había vuelto a su normal tono dulce.

«¿No hablaste con Bridget anoche? ¿O sí?

«¿Qué? No. ¿En serio crees que la ayudé a sacar a Valentina de la casa?».

Sí, la idea me había cruzado por la mente. También había considerado que mamá lo había hecho. Alguien en esta casa había ayudado a Bridget.

«El jefe de seguridad dijo que encontró a uno de nuestros hombres noqueado cerca del límite de la propiedad. El guardia confirmó más tarde que había visto a Bridget salir de los terrenos a través de tus jardines».

«No la vi. Ni siquiera estaba en casa. Estaba aquí con los otros invitados».

«Está bien. ¿Qué hay de tu nueva amiga Rebecca?».

«Ella ayudó a Valentina a entrar aquí para conseguir el dinero que Alex pidió».

«Solo había cuatro mil dólares en la caja fuerte. ¿Cómo consiguió el resto del dinero?». Me puse de pie, cerniéndome sobre su pequeño cuerpo en la silla frente a mí. Sus manos temblaban y me sentí como un idiota por presionarla así, pero necesitaba la verdad, la historia completa.

«Rebecca le dio lo que faltaba del dinero».

Golpeé mi mano sobre el escritorio y el cuerpo de Ana se sacudió de sorpresa.

«¿Y casualmente tenía esa cantidad de dinero en su bolso?».

«Tiene mucho más que eso».

Llevar dinero en efectivo tendría sentido si estaba huyendo de alguien. Ella la había ayudado porque Valentina había sido tan amable de invitarla a la fiesta de compromiso. Lo que todavía no entendía era por qué no podía simplemente aparecer en la casa y preguntar por Tyler o Matt. ¿Por qué la farsa? ¿Por qué fingir que era una amiga de la familia? ¿Bridget la había incitado a hacerlo? ¿Para ganarse la confianza de Valentina? Eso parecía poco probable. Bridget ni siquiera sabía que Rebecca existía. No supe de ella hasta anoche, cuando Tyler y Matt me pidieron que la dejara quedarse en la hacienda.

«Tráela aquí. Si quiere quedarse en esta casa, tendrá que decirme la verdad».

Ana asintió y se puso de pie.

«También estoy preocupada por Valentina. Pero tienes que creer que puede cuidarse sola. No es la cosita indefensa que crees que es».

Bajé la cabeza. «No creo que lo sea».

«Si hubiera ido a ti con la nota de Alex, ¿la habrías dejado ir?».

«Por supuesto que no. Max estaba a salvo en casa. Simplemente no tenía el número correcto para llamar y hacer esa pregunta». Dije eso último principalmente para mí mismo.

«Ella no lo sabía. Los llamó y no pudo comunicarse. No podía correr el riesgo y desafiarlo», su tono era decisivo. «Deja de buscar a quién culpar y dales el dinero que quieren».

«Estoy trabajando en eso. No tengo el dinero que piden a la mano. Me importa una mierda el dinero. Me preocupa que pase un minuto más con ese imbécil», me tragué las lágrimas cuando se me quebró la voz. «Tendré el rescate por la mañana. La quiero en casa ahora».

«Iré a buscar a Rebecca. Tal vez Valentina le haya dicho algo que podamos usar para averiguar a dónde la llevaron».

Cuando Ana abrió la puerta, mamá estaba detrás de ella con nuestra ama de llaves a su lado. Iris estaba llorando, mientras que la cara de mamá estaba roja de ira. «Por el amor de Dios, deja de llorar y dile lo que me dijiste».

«Juro que no sabía para qué era la nota. Bridget me pidió que la dejara donde Valentina la

encontrara. No tenía idea». Iris se limpió la nariz con el dorso de la mano.

«Siéntate». Cerré mis puños y golpeé mi escritorio. Si Iris fuera un hombre, le estaría sacando la verdad a golpes.

Con una rápida mirada a mamá, entró en la habitación y se sentó en la silla que Ana acababa de dejar libre. «Hace unos días, me encontré con Bridget en la tienda de comestibles. Parecía tan agradable y correcta. Um, mencionó que era una amiga de la familia. Empezamos a hablar y luego me invitó a almorzar».

En todo el tiempo que había conocido a Bridget, ni una sola vez había ido a una tienda de comestibles. Tenía gente que hacía eso por ella. Si se encontró con Iris, fue porque la siguió hasta allí. Me senté y le hice un gesto a Iris para que continuara. El cómo o el por qué ya no importaban. Necesitaba una pista que fuera más significativa que un sedán negro saliendo del mercado de Krog Street.

«Principalmente, me preguntó sobre Derek». Su mirada pasó de mí a Ana, luego de nuevo a mí. «Lo cual, ya entienden, tenía sentido. Me contó sobre el divorcio».

Este era un nuevo punto bajo para Bridget. Contar historias tristes para hacer amigos. ¿De dónde salía todo eso? ¿Por qué me odiaba tanto?

«¿Qué quería saber?», Ana se acercó a ella, como si estuviera dispuesta a protegerla de mi ira.

Ya no estaba enojado. La ausencia de Valentina me había pasado factura. Estaba más cansado.

«Si era feliz», Iris se encogió de hombros. «Le dije que no lo sabía. Pensé que tal vez quería reconciliarse».

Iris no conocía mi historia con Bridget. Y Bridget lo sabía. El nuestro había sido una especie de matrimonio por conveniencia, donde el amor nunca jugó un papel importante. Dejé que Bridget manejara mi empresa y, por extensión, mi vida. Ella, a cambio, malversó dinero de mi empresa. Si no la había enviado a la cárcel antes, fue porque me sentía culpable por cómo había resultado nuestro matrimonio.

La dejaba sola todo el tiempo. No hacía nada más que trabajar. Nunca tuvimos sentimientos románticos el uno por el otro. Pero eso no impidió que Bridget se sintiera dueña de todo lo que venía con el acuerdo matrimonial: la empresa, el dinero y yo. Su adicción al juego y la influencia de su amante en ese momento no ayudaron en nada. Más que una celda en la cárcel, Bridget necesitaba ayuda psiquiátrica. Nada de esto estaría sucediendo si se hubiera quedado en el centro de rehabilitación al que fue justo después de nuestro divorcio.

«Bridget no estaba interesada en la reconciliación. Quería más dinero».

«Lo siento mucho. Pensé que quería hablar con Valentina y explicarle las cosas. Pedirle que tal vez se hiciera a un lado y le dejara…».

«Deja de hablar». Me puse de pie. No necesitaba saber el resto. Bridget obviamente le había contado a Iris alguna historia triste con un giro romántico que sabía que haría que Iris la ayudara.

«Solo dime si sabes dónde está, adónde podría haber llevado a Valentina».

«El día que almorzamos, mencionó que había manejado varias horas para verme», Iris sonrió al suelo. Había un matiz de orgullo en su voz. La atención de Bridget la hacía sentir importante. Bridget la eligió personalmente por una razón.

«¿Mencionó de dónde? ¿Una autopista? ¿Sur, norte?».

«Ella mencionó que la I-16 había sido una pesadilla ese día».

Eso reducía nuestra búsqueda de un sedán negro. Levanté el teléfono nuevamente y llamé al jefe de seguridad. «¿Algo sobre la ruta que el auto podría haber tomado?».

«Todavía no. Estamos lanzando una red muy amplia aquí».

«¿Y si asumes que el auto se dirigió hacia la I-16? Hay cientos de pueblos a lo largo de la I-16. Podría haber ido a cualquier parte. Pero es algo».

«Está bien, eso reduce un poco las posibilidades. Verificaré los semáforos alrededor de la I-75 sur. Podríamos tener suerte».

«Gracias». La llamada se cortó y dejé escapar un suspiro. Se reduciría a la suerte.

«¿Estoy despedida?». La voz de Iris tembló.

Había cometido un gran error, pero ahora mismo no tenía el tiempo ni la mente para lidiar con ella. Encontré la mirada de mamá.

Ella asintió. «Yo me ocuparé de Iris. En cierto modo, reaccionó de esa manera por cómo actué con Valentina cuando llegaste. Esto es culpa mía».

«Iris es una persona independiente. No puedes culparte tú misma».

«Deja que me ocupe de ella».

«Está bien». Dirigí mi atención a Iris. «Te quedarás en la casa hasta que traigamos a Valentina de regreso. Si Bridget se comunica contigo nuevamente, vendrás a mí de inmediato. ¿Entiendes?».

«Sí, Sr. Cole». Ella siguió a mamá fuera del estudio. No importaba cuánto lo lamentara, el daño ya estaba hecho.

«Ahora sabemos que no fue Rebecca». Ana caminó hacia la puerta, secándose las manos en su vestido.

Su rostro pálido me indicaba que se sentía culpable por lo que había sucedido. Pero había hecho bien en ayudar a su amiga. Valentina era una mujer adulta. Correcta o incorrecta, había tomado una decisión basada en lo que creía que era el curso de acción correcto. Tenía que respetar eso. También tenía que comenzar a confiar en que Valentina podía cuidar de sí misma. No era una flor frágil. Ella era valiente y no esperaba que yo fuera a salvarla, aunque ese era exactamente mi plan. No confiaba en que Alex y Bridget hicieran lo correcto después de que recibieran su dinero.

«Ahora lo sabemos». Le ofrecí una sonrisa. «Gracias por estar ahí para Valentina. Solo puedo imaginar lo asustada que debe haber estado por Max».

«Lo estaba. Lo siento, Derek. Si hubiera sabido sobre Alex, habría intentado pensar en un plan B». Sus ojos se llenaron de lágrimas. «¿Crees que dejarán ir a Valentina después de que les pagues?».

Me senté en mi silla y me pellizqué la nariz, pero eso no evitó que las lágrimas salieran. Ana caminó alrededor del escritorio y me abrazó torpemente. Sollozó y se arrodilló frente a mí. Me sequé la mejilla con el dorso de la mano. «Sinceramente, no lo sé. Es por eso que necesitamos encontrarla antes de que se acabe nuestro tiempo. Una vez que tengan lo que quieren, quién sabe a dónde irán después».

Tyler entró a la biblioteca y se detuvo a mitad de camino cuando me vio con Ana. Cuando habló, su tono fue tranquilizador y lento. «El agente del FBI quiere hablar sobre la estrategia para la entrega. ¿Tienes un minuto?».

«Yo ya me iba», Ana se puso de pie. Al salir, intercambió una mirada significativa con él. Sí, me estaba volviendo loco.

«¿Qué necesitan? ¿Bridget ya fijó un lugar de reunión?», pregunté. Después de la nota de rescate inicial, Bridget había pedido que todas las negociaciones se hicieran a través del agente del FBI. Sabía que no sería capaz de mantener la cabeza fría después de la foto que me envió. «Me estoy cansando de que ella tome las decisiones».

«Lo sé. Ya casi se termina. ¿El banco confirmó que los fondos estarán disponibles por la mañana?».

«Sí. Tendrá su dinero a primera hora».

«Está bien. En cuanto pase la transferencia, Bridget dice que dejará a Valentina en la I-85 y enviará un mensaje de texto indicando en qué kilómetro. Una vez que esté fuera de alcance, estoy seguro».

Apreté mis manos en puños. «¿Está malditamente bromeando?».

«Me temo que no. No te preocupes. Valentina estará a salvo. Tendremos varios coches de policía preparados para recogerla y una ambulancia en espera, por si acaso».

Miré hacia arriba de golpe. *Por si acaso.* Había una razón por la que Bridget trajo a Alex. Para asegurarse de que cumpliera su pedido rápidamente. Él era volátil. Ella contaba con eso. También contaba con el hecho de que yo sabía de lo que Alex era capaz. Ese imbécil le hizo la vida un infierno, y aun así sentía que tenía algún tipo de derecho sobre ella. Su carta mostraba lo poco que pensaba en ella y lo mucho que pensaba que todavía podía controlarla. No se equivocaba. Un nudo se revolvió en mi estómago. Me puse de pie y miré hacia la ventana.

Ella se fue con él.

¿Sabía que no tenía a Max cuando se tomó la foto? Desbloqueé mi teléfono, esperando ver la imagen de los dos. Mi corazón se aceleró, bombeando sangre caliente y ácido a través de mí. ¿Era ese el objetivo final de Bridget? ¿Quería que me deshiciera de Alex para no tener que compartir el botín con él? Tenía que suponerlo. Bridget nunca daba un paso sin saber los tres siguientes movimientos.

«¿Qué pasará con Bridget? ¿La vamos a dejar marchar?».

«Es tu decisión», Tyler se acercó a mí, parpadeando rápidamente ante los brillantes rayos de sol que se filtraban a través de las copas de los árboles.

La última vez que dejé que Bridget se marchara, le dio la idea de que tenía carta blanca para venir por mí cuando quisiera. Estábamos en este lío porque fui indulgente con ella antes. ¿Qué haría para su siguiente truco, después de que se acabara el dinero, después de que lo hubiera apostado todo?

«No quiero hacer nada que ponga a Valentina en el fuego cruzado. ¿Cuáles son mis opciones?».

«El FBI está listo para perseguirla tan pronto como Valentina esté asegurada. No hay garantías allí. Pero no te equivoques, Bridget pasará el resto de su vida mirando por encima de su hombro. Este es un delito grave».

Bridget, sin duda, tenía un plan para mudarse a otro país y empezar de nuevo.

«La quiero a ella y a Alex en la cárcel, no a que solo estén vigilando por encima de sus hombros».

«No podemos hacer mucho».

«Así que, básicamente, mi opción es esperar. Esperar hasta que Bridget decida traer de vuelta a Valentina. Esperar hasta que el FBI encuentre a Bridget y a Alex. No puedo quedarme aquí sentado y aguantar eso».

Si me quedaba aquí un minuto más, perdería la cabeza. El FBI no sabía lo que estaba en juego. Tenían sus protocolos y procedimientos, pero no tenían sentido de urgencia. No entendían por lo que estaba pasando Valentina. Lo que esto le haría cuanto más tiempo permaneciera allí.

Volví a coger el teléfono. Mis hombres deberían tener una pista que se pudiera usar, una que me pusiera en camino para encontrar a Valentina.

El jefe de seguridad contestó al primer timbre. «Estaba a punto de llamarle».

«¿Qué tienes?». La sangre se me drenó hasta los pies. Por la mañana, el tiempo que Bridget nos había dado para entregar el dinero expiraría. Entonces todo estaría fuera de mis manos. No podía dejar que Bridget siguiera dando órdenes.

«Encontré a Alex en una gasolinera a pocos kilómetros de Savannah. Eso fue hace unas dieciocho horas. Vale la pena investigarlo, ¿no cree?».

«Sí. Hazlo».

«Sí, señor. Saldremos allí de inmediato. Voy a dejar a un par de chicos atrás en caso de que los necesite».

«No es necesario. Voy contigo. Prepara el helicóptero».

«Sí, señor».

Colgué y caminé alrededor de mi escritorio. Tyler se puso a caminar detrás de mí.

«¿Adónde vas?».

«A Savannah. Ya terminé de esconderme en este estudio, esperando que alguien me traiga respuestas. Voy allí yo mismo». En todo caso, para tener la sensación de que estaba avanzando, haciendo algo por recuperar a Valentina.

«Voy contigo». Tyler subió corriendo las escaleras a mi lado. «No acepto un no por respuesta».

Lo miré. Sería bueno tener refuerzos porque no tenía idea de hasta dónde había llegado Bridget con este loco plan suyo.

«Nos vemos en la entrada en diez minutos. Conduciremos hasta la oficina y volaremos desde allí».

CAPÍTULO 21

No puedes obligar a alguien a que te ame

VALENTINA

«¡Ah!», sangre goteaba por mi brazo.

Un cuchillo de sierra no era exactamente la herramienta adecuada para pelar un cable. Me chupé el dedo para detener la hemorragia y luego volví a acuchillar la funda cerosa. Después de que estuvo plagada de pequeños agujeros, la retiré para revelar los cables de cobre. Este plan tenía que funcionar. No podía dejar que Derek pagara millones porque había decidido ir tras Max.

Todo esto era culpa mía. Tenía que encontrar una salida por mi cuenta. La casa estaba completamente cerrada, pero este pequeño grito de ayuda podría ser la solución. Enviar una señal de alarma al centro de llamadas era una suposición enorme. El dueño de la casa no estaba obligado a mantener actualizado su sistema de seguridad. Si hubieran decidido dejar de realizar pagos al centro de llamadas de monitoreo, volvería al punto de partida.

Habían pasado minutos desde que saqué el cable rojo del enchufe. Si el sistema empezaba a pitar en el piso de arriba, ¿sabrían Bridget o Alex dónde ir a comprobarlo? Hice un trabajo rápido con el cable marrón y lo enrosqué alrededor del rojo antes de empujar el cobre empalmado en la ranura roja. Todo lo que obtuve fue una chispa ardiente de protesta. No hubo tono de marcado ni respuesta. Volví a colocar la tapa de metal en la caja y volví al final de las escaleras, donde la iluminación era mejor.

Normalmente, el centro de llamadas respondería en cuestión de segundos. Pero era responsabilidad del propietario comprobar cómo estaban sus inquilinos o enviar a la policía a investigar. Me metí las manos en el pelo y dejé que las lágrimas fluyeran. *Levántate. Levántate. Este no es momento de sentir lástima por ti misma.*

Me puse de pie de un salto, corrí hacia la puerta y la golpeé. «Necesito usar el baño. Oigan». Seguí insistiendo hasta que una sombra apareció debajo de la puerta. «Vamos. Solo tardaré unos minutos».

La puerta se abrió. Bridget estaba allí de pie en la cocina iluminada, luciendo como si no hubiera dormido en días. Bueno, no era la única que se sentía fatal.

«Tienes un minuto». Apoyó las manos en las caderas y frunció los labios.

El baño estaba a mitad del pasillo que conducía a la puerta principal. Salí del sótano y corrí al tocador para orinar antes de que Bridget cambiara de opinión. «¿Hay alguna posibilidad de que me des un conjunto de ropa para poder cambiarme?», proyecté mi voz.

«No le veo sentido», dijo Bridget.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo mientras me lavaba las manos y veía cómo el agua sucia se iba por el desagüe. Levanté la mirada hacia el espejo y gemí ante mi reflejo. Me veía tan mal

como me sentía. Cerré los ojos, me di la vuelta y me apoyé en el lavabo. Tal vez podría quedarme en el baño hasta que viniera la policía.

«Se acabó el tiempo», irrumpió Bridget. «No tengo tiempo para hacer de niñera contigo».

«¿Qué te pasó?». Miré hacia abajo al corte que cruzaba mi cutícula. El daño que Bridget había causado era mucho peor. Dolía mucho más. «No tiene sentido. Lo tenías todo».

Soltó una risa incrédula. ¿No se daba cuenta de lo afortunada que había sido? «¿Crees que lo tenía todo? Veamos: tenía un trabajo que me exigía trabajar sesenta horas a la semana. Un marido al que no le importaba si vivía o moría. Y una vida que no iba a ninguna parte rápidamente. ¿Suena eso como si lo hubiera tenido todo?».

Desde donde yo estaba, parecía que ella estaba en la cima de su juego. ¿Era este un caso grave de que la hierba era más verde del otro lado? ¿Cómo podía ser? Derek y Bridget dirigían la empresa juntos. Ella era exitosa.

«Derek siempre dijo que eras una directora ejecutiva brillante. Malversación de fondos aparte, por supuesto».

«¿Dijo eso?», me miró a los ojos.

Dios, podía ser tan intimidante como Derek. Incluso ahora, parada allí, luciendo como si no hubiera dormido en días y, para todos los efectos, en su punto más bajo, parecía intrépida.

«Lo hizo. ¿Por qué lo traicionaste? No se merecía nada de eso».

Bridget tiró todo a la basura cuando se acostó con su contador para financiar su adicción al juego. Derek nunca lo dijo, pero me llegué a preguntar si todavía estaría casado con ella si ella no hubiera hecho ninguna de esas cosas. Había estado feliz con su acuerdo porque, aunque no la amaba, la necesitaba. O al menos, creía que la necesitaba. ¿No era por eso que había aceptado todo lo que Bridget le había pedido? Se casó con ella porque ella se lo pidió. Mi mirada se nubló cuando mi mente pintó una imagen de Bridget y Derek juntos.

«No sabes cómo fue. Me utilizó. Yo no era su esposa. Era un medio para un fin. Hice que su empresa fuera lo que es hoy. ¿Qué obtuve a cambio? ¿Un par de millones y una carrera arruinada?». Las lágrimas inundaron sus ojos por un momento antes de que parpadeara para apartarlas. «Ni siquiera podía amarme. No podía darme tanto».

¿Amor? ¿Bridget estaba enamorada de Derek? Bajé la mirada a mis manos. «No lo sabía».

«Derek me necesitaba. Cuando consiguió lo que quería, me tiró a la calle. Típico, ¿no crees? Luego tuvo la audacia de enojarse conmigo por buscar consuelo en otro lugar. Los hombres pueden ser tan egoístas, tan arrogantes».

«No tenía por qué terminar así».

Se encogió de hombros y me miró levantando una ceja. «¿Qué habrías hecho tú? ¿Qué haces cuando la persona que amas no se molesta en preocuparse por ti?».

En algún lugar de la cocina, Alex abrió una cerveza. A él tampoco le había importado. Para él, yo había sido una muñeca, un juguete. Al principio, había intentado arreglar las cosas con él, pero no tenía el ánimo para amar. «No puedes obligar a alguien a que te ame».

Tomó mi mano para mirar el anillo canario de tres quilates que Derek me dio como anillo de compromiso.

«Eso funcionó para ti, ¿no? Estás aquí porque elegí defenderme. Nunca lo olvides. Si no lo hubiera superado, Derek y yo todavía seguiríamos casados».

«Creo que, con el tiempo, Derek se habría dado cuenta de que tu matrimonio no era real. Solo aceleraste lo inevitable». Retiré mi brazo de ella de un jalón.

Su risa estridente me dejó los dedos helados.

«Puedes decirte lo que quieras. Siempre y cuando yo reciba lo que me corresponde».

El timbre sonó y todo mi cuerpo se sacudió. Bridget se quedó quieta, escuchando si había movimiento cerca del porche delantero. Luego, alguien llamó a la puerta y ella me empujó hacia el baño. «Quédate ahí».

¿Había funcionado la señal de alarma? Los pasos pesados de Alex pisaron fuerte hacia la entrada. Me quedé quieta hasta que Bridget se alejó de la puerta. Se filtraron voces apagadas, pero no pude entender lo que decían. Presioné mi frente contra el marco de la puerta.

Corre. Tienes que correr. Grita. Pero no podía moverme. Mis brazos y piernas temblaban sin control.

Respiré profundamente para calmarme. Después de unos segundos, giré la perilla de metal y salí corriendo. Para entonces, ya era demasiado tarde: Alex ya había despachado a quienquiera que hubiera aparecido. Ni siquiera sabía si había sido la policía o una persona al azar. Cerró la puerta de un portazo y luego me agarró del cuello. No luché contra él porque mientras tuviera sus manos y su atención en mí, se olvidaría del hecho de que no había introducido el código para cerrar la puerta. Tenía una oportunidad de salir. Mi plan con la alarma no había fallado del todo.

«Adónde crees que vas, ¿eh?». Se había mantenido alejado de mí después de que le diera un puñetazo en la cara, pero ahora estaba listo para golpearme un poco más. ¿Bridget le había pedido que se alejara de mí? ¿O finalmente se había dado cuenta de que no iba a soportarlo más?

«¿Llamaste a la policía?».

«¿Cómo podría? No tiene teléfono».

«La compañía de alarmas dijo que recibieron una llamada de socorro. ¿Qué hiciste?». Azotó mi cuerpo contra la pared. Sus ojos mostraban enojo y frustración por tener que explicarse. Siempre había tenido un problema con la autoridad.

«No puedes retenerme aquí. Nunca dejaré de intentar huir».

«Te quedarás aquí hasta que yo diga lo contrario».

Su aliento a cerveza rozó mi mejilla. Me alegré de no haber comido nada en todo el día. «¿Cuánto tiempo crees que dedicará para buscarte? ¿Cuánto tiempo antes de que decida que no vales la pena el esfuerzo?».

«Estoy tan cansada de tus tontos juegos mentales, Alex», Bridget caminó tranquilamente hacia la sala de estar y se sentó en el sofá. «¿Por qué no terminas con esto de una vez? ¿O, ¿qué?, no puedes?».

Ahora se estaban alterando. Genial. Y aquí estaba yo, el único entretenimiento que tenían en esta casa.

«Quiero decir que también podrías hacerlo. Apuesto a que Derek ya está pensando que tú y Valentina pasaron todo este tiempo juntos en la cama, recordando. Oh, espero que piense que la obligaste a estar con él. Sí, eso sería mejor. Pensar en su preciosa Valentina sufriendo así. Espero que esté loco por la sospecha. Sin saber qué es real y qué no». Miró con enojo su anillo de bodas, ya no nos hablaba exactamente.

Por supuesto, le envió a Derek la foto que nos tomó en el almacén. Quería dinero, pero también quería lastimar a Derek. Él no podía amarla cuando estaban casados, así que fue y se acostó con su sórdido contador. Ahora que Derek estaba feliz conmigo, ella también quería manchar eso.

«Por supuesto que puedo. Mejor que él. Quiero que me ruegue como lo hizo con él en los jardines».

«Me das asco», lo miré a los ojos.

Se había estado escondiendo en el bosque cuando Derek y yo tuvimos sexo después de nuestra gran pelea cuando llegamos por primera vez a Atlanta. Alex se quedó y observó todo. La

sangre caliente me atravesó. Ya no tenía palabras para él. Había pasado tanto tiempo arrepintiéndome y sintiéndome avergonzada por todo lo que pasó entre nosotros. Me culpé a mí misma cuando, en verdad, Alex hizo lo que hizo, no porque lo mereciera, sino porque estaba jodido.

Corre.

Le di un rodillazo en la entrepierna. Aspiró aire, como si le hubiera dado un puñetazo en el estómago, y se dobló de dolor. No tendría otra oportunidad de escapar de ellos. Abrí la puerta de golpe, la que él había olvidado cerrar antes. A mi derecha, a lo lejos, unas luces parpadeantes me instaron a seguir en esa dirección. En todo el tiempo que pasé en el sótano planeando mi escapada, no había considerado la ruta que tomaría una vez que saliera. ¿Qué esperaba? ¿Que Derek estuviera allí esperándome? Estaba a kilómetros de distancia y no tenía idea de dónde estaba yo.

Las cigarras cantaban en otra noche calurosa de verano en el sur. Recogí mi vestido largo y empujé mis piernas para correr más rápido. Alex vendría a buscarme tan pronto como se recuperara del dolor en la ingle. Por lo oscuras y desoladas que estaban las calles, tuve que suponer que estábamos fuera del centro de Savannah. El problema era que no tenía ni idea de qué camino me llevaría de vuelta al centro de la ciudad.

Corrí hasta la esquina donde un tocón de árbol muerto bloqueaba la mitad de la acera. Salí corriendo hacia las luces que había más adelante. Debían estar a un kilómetro de distancia, pero seguí adelante. Ir en la dirección opuesta a la casa era definitivamente el camino a seguir. A mi derecha, había edificios y un complejo de apartamentos, pero todos parecían vacíos o abandonados. A la izquierda, tenía una plaza de la ciudad con una exuberante vegetación y altos robles vivos cubiertos de musgo español.

Con un suspiro rápido, subí corriendo la escalera de madera hasta el porche delantero de una pequeña casa victoriana, la primera de una larga fila de muchas. Golpeé la puerta con fuerza, luego la golpeé dos veces con urgencia. Cuando no hubo respuesta, bajé y crucé la calle. No podía perder el tiempo yendo de puerta en puerta esperando que alguien respondiera. Bajo la protección de los árboles y sus sombras, continué hacia lo que esperaba que fuera un teléfono o una forma de pedir ayuda.

Mis piernas y pulmones ardían en protesta. Cuando me detuve para recuperar el aliento, vislumbré una figura oscura que venía hacia mí. Alex. Mantuve los árboles entre Alex y yo. Necesitaba un plan mejor que correr, pero no podía arriesgarme a dejar la seguridad del parque.

Esta no era la primera vez que Alex me perseguía por una calle desierta. La primera vez que rompí con él, se negó a dejarme ir. Después de que me abofeteó, salí corriendo. Corrí tan rápido como pude, pero me alcanzó de todos modos. Ese día me mostró quién era realmente. Muchas veces, me pregunté si habría podido correr más rápido si hubiera sabido de él.

Cada respiración que tomaba ardía en mi pecho. Inhalé silenciosamente y disminuí mi paso. Detrás de mí, el suelo se aplastó bajo pisadas rápidas.

«Sin suplicar. Lo entiendo. La persecución es igual de dulce». La voz de Alex resonó a unos cuantos metros de distancia.

Lo siguiente que sentí fue su cuerpo chocando contra el mío. Amortigüé su caída. Mi cabeza golpeó el pasto con tanta fuerza que sentí un sabor metálico en la parte posterior de mi boca. El impacto hizo que dos teléfonos se deslizaran sobre un trozo de tierra seca. Su mirada se movía entre mí y sus dispositivos. Cuando se movió para agarrarlos, le di una patada en la cara y me di la vuelta sobre mi estómago para llegar a los teléfonos. ¿Por qué tenía dos teléfonos? ¿Porque Bridget le dijo que no podía usar el suyo?

Qué mala suerte la mía, el móvil al que llegué estaba apagado. Presioné el botón lateral mientras agarraba la pantalla contra mi estómago. Alex me agarró del cabello y me puso de pie. Me arrancó el teléfono de la mano y lo guardó en el bolsillo de su camisa.

«Así es como siempre fue contigo. Intento ser amable contigo, y tú solo tienes que encontrar una manera de arruinar las cosas». Suavizó su agarre sobre mí y me giró para mirarlo de frente. «Mañana seré rico. Podemos mudarnos a cualquier país del mundo. Italia».

«Ahora sé que estás realmente loco si crees que querría ir a algún lado contigo. Vete al infierno». Apreté el puño de tierra en mi mano y se lo tiré a la cara antes de salir corriendo de nuevo.

Se rió disimuladamente detrás de mí, sin hacer un esfuerzo por venir detrás de mí de inmediato. «Te daré otra ventaja. Haznos un favor y corre en la dirección opuesta, hacia la casa. No importa a dónde vayas. Volverás con nosotros».

Las luces que había más adelante se habían apagado, o tal vez me había dado la vuelta y había tomado la dirección equivocada. De cualquier manera, no tenía idea de a dónde ir. Cerré los ojos con fuerza y me detuve detrás de un grueso tronco de árbol. Mi mirada se precipitó por el suelo, buscando algo que pudiera usar como arma. En ese momento, quería lastimarlo mucho. Imágenes fugaces de mí golpeando a Alex en la cabeza con un gran palo destellaron en mi mente.

Caminó en un amplio círculo a mi alrededor, su oscura figura entrando y saliendo de los árboles. La persecución era lo que él quería. Me quedé quieta para darme un tiempo para pensar. Para idear un plan mejor que correr hacia la luz. Había estado tan cerca de marcar el 911. Tal vez podría acercarme a él e intentar tomar el teléfono de nuevo. La idea de tocarlo a propósito me hizo estremecer.

Los minutos se arrastraron mientras él daba otra vuelta por la zona arbolada, arrastrando los pies a medida que avanzaba. ¿Estaba tarareando una canción? Después de un rato, se quedó en silencio. El aire estaba tan quieto que pensé que tal vez había decidido renunciar a este juego demente.

«Ahí estás». Su rostro apareció junto a mí. «Supongo que estás cansada de correr. Tal vez podamos intentarlo de nuevo mañana. Veremos qué tan lejos llegas entonces».

«Vete al infierno». Lancé un puñetazo, pero él me agarró la muñeca.

«Deja de golpearme». Pasó su brazo libre alrededor de mi cintura y me dejó sin oxígeno.

Más adelante, un par de faros delanteros doblaron la esquina de la calle. Le di una patada y grité pidiendo ayuda con todas mis fuerzas. Alex me tapó la boca con la mano. Me arqueé contra él y levanté las piernas, pero él me tenía firmemente agarrada.

«Te dije que pararas».

«No, cabrón. Para tú». La voz de Derek me hizo llorar al instante. En el mismo momento, Alex me soltó y aterrizó a varios metros de mí, con Derek golpeándole la cara.

Después de una serie de puñetazos, Derek se tambaleó hacia atrás. «Sáquenlo de aquí. No quiero volver a verlo».

Desde detrás de mí, cuatro hombres uniformados se abalanzaron sobre Alex, bloqueándolo de mi vista. Me quedé allí mirando las siluetas que se alejaban.

Se había terminado.

«Dios mío, Valentina», Derek me rodeó con sus brazos. «¿Dónde está Bridget?».

Presioné mi mejilla contra su pecho, dejando que su aroma me calmara y me devolviera a la vida.

«¿Qué?», lo miré, todavía tratando de entender cómo era posible que estuviera aquí conmigo.

«Te encontramos a ti y a Alex después de que volvió a la red. Teníamos un rastro. Pero ahora tenemos que llegar a Bridget antes de que se dé cuenta de que le estamos pisando los talones». Acunó mi cuello mientras hablaba rápido sobre haber rastreado el teléfono de Alex, pero no haber podido determinar la ubicación de Bridget.

«Ella está tal vez a medio kilómetro de aquí. No estoy segura de en qué dirección». Caminé de regreso a la calle con Derek detrás de mí. Cuando pasé los árboles, llegué a la hilera de casas donde había intentado pedir ayuda. En mi prisa por alejarme de Alex, había tomado el camino equivocado, en realidad había dado una vuelta en círculo. Estábamos más cerca de la casa de lo que pensaba.

«Vamos. Te llevaremos al auto». Derek me acompañó hasta la camioneta negra estacionada en el adoquín no muy lejos de donde me encontró.

Le indicó al conductor que siguiera derecho. Aturdida, observé la hilera de casas bonitas y las calles vacías. Todo me parecía vagamente familiar. Cuando llegamos al tocón del árbol en la esquina, lo señalé.

«Gira a la derecha aquí. Es la tercera casa azul a la izquierda».

Nuestro auto se detuvo mientras el tipo en el asiento del pasajero, vestido con un uniforme militar negro, gritaba órdenes en su teléfono. Derek me rodeó con su brazo mientras tres hombres irrumpían en la casa, buscando a Bridget.

«Quiero presentar cargos». Mi voz no sonaba como la mía.

«No es necesario. La nota de rescate convirtió el delito en un crimen federal. Ella será procesada sin importar lo que pase». La voz de Derek sonaba tranquila, pero su corazón latía como un trueno bajo mi toque. «No tienes que preocuparte de que te hagan daño a ti o a Max nunca más. Aquí termina esto. Me aseguraré de que se mantengan alejados por mucho tiempo».

Afuera de la casa azul, hombres uniformados escoltaron a Bridget hasta un coche de policía. Ella no luchó contra ellos ni dijo nada. ¿Tenía un plan para salir de esto? ¿O asumía que su plan funcionaría exactamente como ella quería?

«¿A dónde los llevan?».

«El Departamento de Policía de Savannah los retendrá hasta que el FBI siga el debido proceso. Lo averiguaré cuando los trasladen y te lo haré saber». Pasó el dorso de su mano por mi mejilla, como si tuviera miedo de lastimarme. Su suavidad hizo que mi corazón doliera por tener nuestras vidas de vuelta a la normalidad y olvidar que Alex existía.

«No, no necesito saberlo. Mientras estén lejos de nosotros, no me importa». Apoyé la cabeza en su hombro.

«Lo haremos a tu manera. ¿Quieres ir a casa?». Pasó un dedo sobre las manchas de sangre en mi vestido de seda.

La pregunta no formulada permaneció en el aire. ¿Necesitaba un médico? ¿Qué tan mal me había lastimado Alex?

«No es nada. Estoy bien».

«Valentina, puedes decírmelo».

Fue justo como Bridget había dicho. Se había pasado el día entero imaginando lo peor.

«Insultos, empujones y juegos mentales mezquinos. Ese es su modus operandi. No podía lastimarme como antes. Más que nada, tenía miedo de no poder verte nunca a ti y a Max».

«Yo también tenía miedo de eso. ¿Y la sangre?».

«Me corté el dedo tratando de manipular un sistema de alarma para pedir ayuda». Le mostré el corte en mi dedo. Mis manos estaban sucias, pero la herida ya tenía una bonita costra sobre ella.

«Tendrás que contármelo», dijo, riendo con tristeza mientras me abrazaba con más fuerza. «Lamento no haberte podido hablar contigo y ponerte alerta antes».

«Lamento no haberte contado lo de la nota de Alex».

«Tenemos mucho de qué hablar. Mañana, ¿de acuerdo?».

«Quiero irme a casa». Me sorprendió pensar en Atlanta como tal.

«Por supuesto. El agente a cargo quiere unos minutos contigo. ¿Te parece bien?».

Asentí. Estar en sus brazos así me hacía sentir como si ya estuviera en casa.

CAPÍTULO 22

Eso nunca cambiará

DEREK

«Necesito algo más fuerte que el té». Levanté la vista de mi computadora mientras mamá colocaba una bandeja con tazas de té y galletas en mi escritorio de la biblioteca.

«Bébetelo», se sentó frente a mí.

Me encogí de hombros y bebí un sorbo del contenido de la delicada porcelana. La infusión era básicamente bourbon. Me reí y tomé otro trago. «Gracias».

«¿Cómo está ella?».

«Igual. Estaba despierta cuando salí de la habitación esta mañana».

Mamá dejó escapar un suspiro. «¿Tal vez se sienta mejor cuando se vaya a casa? ¿O si ve a Max?».

«Dijo que no a ambas cosas».

Después de que regresamos de Savannah, Valentina me dejó ayudarla a ducharse y a ponerse ropa limpia. Se metió en la cama y durmió durante un día entero. Necesitaba espacio y tiempo para procesarlo. Solo deseaba que hablara conmigo. Solo Dios sabía por lo que Bridget y Alex la hicieron pasar durante las veinticuatro horas que la tuvieron.

«Es horrible que ella asocie esta casa con algo tan terrible», mamá se puso de pie y se sirvió un té. «Puedo entender por qué no querría que Max viniera aquí ahora».

«Yo también».

Un golpe en la puerta rompió nuestro silencio. Tyler entró y se sentó en la silla junto a mamá. «Recibí una llamada de mi amigo del FBI. Se han presentado cargos oficialmente. Bridget y Alex serán transferidos hoy».

«Gracias. Avísame si me necesitan».

«El agente asignado se pondrá en contacto». Intercambió una mirada con mamá antes de centrar su atención en mí. «¿Cómo está Valentina?».

«Se levantó de la cama esta mañana. Sin embargo, no ha salido de la habitación».

«Habla con ella».

No quería nada más que estar en la habitación con ella. Pero me había pedido tiempo. Necesitábamos tener nuestra charla, aunque una parte de mí tenía miedo de adónde llevaría mi conversación con Valentina. Su rostro mostraba cuánto lamentaba haber venido aquí. Todavía estábamos en Atlanta porque ella no tenía energía para salir de la habitación, y mucho menos para viajar.

«¿Tienes miedo de que te deje después de lo que hizo Bridget?», Tyler siempre había sido tan perceptivo. «No lo tengas. Ella tendrá preguntas. Solo sé honesto con ella».

«¿Honesto? ¿Sobre toda la mierda que he hecho?». Me froté un lado de la cara. «Jesús,

Bridget fue tras Valentina por mí causa».

«Valentina no parece del tipo que se rinde fácilmente».

«No la culparía si quisiera cancelar la boda».

«Todos tuvimos algo que ver en eso», mamá frunció los labios. «Lamento mucho haber actuado de la manera en que lo hice. Ella tiene que saber que no es tu culpa».

«Bridget fue mi culpa». Bajé la mirada hacia los papeles esparcidos sobre mi escritorio.

Si Valentina estaba arriba pensando en dejarme para siempre, no sería por mamá. El motivo sería completamente mío. Yo fui quien le mintió sobre la situación que se estaba gestando con Bridget y luego con Alex. Ella sentía que no podía confiar en mí porque, hasta ahora, no había hecho nada para demostrarle que confiaba en ella.

«Reacciona, hombre». Tyler me arrojó un bolígrafo. «Todavía no ha terminado. Ve a hablar con ella».

Asentí y me bebí el resto del té de mamá. «Debería llevarme una bandeja de esto».

«Te enviaré una». Mamá se puso de pie y me ofreció una cálida sonrisa. Al menos había cambiado de opinión sobre mi relación con Valentina.

Subí las escaleras con dificultad y llamé a la puerta de Valentina dos veces. Cuando no escuché ningún movimiento, giré el pomo de metal y entré. La habitación estaba tal como la había dejado esta mañana, oscura y fría.

«Han pasado dos días desde Savannah». Caminé hacia la ventana y abrí las cortinas para dejar que los rayos del sol de media mañana brillaran a través de ella.

Valentina yacía en la cama, todavía con su camiseta blanca sin mangas y sus pantalones cortos. Su cabello estaba mojado. Eso era una buena señal. Incluso si se quedaba con su ropa de dormir, al menos había tenido el entusiasmo de ducharse. Me senté en el borde del colchón y observé su rostro. Los moretones en su cuello se habían vuelto de un tono más claro de púrpura y rojo. ¿Qué pasaría con las heridas que no podía ver? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que el episodio de Savannah se convirtiera en un recuerdo lejano?

«Lo sé». Su voz sonaba muy suave.

Aparté los mechones húmedos de su mejilla, dejando que el dorso de mis dedos se demorara en su piel suave. Mi pulso se aceleró. Quería abrazarla, pero había mantenido su distancia durante los últimos dos días por una razón. Necesitaba espacio.

«Estoy aquí. Para lo que necesites. Estoy aquí».

«Lo sé», me miró.

«¿Qué necesitas?».

«No lo sé». Agarró mis dedos y deslizó mi mano hacia abajo hasta que descansó en su regazo.

«Te amo».

Su mirada se dirigió hacia mí. Las lágrimas inundaron sus ojos y mi corazón se retorció. «Le di un puñetazo».

«¿Qué?».

Ella inhaló profundamente, como si las palabras que quería decir se hubieran alojado en el fondo de su garganta. «Alex. Él me golpeó y yo le devolví el golpe. Yo hice eso». Se tocó el cuello y sacudió la cabeza. «Se quedó tan sorprendido. Como si nunca hubiera pensado que yo tendría el valor de hacer eso».

«Estoy orgulloso de ti por enfrentarlo».

«Me siento tan ligera. Sigo reproduciendo esa escena en mi cabeza. Me hace feliz». Una arruga apareció entre sus cejas. «Verlo sufrir. Me hizo sentir bien. ¿Eso me convierte en una

mala persona?».

«Tú no eres como él. Ni de lejos, cariño. Lo sabes, ¿verdad? Él te llevó al límite. No tuviste otra opción».

Ella me miró a los ojos y asintió.

«Ojalá hubiera tenido las agallas para hacerlo antes. Perdí tantos años de mi vida teniendo miedo. No es justo».

«No, eso no es justo. Pero al menos irá a la cárcel durante mucho tiempo, aunque no sea por la forma en que te trató antes. Igual recibirá lo que se merece».

«Gracias». Resopló y su fuerte agarre en mis dedos se aflojó. «Ya sea que esté en la cárcel o no, ahora sé que ya no puede hacerme daño. De alguna manera extraña, me alegro por lo que pasó en Savannah».

«Bueno, deseaba que encontraras el cierre con él de una manera diferente. Pero esto también funciona». Me acerqué más a ella en la cama. Los músculos tensos de mi cuerpo se relajaron por primera vez desde que descubrí que se la habían llevado.

«Qué cosa más estúpida, ¿no?», se burló.

«Ir tras Alex por tu cuenta no fue estúpido. Fue valiente».

«Creo que en el fondo quería verlo». Tragó fuerte. Su mirada desenfocada se posó en el edredón enredado alrededor de sus piernas. «No verlo. Solo que siempre me preguntaba si reaccionaría de la misma manera la segunda vez».

«Ahora estás libre de él».

«Estoy libre». Me ofreció una sonrisa genuina. «¿Cómo supiste dónde encontrarme?»

Cambié mi peso. Habíamos dicho que no más secretos.

«Después de que Alex vino a firmar los papeles de la custodia, de alguna forma intercepté su teléfono. No mientras estaba en la casa. Más tarde». Bajé la mirada y ajusté mi reloj. «Quería saber si había intentado comunicarse contigo».

Su boca se abrió, formando una *O*, pero no salieron palabras.

«Sé que esto parece como si no confiara en ti, pero no se trataba de eso. Solo quería que estuvieras a salvo. Desapareció antes de irse de Arizona hace unos días. Debería haberte dicho algo ese mismo día, cuando perdimos su rastro. Nunca pensé que intentara algo así. Me siento estúpido por no haberlo visto venir. Pensé que solo quería meterse conmigo para asegurarse de obtener el resto de su dinero por la custodia».

«Es por eso que su teléfono estaba apagado». Se miró las manos, sin ver realmente.

¿Cuántas veces había repetido lo que sucedió en su cabeza? Una y otra vez, tratando de darle sentido a todo. Cuando la encontré, algo se había encendido dentro de ella. Había estado en modo de supervivencia, luchando contra el control de Alex sobre ella.

«Cuando lo encendiste, apareció en nuestro radar de inmediato. Estábamos en el centro de la ciudad a unos cuantos kilómetros de distancia y solo por una corazonada, si puedes creerlo. Mi equipo vio su auto en la gasolinera donde compraron el teléfono desechable».

«¿También rastreaste a Bridget?», ella me miró. Bridget era la última pieza de su rompecabezas.

«No».

Sus ojos marrones eran pozos profundos que me dolían por ella. La pregunta que quería hacerle drenó todo el oxígeno de la habitación. Valentina se había liberado de Alex. ¿Dónde nos dejaba eso? En el tiempo transcurrido desde que nos comprometimos, ella había podido ver una faceta de mí que yo hubiera deseado que no existiera. El éxito, la cima, era un lugar solitario por una razón.

«Bridget cree que la usaste. Que la usaste y luego la arrojaste a la calle». Se alejó de mí.

Luché contra el impulso de alcanzarla, de acercarla más a mí. «Puedo ver por qué pensaría eso. Y desearía poder decir que ella era la única que sentía eso por mí. No soy un santo, Valentina. Nunca dije que lo fuera».

«Lo sé. Nunca esperé que lo fueras».

«He pasado los últimos siete años de mi vida trabajando por un solo objetivo. Hacer de mi empresa lo que es hoy. Bridget no fue la única persona a la que pisoteé para llegar hasta aquí. Ni siquiera mamá estuvo exenta de eso».

«Ella está enamorada de ti».

«Yo estoy enamorado de ti. De esta cosa que tuve con Bridget. De nuestra relación. Solo fue por conveniencia».

«¿Crees que, si Bridget hubiera seguido siendo la esposa fiel, todavía seguirían convenientemente casados?».

De todas las cosas por las que pensé que estaría enojada y decepcionada, nunca hubiera adivinado que mi matrimonio anterior estaría en la lista.

«¿La verdad? Tal vez. No lo sé. Lo que sí sé es que cuando estoy contigo, soy una mejor versión de mí mismo. Antes de ti, no me importaba lo que sucedía a mi alrededor porque todo lo que quería hacer era trabajar, ganar más dinero. Contigo, quiero vivir. Mi vida es un día soleado de verano cuando estás tú en ella».

«No sabía quién eras cuando acepté la oferta de trabajo en tu empresa». Se llevó las rodillas a la cara. «Habría sido una locura encontrarme contigo allí en lugar de en la cafetería. Verte todos los días como el jefe y no poder tenerte».

Este sería un buen momento para tener a Tyler aquí conmigo para explicar lo que estaba pasando mientras intentaba resolver el secuestro y dónde la había dejado.

«Ahora vamos a entrar en el reino de las realidades alternativas. Es imposible para nosotros saber qué habría sido o podría haber sido».

«Lo sé. Estoy tratando de entenderlo todo. Bridget estaba sufriendo».

Ahuequé su rostro con ambas manos para que me mirara a los ojos. «Lamento lo que pasó entre Bridget y yo. Te prometo que no seremos así nosotros. Pero después de todo lo que has visto, después de todo lo que te he hecho pasar aquí, si quieres posponer la boda... indefinidamente... lo entenderé».

La idea de dejarla ir me dolió. En un instante, pude ver mi vida pasada en salas de juntas, yendo de un negocio a otro sin un propósito real, volviendo a casa, a una casa vacía. Rodeado de tanta gente y, sin embargo, solo. Ella merecía ser feliz. Si no creía que yo podía hacer eso por ella, sería injusto mantenerla aquí.

«No quiero eso. Quiero estar contigo». Las lágrimas corrían por sus mejillas. «Eso nunca cambiará».

«Entonces, cásate conmigo».

«¿Me estás proponiendo matrimonio o estás rompiendo conmigo?», ella se rió.

Ese dulce sonido me golpeó de lleno en el pecho. «¿Qué tal esto? Estoy confirmando el compromiso».

«¿Así que no tenemos que apresurarnos y casarnos en unas pocas semanas?», ella arqueó una ceja.

«Una semana, un año, toda la vida. Te esperaré tanto como me necesites».

Metió las piernas debajo de su trasero, inclinándose hacia mí. Su mano se deslizó alrededor de mi cuello y agarró un mechón de mi cabello. «El pastel de bodas es casi tan alto como yo. No

podemos devolverlo».

«Eso es mucho pastel».

Ella asintió, con las mejillas rojas y los ojos todavía húmedos por el llanto. El aire cambió en la habitación, cargado de una energía cruda. La misma energía que había estado allí entre nosotros desde el día que nos conocimos en la cafetería a la orilla del campus. Lo que sentíamos el uno por el otro era independiente de todo lo demás en nuestras vidas. Nuestro amor nunca cambiaría.

«No podemos dejar que se desperdicie».

«¿Te casarías conmigo solo para salvar un pastel?», la acomodé sobre mi regazo.

«Claro. Y también, porque quiero pasar el resto de mi vida contigo».

«Te amo».

«Yo también te amo».

Presionó su boca contra la mía. Su beso salado fue suave y tentativo. Cuando su piel se calentó bajo mi toque, apretó su agarre en mi cabello y deslizó su lengua por mis labios.

«Derek».

«¿Estás segura?», me aparté, la sangre caliente ya corría por mi cuerpo.

«Te necesito». Me sacó la camiseta por la cabeza.

«Nos extraño. Volvamos a casa mañana». La levanté por la cintura y la acosté en la cama.

Se quitó los pantalones cortos en dos segundos, luego se sentó para ayudarme con mis pantalones, dándome una gran vista de su camisola transparente.

«Me gustaría eso».

Mis caderas se acomodaron entre sus piernas. Y pensar que hace dos días casi la pierdo. Casi pierdo una verdadera oportunidad de ser feliz. Valentina conocía mis secretos más oscuros, todas las versiones malas de mí, y aún así quería casarse conmigo.

Rocé mis dientes a lo largo de la curva de su pecho. Un gemido escapó de sus labios cuando mis dedos encontraron su centro. Toqué su clítoris y palmeé sus pliegues. Estaba tan suave y húmeda para mí.

«Acuéstate en la cama». Puso su mano sobre mi pecho y empujó suavemente. Como si mi vida dependiera de ello, hice lo que me pidió y me incorporé sobre la almohada. Su mirada recorrió mi cuerpo desnudo, empezando por mi cara, luego por mi estómago y mis piernas. Una mano trazó un círculo en los surcos de mis abdominales y mi músculo *V*. Se mordió el labio inferior mientras examinaba cada centímetro de mí. Sabía lo que quería hacer, pero no estaba segura de si debía hacerlo.

«Estoy aquí para ti». Moví su mano hacia arriba para que descansara sobre mi corazón.

Mi pene pasó de duro como una roca a duro como el acero cuando se sentó a horcajadas sobre mí y recorrió ese dulce coño a lo largo de mi eje. Oh, mierda. Arriba y abajo, sus caderas se balanceaban con cada pasada. No sabía qué era lo que más me excitaba, si su sexo húmedo frotándose contra mí o sus ojos grandes y curiosos observándome mientras se complacía con mi erección.

Amasé la suave piel de sus caderas, guiándola suavemente para que lo hiciera más fuerte. El escote que se veía a través de su blusa siguió el ritmo de sus embestidas. Ahuequé un seno y presioné hacia abajo. Ella me miró con los ojos entornados, mientras su pecho subía y bajaba presionando su cuerpo más cerca del mío. Un profundo gemido se instaló en mi pecho junto con el dolor abrasador debajo de mi ombligo. Ella quería que nos corriéramos así. No había nada en este mundo que no haría por esta increíble persona que, a pesar de todo, todavía me deseaba.

Acuné su cuello y acerqué su boca a la mía. Repitió mi nombre un par de veces antes de

correrse, apretando sus muslos contra mis costados. Si la fricción no me había puesto al límite, ver su orgasmo sí lo hizo. Agarré su trasero, la levanté y me deslicé dentro de ella para montar cada ola caliente de mi clímax hasta que no quedó nada más que pura felicidad.

Apoyó su cabeza en mi hombro con su corazón latiendo rápido y fuerte en mis costillas. Después de varios minutos, una risa suave me hizo cosquillas en el punto blando sobre mi clavícula. «Guau».

«Guau, es correcto», dejé escapar un suspiro.

«Lo siento. Probablemente no es lo que querías. Me dejo llevar cuando... Jesús, tu cuerpo me mete todo tipo de ideas locas en la cabeza».

«Es bueno saberlo. Nunca te arrepientas de hacer o pedir lo que quieres. Siéntete libre de dejarte llevar cuando quieras. ¿Entiendes?», ladeé la cabeza para mirarla a los ojos. «Haría cualquier cosa por ti».

«Ahora lo sé», bajó la mirada y pasó una mano por mi bíceps.

«¿Qué pasa? Puedes decírmelo».

«Nos casaremos en unas semanas». Su sonrisa me calentó hasta el fondo.

«Es un gran día. ¿Tienes miedo?»

«Ya no».

Yo tampoco. Aunque nos apresurábamos, no podía pensar en una sola razón para esperar. Casarme con Valentina parecía lo correcto. Era lo único que podía hacer. El resto de nuestras vidas ya no era algo aterrador.

«Me gustaría irme a casa esta noche. ¿Es posible?».

Miré hacia abajo a sus pechos todavía atrapados en la tela semitransparente de su top, las caderas redondas y los muslos definidos estirados sobre mí. ¿Sería posible irnos esta noche? Seguro. ¿Quería dejar esta cama cuando finalmente tuviéramos algo de paz y tranquilidad? ¿Cuando finalmente estuviera en mis brazos de nuevo?

«Es posible. Pero tal vez pueda convencerte de que te quedes aquí conmigo un poco más». Le quité el top y chupé con fuerza su pezón.

«No sé…», el resto de la oración fue una mezcla de bocanadas de aire y gemidos. Antes de que pudiera encontrar sus palabras, le di vuelta sobre su espalda y entré en ella. «Dios mío, Derek».

«Solo un par de horas». Le susurré al oído y levanté su trasero para que pudiera tomarme por completo, doblando su cuerpo apretado para que se ajustara al mío.

Ella agarró un puñado de sábanas. «No te detengas».

CAPÍTULO 23

Un día a la vez

VALENTINA

«Despierta. Despierta. Es el día de tu boda». Max se subió a la cama saltando arriba y abajo.

Por suerte, Derek no estaba allí para esa intromisión. Había aceptado pasar la noche en un hotel. Después de todo lo que habíamos pasado, no quería tentar al destino y ver a la novia antes de la boda.

«Dios mío, Max. ¿Es necesario? ¿Qué hora es?». Me di la vuelta y me froté los ojos. Tenían que ser al menos las siete de la mañana.

«Son las seis y cuatro de la mañana».

«¿En sábado? ¿Esto es en serio?», lo jalé y lo abracé como una almohada humana. «Vamos a dormir un poco más».

«La señorita Nikki ya está despierta».

«Sí, bueno, ella tiene superpoderes, ¿no?».

«Dijo que te pidiera disculpas por el ruido». Se dio la vuelta sobre su vientre, agarró mi teléfono de la mesita de noche y comenzó a jugar uno de sus juegos de palabras.

«¿Qué ruido?». Un taladro comenzó a escucharse inmediatamente, como si hubieran estado esperando que yo preguntara. Tal vez Max tenía razón. Hora de levantarse y afrontar el día de la boda. «¿Ya desayunaste?».

«Sí».

«¿Quién te dio de comer a esta hora?».

«La señora Emily. Dice que soy su nuevo compañero de desayuno. Siempre come sola, mamá».

Siempre me había preguntado qué tan temprano tenía que despertarse Em para seguir el ritmo del loco horario de Derek. La mayoría de los días salía de casa a las seis de la mañana. Ahora sabía eso de él. Un detalle tan pequeño. ¿Cómo era posible amar tanto a alguien? Miré a Max a los ojos. Alguien que no era Max.

«La abuela Lilly también estaba allí».

«¿La abuela quién?».

Apretó los dientes como siempre que pensaba que estaba en problemas. «Dijo que la llamara así. Es la mamá de papá».

La luz de la mañana se filtraba por las puertas francesas. Afuera, la cacofonía de un equipo de construcción entero martillando y perforando llenaba el aire junto con el zumbido explosivo de mi pecho. Supuse que ahora que nos íbamos a casar, Derek sería su padre. Éramos una familia, los tres.

«¿Papá?».

«¿Puedo llamarlo así?».

«Podemos preguntarle», le acaricié la mejilla sonrosada.

«Dijo que lo llamara así. Pero ¿crees que mi verdadero padre se sentiría herido?».

Los moretones en mi cuello y en la parte posterior de mi cabeza se habían curado desde la última vez que vi al padre de Max. Gracias a Derek y Tyler, nunca volvería a acercarse a nosotros. «Creo que estaría bien con lo que tú quieras».

«Quiero que Derek sea mi padre».

«Yo también», me tragué las lágrimas. Lágrimas de felicidad. No hace mucho tiempo había estado segura de que seríamos Max y yo para siempre. «Tenemos suerte de tenerlo. Lo sabes, ¿verdad?».

«Lo sé, mamá. Su gato es el mejor».

«Por supuesto. El gato. ¿Cómo podría olvidarlo?». Le hice cosquillas hasta que saltó de la cama.

«Toc. Toc», Nikki irrumpió en la habitación con Anabelle y Annie pisándole los talones.

«¿Ella tiene que estar aquí? Di la palabra y se irá». Annie miró a Nikki con enojo.

«Soy su organizadora de bodas. Díselo». Nikki se echó el pelo rubio detrás del hombro y apoyó la mano en la cadera.

«¿En serio? ¿Después de lo que te hizo a ti y a Derek? Casi te pierde por culpa de ella».

Eso era técnicamente cierto, pero lo había hecho por una buena razón. Gracias a ella, Derek encontró la manera de recuperar su empresa y conseguir pruebas que llevaron a Bridget a la cárcel. Entre el secuestro, la malversación de fondos y los cargos de lavado de dinero, Bridget iba a estar desaparecida durante mucho tiempo. Desde entonces, Nikki había demostrado ser una buena amiga.

«Los reuní de nuevo. Y Valentina me perdonó. Así que ahí está. ¿Podemos seguir con esto? Tenemos una boda en menos de seis horas».

Miré mi teléfono. Mierda. Ya eran las ocho. «Annie, está bien. Nikki es mi amiga. ¿Conoces a Anabelle?».

Annie me ofreció una sonrisa de aprobación. Habíamos pasado juntas por muchas cosas desde que nos conocimos en el jardín de niños. Era muy protectora de Max y de mí.

«Sí. Es una buena chica».

«Bien. Tú, hombrecito. ¿Sigues siendo mi asistente por el día?», Nikki señaló a Max. Él asintió, poniéndose firme. «Bien. Porque la señora Emily te necesita en la cocina, ya. Estás a cargo de los regalos de la fiesta. ¿Puedes encargarte de eso?».

«Puedo ayudar».

«Perfecto. Ve a buscar a la señora Emily».

Max me abrazó y luego a Annie antes de salir corriendo de la habitación. «¿De verdad va a llevar seis horas prepararme?».

«Sí». Annie intervino. «Y también necesitas comer. No podemos permitir que te desmayes a mitad de la ceremonia. Abrió las puertas francesas que daban a la terraza. Incluso con el alboroto que había en el patio, el espacio se sentía sereno. Alguien había instalado una barra de desayuno para nosotros con platos calientes alineados en la pared izquierda y una barra de mimosas en el otro extremo. Se habían dispuesto mesas altas y dos sofás en la sección central. La escalera de piedra que conducía al exuberante jardín debajo de nosotros ya había sido adornada con arreglos florales que se curvaban hasta el final.

«Como lo comentamos». Nikki me sacó de la cama y me acompañó afuera. «Tu papá te estará esperando al final de las escaleras para acompañarte para avanzar por el pasillo. Todo esto

se quitará después de que comamos, por supuesto».

«Gracias. Dios mío, esto se ve increíble». Me agaché para oler las orquídeas tejidas en cada arreglo.

Nikki se encogió de hombros. «Te dije que te iba a organizar una boda épica. Y eso es lo que vas a tener». Volvió su atención a Annie. «¿Habrá un vestido épico para acompañarla?».

«Por supuesto. Hice el vestido yo misma. Es único». Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras me sonreía.

«No. Nada de llorar», Anabelle se abanicó los ojos. «No puedo pasar todo el día con los ojos hinchados».

«Tienes razón», me sequé la mejilla. «¿Quién quiere una mimosa?». Me acerqué a la barra y saqué una botella de Veuve Clicquot del balde de vino, el champán que Derek me sirvió la primera vez que acepté pasar tiempo con él.

«Derek insistió en que sirviéramos Veuve para el desayuno. No dijo porqué». Nikki me miró con los ojos entrecerrados. «Pero solo puedes tomar dos copas. Puedes beber todo lo que quieras después de la ceremonia».

«Sí, señora».

Nikki y Annie discutieron durante todo el desayuno. Al final, Nikki aceptó que Annie me peinara y me maquillara, pero solo después de que ella mencionara sus credenciales como bloguera de moda reconocida y después de que ambas estuvieran de acuerdo en el peinado que combinaría con el vestido y en lo ahumada que debía ser mi sombra de ojos. Anabelle se sentó a mi lado y se aseguró de que mi copa de champán se mantuviera llena y bien fría. En un momento, volvió a colocar toda la copa porque pensó que el vino se había calentado y se había quedado sin burbujas.

Dejé que me empujaran y me tiraran hacia donde me necesitaban. Ya tenía a Derek esperándome al final de todo esto. El desayuno, el vestido, la fiesta... todo eso fue la cereza del pastel.

«¿Qué te parece?», Annie movió el espejo frente a mí. «¿Deberíamos poner más rubor?»

«Creo que es perfecto», miré a la mujer que me analizaba.

«Te ves hermosa», Lilly entró al baño.

«Gracias. Annie es una verdadera artista». Me di la vuelta en mi tocador y tomé la mano de Annie. «Annie, te presento a la mamá de Derek».

«Sí. Ya nos conocimos», Annie me guiñó el ojo.

«Me tomé la libertad de llamar a Annie para ver si esto combinaba con tu elección de vestido». Me mostró la caja de terciopelo rojo que había agarrado contra su pecho. Cuando la abrió, jadeé.

«No puedo aceptarlo».

«Bueno, puede ser algo de lo que necesites que te sea prestado, si crees que es demasiado». Tomó el collar de diamantes y se lo entregó a Annie.

Annie lo colocó rápidamente alrededor de mi cuello y lo abrochó. Respiré profundamente cuando el hilo de platino y diamantes cayó frío por mi espalda.

«Es un Winston. Perteneció a mi difunta suegra. Combina con tu anillo de compromiso». Tocó el único colgante, un pesado diamante canario. Combinaba con el corte esmeralda de mi dedo anular.

«Es hermoso».

«Tú también, querida», ella me alisó el cabello. «Espero que algún día puedas olvidar las cosas horribles que te dije antes».

«Ya lo he hecho», hice un gesto con la mano para despedirme.

Lilly literalmente se había visto atrapada ante la incapacidad de Derek y mía para comunicarnos. De decir sin miedo lo que realmente queríamos.

Annie suspiró. «Solo queda una cosa. El vestido. Déjame enviarle un mensaje de texto a tu mamá. Ella quería estar aquí para eso».

Tal como Nikki había dicho, seis horas no eran suficientes para prepararme. Mamá me ayudó a ponerme mi vestido de novia, un vestido sin espalda en seda color marfil. En el momento en que lo abrochó, Nikki entró corriendo para llevarme en un remolino de flashes de fotos, sonrisas amistosas, abrazos y felicitaciones. Antes de que me diera cuenta, estaba en lo alto de los escalones de piedra, mirando hacia abajo a los ojos llorosos de papá esperándome.

La cabaña que Derek me dejó alquilar a principios del verano se encontraba bajo un brillante rayo de sol en el borde de su propiedad. Sonreí al ver el ramo de orquídeas que tenía en las manos mientras el cuarteto de cuerdas tocaba la primera nota del “Canon en re” de Pachelbel.

Conté hasta diez y bajé las escaleras. Papá, el duro policía retirado, derramó lágrimas cuando lo abracé. Me contuve hasta que le rodeé el codo con el brazo y me giré hacia el altar que Nikki había hecho a medida para nosotros. Derek dejó escapar un suspiro y, efectivamente, me succionó todo el aire de los pulmones.

No tenía derecho a verse tan increíblemente sexy con su esmoquin. Su mirada azul se quedó en la mía mientras papá me acompañaba por una alfombra de pétalos de gardenia.

«Si sientes que necesitas escaparte rápidamente, tengo un auto de policía esperando afuera». Sonrió a los invitados a ambos lados del pasillo. Algunas eran caras que reconocí de la fiesta de compromiso en Atlanta.

«Estoy bien, papá. Gracias», dije con voz temblorosa.

La necesidad de huir de Derek me había abandonado hacía mucho tiempo. Él valía la pena enfrentar cada riesgo, cada miedo, cada plaza oscura de la ciudad.

Delante de nosotros, Max arrojaba pétalos con naturalidad a ambos lados del pasillo, tal como Nikki le había mostrado. Se había ofrecido como voluntario para ser el chico de las flores y el portador de los anillos. Tan pronto como llegó al primer banco, dejó su pequeña canasta y se paró solemnemente, agarrando una caja de terciopelo negro con ambas manos, al lado de Derek. ¿Qué hice para merecer un esposo como Derek y un hijo como Max?

Papá me besó en la mejilla y puso mi mano temblorosa en la de Derek. Su firme agarre sobre mí me hizo erguirme un poco más, asegurándome que nunca me dejaría caer. «Eres, de lejos, la novia más hermosa que he visto».

«Tú también», me reí. «Quiero decir, ya sabes».

«Lo sé». Me dedicó esa sonrisa, con sus dientes blancos perfectos y sus ojos serenos.

Guirnaldas de flores colgaban de todos los árboles que nos rodeaban, una escena muy extraña en el paisaje árido que rodeaba la casa de Derek. Nuestra casa. Nuestro oasis no tan pequeño en medio de la extensión del desierto de Sonora.

«Queridos hermanos». El oficiante comenzó la ceremonia habitual, pero no había nada habitual ni común en unir mi vida a la de alguien como Derek Cole. «El amor es paciente, el amor es bondadoso...».

Nos giramos para mirarnos a la cara. Una lágrima me corrió por la mejilla. Antes de que cayera sobre mi vestido, la secó suavemente con la yema del pulgar. Su mirada se posó en el colgante que llevaba en el pecho y sonrió. Había querido que su madre y yo nos hiciéramos amigas. Le había llevado un tiempo, pero al final Lilly había llegado a ver cuánto amaba a su hijo. El collar había sido una ofrenda de paz de su parte.

Una descarga de adrenalina me recorrió el cuerpo cuando deslicé el anillo en su dedo. Resopló aliviado, como si no creyera que llegaría tan lejos. Este hermoso hombre me deseaba tanto como yo a él. Yo habría ido hasta el fin del mundo y de regreso por él.

«Date prisa y bésame antes de que algo más salga mal». Derek acunó mi mejilla cuando el oficiante nos declaró marido y mujer. Su beso amortiguó las risas y los aplausos de los invitados. Sus labios rozaron los míos antes de profundizar el beso, haciendo que mi sangre corriera por mi cuerpo en un remolino de calor y deseo. «Estaba segura de que huirías en el último minuto».

«Nunca se me pasó por la cabeza». Presioné mi mano contra su pecho.

«Les presento al Sr. y la Sra. Cole», dijo el oficiante mientras dábamos la cara a cuatrocientos de nuestros amigos y familiares más cercanos.

«Me gusta cómo suena eso». Derek puso su brazo alrededor de mi cintura y me acompañó por el pasillo y de regreso al interior de la casa.

«Está bien, tenemos un horario ajustado y la novia necesita prepararse para su primer baile». Nikki me agarró la mano. Detrás de mí, Derek estaba de pie con las manos en los bolsillos. Articulé un "*lo siento*" y dejé que me llevara a la sala de estar, que se había transformado en el área para cortar el pastel de bodas blanco, que resultó un poco más grande de lo que Nikki había dicho.

«¿Qué piensas? ¿No es hermoso?».

«Lo es. Gracias».

«Te lo mereces. Ahora ve a refrescarte. Tienes rímel en la mejilla. No me mires así. Después del brindis, tendrás tiempo para bailar y socializar un poco, pero luego tendrás que cambiarte para que puedan comenzar con eso de la luna de miel». Ella me dio un codazo en el costado.

«¿En serio?».

«No te preocupes, estoy aquí para ti, niña».

«Gracias. Henry me va a odiar por mantenerte alejada de él». Al otro lado de la ventana, Henry, el prometido de Nikki, y Derek conversaban animadamente.

«Derek le está haciendo compañía. Está bien». Sus mejillas se pusieron rojas cuando él la miró a los ojos.

«Oye, mamá, ¿puedes arroparme?», Max se envolvió en mi vestido. Se veía tan cansado. Pobrecito.

«Ve. Haremos el baile cuando regreses», me dijo Nikki.

Max con su mini esmoquin me provocó un ataque de ternura. Abrí la puerta de su dormitorio. «¿Qué tal si te cepillas los dientes mientras te pongo el pijama?».

Se preparó en un tiempo récord. Aunque cuando se metió en la cama, arrastraba los pies. «Esa fue la mejor fiesta».

«Realmente lo fue». Subí las sábanas hasta su pecho y lo arropé bien.

«Me gusta estar aquí». Cerró los ojos por un momento. «¿Puedes guardarme un poco de pastel?».

Le hice cosquillas justo debajo de la caja torácica y se movió debajo de mí. «No me mires así. Vi a Nikki dándote de comer pastel justo antes de la ceremonia».

«Eso fue para aliviar mis nervios por la boda».

«¿Estabas nervioso? No lo parecías».

«El pastel mágico funcionó. Tenía miedo de que los anillos se me cayeran de la mano. Estaban muy resbaladizos».

«Hiciste un trabajo increíble, gracias».

Le di un beso en la mejilla.

Un ligero rasguño en la puerta lo hizo sentarse.

Ese es Pirate. Ha estado escondido en la cabaña todo el día. «Ven aquí, gatito».

Dio unas palmaditas en las sábanas cuando dejé entrar al gato peludo.

Pirate cojeó hasta Max y se acurrucó a su lado. Tenían su propia pequeña rutina. Esta vida familiar con Derek y Max se sentía como si siempre hubiera sido así, como si las cosas malas nunca hubieran sucedido realmente.

En dos minutos exactos, Max se quedó dormido al lado de un gato que roncaba. Qué pareja. Besé la mejilla de Max nuevamente y caminé hacia la ventana para correr las cortinas. Desde allí arriba, tuve una nueva apreciación del tamaño de la fiesta. Las sillas de la ceremonia ya habían sido retiradas para dejar espacio a la pista de baile. En el extremo opuesto, una banda tocaba en vivo bajo el arco del altar. Luces centelleantes colgaban de las guirnaldas de flores y proporcionaban un ambiente romántico. Nikki había pensado en todo.

Cerca de la alberca, Derek estaba solo, lejos de todos los invitados. No lo culpé. Las bodas pueden ser una sobrecarga sensorial. Le debía mucho a Nikki por pensar en sacarnos de aquí temprano. Para empezar esa luna de miel, como ella había dicho.

Salí corriendo de la habitación de Max y entré en la nuestra por el pasillo, ansiosa por volver con Derek. Una rápida mirada en el espejo me indicaba que Nikki había tenido razón al enviarme arriba. Tenía una larga raya de rímel en el costado de mi cara. Lágrimas de felicidad. Las aceptaría cualquier día de la semana.

Con Derek en mi línea de visión, salí por la terraza y bajé por los grandes escalones de piedra hacia el jardín. Cuando me vio, se dirigió directamente hacia mí. Esa sonrisa suya me hizo sentir nostalgia por él como antes me pasaba cuando vivía en su cabaña y pensaba que no podía ser más que una fantasía erótica. ¿Cómo se suponía que iba a saber que Derek no solo podía ser el tipo de marido, sino también un padre para Max?

Suspiró cuando llegué al final de las escaleras y me acurruqué cerca de él. «Estoy listo para llevarte lejos de aquí y hacerte el amor toda la noche».

«¿Toda la noche? ¿Es eso siquiera posible?».

Me levantó una ceja, inclinando mi barbilla hacia él. «Con el incentivo adecuado». Me besó los labios. Me susurró al oído y una bocanada de aliento cálido me rozó la mejilla. «Y un meticuloso cuidado posterior. Claro que sí».

Gemí. «Todo eso suena muy tentador. Pero Nikki me matará si no cortamos el pastel y hacemos el primer baile como se supone que debemos hacer».

La voz de Nikki llenó el aire, presentando a los nuevos señor y señora Cole. Después de un incómodo minuto de silencio, en el que los invitados se miraron entre sí, con las cejas levantadas, nos llamó al escenario. Me encogí de hombros y le di a Derek una mirada inocente mientras lo arrastraba hacia la pista de baile. Nikki sacudió la cabeza hacia nosotros y luego hizo un gesto para que la banda tocara.

La canción "*As Time Goes By*" empezó y dejé que Derek me guiara. Me hizo dar dos vueltas antes de tomarme en sus brazos bajo las luces centelleantes.

«Si no hubieras aceptado pasar el resto de tu vida conmigo, te habría echado sobre mi hombro y me habría ido de esta fiesta ahora mismo».

«Estoy tan enamorada de ti», le acaricié la mejilla con la mano.

«Yo también. ¿Cómo podría pagarte por devolverme la vida?».

Todo lo que siempre quise fue un hogar para Max. Gracias a Derek, tenía un hogar y una familia a la que llamar míos.

«Ya lo has hecho».

CAPÍTULO 24

Ese lado de la perfección

VALENTINA

Dos semanas después…

Abrí los ojos y vi que el lado de la cama de Derek estaba vacío. La pantalla de inicio de mi teléfono decía que ya era más de mediodía. ¿Había vuelto a quedarme dormida? Dios mío. Saqué las piernas por el borde de la cama y corrí al baño para asearme. Tomé mi cepillo de dientes y le puse pasta de dientes, mientras contemplaba la vista más allá de la bañera de cobre, que se encontraba en la terraza lateral que daba a los jardines. La brisa cálida y salada traía sonidos de pájaros cantando y olas de agua que fluían a lo largo del pasillo hasta el dormitorio principal.

El búngalo de Derek sobre el agua en Bora Bora se encontraba en un islote privado, con vista al agua turquesa. El techo de paja, los muebles de madera de teca y las esculturas de artistas locales contribuían a la sensación de isla de la casa. Este lugar era realmente un paraíso, una obra de arte.

En la sala de estar, encontré las zapatillas de deporte de Derek y una toalla sudada. Sin duda, se había levantado al amanecer para hacer algo de ejercicio antes de comenzar nuestro día, que consistía principalmente en comer y tener sexo. La semana pasada salimos de casa para dar una vuelta en moto por la isla. Sonreí y me pasé una mano por el pelo. ¿Cómo era posible que todo esto fuera real?

Seguí su voz hasta la parte delantera de la casa, donde las altas ventanas ofrecían una vista increíble de la resplandeciente playa. Estaba de pie junto a la terraza de la piscina con sus pantalones de lino blanco que le caían bajos sobre sus delgadas caderas... y sin camiseta, porque mi vida estaba en ese lado de la perfección estos días.

Cuando sintió mi presencia, los músculos de su espalda se tensaron. Se giró para mirarme y su sonrisa hizo que mi corazón latiera con fuerza.

«Oye, Valentina está despierta. Me tengo que ir», dijo en su teléfono antes de terminar la llamada. «Buenos días».

«¿Quién era?».

«Estabas durmiendo. Pensé que tenía unas horas para hacer algo de trabajo».

«No sé por qué duermo tanto. Las olas que rompen fuera de la ventana de nuestro dormitorio me dejan sin aliento».

«Estás de vacaciones. Tienes permiso». Se acercó a mí y me abrazó. «¿Tienes hambre?».

«Sí», lo miré a los ojos.

«¿Sí?», me besó.

Después de la recepción de la boda, había cumplido su promesa de hacerme el amor toda la noche. Había comenzado en el pequeño dormitorio del avión y había terminado en algún lugar de

la playa de camino a la casa. Las dos semanas que pasamos juntos habían sido algo sacado de un cuento de hadas. Volver al mundo real, donde tenía que compartirlo con el trabajo y otras personas, iba a ser muy difícil para mí.

«Me refería a la comida. Pero definitivamente guarda ese pensamiento para más tarde».

«¿Estás segura?», se rió.

«Sí. Me di la vuelta para dirigirme a la cocina, y toda la habitación dio unas cuantas vueltas frente a mí. Extendí la mano para sujetar a Derek, pero ya estaba a punto de caerme de bruces.

«Vaya», me levantó y me llevó al sofá. «¿Estás bien?».

«Creo que sí». Tragué saliva y me presioné la frente con una mano.

«No te muevas». Se fue corriendo a la cocina y volvió con un vaso de agua y un plato de panqueques. «¿Mejor? ¿Quizás has estado durmiendo tanto porque estás enferma?».

Bebí unos sorbos de agua. «Quizás. Honestamente no puedo recordar la última vez que dormí tan profundamente». Eso no era del todo cierto. Prácticamente había dormido todo el primer trimestre cuando estaba embarazada de Max.

«Déjame llamar al médico».

«No. No hay necesidad de eso. ¿Puedes traerme mi teléfono?».

Se fue y regresó en menos de un minuto con mi móvil. Lo desbloqueé y presioné mi aplicación de fitness, donde llevaba un registro de mis períodos. Con todo el alboroto antes de la boda, no me había dado cuenta de que me había perdido el último ciclo. Por unas tres semanas.

«Valentina, si hay algo malo, tienes que decírmelo. Podemos irnos a casa cuando queramos». Él acunó mi cuello, sus mejillas rojas mientras examinaba mi rostro.

«No creo que sea nada que necesite atención inmediata». Me mordí el labio inferior. «Pero creo que es hora de ir a casa».

Su rostro palideció. «¿Qué pasa?».

«Nada», le ofrecí una sonrisa tímida. «Creo que estoy embarazada».

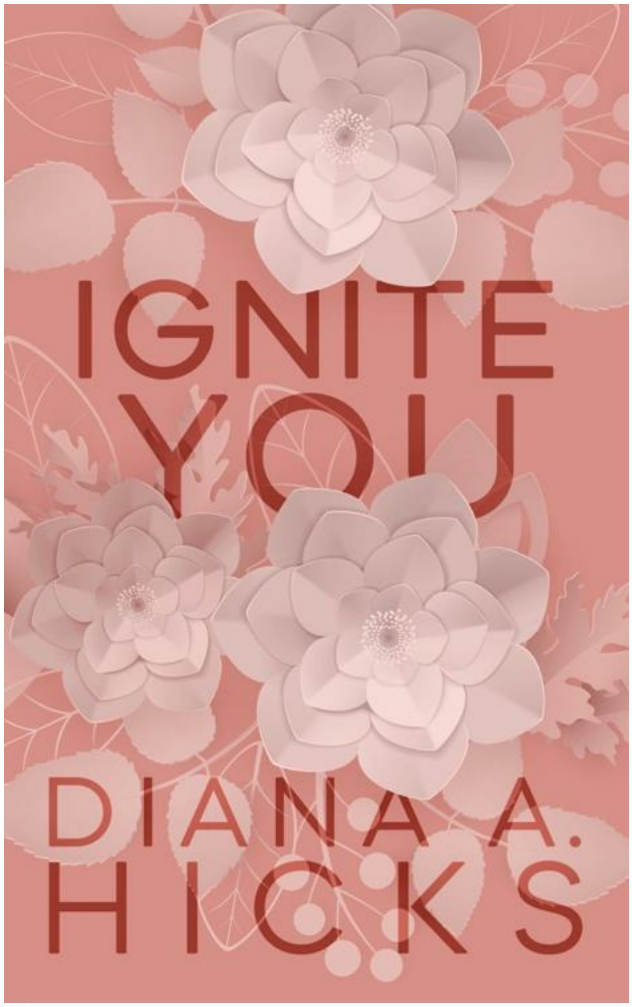
«Perdona, ¿qué?», se dejó caer de rodillas a mi lado. «Quiero decir, ¿estás segura?».

«Tendría que pedirle a mi médico que lo confirme, pero sí, estoy bastante segura. Lo siento. Sé que es demasiado pronto».

«No, no te disculpes», me sonrió. «Esta es la mejor noticia. ¿Sabes cuánto te amo?».

«Sí», asentí. «Pero dímelo de todos modos».

¿Cómo había imaginado vivir una vida sin este tipo de amor, sin Derek? No más carreras y no más secretos. Esa había sido nuestra promesa mutua. La parte del amor siempre nos había resultado fácil. ¿Cumplir nuestras promesas? Bueno, tendría que ser un día a la vez.



Descubre qué sucede cuando un ex-sicario de la mafia y su némesis de la universidad unen fuerzas para atrapar al asesino que la persigue en ARDIENDO DE AMOR

LA FAMILIA lo era todo para Emilia Prado. Hasta que le arrebataron todo lo que más amaba. Ahora, la venganza es lo único en lo que puede pensar. Es abogada durante el día y respeta las reglas, pero por la noche, persigue al asesino que destruyó su vida. No descansará hasta que el tipo sea castigado.

El exsicario de la mafia Dom Moretti ha trabajado duro para mantener esa parte de su vida olvidada. Excepto a ella... Emilia. La que se escapó. Ella ha regresado y necesita su ayuda para hacer lo impensable.

¿Hasta dónde llegará una mujer por venganza? ¿Y un hombre por amor?